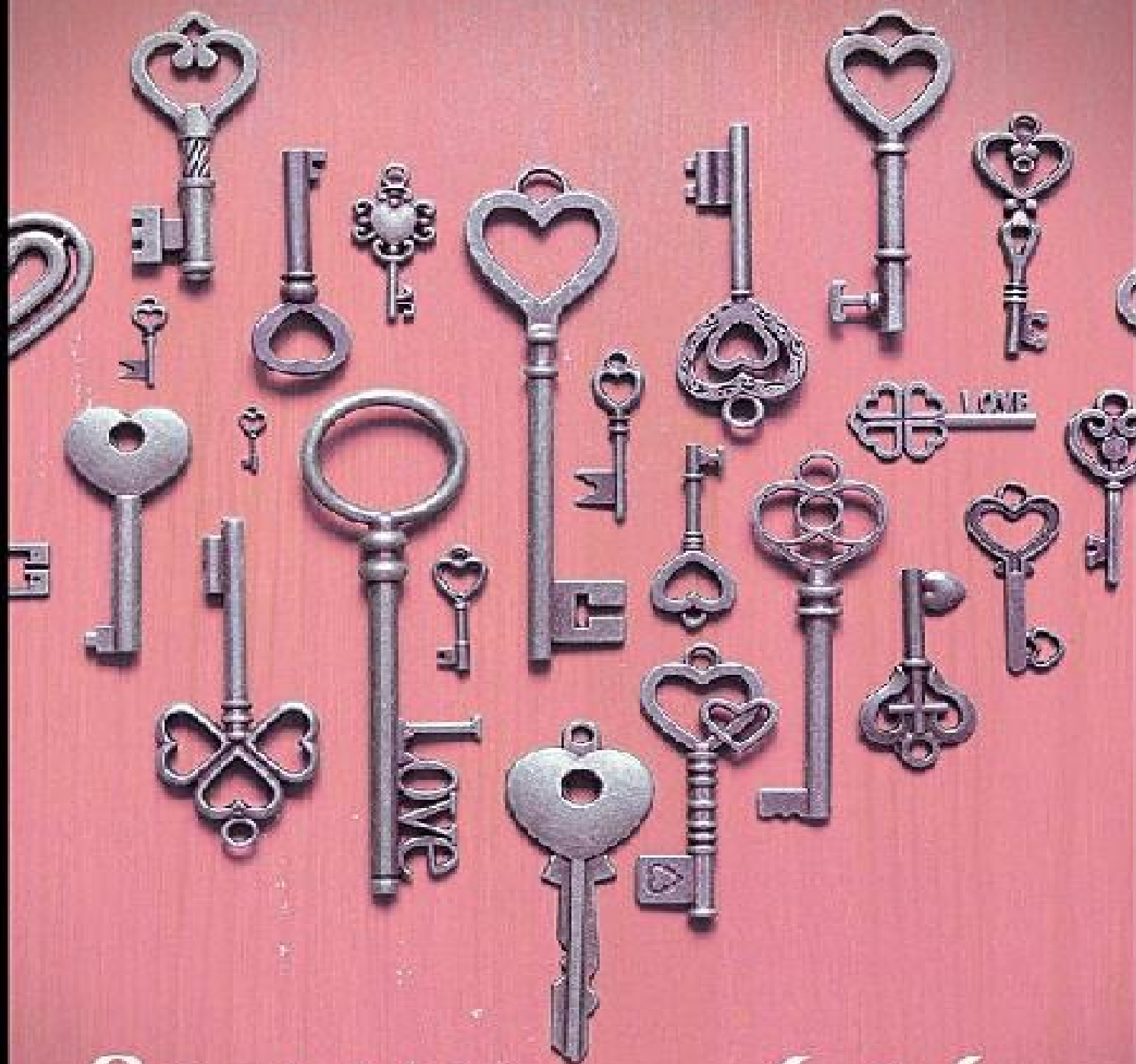


Selecta

Iris Romero Bermejo



Y si tú me olvidas
Trilogía Alana 1

Y si tú me olvidas

Alana 1

Iris Romero Bermejo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Esta novela te la dedico a ti, Carmen.
Por ser nuestra segunda madre.
Por no cansarte jamás. Por cuidar de todos nosotros.*

—«Y la niña se fue, se fue, se fue, con su perro también, también, también...» —canturreo mientras me cepillo el pelo. Ya lo tengo tan largo, que casi acaricia el final de mi espalda con las puntas.

—¿Se puede saber por qué cantas constantemente esa canción, Liliana? —me pregunta padre a mi espalda.

Pego un respingo en la silla y sonrío. Dejo el cepillo en el tocador y corro a abrazarle.

—Siempre me la cantaba madre —susurro, arrugando la nariz—. Padre, hueles a *Estrella*. Dile a los sirvientes que le cepillen el pelo y le apliquen mi perfume.

Se empieza a reír y sus brazos me sueltan.

—Eres tan refinada como difunta tu madre. Toma, te he traído un regalo.

Saca algo del bolsillo de su abrigo, envuelto en un precioso papel de flores. Lo cojo ilusionada y, con mucho cuidado de no rasgar y estropear el envoltorio, saco una muñeca de porcelana. Abro la boca impresionada. Es la muñeca que le dije que quería hace más de un mes, cuando la vi en el escaparate de una de las tiendas de la Plaza Mayor.

—¡Padre! ¡Es maravillosa!

Corro a sus brazos sin importarme que su olor impregne mi camisón nuevo. De repente un pinchazo en el vientre me dobla en dos. Padre me sujeta, y gracias a eso no me caigo al suelo.

—¿Liliana? —me pregunta, levantándose en vilo y dejándose con suavidad en la cama mientras yo me retuerzo de dolor—. Mi vida, ¿qué te ocurre?

—Me duele mucho aquí —explico con dificultad, tocándome el lado derecho del vientre, muy cerca del ombligo.

—Estás ardiendo —murmura con el ceño fruncido, tocándome la frente—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

Cierro los ojos con un demonio en mi interior retorciéndome las entrañas, infligiéndome un agonizante sufrimiento, cuando el mundo se nubla a mi alrededor y me dejo llevar.

—¿Lili? —escucho que me llama mi hermano junto a mi cama—. Lili, despierta.

Despego los párpados con dificultad. Me cuesta respirar. Tiemblo, tengo mucho frío, y las náuseas amenazan con ahogarme.

—¿Enrique? ¿Eres tú?

Mi hermano coge mi temblorosa mano y me besa la palma, como siempre hacía cuando jugábamos a que yo era una princesa y él mi príncipe azul.

—Estoy aquí, Lili —me asegura, empezando a llorar. Sus lágrimas humedecen la mano que me

tiene asida, y sus fuertes hombros tiemblan con cada sollozo que rasga el silencio. Es el único del mundo que me llama Lili, y por eso le adoro, porque nunca me ha gustado el nombre de Liliana. Demasiado largo para alguien como yo.

Intento incorporarme, pero el dolor me lo impide. Cada vez es más fuerte. ¿Por qué me ha despertado de mi dulce letargo?

—El médico ha venido a verte, pero estabas inconsciente —me explica entre sollozos—. Dice que tienes el «mal del vientre».

No entiendo nada. ¿Qué significa eso?

—Tengo la garganta muy seca, pero no puedo beber, siento náuseas... —empiezo a decir, temblando. El frío me quema, me paraliza. Un dolor sordo en el estómago me mantiene atada a la cama, como si un gran peso tirara de mi cuerpo hacia abajo.

—El médico se ha ido, pero padre ha traído a la bruja. Ella sabrá qué hacer —me explica Enrique, obligándose a sonreír.

—¿La bruja? Yo no quiero que venga, dicen que es malvada. —Mi hermano desoye mi opinión, secándose el sudor del labio superior con un pañuelo de tela bordado con sus iniciales.

La puerta se abre y veo que entra padre. Abro un poco más los ojos e intento enfocar, viendo que una mujer avanza detrás de él. Alguna vez la he visto por la ventana de mi habitación, pero siempre me he escondido detrás de las cortinas con miedo. Dicen que es peligrosa, y de intenciones malignas.

—Esta es mi hija Liliana. Lleva un día y una noche así, y va empeorando —le explica padre señalándome. Veo profundas y marcadas ojeras en sus ojos grises, iguales que los míos—. El médico nos ha recetado opio para que no... sufra —termina diciendo, llevándose las manos a su hermoso rostro, ahora desencajado.

La mujer se acerca despacio. Toca mi vientre hinchado y murmura algo en un idioma que no entiendo. Intento alejarme de su contacto, pero estoy tan débil que no soy capaz ni le levantar un solo dedo.

No me dirige la mirada ni un segundo, ni siquiera me toca la frente, no comprueba mi respiración.

—No le den opio. Yo tengo unas infusiones mucho más efectivas —dice con seriedad—. Se las tiene que tomar. Aunque vomite, debe beberse hasta la última gota —ordena, ajustándose un pañuelo de tela en el cuello.

—Así haremos —promete padre, acompañándola hasta la salida.

La vista se me nubla y siento que el dolor empieza a alejarse un poquito de mi cuerpo.

Un nauseabundo líquido invade mi garganta. Me incorporo un poco e intento escupir, pero unas manos me obligan a tragar. Me resisto y forcejeo, pero mi cuerpo ya no tiene fuerzas, así que trago y trago hasta sentir que voy a explotar.

—Liliana, mi bella dama... Ocaso perfecto de una primavera eterna —dice alguien, cuya voz no consigo reconocer, a mi lado. Siento sus dedos acariciando mi rostro.

Abro los ojos y veo que estoy sola en la habitación. Me toco la mejilla con dificultad, porque

juraría que alguien acaba de rozarla con unos dedos muy fríos.

La puerta se abre y mi hermano y padre se acercan con el semblante pálido. Ya no siento dolor, pero tampoco fuerzas para levantarme. Mantener los ojos abiertos es una verdadera agonía.

—Padre... Enrique... —consigo decir con un hilo de voz.

Mi hermano se arrodilla a mi lado y hunde su rostro en mi pecho, sollozando tan fuerte que mi maltrecho cuerpo tiembla con él.

—Padre, mi muñeca —le pido, señalándola con los ojos. En dos zancadas atraviesa la habitación y la coge con cuidado de la estantería. La deja a mi lado en la cama, aprovechando la cercanía para regalarme un dulce beso en la frente. No me pasa desapercibido el temblor en sus labios cuando lo hace.

—Siempre serás mi pequeña princesa —murmura pasando sus dedos por mi pelo lacio y seguramente descuidado. Debo cepillármelo todo los días para que se vea lustroso.

—No es justo, no es justo —gimotea Enrique encima de mi pecho, con cuidado de no ahogarme. Entrelaza sus dedos con los míos, como si quisiera darme toda la fuerza que a él le sobra y a mí me falta.

—«Y la niña se fue, se fue, se fue, con su perro también, también, también» —empiezo a cantar con los labios secos y agrietados—. «Solos por el camino vagaron, hasta que otro perro encontraron. Y, juntos los tres, jamás regresaron».

Y de repente todo el dolor desaparece de mi cuerpo. Un frío inmenso invade mi torso, mis brazos, mis dedos. Quedo congelada un instante y de repente siento que floto. Empiezo a verme desde arriba. A mi hermano, a padre. Mi muñeca. Alargo la mano para cogerla pero no puedo, mis dedos atraviesan sus rizos sin llegar a tocarla en realidad.

Quiero hablar, pero las palabras se me atraviesan en la garganta. Quiero tocarme el rostro, pero creo que tampoco tengo manos en realidad. Me miro y las veo, pero son como aire flotando en la habitación.

Me quedo en un rincón, encogida, transparente, sin ser vista ni oída por nadie. Cierro los ojos y tiemblo cuando mi hermano empieza a romper todo a nuestro alrededor. Mi padre intenta sujetarle, pero no consigue amilanar su rabia.

Cubren mi delicado cuerpo con una sábana y lo bajan por las escaleras. Les sigo detrás, sin que nadie me vea. Cuando voy a salir por la puerta, justo detrás de padre, me quedo paralizada. Intento avanzar, pero no puedo. Así que voy hasta la ventana y veo cómo un coche fúnebre tirado por caballos blancos se aleja con mi cuerpo.

Vuelvo a mi habitación y me quedo en mi rincón. Como si hubiera pasado un suspiro, la casa se llena de nuevo de gente. Pero son gritos, insultos, llantos, gemidos y alaridos lo que escucho. Por la ventana veo a nuestros sirvientes huir despavoridos. Y percibo que algo malo acaba de pasar. Algo horroroso. Un grito seco, un golpe.

Tengo miedo, así que deseo esconderme donde nadie pueda encontrarme. Mi cuerpo congelado se

eleva hasta atravesar el techo, y aparezco en el desván. Pocas veces he subido aquí arriba, puesto que siempre estaba sucio. Padre no me permitía jugar aquí, así que me sorprende al descubrir el antiguo armario de mi madre, ese que desapareció cuando ella murió. Intento abrirlo, pero mis casi invisibles manos atraviesan los tiradores sin llegar a tocarlos en realidad.

—Espere, mi bella dama, yo le ayudo —dice alguien a mis espaldas.

Me doy la vuelta con temor cuando veo a un apuesto joven. Si su mirada no fuera tan dulce, huiría despavorida. Se inclina en una elegante reverencia y se acerca al armario. No sé cómo lo hace, porque sus manos son tan etéreas como las mías, pero consigue abrirlo.

Los vestidos de madre tal y como estaban el día de su muerte. Me acerco y mis dedos atraviesan sin más el terciopelo que adorna uno de ellos.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunto, fascinada—. ¿Cómo consigues tocar las cosas?

Se encoje de hombros y sonrío. Y a pesar de todo el dolor, frío y miedo que me acompañan, un placentero calor se instala en mi pecho. Su sonrisa me apacigua y tranquiliza.

—Son años de práctica, mi dama. Pero no se apure, yo le enseñaré todo lo que necesite saber. Seré su maestro, mi ocaso eterno —promete, tendiéndome una mano.

Por un momento recelo de él, pero después temo a la soledad, así que le tiendo la mía con la esperanza de encontrar en él la compañía que tanto necesito. Son sus ojos, que me miran con una adoración especial, hasta ahora desconocida para mí. Sus labios, carnosos y firmes, me aportan una seguridad que ahora, más que nunca, necesito, ya que mi mundo perfecto se ha derrumbado hasta sus cimientos, y lo que vendrá se me antoja cruel, desconocido, y por encima de todo, desolador. Sorprendida de que nuestras manos se toquen sonrío por primera vez en lo que parecen años, aunque en realidad creo que son solo días. El tiempo se ha convertido en algo un tanto confuso.

Y juntos, Ricardo, mi muñeca y yo, vemos envejecer las paredes de lo que antaño fue mi hogar. Las telarañas invaden los rincones. El silencio se instala entre los muros. Hacemos de este lugar nuestro santuario. Nuestro hogar.

Nadie lo podrá mancillar con su presencia.

No se lo permitiremos.

Capítulo uno

Si llegas hasta el Congreso de los Diputados y empiezas a caminar sin rumbo pasando por el barrio de las Letras, comenzando a recorrer calles pequeñas, callejones y portales mirando tus pies, perdida, sin un rumbo fijo que te guíe, desembocas en una estrecha y poco iluminada plaza. Podrás contemplar el empedrado del suelo, los maravillosos pisos antiguos de amplios ventanales y viejas farolas de luz amarillenta. Si alzas tus ojos encontrarás una verja de hierro, y tras ella, la casa de mis sueños.

Cientos de veces mis pasos me han llevado hasta aquí, y a pesar de la ola de frío que invade Madrid, me permito el lujo de quitarme los guantes para sentirla más cerca. Me agarro con fuerza a los barrotes y, una vez más, me asomo como puedo para disfrutar de su pequeño y descuidado jardín. Se puede ver que hace tiempo fue diseñado para ser un lugar agradable donde tomar café por las mañanas a la sombra de los árboles, ahora sin hojas, casi secos y congelados. Un columpio de madera con la pintura estropeada se balancea gracias al viento, y ese ruido que a muchos les puede parecer escalofriante a mí me encanta.

Pocos pueden crear algo así, no es solo una casa, ni un hogar. Son los relieves de piedra que coronan la entrada, el tejado de pizarra negra, la chimenea puntiaguda que recuerda a una bruja custodiando el lugar, esos detalles son los que crean algo tan maravilloso. Te habla, te susurra su historia, la vida de las personas que habitaron en ella sigue allí, entre sus paredes, seguro que descoloridas por el paso del tiempo.

Siempre que trabajo por esta zona vengo a verla, soñando despierta, deseando poder entrar a pesar de llevar abandonada mucho tiempo. Y no es que me lo imagine, es que he preguntado en un bar cercano. La familia que vivía se mudó, y sin encontrar un comprador, la dejaron envejecer, permitiendo que sus muros lloraran su partida.

Es una desgracia que algo tan especial haya caído en el olvido, que nadie pueda disfrutar de su encanto, de su magia.

Pero claro, cuando lo digo tuercen el gesto y me miran como si fuera un bicho raro. ¿Quién querría vivir en un lugar así? ¿Acaso no es mejor un ático reformado en plena plaza de Oriente? ¿Quizás un chalet adosado en las afueras?

Me dan ganas de llorar cuando veo la mayoría de las casas. Todas cortadas por el mismo patrón. Ya sean pisos nuevos o reformados, acaban con idénticos muebles de conglomerado barato sin forma ni gracia y con sofás de colores aburridos. Los mismos cuadros, las mismas fotografías, cortinas insulsas y lámparas modernas.

Suspiro y arrugo la nariz. Estoy congelada. Compruebo el móvil. Se me ha hecho tardísimo. Le

mando un mensaje a mi madre diciéndole que llegaré un poco tarde a cenar y vuelvo a ponerme los guantes. Me acurruco dentro de la bufanda y me ajusto el gorro para que las orejas no se me congelen. Refunfuño cuando siento el móvil vibrar en el bolsillo.

—Dime, mamá —contesto tiritando. Ando apresurada sorteando a la gente, corriendo para coger el metro.

—Es tardísimo, Alana —me regaña mientras escucho que trastea en la cocina. No, por favor, otro experimento culinario no...

—Lo sé, no me he dado cuenta. Oye, voy a entrar ya en la estación —miento.

—Otra vez esa casa, ¿a que sí? Deja de asomarte por la verja si no quieres que llamen a la policía —dice a lo lejos. Seguro que ha dejado el móvil en manos libres. Cuando hace eso no se la entiende.

Miro a una de las antiguas ventanas de la planta de arriba un momento. Parece que algo se ha movido dentro. Me quedo unos segundos enfocando hacia allí la vista, pero no, no hay nada. Ha debido ser el reflejo de las farolas sobre el cristal.

—Mamá, te dejo. Nos vemos en media hora —me despido, decidiendo poner fin a la conversación. Ya tendrá tiempo de sobra de regañarme cuando esté probando otro de sus suculentos inventos gastronómicos, a cada cual más vomitivo. Mi madre tiene muchas cualidades, pero la cocina no es una de ellas.

Al fin llego a la boca de metro de Atocha. Me siento a esperar el siguiente tren mientras leo una vez más mi libro preferido. Lo tengo roto por los bordes de tanto manosearlo y tirarlo en el bolso, pero cuando estoy depre es lo único que me anima en el mundo. Eso y emborracharme con mis amigas.

Tengo que levantar la mirada de la página cuando una parejita de enamorados se sienta enfrente. No hacen más que darse besos con demasiada saliva y lengua. Arrugo la nariz sin poder evitarlo. Qué asco me dan. Seguro que él le pone los cuernos, o quizás sea ella. A lo mejor ambos son amantes en secreto y tienen en casa a sus respectivas parejas pensando que están en clase de yoga. Como mi último novio, que después de dos años viviendo juntos me dice que tiene novia en Barcelona, que por favor no le llame al móvil cuando se vaya a visitarla los fines de semana.

Tengo que cerrar el libro y cambiarme de asiento. Tanta envidia me está matando. Me alejo y me recuesto en otro lugar cerrando los ojos. Tengo los pies molidos. El evento de hoy, continuamente rellenando copas y paseando bandejas, me ha dejado la espalda y las piernas fatal. Suspiro de resignación. Treinta años recién cumplidos, con una carrera que no vale para nada, sin trabajo estable, sin novio, aún viviendo con mi madre... Jamás pensé que estaría así a estas alturas de la vida. Me imaginaba como un alma libre viajando por el mundo, con un trabajo emocionante y con mi alma gemela esperándome por las noches. No poniendo copas, sirviendo canapés a gente estirada y luchando por el mando a distancia en un piso de alquiler con mi querida progenitora.

Casi me paso de estación de lo dramática que me estoy poniendo. Doy un salto que me levanta del asiento y corro antes de que se cierren las puertas. Un rato de insufrible frío invernal y llego a casa. Compruebo en el reloj de pared de la entrada que ya son las once de la noche. Otro día más que he

perdido, otro día más que será borrado de mi mente porque no ha pasado nada fuera de la tediosa y absurda existencia que tengo.

Me desarmo de todo, bufanda, abrigo, guantes, gorro, zapatos... lo voy dejando tirado en el suelo y corro a mi habitación a ponerme un pijama calentito. Sonríe cuando escucho a mi madre quejarse mientras lo va recogiendo todo. Pongo los ojos en blanco y salgo para ver qué ha preparado hoy.

—Alana, de verdad, que no sé cómo no has perdido aún la cabeza —me saluda dándome un beso en la mejilla mientras me pasa todas mis pertenencias recién arrojadas a la moqueta—. Recoge esto y ven a cenar.

Mientras doy vueltas con el tenedor a una sustancia gris extraña que supuestamente son setas, el teléfono de casa suena. Ambas nos miramos y abrimos mucho los ojos. Ese teléfono no suena nunca. Y menos a las doce de la noche. Mi madre corre a cogerlo y yo voy detrás, sentándome a su lado en el sofá.

—Sí, soy yo —contesta, apurada. Su cara se va poniendo roja por segundos, y después, de golpe, pierde todo el color. Me asusto porque parece que se va a desmayar.

—Mamá —digo buscando su mano—. ¿Qué pasa? —susurro, esperando que me lea los labios. Me hace un gesto y se echa a llorar. Tras decir que sí, que iremos al pueblo mañana mismo, cuelga y me abraza.

—Tu abuelo ha muerto, cariño. Ya solo quedamos las dos —consigue decir entre lágrimas.

Tardo un momento en asimilar la noticia. Mi abuelo. Ese que dejó que mi madre embarazada de un capullo viniera sola a Madrid a buscarse la vida porque ser madre soltera en el pueblo no estaba bien visto. Mi abuelo, ese que se ha pasado toda la vida recriminándome ser una bastarda. El que nunca quería quedarse conmigo, el que nunca sentí como mi abuelo.

—¿Mañana? ¿Al pueblo? —pregunto cuando consigo que se tranquilice.

—Sí, es el entierro. Estará junto a la abuela, juntos de nuevo para siempre —dice entre sollozos. Son sus padres, la entiendo perfectamente. Pero es que no se portaron bien con ella, nos dejaron solas, y eso no es justo.

—Vale, voy a preparar las maletas.

Pasamos la noche en la cama de mi madre. La pobre es muy emotiva y, como los años no pasan en balde, creo que empieza a chochar un poco. Veo el amanecer mientras me cuenta anécdotas de su infancia, recuerdos de años mejores, cuando aún era niña y pensaba que el mundo no era este lugar peligroso y cruel donde la realidad se come a los soñadores como ella.

Siempre quiso ser pintora. Pero claro, nunca se pudo dedicar a ello profesionalmente con una niña a su cargo y sola en Madrid. Creo que mi madre ha trabajado de todo menos de cocinera y prostituta. Ha sido camarera muchos años, limpiadora, dependienta... cualquier sueldo que traer a casa era bienvenido. Y yo, como la hija estúpida que soy, no decidí estudiar medicina, o empresariales. No. Historia del Arte. Muy bien Alana, eres imbécil. Siempre decías que trabajarías duro para que ella no tuviera que hacerlo por las dos y mira, camarera de eventos.

—Mamá —digo con la lengua pegada al paladar del sueño que tengo—. Es de día, tenemos que prepararnos.

Cogemos el autobús rumbo al final del mundo civilizado sobre las nueve de la mañana. A estas horas suelo estar en la fase REM del sueño. Mi madre se ha pedido el día en el trabajo y yo he llamado a mi jefa para decirle que no podré trabajar en tres días. Somos tantas, casi números para ella, que no le ha importado. Total, la que va a cobrar menos a final de mes voy a ser yo.

Pasamos por un paisaje desolador, un pantano casi congelado y llegamos al pueblo de mis abuelos. Está igual que cuando era niña. Casas bajas pintadas de blanco, tejados marrones, la misma cortina descolorida por el sol en cada puerta... Una delicia para los ojos.

En cuanto nos bajamos empieza a acosarnos una horda de ancianas sedientas de información. Que cómo nos hemos enterado, que menudo disgusto, que si Dios cierra una puerta pero abre una ventana... Me alejo un poco y me enciendo un cigarro. No quiero fumar, debería haberlo dejado hace ya mucho tiempo, pero aún no encuentro motivos para dar el paso. No, un cáncer de pulmón aún no entra en mis planes, soy tan estúpida que ni me lo planteo.

Desde la lejanía mi madre me echa una mirada de las suyas, de esas de «a ver cuándo lo dejas» y sigue a lo suyo, hablando con todas esas viejecillas que le dan palmaditas en la espalda y se sujetan las manos temblorosas mientras se secan unos ojos ya secos con un pañuelo de tela.

Tras una agonía mortal llegamos hasta la casa de mi familia. Ya no queda nadie. No pienso en eso hasta que no entro dentro. La lumbre no está encendida, como siempre la mantenía mi abuela. El silencio es sepulcral. Recorro el pasillo central desde donde conectan todas las habitaciones. Llego hasta el patio y me siento a esperar. ¿Qué será de esta casa? Supongo que la heredaré mi madre, pero ni siquiera sé qué quiere hacer con ella.

De la casa inhabitada pasamos al entierro. El cementerio del pueblo es pequeño y aún se sigue respetando eso de enterrar a las personas bajo tierra y no en nichos, cosa que agradezco. Se pueden ver tumbas antiguas de piedra junto a pequeños mausoleos familiares. Durante toda la ceremonia me mantengo impertérrita al lado de mi madre, sosteniendo su mano, casi recogiendo sus lágrimas a través de mi hombro. Miro a todas las personas que nos acompañan sin reconocer un rostro amigo. No sé quiénes son. Quizás fueran personas cercanas a mi abuelo, pero que yo no las conozca dice mucho de la relación que hemos mantenido.

Y tras el mal trago que supone asistir a un entierro pasamos a la casa de una mujer para descansar. Es la vecina, amiga íntima de la familia. Apoya y consuela a mi madre cuando yo no puedo hacerlo. Nos prepara la comida y hasta nos regala un café bien cargado y calentito. No la conozco pero la quiero.

—Ahora va a venir el abogado de la zona para hablar del testamento —comenta la mujer mientras me tiende con su mano regordeta una galleta que dice que se llama perrunilla. Está deliciosa. Se deshace en la boca.

—Mamá, ¿sabes hacer perrunillas? —pregunto, sin poder evitarlo. Quiero a una mujer así para que

me cocine, para que prepare este café tan cargado y que saque del horno estos pedacitos de cielo.

Obviamente pasa de mí. Me sonrío con tristeza y contesta a mi nueva mejor amiga vieja.

—Ni siquiera sé lo que tengo que hacer en estos casos —dice, con la voz tomada.

Y unas horas después el abogado se reúne con mi madre en el salón. Les doy intimidad y me voy a una habitación a leer. Ni siquiera he pasado diez páginas cuando mi madre dice que nos vamos. Apenas me da tiempo a recoger las cosas que ya he ido dejando tiradas por el suelo. No conozco la vergüenza, incluso en casa ajena soy un desastre.

Camino al autobús se muestra pensativa, callada, demasiado distante. Vale, hoy es un día para guardar luto, pero tanto silencio me empieza a poner nerviosa. Intento hacerla reír con chistes malos y poco ocurrentes a los que me responde con una sonrisa cansada que no llega ni a levantarle las comisuras de los labios. Ha pasado algo. Seguro que mi abuelo no nos ha dejado nada. Seguro que lo ha donado todo a las putas monjas del pueblo.

Llegamos a Madrid sumidas en un mutismo enfermizo. Son más de las doce de la noche cuando decidimos coger un taxi. Caigo rendida en la cama tras insistir en pasar la noche con ella. Me asegura que está bien, que se le pasará, que quiere su espacio para pensar. A pesar de estar cansadísima no consigo cerrar los ojos. Estoy pendiente de su puerta, de los ruidos que salen de su habitación. Esperando a que se levante a beber agua o a tomarse una infusión. Quiero estar con ella, que no se sienta sola, pero supongo que necesita tiempo para curar la herida, y una noche no será suficiente.

A la mañana siguiente sigue igual. Callada, semblante de estatua, pensativa. Nunca la he visto así. Me asusta. Un café tras otro. Casi parece que me quiere robar una calada de mi cigarrillo cuando me despisto.

—Cielo, tengo que salir a hacer unos recados —me dice a eso de las once de la mañana. Yo con el pijama viendo la tele. Preocupada a más no poder pero disimulando para que no se sienta peor.

—Vale, te acompaño —digo, poniéndome en pie.

Se deja caer en el sofá y me obliga a hacer lo mismo. Me sonrío y me recoge el pelo detrás de la oreja.

—Cada vez te lo cortas más —dice tocándome la melena. He ido cortando hasta que me he quedado con mi pelo de color castaño rata, como me gusta llamarlo, a la altura de los hombros—. Antes lo llevabas siempre largo...

—Mamá, ¿estás bien? —pregunto cuando la veo tocarme las mejillas—. Me visto y voy contigo.

—No, tengo que ir sola, quédate aquí y haz la comida —dice, levantándose de golpe. Coge el bolso y, antes de que pueda decir nada, desaparece por la puerta. Está mal no, fatal. ¿Que haga la comida? Si algo he heredado de ella es su mala mano para la cocina. Parece que se le olvida cuando quemé el horno o hice volar la tapa de la olla exprés.

Vuelve horas después, sonriendo. Y sigue así los días siguientes. Está triste y contenta al mismo tiempo. La pillo riéndose sola cuando cree que no la veo. Empieza a leer revistas de jardinería,

comenta que quiere un huerto ecológico, comienza a traer lienzos y lienzos sabiendo que no caben en nuestro minúsculo piso. Y cuando no puedo más, cuando pienso que ha perdido la cabeza o que me he perdido algo, aparece a las nueve de la noche con una botella de vino, exultante, con los ojos brillantes y una sonrisa nueva. Sí, la conozco de toda la vida y acabo de ver que tiene diferentes maneras de sonreír.

—Alana, apaga la televisión y ven a la cocina, que tengo que contarte una cosa muy importante —dice, entrando en el salón como un torbellino.

—Mamá... estaba leyendo —aclaro señalando la tele apagada. Esta mujer ha perdido la cabeza. Mando un whatsapp al grupo que tengo con mis amigas diciendo que mi madre se ha vuelto loca y me dirijo a la cocina.

Sirve dos copas de vino blanco y me tiende una. Se la nota excitada, nerviosa, histérica. Me lo dicen sus ojos, su manera de tocarse el pelo, en sus gestos con las manos. A pesar de que ella está de pie, mirándome como si las cuencas se le fueran a dar la vuelta, yo me tengo que sentar.

—Cielo, lo he mantenido en secreto estos días hasta conseguirla, pero ya es oficial, así que... —empieza a decir levantando la copa—. ¡La casa es tuya!

Me quedo un momento en blanco, viendo el momento pasar sin poder reaccionar. ¿Qué casa? ¿Qué está diciendo?

—Alana, ¡Alana!, ¿me has oído? —grita cuando estoy que no puedo ni pestañear—. El abuelo me ha dejado una herencia muy generosa. Al principio me enfadé por no ayudarme un poco cuando lo hemos necesitado, pero después empecé a pensar qué hacer con el dinero, y lo comprendí. Él nos lo debía, a ti y a mí.

—Espera, ¿me estás diciendo que el abuelo nos ha dejado dinero y no me has dicho nada todos estos días? —quiero saber, indignada.

—Sí, no te he dicho nada para que no me quitases la idea. La he comprado, Alana, tu casa. ¡He comprado la casa por la que siempre llegas tarde, la que te quita el sueño! —grita, derramando el vino en el suelo.

Y, obviando el detalle de que parece que mi madre va borracha, desvío la vista hacia la ventana y en mi mente la veo. La casa. Esa del tejado de pizarra negra. A la que siempre me llevan mis pasos cuando me siento perdida. Por la que acepto inconscientemente todos los catering que salen en esa zona. Para poder verla de nuevo, para asomarme a través de los barrotes y soñar despierta que es mía.

—¿Me estás diciendo que has comprado esa casa? —pregunto de nuevo, para asegurarme de que no me está tomando el pelo. No tendría gracia. Con los anhelos más profundos del alma no se juega.

—¡Sí! Solo para ti, para que la conviertas en una casa del terror o un juego de escape de esos que tanto te encantan —dice, abrazándome muy fuerte—. Para que por fin hagas que tu vida tenga sentido, mi cielo. Si puedo hacerte feliz, lo haré. Siempre.

Me pongo a llorar. No suelo hacerlo, no me gusta que me vean, pero no lo puedo evitar. Son

lágrimas de alegría las que resbalan por mis pequeñas mejillas. Jamás hubiera pensado que los sueños se hacen realidad, que cuando quieres algo, quizás, solo quizás, se pueda materializar en algo tangible.

—Pero mamá —digo, despegándome de su abrazo de oso—, te habrá costado muchísimo dinero. ¿Tanto te ha dejado el abuelo?

—Pues sí, me ha dejado mucho, pero la casa no era tan cara como yo pensaba. Ha sido costosa pero no imposible de comprar. Eso sí, me quedo con poco después de pagarla. He decidido que te ayudaré a arreglarla un poquito y me iré al pueblo a vivir.

Y es entonces cuando no entiendo nada. Me tengo que sentar de nuevo, porque la idea de que mi madre me abandone jamás ha estado en mi vocabulario mental.

—¿Cómo que te vas? ¿Para qué? ¿Por qué? —pregunto atropelladamente, casi sin terminar una palabra para pronunciar la siguiente.

—Vine a Madrid buscando un futuro mejor para las dos. Yo lo he hecho lo mejor que he podido, pero nunca ha sido mi sitio. Me gusta el pueblo, y ahora puedo vivir en la casa de los abuelos. Me encanta esa casa, es mi hogar, cielo. Tienes que entenderlo —enfatisa cuando hago una mueca—. Tú tienes tus sueños, y yo los míos. Quiero vivir tranquila, plantar árboles, tener un huerto. Pintar.

—Pero... ¿y yo? ¿Qué pasa conmigo? —casi me siento como una niña llorona. Es mi madre, no puede abandonarme.

—Tú tienes tu casa, tu proyecto de empresa. Llevas años imaginándolo, y sé que puedes hacerlo. Pero tienes que salir sola del nido y empezar a vivir tu vida. Y yo la mía —susurra, casi como si le diera miedo mostrar que también es persona además de madre.

Solo me independicé una vez, con el gilipollas de mi ex número cuatro, y acabé arruinada, cornuda, perdí el trabajo de mi vida y tuve que volver a casa con una mano delante y otra detrás. Después de eso nada en el plano profesional tan bueno como para poder independizarme de nuevo. Sí, no debería querer vivir aún con mi madre, que tengo treinta años, ¡por Dios! En la Edad Media ya sería casi una viejecita con quince hijos y veinte nietos. Bueno, no creo que ni siquiera en esa época mis escurridas caderas dieran para tanto.

—¿De qué vivirás allí? —pregunto, secándome las lágrimas, mientras me obligo a no ser tan niña —. Bueno, no sé cuánto dinero te ha dejado el abuelo, pero dices que...

—En el entierro la vecina me ofreció trabajo como profesora de pintura en el ayuntamiento. Varias de mis amigas de la infancia viven allí y tienen tiendas. También me dijeron que podía trabajar con ellas. Alana —dice cogiéndome las manos—, no me voy a ir hasta saber que estarás bien, pero necesito cambiar mi vida. Necesitamos hacerlo las dos.

Que te diga eso tu madre es vergonzoso, pero una madre siempre tiene razón. Es el empujón que necesitaba, supongo, pienso durante un momento mientras nos abrazamos. Y tras el miedo inicial mi mente empieza a ir a mil por hora. Ya estoy viendo el color de las cortinas, ya estoy preparando mentalmente los juegos que voy a preparar para los eventos. Ya me veo como anfitriona, siguiendo

un papel en el juego de rol que voy a vender para grupos. Y después de verme sola un segundo cambio el sueño y meto a mis dos mejores amigas. Una desempleada y otra con un pie fuera del mercado laboral. Las veo conmigo, llevando la casa entre las tres, preparando cócteles deliciosos para que los clientes se vayan conformes y vengan más y más.

Y después parpadeo varias veces y la veo.

La casa.

Mi casa.

Capítulo dos

Me levanto con ganas de comerme el mundo, ilusionada como una niña la mañana de Reyes, cuando te despiertas y respiras magia condensada. Me ducho cantando, me visto sin pensar si voy conjuntada y me tomo el café que ha preparado mi madre de un trago. Me abraso la garganta pero no me importa. Es el primer día del resto de mi vida. Decir que soy feliz es poco, es como si mi cuerpo fuera a reventar por todas las emociones que llevo dentro.

—Alana, relájate, por favor, me estás poniendo histérica —se queja cuando, literalmente, le pongo su taza de café entre los labios para que se lo termine de una santa vez y podamos ver mi casa. Qué bien sienta decir eso. Mi casa. Sin hipoteca, sin deudas, sin un novio pesado con quien compartirla. Es mía, solo mía.

—Ni se te ocurra maquillarte —amenazo, levantando un dedo. Nos vamos inmediatamente. Hace rato ha salido el sol y no aguanto más la espera—. ¡Mamá! —grito cuando veo que se va hacia el baño y echa el pestillo.

Diez interminables minutos más tarde salimos por la puerta. La arrastro por la calle sin piedad, en el metro voy empujando a todo el mundo como si me fuera la vida en ello y, cuando estamos a unos metros de la plaza, mi madre se agacha y empieza a hiperventilar.

—Hija, no puedo más. Me vas a matar —dice con la voz entrecortada.

Me obligo a relajarme un poco y la acompaño del brazo para que se siente a descansar en un banco. Yo también estoy sin respiración. Hemos subido las escaleras del metro de tres en tres, pero algo tira de mí. Siempre lo ha hecho, pero saber que tengo las llaves, que puedo entrar... me saca de mi propio cuerpo. No siento los dedos congelados, ni me molesta que las volutas de humo que salen por mis orificios nasales me estén dejando la nariz más roja que un pimiento. Ni siquiera soy consciente de haberme peinado esa mañana.

—Toma —dice tendiéndome las llaves—. Ves entrando. Yo voy a recuperar un poco el aliento.

Suspiro resignada y me siento a su lado. Me enciendo un cigarrillo y juntas nos ponemos a contemplar la casa. A pesar de estar en enero la luz incide con fuerza en los ventanales, dejando entrever un poco lo que hay en su interior. Una cómoda antigua, una lámpara de araña en el techo y un reloj de pared. Nunca la había visto a estas horas, casi siempre era ya de noche.

Me levanto como hipnotizada y me acerco hasta agarrar la verja con fuerza. El jardín es precioso. Me tiraré días limpiándolo, pero cuando haya terminado será un lujo poder disfrutarlo. Cuando se lo diga a Nerea y a Lucía no se lo van a creer. Aún mantengo el secreto, quiero que esté todo listo para darles la noticia y hacerles una proposición que no podrán rechazar.

—Cielo, ve entrando —grita desde el banco. Niego con la cabeza. Esta casa es más suya que mía,

para eso la ha pagado ella. Tenemos que cruzar el umbral juntas.

Voy a decirle que deje de hacerse la vieja pelleja y que venga de una vez cuando siento a alguien a mi espalda. Pego un brinco y me doy la vuelta. Me llevo las manos al pecho, casi me da un infarto. Reprimo un escalofrío que me sube por la espalda y dejo que el aire vuelva de nuevo a mis pulmones.

—Qué susto me has dado —consigo decir. La mujer que casi me manda para el otro barrio sonrío y mueve la mano como para quitarle importancia sin soltar su bastón.

—Perdona, no pretendía asustarte —dice, animada. Su voz es penetrante, sus ojos brillan, igual que todas las sortijas que lleva en los dedos. Tiene un leve acento, pero no consigo reconocer de dónde procede. Rápidamente intento calcular su edad. No debe tener más de cincuenta años.

—La culpa es mía, estaba absorta mirando la casa —respondo girándome de nuevo hacia mi maravillosa propiedad inmobiliaria. Aún no me creo que sea mía. ¡Mía!

—Sí, es un lujo verla todas las mañanas cuando salgo a comprar el pan —añade imitándome. Ambas nos agarramos a la verja y suspiramos—. Lástima que lleve tantos años cerrada.

Voy a decirle que por poco tiempo cuando mi madre se me adelanta.

—Pues mire qué casualidad, mi hija es la nueva dueña y pensamos abrirla ahora mismo —dice llegando hasta nosotras y dándome la llave de nuevo—. Venga, haz los honores.

—Qué buena noticia —murmura la mujer, apretándose un fular morado que lleva anudado en el cuello—. Entiendo que vais a vivir en ella, ¿verdad? —quiere saber, entornando los ojos.

—Esa es la idea —respondo sonriendo.

Doy vueltas al llavero entre mis dedos. Es un manajo con cinco llaves, así que empiezo a probar con todas para ver cuál es la que abre la primera puerta. Es de hierro, así que quizás es la llave más grande. Mientras lucho con la cerradura, mi madre se pone a hablar con la mujer.

—Entonces seremos vecinas —está diciendo, cogiendo del brazo a mi madre—. Yo vivo aquí al lado, en este portal. Mi piso es el primero izquierda, por si algún día quieren pasarse a tomar el té.

El té. Qué mujer más anticuada.

—No, es mi hija quien vivirá aquí. En cuando la hagamos un poco habitable me marchó al pueblo a vivir. Se quedará aquí con sus amigas —explica mi madre, intentando llegar a mi lado sin éxito. Parece que la vecina es la típica cotilla implacable.

—Qué interesante, sí señor, muy interesante —murmura mientras nos sonrío. Por un segundo me parece ver que lleva un diente de oro, pero al momento cierra la boca—. Cuidado ahí dentro. La casa es vieja.

Doy un gritito de alegría cuando la puerta se abre y entro corriendo al jardín. Inspiro con fuerza y me llega el olor de la tierra húmeda, el polvo y los pinos que se encuentran diseminados por la entrada. El terreno parece que rodea toda la casa. No es muy grande pero suficiente para poner un cenador con sillas y una gran mesa de madera.

Empiezo a andar sorteando un poco de maleza para ver cómo es el patio trasero cuando mi madre

me llama para pedirme que la espere. Me dirijo al columpio y tras comprobar que sigue resistiendo mi peso empiezo a balancearme con cuidado. Quiero verlo todo, investigar, pero la vecina no nos deja en paz.

—Si tiene curiosidad puede entrar con nosotras para verla por dentro —dice mi madre, soltándose de la mujer—. Vamos, si no entramos ya mi hija nos matará —bromea hasta llegar a mi lado para tocarme el hombro. Esa es la señal. Huir por patas.

—No, no es necesario. Soy un tanto supersticiosa, y hay sitios en los que prefiero no poner ni un pie —dice la vecina empezando a andar. Se mete en su portal y cierra la puerta.

—No le hagas ni caso —comenta mi madre, dándome un leve golpe en el brazo.

Tardo unos segundos en reaccionar, me he quedado absorta contemplando un pequeño pasillo formado por enredaderas.

—¿Qué decías? ¿Ha dicho algo la vecina?

Me coge de la mano y vamos hasta el patio trasero. Es minúsculo, casi más pequeño que el jardín de la entrada. Me encojo de hombros. Qué esperaba. Estamos en el centro.

—Abrimos la puerta y descorcho esto —dice, sacando de su gigantesco bolso una botella de champán.

—Mamá, te estás volviendo un poco borrachuza —comento luchando de nuevo con el manajo de llaves—. Es esta —digo cuando la hago girar en la cerradura y un clic nos sorprende a ambas. Ya está, estamos dentro.

La puerta es pesada, de madera con grabados en toda la superficie a excepción de dos cristales amarillos opacos. Me cuesta un poco abrirla, y decido que tendré que engrasarla con algo. Madre mía, no sé ni cambiar una bombilla...

Entramos y lo primero que me llama la atención es una lámpara de araña gigantesca justo en el *hall*. Los cientos de cristalitos brillan con la luz del sol. Es preciosa. Mi madre me coge de la mano y me lleva a la primera puerta a la derecha. Me quedo sin respiración cuando me encuentro con una biblioteca enorme. Está repleta de libros, y también de telarañas.

—Dios santo, es increíble —dice, pasado la mano por ellos—. Aquí debe de haber cientos de libros, cielo.

Asiento con la cabeza en silencio y me acerco a la chimenea. Majestuosa, enmarcada por unas molduras de madera trabajadas de forma exquisita. Veo varios sillones tapados con sábanas raídas y una mesa cuadrada en el centro. Al menos hay quince sillas alrededor.

—Este será el lugar donde haré las cenas de Cluedo —pienso en voz alta mientras me paseo tocándolo todo—. Con la chimenea encendida, la mesa con velas, todos disfrazados de época con pelucas blancas...

Mi madre me interrumpe porque se empieza a reír de mí.

—Eres una chiquilla con alma de antigua, Alana. A pocas chicas de tu edad les gustan estas cosas.

La ignoro encogiéndome de hombros y salgo para seguir investigando. Mi madre se queda

comprobando los títulos de la biblioteca mientras yo me aventuro con la puerta que hay a la izquierda. Se abre con el característico chirrido de las películas de miedo y me encuentro con una cocina pasada de moda. Sí, lo reconozco, las cocinas me van más modernas. Los azulejos blancos y azules podrían tener estilo... Y después de mirar dos veces los muebles me convengo de que con una mano de pintura pueden quedar muy chulos. Los electrodomésticos son viejos. Cuando haga el contrato de la luz comprobaré si funcionan.

Me estoy paseando imaginándomela terminada cuando la puerta se cierra de golpe.

—¿Mamá? ¿Eres tú?

Me quedo un segundo en silencio esperando escuchar su voz. Nada. Voy hasta la puerta, sujeto el pomo e intento girarlo. No puedo. Está como atascado. Tras un par de intentos en los que me empiezo a poner nerviosa lo consigo. La abro y corro a buscar a mi madre. La encuentro donde la dejé, ojeando un libro.

—¿Has ido a la cocina? —pregunto robándole el libro para que me preste atención.

Me mira y niega con la cabeza.

—La puerta se ha cerrado sola —murmuro muy bajito.

Suelta una carcajada y me hace un gesto con la mano.

—Habrá sido una corriente de aire. En estas casas suele pasar —comenta con naturalidad, como si hubiera vivido en una casa así toda su vida.

—Quiero ver lo que hay arriba —digo, con un tono que no admite réplicas. Sí, quiero ir arriba, pero tú vienes conmigo.

La cojo de la mano y subimos los escalones. A cada paso un chirrido, el crujir de la madera protestando por ser molestada en su descanso eterno. Durante un segundo caigo en la cuenta de que la madera es parte de un cadáver, como si me cortaran un brazo y lo utilizaran de pasamanos. Los arboles tienen vida, y los descuartizamos sin piedad.

Meneo la cabeza y me obligo a sacar de mi mente enferma esos pensamientos tan siniestros.

—Mamá —empiezo a decir cuando estamos llegando arriba—, ¿sería muy caro quitar la madera de la casa?

—Pues sí, y no lo tenemos.

Las madres, siempre tan prácticas.

Llegamos a un pasillo estrecho lleno de retratos al óleo. Ya la he perdido de nuevo. Se queda embobada quitando a manos llenas las telarañas y admirando las pinceladas. Pongo los ojos en blanco y empiezo a investigar. Cuento seis puertas. Las cinco primeras son habitaciones, todas con cabecero inmenso y algunas con dosel. Armarios de madera, cómodas y poco más. Colchones llenos de polvo, cristales sucios y cortinas pasadas de moda.

La última puerta es el baño. Parece que es el único de la casa. Pero me quedo impactada por lo precioso que es. Espejo inmenso con marco dorado, bañera de patas, azulejos que parecen mármol. Creo que será mi habitación.

—¡Mamá! —la llamo entrando emocionada. Me siento en el borde de la bañera y abro el grifo. Un ruido sacado del averno y empieza a caer un chorro de agua marrón—. ¡Tienes que venir a ver el baño!

Espero a que corra el agua para que se limpien las tuberías. Las vistas desde la ventana son increíbles. Me encanta. Me daré baños de espuma tres veces al día por lo menos. Estoy pensando dónde podría meter algún mueble para mis cosas cuando el espejo se empaña, a pesar de que el agua está más fría que mis pies por las noches. Y unas letras empiezan a formarse lentamente.

«Vete», consigo leer cuando compruebo que no me he desmayado ni estoy soñando.

Me levanto con el culo apretado por el miedo y huyo del baño. Encuentro a mi madre en una de las habitaciones, comprobando los armarios por dentro.

—Tienes que ver esto —consigo decir mientras la cojo de la mano y la arrastro hasta el baño.

—¡Alana! —grita cuando entra. Porque sí, he dejado que entre ella primero—. ¡No malgastes así el agua!

La escucho cerrar el grifo de la bañera y salir tan tranquila.

—¿Has visto el espejo? —pregunto, tiritando sin tener frío.

—Sí, es precioso —contesta y me sonrío. Me da un beso en la mejilla y vuelve con sus amigos los cuadros. Si no me vinieran tan bien como atrezo se los regalaría.

Decido entrar. Nada. No hay nada escrito. Me froto los ojos y me tapo la cara con las manos. Debe ser que estoy agotada. Demasiadas emociones. Demasiado café. Me estoy sugestionando y no debería hacerlo, porque técnicamente esta es ahora mi casa y voy a tener que vivir aquí. Pero no pienso pasar una noche en ella sola ni loca. Antes me voy con la vecina del diente de oro.

Me reúno con mi madre y siento una corriente de aire frío. Pero esta vez de verdad. Levanto la vista y veo una parte del techo como un poco abierto. Mi madre me imita y aplaude.

—¡Qué suerte! ¡Tienes un desván!

En estos momentos no sé si es suerte o desgracia... Me da una linterna que llevaba en el bolso y tiramos del gancho del techo. Se despliega una escalera llena de polvo. Me asomo y solo veo oscuridad. Si me estaba dando miedo estar sola en la cocina, no me quiero imaginar subiendo ahí arriba.

—Venga, sube —me dice, empujándome.

—No, que me da miedo —suelto, apartándome de la escalera.

—¡Habrás visto! ¡Quieres montar una casa del terror y te asustas de un desván oscuro!

Me quita la linterna y empieza a subir. Temo por su seguridad, de verdad que sí, pero algo llamado canguelo me mantiene con los pies bien pegaditos al suelo.

—¡Alana! ¡Esto es increíble! —se la oye desde arriba, con la voz algo amortiguada.

—¡Otro día! —grito, pensando que quizás sería mejor ver lo que hay y no dejar volar a mi siniestra imaginación. Pero entonces me parece ver que una cortina de una de las habitaciones se empieza a mover y...—. ¡Mamá! ¡Baja ya!

Salgo de la casa con prisas, con un poco de angustia, y mi madre detrás, entusiasmada, hablando sobre las cosas que tenemos que hacer; primero el contrato de la luz, después limpiarlo todo. Que si la casa ya está amueblada, que menuda suerte he tenido...

Hay quien dice que cuidado con lo que deseas, porque se puede cumplir. Pues le daría una patada a ese alguien porque ahora mismo es como me siento. Con desazón en la boca del estómago. Soy la persona más estúpida del mundo. Deseando algo tanto que, cuando lo tengo, no le pongo más que pegas. Seguro que ha sido una corriente de aire lo que ha cerrado la puerta de la cocina, de hecho, si lo pienso bien, da justo sobre la escalera, donde está el desván. Sí, tiene sentido. La cortina moviéndose es algo normal, si me fijara en nuestro piso seguro que también se mueven. Y bueno, lo del baño... habrán sido imaginaciones mías, quizás he inhalado el agua con tierra mohosa.

Cuando nos sentamos en el restaurante a comer me siento mucho mejor. Ya he entrado en calor. Ya he desechado de mi mente los absurdos temores. Es normal que me sienta así, es una casa antigua, es grande, es mi primera propiedad inmobiliaria. Todos esos pensamientos viajan en círculos por mi mente hasta que llega la lasaña de queso de cabra que he pedido.

—Hoy mismo llamo a la compañía eléctrica —está diciendo mi madre, con la boca llena de raviolis—. También a un fontanero para que revise la calefacción, el calentador y eso. Y mañana vamos a preguntar los pasos para darte de alta y montar la empresa.

Sonrío. Con todo mi ser. Es arriesgado, pero los sueños siempre lo son. Como aún no hay electricidad no queremos volver porque a las seis de la tarde ya anochece. Decidimos quedarnos por el centro e ir de tiendas.

Una hora después, con un cojín de rombos en las manos, caigo en la cuenta de algo importante.
—Mamá —digo, soltando el cojín para oler unas velas perfumadas—. ¿Compraste la casa sin verla por dentro?

Deja un candelabro en la estantería y me coge del brazo para que nos vayamos. Creo que está cansada.

—Sí, en la inmobiliaria me dijeron que se tenía que comprar sin entrar. Por eso estaba por debajo de su valor. Ya sabes cómo son, cualquier cosa con tal de no trabajar.

Asiento en silencio, con serias dudas.

Capítulo tres

Una semana después, la casa ya tiene electricidad, el fontanero ha puesto a punto la caldera y mi madre y yo volvemos listas para ponernos a limpiar. Por suerte también he avanzado mucho con los trámites de la empresa. Se llamará *La Casa Encantada*. No por los espíritus, que por supuesto no existen ni habitan en ella, sino porque me parece el reclamo perfecto para los clientes.

Debido a todo el papeleo que he tenido que hacer, ha sido mi madre quien se ha ocupado de hablar con el fontanero y enseñarle los necesarios arreglos, así que es la segunda vez que pongo los pies dentro de mi nueva y, en un futuro no muy lejano, monísima casa.

Me hago dos trenzas y me pongo unos guantes antes de entrar. Mi madre abre mientras yo acarreo con todo lo necesario para quitar la mierda que se ha ido acumulando durante años. Me peleo con la fregona, y el cubo no hace más que caerse. Sin ver por dónde piso lo dejo todo en el suelo del recibidor mientras mi madre va abriendo las ventanas y descorriendo las cortinas.

Vaya, es muy luminosa. Sonríe un instante y siento un cosquilleo en el estómago. Los nervios, la anticipación de lo que será mi nueva vida esperando a que dé el segundo paso, coja la escoba y me ponga a barrer.

Y así empieza lo que llamo la época de Cenicienta. Día tras día quitando cortinas, colchas, tirando sábanas viejas, aspirando alfombras, desempolvando libros... creo que vamos por el quinto día y aún no veo la luz.

A veces, cuando estoy sola en el piso de abajo, escucho como unos pasitos en las habitaciones de arriba. Mi madre dice que la madera cruje, que las casas hacen ese tipo de ruidos. Dice que ojalá no sean ratones, yo pienso que ojalá no sea otra cosa, pero no me permito pensar en eso, no puedo dejar que mi mente empiece a idear cosas extrañas. No, porque la que tiene que vivir aquí soy yo.

Una semana después la casa está lista. Todo reluce, las estanterías vuelven a tener el esplendor de antaño, ya se ve el dibujo de las alfombras, las habitaciones huelen a velas de vainilla, el salón que hay justo en la entrada te llama a que te relajes en su sofá y que vayas a la biblioteca a por un libro. Entre mi madre, yo y una dependienta muy maja de una tienda de pinturas hemos conseguido encontrar un color azul perfecto para los muebles de la cocina. Una lámpara más moderna y cuatro tonterías de Ikea y es una cocina vintage ideal. No podría ser mejor.

Después de luchar internamente por cuál de las habitaciones de arriba me quedaba, me he decantado por la más grande, justo al lado del baño. Tiene sentido, lo malo es que es la más alejada de las escaleras, pero me da igual. He pintado el cabecero de hierro de blanco, un colchón nuevo, almohadas tan suaves que parece que estás flotando, y mi juego de sábanas preferido, con dibujitos, la convierten en mi espacio.

Pero, sin duda, lo que más me gusta de mi habitación es la ventana. Es un ventanal de cuerpo entero con un alféizar interior que me permite poner unos cojines y sentarme a ver el mundo pasar. He puesto unas cortinas de tul blancas recogidas a los lados y un baúl antiguo que ha encontrado mi madre en el desván. Aún no he subido. No es que no me atreva, es que no he tenido la necesidad visceral de comprobar qué hay. Cualquiera día, sin más, lo haré.

—¡Alana! ¡Vamos a cenar! —grita mi madre desde la cocina.

Bajo disfrutando cada rincón, cada puerta lijada y barnizada, cada retrato limpiado a conciencia, cada lámpara reluciente. Me asomo un momento a la biblioteca y respiro profundo al ver el fuego de la chimenea. Es increíble. Todo lo que está pasado me deja sin respiración.

Cenamos en el salón viendo la tele. Como quiero utilizar la biblioteca y dos habitaciones de arriba para los juegos, decidimos que el salón de la entrada tampoco tuviera televisión para darle más realismo. No pasa nada, he creado en una esquina de la cocina un espacio muy cómodo con un sofá, dos tresillos y una mesita baja. Creo que casi todo nuestro piso es del tamaño de esta cocina.

—Cielo, yo creo que ya es hora de que empiece a preparar las maletas —suelta con un trozo de brócoli entre los dientes.

—¿Pero qué dices? —replico, empezando a notar el corazón a mil por hora—. Aún no se lo he dicho a mis amigas, y la empresa aún no ha empezado. Yo... no me veo aquí sola, aún no.

No me había dado cuenta del miedo que me daba estar sola en Madrid hasta que no me lo ha dicho. Y cuando digo Madrid digo esta casa.

—La casa está para entrar a vivir —dice señalando las paredes—. No puedo permitirme pagar un mes más de alquiler del piso. Lo sabes, cariño, es demasiado. Hemos gastado mucho aquí, con los electrodomésticos, los colchones...

—Pero te puedes quedar en una habitación. Puedes quedarte aquí a vivir conmigo. Podemos trabajar juntas en la empresa. Tú puedes hacer de, de...

—De vieja, ¿no? Del fantasma de la abuela —bromea, pellizcando un poco el pan—. No, ya lo hemos hablado. Este es tu sueño, el mío está en el pueblo.

—Pero puedes plantar un huerto en la entrada, puedes pintar, le podemos alquilar las dos habitaciones a mis amigas y así cubrir gastos —digo, intentando convencerla.

Se levanta a beber un poco de agua, y apoyada en el fregadero me lanza la mirada «made in mamá».

—Llama a tus amigas mañana. Que dejen su piso también y entren aquí en unos días.

Bajo la mirada al plato y remuevo la asquerosidad de hoy. Ya sé por qué estoy tan delgada, mi madre no cocina comida, realiza experimentos para los que casualmente utiliza alimentos.

—Vale, como tú quieras.

Y unos días después estoy en la parada del autobús llorando a moco tendido agarrada a las faldas de mi madre. Le suplico, le imploro que no se vaya. Mis amigas no se instalan hasta mañana, ya hemos devuelto las llaves del piso... Con el problemón de que tengo que pasar la noche, yo sola, ¡sola!, en la nueva casa.

—Mamá, por favor, quédate una noche más —repito de nuevo. Ha sido la sonata que he tenido todo el día, y ella, mujer cruel donde las haya, me ignora. Me dice que ya soy mayor, que tengo que hacer mi vida. Vale, yo hago mi vida, pero quédate a dormir.

Me despido de la manera más dramática posible, casi corriendo unos metros detrás del autobús mientras se tapa la boca. La muy... se está riendo de mi. Cuando me doy cuenta del ridículo tan espantoso que estoy haciendo me recompongo como puedo y llamo a Nerea. Dos tonos y contesta.

—¡Hola! ¿Qué haces? —dice, animada—. Yo terminando las maletas.

—Yo acabo de despedir a mi madre —respondo taciturna—. No hace ni cinco minutos que se ha ido y ya la echo de menos.

—Es normal, pero no te preocupes. Esta noche nos emborrachamos a su salud. Además, ya era hora de que te independizaras.

Y el cielo se abre ante mis ojos. Eso es, iré a su piso y me quedaré a dormir en su mugriento sofá. Plan genial.

—Voy para allá.

Cuelgo muy rápido con miedo a que me diga que aún no, que más tarde. Necesito ver caras conocidas. Estoy triste, aterrada, con ganas de seguir llorando, gritar, reír y bailar.

Me bajo en Legazpi y recorro las calles inundadas de gente hasta llegar a su portal. Subo las escaleras, cabizbaja. Me siento vacía, como si me hubieran arrancado el alma. Sé que soy mayorcita, pero nunca he estado sola. Es como si me desnudaran en mitad de la calle, como si me quitaran el suelo bajo los pies de repente.

—¡Guapa! —grita Nerea, emocionada. Me da un achuchón y me deja pasar. Vaya, han empaquetado todo. Ya no están las fotos, ni los cuadros *chulis* que compramos cuando fuimos a Londres en plan escapada de fin de semana. Un montón de cajas embaladas invaden el pequeño salón, dejando una estampa desoladora.

Me siento como puedo en el sofá y cojo sin gracia el gin tonic que me trae Nerea.

—Gracias —digo, después de dar el primer sorbito—. Estoy en la crisis de los treinta.

Suelta una carcajada y se sienta encima de una caja. Se enciende un cigarrillo y me da con el humo en toda la cara mientras sonrío con unos labios rosa chicle que le quedan genial con su melena rubio platino. Es la que tiene clase en nuestro pequeño grupo de tres, la que sabe qué ponerse en cada ocasión, la que combina prendas que a ti jamás se te hubieran ocurrido pero que marcan tendencia en cuanto se las ves puestas. Si tengo que ir de compras siempre le pido ayuda.

Nerea es la guay, yo la rara y Lucía la lesbiana. Sí, la lesbiana más femenina que te puedas imaginar pero, madre mía, lo que le gustan un par de tetas bien puestas.

—Necesito un descanso, me matan las piernas —dice Lucía apareciendo por el salón. El pelo recogido en un moño alto y unos vaqueros que le hacen unas piernas de infarto. La muy cabrona nació con la genética de su parte. Si me gustaran las tías lo habría intentado con ella primero. Bueno, mejor pensado no, que somos demasiado amigas.

—Yo hoy me quedo aquí a dormir. —Directa al grano, sin darle vueltas.

Ambas asienten, tranquilas, menos mal que no me preguntan el motivo. No podría decirles la verdad porque quizás se lo pensarán dos veces antes de vivir allí. No me atrevería a contarles que la casa me da solo un poquito de miedo, y que imaginarme allí sola me pone los pelos de punta. Creo que se echarían a reír y a decirme que no me pega, que siempre me han encantado las historias de miedo, que hago todos los tours de fantasmas y leyendas allá donde voy. Lo que no entienden es que a mí esas cosas me gustan de puerta para fuera, pero no las quiero en mi casa, ni en mi baño ni en mi cocina.

Sé que me estoy sugestionando, que son paranoias mías, pero el desván me paraliza. Mi madre me ha estado insistiendo estos días en que suba, que está muy bien... Bla, bla, bla. Siento que ahí arriba hay algo. Y no pienso subir. Estoy decidiendo mentalmente a cuál de mis dos ingenuas amigas obligo a ser el conejillo de indias y comprobar qué hay cuando me sacan de mis pensamientos.

—¡Alana! ¿Cuándo empezamos con la empresa? —me grita Lucía. Vaya genio le sale a veces. Claro, está en paro y sin un duro, cuanto antes empecemos mejor.

—Pues yo había pensado prepararlo todo esta semana y anunciarnos. Con suerte la semana que viene ya podríamos tener reservado algún grupo —digo, dándole otro sorbito a mi copa.

—Necesito el disfraz, complementos, la historia de mi personaje —empieza a enumerar Nerea—, conocer el juego, saber qué...

—Primero nos instalamos las tres —la interrumpe Lucía—, y después vemos lo del juego.

Y nos pasamos la noche parloteando como loros, recordando viejas historias ya legendarias, porque nuestra mente ha endulzado, enriquecido y espolvoreado polvos mágicos en ellas hasta olvidar el frío que hacía ese día, lo mal que estaba yo porque me había dejado el novio y las almorranas que tenía Lucía de comer picante cuando nos fuimos a la playa diciendo a nuestros padres que íbamos a la biblioteca.

Me estiro incómoda en el sofá y cierro los ojos, ilusionada. Solo me falta un pedacito de mí misma. El mismo que me ha llamado hace un buen rato diciéndome que ya había llegado al pueblo.

Capítulo cuatro

Suena el despertador del móvil. Me levanto de un salto. Preparo café. Me tiro encima de sus cuerpos dormidos como un saco de patatas para que se despierten. Me insultan, les tiro del pelo. Desayunamos callándonos la boca las unas a las otras. Me río hasta que me duele la cara y cogemos el metro después de cargar un camión de mudanzas hasta arriba.

Cuando empezamos a subir las cajas a la primera planta me maldigo por no decirles que se trajeran lo imprescindible y quemaran el resto. Después de casi sacarnos los ojos porque las dos quieren mi habitación, asumen que la dueña soy yo y escogen otras un poco más pequeñas.

A la hora de la comida encargamos unas pizzas y empezamos a relajarnos. Esto es un sueño hecho realidad. Nerea no hace más que decir que tenemos que hacer una fiesta de inauguración, Lucía que debemos invitar también a chicas, no solo a rabos, y yo me tengo que poner seria y explicarles que estamos sin un duro y lo que tenemos que hacer es empezar con la empresa.

Eso es lo importante.

Me callo lo segundo más importante en el orden del día: recuerdo perfectamente haber limpiado y colocado los retratos del pasillo en un orden concreto, y no sé por qué narices vuelven a estar colgados tal y como me los encontré el día que entré por primera vez. El maldito señor con bigote debería ir el primero, no el último, y la señora con entrecejo no estaba justo al lado de la puerta del baño.

Inspiro hondo y reprimo el escalofrío que me está dejando telele cuando un borde de pizza me da en la cara.

—¡Ey! —me quejo, buscando la culpable.

Nerea levanta las manos en señal de falsa inocencia. La muy putilla siempre hacía eso cuando éramos niñas.

—Te estaba preguntando si ya has preparado la historia —dice, tocándose el aro que lleva en la nariz. Yo también me puse uno, pero al segundo día se me infectó y me lo tuve que quitar. Me dan ganas de arrancárselo porque a la mamona le sienta todo bien. Puta.

—Vale —digo, concentrándome—. Creo que podríamos empezar por algo sencillo. Un grupo máximo de diez personas. Sobre las ocho se les recibe con una copa de vino y van entrando en la biblioteca. Tú —digo señalando a Nerea—, serás la sirvienta. Yo el ama de llaves y Lucía será la vieja loca.

—¿Perdona? —pregunta Lucía, inclinándose en la silla—. No pienso ser la vieja loca, me da mal rollo. Haz tú ese papel.

—No puedo, tengo que ser el ama de llaves para guiar el juego. Bueno, vale —consiento cuando

me está mirando con cara de mala leche—, serás la camarera o algo así, ya lo pensaremos. Les damos a cada uno una carta y un disfraz, para que se metan en su personaje. Y empieza la cena. He pensado que podríamos darles sustos por la casa, poner música clásica antigua mezclada con tonos como de puertas cerrándose y un reloj... no sé, tenemos que ambientarlo un poco.

—Vale. ¿Y cuando descubran quién es el asesino? —quiere saber Nerea.

—Tenemos que guionizar la cena para controlar los tiempos —explico muy profesional. He ido a un montón de sitios donde han preparado cosas parecidas, no es difícil para mí—. Les escondemos pistas por la casa, detrás de los cuadros, entre los libros... Y debería durar como mucho cuatro horas.

Nos dividimos las funciones: Nerea se encargará de la publicidad y todo lo que tiene que ver con las redes sociales, Lucía la comida y la bebida. Le pido que busque recetas, que piense combinados chulos. Y yo me dedico a pensar. A montar diferentes juegos, al menos cuatro. Tengo el Cluedo, una cena temática inspirada en los vampiros y el típico juego de una pista que sigue a otra pista.

El último juego es harina de otro costal. No me decido porque va de espíritus y, la verdad sea dicha, me da bastante mal rollo. Lo tengo clarísimo en mi cabeza, quedaría genial, pero me parece que sería tentar mucho a la suerte.

Sobre todo porque justo antes de irme a dormir me parece ver una silueta moviéndose por el pasillo. Claramente algo está subiendo las escaleras despacio y se está acercando. Me ha faltado tiempo para entrar corriendo en la habitación y cerrar con fuerza la puerta.

Me meto en la cama y me tapo hasta las orejas. Me repito diez veces que son imaginaciones mías, que tengo que parar, que mi mente es demasiado poderosa y me estoy sugestionando. Y tras mandar un mensaje a mi madre deseándole las buenas noches me duermo en un sueño intranquilo.

Cuando amanece abro un ojo pegado por una legaña y me estiro en la cama. Con la luz del día entrando por el ventanal las cosas no parecen tan siniestras. Me doy una ducha con la ventana abierta a pesar del frío para evitar que se empañe el cristal y así no tener que ver letras escritas y me bajo a preparar café. Parece que en nuestra rutina siempre seré yo la que se levante primero. Mis dos amigas son demasiado dormilonas. Compruebo que el tope que coloqué en la puerta de la cocina está en su sitio (no quiero que un aire interno la cierre de nuevo) y pongo música mientras hago tostadas. Empiezo a mover las caderas al ritmo de la canción cuando escucho gritar mi nombre.

—¡Alana! ¡Alana! —grita Nerea en el pasillo de la primera planta.

Subo deprisa, preocupada. Cuando llego al último escalón me quedo quieta, conteniendo la respiración. Está mirando los retratos. Se han vuelto a cambiar de sitio. Otra vez.

—¿La mujer uniceja no estaba al lado del baño anoche? —me pregunta, señalando el cuadro que ahora tenemos al inicio de la escalera. Le resta seriedad al momento el hecho de que lleve un pijama de unicornios rosas y en la cabeza un antifaz.

Por un segundo deseo compartir mis miedos, mis canguelos más profundos con respecto a la casa. Pero después decido que es mejor no darle importancia. Si hablamos sobre el tema el problema se

hará mayor. La bola crecerá y crecerá hasta aplastarnos.

—Los cambié anoche antes de irme a la cama —miento cruzando los dedos a mi espalda. No puedo mentir si no hago eso.

Me mira un segundo y su expresión se relaja.

—Vale, menudo susto me había llevado.

Se da la vuelta en dirección al baño. Y de repente el peso de la responsabilidad aumenta un poquito más sobre mis hombros. Es cuando me doy cuenta de que todo, esta casa, el proyecto y lo que ocurra en el futuro, no solo me afectará a mí, sino a mis mejores amigas. Las he convencido de que va a funcionar, y ahora tengo que hacer que se haga realidad.

Subo a mi habitación y enciendo el portátil. Tras unos minutos rastreando internet, encuentro lo que busco: un artículo sobre la casa. Voy leyendo con rapidez, saltándome los datos que no me interesan, hasta que leo algo que hace que se me pare el corazón. Por lo visto en esta casa se han producido varias muertes prematuras, un suicidio y varios asesinatos. Hace más de cien años, pero eso no me tranquiliza. Cierro el portátil de un golpe y me abrazo el cuerpo, porque de repente tengo mucho frío.

La ventana empieza a empañarse por dentro y la palabra «vete» se va dibujando lentamente ante mis ojos en uno de los cristales.

Pego un salto y salgo corriendo escaleras abajo. Entro en la cocina temblando, y me encuentro a mis amigas desayunando tan tranquilas.

—Bueno chicas, me tengo que ir ya. Volveré sobre las nueve —me despido con la voz temblorosa. No las quiero dejar aquí dentro solas, pero tampoco sé qué puedo hacer. ¿Llamar a un exorcista? ¿A un cura? Decido disimular hasta encontrar una solución.

—¿Dónde te toca hoy?

—Es un evento en el Palacio Real, va a ser un ratito.

Salgo y me abrigo con la bufanda hasta las orejas. Hace un frío que te corta la piel. Al menos voy andando, lo que resulta un lujo después de tantos años cogiendo el metro para ir a cualquier sitio.

Paso por la zona de empleados enseñando mi identificación a los vigilantes. Dejo en una taquilla mis pertenencias y voy al baño a comprobar mi aspecto. Tengo que volver a domar mi pelo rata y al final decido que me haré dos trencitas. Me peino el flequillo con los dedos y me quito un poco de colorete. Con lo blanca que soy el frío ya me ha puesto colores. Me ajusto la pajarita negra y compruebo que la camisa blanca no tiene arrugas. Intento parecer tranquilo, pero el temblor de mis manos me delata.

—Aquí está la que faltaba —murmura una compañera pasando al baño. Es la chica más odiosa que he conocido nunca. Le molesta que llamen a las demás antes que a ella.

Termino el servicio sin problemas. Los compañeros me invitan a tomar una cervecita a un bar de al lado, pero les digo que me tengo que ir a casa. He de buscar en internet el contacto del mejor médium. Esto último no lo digo porque ya bastante rarita soy, como para que encima se piensen que estoy loca.

Me envuelvo en mi bufanda gigante y camino de regreso pensando en lo que me atormenta dentro de los muros de mi casa. No veo a nadie, no soy consciente de si cruzo en verde o en rojo, tan inmersa estoy en mis pensamientos. Así que cuando alguien me sujeta del brazo me asusto.

Me giro. Es la vecina. Me sonrío y veo que el diente de oro brilla.

—Buenas noches —saludo con intención de meterme en casa ya.

Me retiene con su mano, así que con una mueca de disgusto que soy incapaz de disfrazar vuelvo a darme la vuelta para ver qué quiere.

—Perdona que te moleste —dice con acento rumano. Eso es, ese es el acento que me sonaba el otro día y que no conseguía identificar—. Quería saber qué tal todo en tu nueva casa. ¿Ya te has instalado?

—Sí —contesto rápido. Los pies se me están quedando helados.

—Estupendo. —Es raro, la sonrisa no le llega a los ojos. Los ojos me dicen otra cosa—. Si tienes cualquier problema no dudes en decírmelo, siempre estoy por aquí. Por cierto, he visto movimiento por las ventanas ahora mismo, ¿es que hay alguien más contigo?

—Mis amigas.

Me alejo un poco y le doy las gracias. Qué mujer más rara. Pero bueno, por lo menos se preocupa por sus vecinos.

Me pongo el pijama y voy recogiendo todo lo que he tirado por las escaleras mientras me iba desnudando. Jolines, antes era mi madre la que lo hacía. Decido llamarla antes de cenar, así que subo con el montón de ropa bajo el brazo y busco el móvil.

Dos tonos y contesta. Me siento en la cama echándola de menos.

—Alana, cielo —dice con esa voz que tiene tan rasgada.

—Te echo de menos —suelto sin más. No debería hacerla sentir culpable. Soy una mujer de treinta años, por el amor de Dios.

Escucho que sonrío al otro lado.

—Y yo, pero pronto nos veremos. No me he muerto, estoy a tres horas de ti —dice animada. Me levanto de la cama y me asomo a la ventana. Le voy a decir que sí, que lo sé, quiero contarle los avances que hemos hecho con el proyecto. Todo eso se me queda contenido en la garganta cuando veo a la vecina en la calle. De pie. Mirándome fijamente. A pesar de hacer un viento de mil demonios me fijo que a ella no se le mueve ni un puto pelo de la cabeza.

¿Demasiada laca rumana?

Capítulo cinco

Tras una semana ajetreada sin más sucesos paranormales, Nerea nos sorprende con una noticia increíble.

¡Tenemos la primera reserva!

Mi amiga es la mejor, y hasta ha creado una página web. Vale, es de esas que ya vienen hechas, pero tras dedicar horas a hacer fotografías de la casa súper chulas y subirlas, poner las tarifas, «las ofertas» y demás, esta tarde tenemos a los primeros clientes.

Es un grupo de chicos que vienen para celebrar una despedida de soltero. Lucía hace una mueca de disgusto porque claro, no habrá más que nabos esta noche. Pero como ya le dejé bien claro, donde tengas la olla no metas la polla.

Decir que estamos histéricas es poco. Nerea no hace más que gritar diciendo que se le ha quedado el pelo mustio. Sí claro, su larga, ondulada y brillante melena rubia ha perdido su fuerza. ¡Pero si en el colegio la llamaban Rapunzel! Se niega a ponerse la cofia de sirvienta porque dice que baja su caché, las medias son del chino y no le marcan como deberían las curvas de su cuerpo y el disfraz que le compré por internet es mediocre. He tenido que ponerme seria y prometerle que cuando ganemos dinero le compro un atuendo digno de su persona, pero que por ahora es lo que hay.

Lucía por su parte pasa un poco de su aspecto. Como no hay tetas a las que conquistar casi prefiere pasar desapercibida. Eso sí, como la cena no quede perfecta le va a dar un ictus. Ha visto miles de tutoriales por youtube y estoy segura que cuando se aburra de nosotras gana MasterChef.

Yo, por mi parte, solo soy un amasijo de carne y huesos que grita hasta a las paredes, le parece que está todo fatal y deberíamos tirar la casa hasta sus cimientos y empezar a levantarla de nuevo para que esta noche la actividad quede mínimamente decente. Voy sin mirar comprobando que las velas siguen encendidas, que el vino sigue donde lo dejé, abierto para que respire un poco. Repaso mentalmente el juego, mi papel, lo que debo decir, cómo he de comportarme...

No soy actriz y suelo reírme cuando estoy nerviosa. Me preocupa que me entre la risa floja y que mañana los comentarios sean que somos unas aficionadas patéticas. Me planteo si el juego es lo suficientemente complicado para que no lo descubran en los primeros quince minutos pero no tan enrevesado como para que se vayan sin resolverlo y acaben aburridos y decepcionados. Dios... en qué momento pensé que esto era una buena idea.

Y cuando estoy decidida a mandarlo todo a la mierda, suena el timbre.

Las tres salimos corriendo y nos chocamos en la puerta de entrada. Empezamos a dar grititos histéricos pero casi en silencio para que no nos oigan. La única que mantiene la cordura es Lucía, que se da cuenta del patético episodio de locura transitoria que estamos teniendo y nos da una

bofetada doble.

—Nerea, coge el candil y recibe a los invitados —dice, serena, mientras Nerea y yo nos tocamos la mejilla enrojecida—. Alana, vete a tu silla y espera hasta que entren. Yo me voy a la cocina a terminar de montar los aperitivos.

Tanto Nerea como yo le damos las gracias con el orgullo un poco tocado. Subo la música creando al segundo un ambiente de tensión y enigma gracias a los acordes del piano y del violín y me siento en un sillón de la biblioteca frente al fuego. Me retuerzo las manos esperando a los invitados. Me obligo a relajar los músculos de la cara y cierro los ojos.

La tensión de la espera se acentúa cuando escucho cómo Nerea abre la puerta con mucha ceremonia. La cabrona es buena cuando quiere.

—Buenas noches caballeros —dice con un tono ensayado. Se oye un poco de revuelo, voces masculinas que de repente callan para escuchar lo que mi amiga tiene que decirles—. Id pasando, por favor. Dejad vuestras pertenencias en ese armario, incluyendo móviles, y cuando estéis todos listos comenzaremos.

Desde donde estoy no les puedo ver aún, pero sonrío cuando escucho que le dan las buenas noches sin burlarse de ella, haciendo lo que Nerea les ha pedido. Trásiego de abrigos, pisadas nerviosas, risas contenidas. Parece que no empezamos mal. Contengo la respiración un segundo cuando veo que empiezan a entrar a la biblioteca.

Allá vamos Alana, tú puedes. Es lo que siempre has querido hacer.

—Buenas noches —les saludo seria, ya dentro de mi papel—. Sentaos, por favor.

Me levanto y espero a que todos vayan entrando y tomando asiento. La mayoría debe de tener mi edad o quizás unos dos o tres años más. Bien vestidos, elegantes, algunos atractivos y otros no tanto. Y de repente me fijo en el último. Rubio, alto, profundos ojos azules. Me mira con descaro y un toque de burla mal disimulada. Me muerdo el interior de la mejilla para no decir nada inapropiado. Estoy trabajando.

—Bienvenidos a la Casa Encantada —comienzo a decir, poniéndome de pie en la cabecera de la mesa y abriendo los brazos. Trago saliva un instante. Todos me miran. Espero no decepcionarles—. Han sido convocados porque se ha cometido un crimen. Delante de cada uno, en la mesa, tenéis una carta. Por favor, abridla y leedla en silencio.

Todos se ponen a ello cuando el rubio llama mi atención levantando la mano.

—¿Tienes por ahí un abrecartas? Es que no quiero romperme una uña —suelta sin más, provocando un torrente de carcajadas. Me debo a mi público, así que mantengo la compostura por segunda vez desde que ha entrado.

—Por supuesto, ahora mismo te lo traigo.

«Para abrirte la garganta en canal», pienso, apretando los dientes.

Me dirijo a la cocina calentita. Nerea y Lucía se pelean por una bandeja llena de canapés. Lucía dice que aún no está lista y Nerea insiste en que tiene que sacar algo ya.

—Has tenido todo el día —murmura Nerea con cara de enfado, tirando de ella.

Me pongo entre las dos por temor a que los entrantes acaben en el suelo.

—Aún están leyendo las cartas. Tenemos tiempo.

Se calman un poco y me pongo a buscar el maldito abrecartas en el cajón de los cubiertos. Lo coloqué por aquí, en algún sitio...

—¿Qué tal? ¿Son majos? —me pregunta Lucía espolvoreando canela en el postre.

—Sí, menos uno. Es un gilipollas —digo, encontrando al fin el maldito abrecartas—. Deseadme paciencia, porque creo que me va a hacer falta.

Cuando regreso todos están concentrados leyendo. Qué monos. Todos menos el susodicho, mirándome con cara de perdonavidas. Le tiendo el abrecartas con mi sonrisa más fingida y falsa y vuelvo a mi sitio. Nerea entra con los entrantes y los va colocando por la mesa. No me pasan desapercibidas las miraditas que algunos echan a su trasero respingón y más duro que una piedra. Maldita puta. Se miran entre sí y sonríen, los muy pervertidos. Sin embargo el rubio ni se inmuta cuando le pone las tetas en la cara para acercarle su plato. Será que como es retrasado mental le cuesta más leer y necesita una mayor concentración.

Tras dejarles unos minutos más, servimos el vino y Nerea va a por los disfraces.

—Si todos habéis acabado de leer vuestras cartas y conocéis a vuestro personaje de esta noche, pasaremos a una breve presentación donde cada uno irá mostrando a los demás quiénes sois en realidad —explico, empezando a animarme. La música, las velas, la chimenea encendida. Todo le da realismo.

Y uno a uno van presentándose mientras Nerea les da el atrezo. El cura tiene su cruz, el detective privado un gorro y una lupa... Cuando llega el turno del rubio trago saliva. A ver con qué sale ahora.

—Soy la pitonisa —suelta, muy digno. Todos, incluida yo, lo reconozco, empezamos a reírnos. Un fallo muy gordo el mío no haber adaptado ese papel sabiendo que todos eran chicos. Se me pasó. Error de principiante.

Nerea le acerca la bola de cristal entre risitas. Él se mete en el papel y explica su personaje, por qué ha venido y, cuando creo que se está comportando, se remanga la camisa y empieza a inventarse la historia. Una basada en los tatuajes que invaden por completo su brazo izquierdo. No tiene nada que ver con la carta que ha leído. Y me molesta, porque su papel es fundamental para que el juego tenga sentido. Si no lo hace bien estoy jodida.

—Tuve que luchar contra una pitón —explica, señalándose una serpiente tatuada en el brazo— una noche de romería. Se me abalanzó. La sujeté con fuerza e invoqué una maldición gitana y aquí se quedó, encerrada para siempre entre mis pantalones.

Los demás se descojonan tirándole canapés a la cara mientras yo me voy desesperando. Se tira por lo menos diez minutos inventándose absurdos y escenificándolo todo. Nerea y yo nos lanzamos miraditas. Parece que ella espera que yo sepa reaccionar, que vuelva a tomar el control. Pero cuando se sube encima de la mesa recreando un naufragio con Popeye la situación se me hace grande.

Demasiado.

—Si ya han acabado con los entrantes, pasaremos al primer plato de la noche —anuncia mi amiga levantando la voz. Todos dejan de mirar al subnormal y parece que se dan cuenta de dónde están. Se serenan, se vuelven a sentar. Apuran la copa de vino.

Le guiño rápidamente un ojo a mi amiga del alma y le acompaño con las bandejas a la cocina. No me pongo a llorar porque no me lo puedo permitir.

—¿Qué pasa? —pregunta Lucía cuando me ve la cara—. ¿Ha pasado algo?

—Un tío, que de lo guapo que es se piensa que puede hacer lo que le dé la gana —explica Nerea, dejando caer las bandejas en la mesa—. Porque tiene un polvazo, que si no le quitaba yo esa sonrisa de chulo de un guantazo bien dado.

—Déjame a mí —dice Lucía soltando la cuchara de madera pringada de salsa de tomate—. Soy inmune a sus encantos masculinos.

—No. Es mío. Se va a cagar —suelto después de encenderme un cigarrillo y darle dos caladas. Si se piensa que puede venir a mi casa y fastidiarme el juego lo lleva claro, el muy mamón.

Vuelvo a la biblioteca con las pilas cargadas. Tendré que sacar todo mi ingenio para ser profesional y al mismo tiempo darle una buena lección. Les pillo hablando sobre lo buena que está Nerea. Carraspeo para que dejen de hablar sobre la magnífica redondez de sus tetas.

—Muchas gracias por presentaros. Ahora empieza el juego —digo poniendo una voz siniestra. Mis horas de ensayo lo valen—. Os dividiréis en dos grupos y empezareis a buscar pistas. En el piso de arriba también encontraréis los lugares marcados para investigar. A partir de ahora tenéis dos horas para encontrar el cadáver y desenmascarar al asesino. Tened cuidado, vigilad vuestras espaldas, pues el peligro se esconde en cada esquina de esta casa.

Sonrío cuando los veo en movimiento, dentro del juego otra vez. Se reparten en dos equipos con rapidez, se nota que se conocen bien entre ellos. No me sorprende que uno de los grupos lo lidere el rubio, se ve a la legua que es quien maneja el cotarro.

Empiezan a rebuscar entre los libros, intentan entrar en la cocina pero Lucía, cucharón en mano y dentro de su papel, se lo impide. Empiezo a relajarme cuando veo que la trama va funcionando, los engranajes del juego moviéndose tal y como me lo había imaginado. Compruebo el reloj de pared. Tienen media hora hasta que les llamemos para tomar el primer plato. Me obligo a relajarme un poco y decido subir un momento a mi habitación para comprobar el móvil y decirle por mensaje a mi madre que todo está saliendo sobre ruedas.

Me cruzo con un par en el pasillo y llego hasta mi habitación. Me siento un momento en la cama y desbloqueo la pantalla del móvil. Estoy pensando algo ingenioso que decirle a mi madre cuando mi puerta se abre de golpe.

Cómo no. Es él.

—Tengo que mirar debajo de la cama —dice, muy serio. Veo que viene solo—. Es de vital importancia.

Me levanto y pongo los brazos en jarras. Y una mierda este tío va a mirar debajo de mi cama.

—Por si no lo has visto, o quizás es que no sabes leer, esta no es una de las puertas que están marcadas con un letrero que pone «puedes entrar si estás jugando». Es mi habitación privada.

En vez de disculparse, salir inmediatamente o al menos mostrarse algo turbado, se dirige con grandes zancadas hasta mi cama y se sienta a mi lado mirándome con cara de gilipollas. Como si nada. Como si nos conociéramos de toda la vida. Y joder, menudos ojazos tiene. Su boca no se queda atrás, ni su pelo, ni sus hombros... Empequeñezco un poco, solo un poco, ante su presencia. Y le diría que es uno de los chicos más guapos que he visto nunca si no hiciera esa mueca de burla que me lanza fulminándome de golpe.

—¿Estás sordo o es que eres subnormal? —le pregunto ya, perdiendo las formas por completo. Me quita la mirada y la dirige a mi cama, observando mi colcha con interés, pasando su mano una y otra vez por ella.

—Me encanta, es muy suave —susurra, seguro que para hacerme rabiar. Ignorándome por completo.

De repente se escuchan gritos en el baño. Gritos masculinos, lo que resulta más preocupante. Quiero ir a ver qué pasa, pero tampoco puedo dejar a este chico solo en mi habitación.

—Por favor, vuelve al juego —le pido, bajando el tono, intentando ser amable.

Se levanta haciendo que los músculos de los brazos se le marquen y se pone frente a mí. Me saca dos cabezas. Desde mi posición puedo ver todos sus tatuajes. Ahí está la serpiente, un barco, una geisha... Todas las historias que ha ido hilando antes parece que tienen un sentido para él. Sí, será ingenioso, pero es un chulo.

—Y ahora intentas ser amable de nuevo —me susurra al oído chasqueándose los nudillos. Veo que los tiene como morados, con alguna que otra herida—. Muy interesante. Que sepas que me has insultado y, que yo recuerde, ese no es el trato que se espera recibir un cliente.

Me quedo paralizada. Como se dedique a poner por las redes sociales que le he insultado y perdido las formas se me va el proyecto a la mierda. Voy a pedirle disculpas y bajarme los pantalones por el bien de mis amigas cuando levanto la vista y le veo con la sonrisa burlona de nuevo. Se la borraría de un guantazo. Pero he de centrarme. Otro grito y pasos corriendo, bajando las escaleras. Que yo recuerde, en el juego no he incluido aspectos de carácter terrorífico como para que vayan gritando.

—Tienes razón —cedo al fin, esperando que se relaje y podamos terminar la noche en paz—. Disculpa lo de antes, no tenía que haberte insultado. Por favor —le pido, dando un paso atrás cuando él se adelanta rompiendo mi espacio personal—, vuelve con tus compañeros.

Parece que se lo piensa, casi le escucho pensar alguna respuesta ingeniosa, pero al final asiente con la cabeza y me mira fijamente unos segundos. Sus ojos azules son demasiado intensos. Su pelo despeinado, la barba de tres días. Vuelvo a mirarle las manos y sí, ambos nudillos están magullados, como si se hubiera liado a hostias con una pared. Joder, Alana, no sucumbas a sus encantos. Siempre

te han gustado los más malos. Por suerte se mete las manos en los bolsillos y se va. Sin más.

Tengo que mirarme en el espejo del tocador para comprobar que sí, efectivamente, me he ruborizado. Tengo los pómulos como dos tomates. Mierda, no me gusta ser tan influenciable. Será que llevo más de un año sin catar varón, como decía mi abuela.

Salgo al pasillo y un chico me detiene. Me felicita por los efectos especiales del baño. No me dice más. Me quedo mirándole como quien mira a la muerte de frente. No tenemos presupuesto para eso. Ni siquiera le he podido comprar un disfraz respetable a Nerea. Le sonrío y disimulo, dándole las gracias. Cuando empiezo a preocuparme de verdad es al ver los retratos dados la vuelta. Hace cinco minutos no estaban así.

Me apoyo contra la pared y me obligo a respirar. Me falta el aire en los pulmones. Escucho ruido en las habitaciones destinadas al juego y decido espiar un poco, a ver si ya han encontrado algunas pistas. Abro la puerta y les veo buscar en un baúl antiguo que bajó mi madre del altillo. Están concentrados, ya con varios pergaminos abiertos en la mano. Sonrío, parece que el juego no les aburre. Espero que se lo pasen bien y nos dejen buenos comentarios en la página web. Espero que nadie salga herido, que el espejo no les insulte, al menos.

Bajo las escaleras obligándome a no mirar los retratos, es que no quiero ni saber qué posición tienen ahora, y voy a la cocina. Nerea y Lucía están terminando de emplatar el primero. Tostas de rulo de cabra, cebolla caramelizada y salmón con risotto de setas, trufa y parmesano. Huele que alimenta.

—Lucía, córtate un poco con los ingredientes caros que al final vamos a palmar pasta —comento, nerviosa.

—Pues hay un moreno que no deja de decirme piropos —dice Nerea, mientras esta última pone los ojos en blanco. Ambas pasando de mi culo, como siempre.

—Le voy a pedir el teléfono al moreno —me informa Nerea, sin tapujos. Como si tuviera que pedirme permiso. Ella sabrá lo que hace.

—Pero cuando termine el juego y ya estén en la calle, no mezclemos —puntualizo, dándole un pellizco de monja en el brazo.

—¡Au! Cabrona —me insulta con una diestra colleja.

Decido volver a la biblioteca y reunirlos de nuevo a todos para que Nerea pueda servir el primero. Me cruzo con unos cuantos en la entrada y les pido que me sigan. En cuanto me ven llegar se quedan en silencio. Están en pequeños grupos hablando animadamente sobre las pistas. Quizás han decidido separarse para abarcar más.

—Caballeros, terminamos la primera parte de la velada, tomad asiento para comenzar con la cena.

Todos me hacen caso, y al colocarse cada uno en su sitio me doy cuenta de que falta uno. Pongo los ojos en blanco y el que está más cerca de mí parece leerme el pensamiento.

—Si quieres voy a buscar a Gabriel —se ofrece muy amable. Le sonrío. Tiene cara de niño pequeño. Delgaducho y con la mirada tierna.

—Como es boxeador le dan muchos golpes en la cabeza —me dice otro con gafas—. A lo mejor se ha perdido en el baño y no sabe salir. A veces le pasa.

Todos rompen en carcajadas exageradas, a cada cual más estridente.

—¿Visteis el combate de anoche? —pregunta otro al que tengo a la derecha. Empiezan a utilizar palabras técnicas que no entiendo. Lo único que saco en claro es que el gilipollas ganó.

—Ya voy yo a buscarle —consigo decir entre tanto griterío.

Así que el mamón se llama Gabriel, y encima es boxeador. Ahora entiendo lo de los nudillos magullados. De repente todas las luces de la biblioteca se apagan. Se vuelven a encender. Compruebo que no hay nadie cerca del interruptor. Todas las velas se consumen hasta la base. El fuego de la chimenea aumenta. Todos se miran entre sí y después las miradas se dirigen hacia mí. Parecen encantados con el despliegue de medios. Tengo público, he de disimular.

—La casa sospecha que estáis más cerca de encontrar al asesino —digo luchando porque no me tiemble la voz. Un parpadeo más de las luces. Van y vienen en intervalos de quince segundos. Se mantienen encendidas justo cuando Nerea entra con los platos—. Disfrutad de la cena.

Salgo escopetada a buscar a Gabriel. Me tiemblan las piernas.

Cuando me aseguro que no está abajo subo las escaleras. Todo arriba está en penumbra. Se han apagado las luces de la escalera. Le doy al interruptor y nada. Trago saliva. He de encontrarle. Por muy estúpido que sea. Espero que no me denuncie si le ha pasado algo.

—Gabriel —le llamo, entrando en la primera habitación—. Tienes que bajar a cenar —canturreo bajito cagada de miedo. Me asomo y no veo nada. Una de las ventanas está abierta de par y par, y la cortina baila al son de una cajita de música antigua que mi madre encontró en el desván y yo, estúpida de mí, decidí colocar como decoración. La pequeña bailarina gira sobre sí misma mientras una sonata decadente envuelve la estancia. La única iluminación es la luna, que lo tiñe todo de un azul fantasmal. Debería entrar, tirar la cajita por la ventana a tomar por culo y cerrar la ventana. Pero no me atrevo. Cierro la puerta despacio.

Todas las habitaciones están cerradas. Todo a oscuras. Me siento observada por los retratos. Avanzo despacio, esperando encontrarle. Que salga de una de las habitaciones diciendo alguna estupidez, por el amor de todos los santos, vírgenes y la madre que los parió a todos.

—¡Gabriel! —grito—. ¿Dónde estás?

Me quedo en silencio, esperando su respuesta. Y entonces levanto la vista. Hay ruidos en el desván. Se escuchan pasos, cosas moviéndose.

Mierda.

—¡Gabriel! —grito, más fuerte aún. Me acerco hasta la puerta colgada del techo. Está cerrada. La podría haber cerrado después de subir, pero eso no tiene mucho sentido. Afino el oído y sí, hay alguien arriba. No pueden ser ratas. Alguien está hablando. Pero su voz está amortiguada por la distancia que nos separa, soy incapaz de identificar si es de él.

Debería subir para llamarle la atención. A la mierda el juego, no puede andar por la casa a sus

anchas y no cumplir las normas. La mano me tiembla cuando sujeto la anilla para desplegar las escaleras. Joder, no me atrevo a subir.

Y cuando voy a hacerlo, cuando me obligo a ser fuerte y vencer el miedo, algo me agarra con fuerza de las caderas.

—Fea —me susurran al oído. Me doy la vuelta con una parada cardíaca y le veo. A pesar de la oscuridad que nos envuelve puedo ver claramente sus ojos azules brillando.

—Te he dado un susto de muerte —dice, riéndose—. Estaba escondido en el baño y ni me has visto.

Por la cara que tiene debe de parecerle la hostia lo que ha hecho. No sé si reírme con él o ponerme a llorar. El muy idiota ignora las cosas que pasan en esta casa. Sigo con la anilla en la mano sin saber qué decirle y con los ojos muy abiertos, mirándole. No me cae bien, pero agradezco alguien ahora mismo a mi lado, por desconocida y anormal que sea esa persona.

—Anda, hay un desván —comenta mirando al techo—. Qué chulo. ¿Podemos subir? ¿Forma parte del juego?

No tengo palabras para describir el escalofrío que me recorre el cuerpo. Tan seguro como de que estoy viva que arriba hay alguien, o algo. Ese algo que mueve los cuadros, que me cierra la puerta de la cocina, que escribe cosas en el espejo del baño y que apaga y enciende las luces de la biblioteca.

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta Gabriel sujetándome un segundo la mano. Vuelvo a respirar, mi corazón late de nuevo y el pulso me hace reaccionar. Parpadeo.

—Sí —consigo decir casi en un suspiro. Me mira con el ceño fruncido—. Vamos, tenemos que bajar.

Me sigue de cerca. Siento su cuerpo pegado al mío bajando las escaleras. Al menos podría alejarse un poco, es de mala educación invadir de esta forma el espacio de las personas. Y más cuando esas personas están tan necesitadas de un buen polvo.

Cuando entramos en la biblioteca y se sienta en su silla me doy cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Todos están terminando el primero y Nerea empieza a recoger los platos. Le ayudo y empezamos a llevar la loza sucia a la cocina.

—Alana, todo está saliendo genial, en serio. Es súper divertido —dice, contenta. Me obligo a sonreír a pesar de los nervios. El miedo irracional a esa cosa que está en la casa empieza a convertirse en algo que mi lógica ya no puede explicar.

Lucía me empieza a hacer preguntas absurdas sobre el segundo plato. No sé ni qué contestarle. En mi cabeza solo cabe una súplica para que nadie salga herido o traumatizado esta noche. Estoy con los nervios a flor de piel, y cuando Nerea tira una copa al suelo, pego un grito histérico.

—Alana, ¿estás bien? —me pregunta Lucía, sujetándome con fuerza por los hombros. Me mira directamente a los ojos y ve que algo no encaja. Puedo estirar los labios y crear una sonrisa impostada pero soy incapaz de disimular con la mirada.

—Estoy preocupada. Quiero que todo sea perfecto —miento cruzando los dedos a mi espalda.

—¿Está mintiendo! —grita Nerea señalándome. Mierda, me ha pillado—. Es por el tío ese, el guaperas del grupo. La lleva vacilando toda la noche.

No dice una palabra más cuando Lucía sale de la cocina tirando el mandil al suelo.

—¿Quién es el que está vacilando a mi amiga? —la escucho gritar en la biblioteca. Me tapo la cara con las manos. Nerea hace lo mismo. No, por Dios, todo menos esto. Lucía es una bomba de relojería, nunca sabes cuándo va a explotar. Y cuando pasa ponte a cubierto, porque no deja títere con cabeza.

Excusas, palabras de disculpa, algún piropo poco acertado que termina de encender a mi amiga y absurdecas varias que no sé de qué boca salen. Al minuto vuelve con alguien. Trae a Gabriel bien cogidito de la mano. Le arrastra hasta mí y se pone más chula que un ocho.

—Ya te estás disculpando con Alana si no quieres que escupa en tu plato.

Gabriel la mira como quien admira un cuadro abstracto. Sin saber qué significa eso. En su lenguaje no deben existir palabras como «disculpa» o «perdón, me he comportado como un capullo».

Se encoge de hombros y me mira con sorna. Le parece divertido. Y a mí sus ojos me van haciendo más y más pequeña, hasta convertirme en un insecto que podría aplastar sin esfuerzo. Le odio. Es un engreído de mierda.

—¿Disculparme? ¿Por amenizar el juego? ¿Por interpretar mi papel de pitonisa? —va preguntando, elevando cada vez más el tono de voz—. No deberíais trabajar los días en los que tenéis la *monstruación*.

Sujeto a Lucía porque veo que le mete un rechazazo y Nerea se tapa la boca. Le ha parecido gracioso el comentario y, para qué nos vamos a engañar, le pierden los chicos guapos. La pobrecita no lo puede evitar.

—Fuera de mi vista antes de que te destroce esa cara bonita —masculla Lucía, remangándose el disfraz.

Nerea le acompaña haciendo comentarios graciosos para destensar el ambiente. Yo me siento en una silla, pálida, y Lucía sigue cocinando como si no hubiera pasado nada.

—No vuelvas a hacer eso —le pido, agotada física, psíquica y emocionalmente—. Jamás.

Me mira y sé que va a soltar una de las suyas, pero me conoce y se lo guarda solo para ella. No podemos discutir ahora.

Salgo de la cocina y una corriente de aire frío me da en la cara. Levanto la mirada hacia las escaleras y lo veo. De pie, flotando, una silueta con las formas difuminadas. Mirándome fijamente. Aprieto el paso y entro en la biblioteca. Creo que voy a vomitar, pero me aguanto las ganas porque no quiero ir hasta el baño. Disimulo observando el fuego mientras Nerea termina de recoger el primer plato y respiro hondo.

«Ya queda menos. Una hora más y podrás llamar a un exorcista, Alana», me digo a mí misma, temblando.

—Muy bien, caballeros —digo, con la mejor de las sonrisas. Falsa, por supuesto—. Tenéis media

hora para seguir investigando. Cuando suene la campana de la entrada nos reuniremos aquí de nuevo para probar el segundo plato.

Todos se levantan, empiezan a dispersarse de nuevo por la casa. Me doy la vuelta y miro por la ventana. Descanso la vista un segundo, rezando para que nadie vea lo que acabo de ver. Terminaré el juego de hoy y las tres abandonaremos la casa. Llamaré a mi madre para que la ponga en venta. No la quiero. No puedo vivir así, con miedo todo el día. Con la ya clara convicción de que algo se mueve por los muros de esta vieja casa. No son imaginaciones mías. Ya no soy yo sola quien ha visto cosas raras.

—Oye...

Cierro los ojos un segundo. Otra vez Gabriel. Estoy viviendo la situación más tensa de mi vida y tengo que encontrarme con la persona más hilarante sobre la faz de la tierra.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Necesitas un palillo porque se te ha quedado la comida entre los dientes? ¿Una Viagra porque no se te levanta? ¿O aceite para quitarte el palo que te metieron de niño por el culo?

Mi boca es un torbellino de sandeces incontrolable.

—Quería pedirte disculpas en privado. No pensaba hacerlo delante de esos ogros que llamas amigas —dice, haciéndose el ofendido—. Pero mi instinto nunca me falla. Sabía que eras «de esas» desde que te vi hace dos horas con ese ridículo disfraz y el flequillo mal cortado, y no me he equivocado.

La sangre entra en ebullición dentro de mi pequeño cuerpo. Aprieto los labios con ganas de matarle, pero me desinflo al instante. Tengo otras preocupaciones más importantes, como que todo el mundo salga vivo de esta casa, y cuando digo vivo añado «no poseído». Joder, he visto demasiadas películas de miedo.

—Pues sí, no te has equivocado. Soy estúpida por hablar contigo. Vuelve con tus compañeros, a ver si os vais de una puta vez.

En el momento en que lo digo me doy cuenta de lo que acabo de decir y me tapo la boca con las manos. Me he pasado tres pueblos. Él es el cliente y esto es lo último que se puede decir en estos casos.

Abre los ojos y enmudece. Ni siquiera él se esperaba algo así. Ambos vamos a decir algo cuando se escuchan gritos en la escalera. Gritos de verdad.

Salimos corriendo y nos chocamos con el grupo. Uno de ellos señala un escalón, uno de los últimos.

—¡Estaba ahí! ¡Os lo juro! —grita, histérico.

Me adelanto y voy pasando entre ellos. Llego hasta el susodicho y le cojo la mano interpretando mi papel a pesar de que me tiemblan las piernas. A pesar de que cogería la maleta y me largaría corriendo de aquí.

—Me alegro que te gusten nuestros efectos especiales. Ya estáis más cerca de encontrar al

verdadero asesino.

Les miro. Sus rostros empiezan a cambiar de la duda a la satisfacción. Sigue siendo parte del juego. No pasa nada. Es solo un estúpido juego. Parece que les convengo porque empiezan a dispersarse y a buscar pistas.

—¿Qué has utilizado para este efecto especial? —me pregunta Gabriel a mis espaldas.

Me voy a largar pero él me retiene sujetándome con fuerza de la muñeca.

—Te he hecho una pregunta —dice, soltándome y metiéndose las manos en los bolsillos.

—Pero es que yo no la quiero contestar —consigo responder, casi tartamudeando. De verdad, creo que me voy a desmayar del estrés de un momento a otro.

Me suelta al ver mi cara y niega con la cabeza. Se ríe un segundo y chasquea la lengua contra el paladar.

—Joder, estás loca. Solo tenía curiosidad, no te pongas tan seria.

Mete las manos en los bolsillos y desaparece escaleras arriba. Tengo que fumarme un cigarrillo, ya. Vuelvo a la cocina y me enciendo uno con desesperación. Lo sujeto entre mis dedos temblones cuando me doy cuenta de que estoy sola. ¿Dónde se han metido mis amigas? Los segundos ya están listos, los platos preparados para montarlos y sacarlos. Me asomo por la ventana y doy un respingo cuando las veo fuera hablando con la vecina del diente de oro.

A pesar del frío, salgo sin la chaqueta. Me agarro con fuerza al brazo de Nerea y sonrío a la mujer. Quizás los gritos o la música le hayan molestado.

—Les estaba diciendo a tus amigas que si algún día necesitáis conocer vuestro futuro, ayudar a alguien con problemas o no sé, enamorar a un chico, solo tenéis que llamarme y concertar una cita —dice, pasándome una tarjeta dorada. En letras negras leo «Madame Ardelean» y un número de teléfono.

—Muchas gracias. Buenas noches —me despido, tirando de mis amigas. Cuando entramos de nuevo en la confortable y calentita cocina les pido explicaciones—. ¡Estamos trabajando! ¡No podéis estar de cháchara con la vecina!

—Ha sido ella, que nos ha llamado desde la ventana —se defiende Nerea—. Decía que tenía que decirnos algo muy importante.

—¿Y? —quiero saber.

—Pues nada, nos ha tomado el pelo. Nos ha dado su tarjeta y ha dicho que si tenemos problemas que la llamemos. Lo mismo que te ha dicho a ti.

—A mí esa mujer me da mala espina —suelta Lucía, comprobando su salsa de tomate. Le añade más sal y lo remueve a fuego lento—. Yo creo que trama algo. Y ese rubio también, ándate con ojo, Alana.

—¿Y el morenazo? ¿Qué piensas de él? —pregunta Nerea.

—Es un calzonazos que hará lo que tú le digas. Aprovecha que de esos cada vez hay menos.

Ambas la miramos y nos reímos. ¡Qué sabrá ella de los hombres!

Llevamos los platos repletos de cosas deliciosas y los vamos colocando con tranquilidad, esperando que estén disfrutando de la velada. Rellenamos copas de vino, traemos más pan, y vuelvo a relajarme un poco. Los veo animados, entregados a la actividad. Susurrando información sobre las pistas, acusándose unos a otros de ser el asesino y haber descuartizado el cadáver para enterrarlo en el patio.

Qué monos.

Me voy paseando por la biblioteca, interpretando mi papel. Deseando que no vuelvan a apagarse las luces, que las llamas de la chimenea no nos consuman de repente. Una mirada constante me atraviesa hasta las entrañas en todo momento. No me quita ojo de encima. Hace que habla con sus amigos, se ríe de sus chistes, pero no me pierde de vista ni un segundo. Y se nota que me detesta. Es más que evidente que no me soporta. Solo espero que se lo guarde para él solito y no empiece a darnos mala publicidad ni a divulgar mi tan desafortunada salida de tiesto.

Cuando terminan, decido no hacer más parones y traerles inmediatamente el postre. Aviso a Lucía de que lo tenga todo listo cuando Nerea y yo llevemos la vajilla sucia. Sorbete de mango con virutas de chocolate negro y pistacho. Buenísimo. También hay tiramisú y granizado de coco. Nos guardamos un poquito en la nevera para cuando el juego haya acabado. Llevo la bandeja con los postres mirando de reojo la escalera. Apresuro el paso para no quedarme ni un segundo sola en ese espacio.

Media hora más tarde, después de servirles una copa, decido que es el momento de que empiecen a sacar las conclusiones. Cada grupo tiene que decir quién es el asesino y dónde está el cadáver.

El primer grupo empieza bien, argumentando los motivos con la información que han ido extrayendo de las pistas que han encontrado. Pero no aciertan. Ni con el asesino ni con la ubicación del cadáver.

Le toca al segundo grupo, liderado por Gabriel. Empiezan a hablar todos atropelladamente. Se gritan unos a otros tirándose bolas de papel. Los lápices vuelan por la mesa y tengo que poner orden. Se reúnen y discuten con el insoportable. Parece que nadie está de acuerdo con lo que está diciendo. Al final cede y deja a otro chico que tome la iniciativa. También se equivocan. Ninguno de los dos grupos ha acertado.

Jolines, tendré que ponerlo un poco más fácil la próxima vez, tampoco quiero que la gente se vaya con la sensación de no haber podido resolver el enigma. ¡Pero qué estoy diciendo! ¿Qué próxima vez? En cuanto consiga echarles cierro a cal y canto esta mansión de los horrores.

Voy a desvelar el misterio pidiéndoles que guarden el secreto cuando Gabriel se me adelanta.

—En realidad, el asesino y la víctima son la misma persona. Pero sois tan idiotas que no os habéis dado cuenta.

Todos se miran entre sí y se burlan de él.

—Estás *grillao*. Anoche te dieron de más, me parece —le dice uno bajito y muy gracioso.

—El muerto, el tal heredero de la fortuna familiar, finge su propia muerte para desaparecer con el

dinero. Son la misma persona, y el cadáver no está en ningún sitio porque sigue vivo. Escondido pero más fresco que una lechuga —explica, ignorando los comentarios hacia su persona.

El muy cabrón. El único que lo ha adivinado. Y no será porque no he ido dejando sutiles pistas a lo largo de todo el juego. Ni siquiera espera mi confirmación, sabe que es así y se hincha como un pavo. Los demás sí que me buscan con la mirada para que resuelva la incógnita.

Le sonrío falsamente y le doy mi enhorabuena. Su equipo ha ganado. Han resuelto el misterio de la Casa Encantada.

Le aplauden a la par que le insultan. Le manchan con restos de postre en la cara, a lo que él responde con un par de gestos obscenos. Cuando se levanta un poco la camisa para limpiarse los restos de sorbete con una servilleta me obligo a mirar para otro lado. Menudo cuerpo tiene el cabrón. Se le marcan hasta las ideas. Aunque supongo que es normal si es boxeador profesional.

Nerea pone música actual y les sirve la segunda consumición. Hay quienes siguen pidiendo vino. Coquetea con esa gracia natural que le ha sido concedida por los dioses. Le da un candoroso beso en la mejilla al que se casa dentro de tres días dejándole el carmín en la barba y cómo no, pretenden que en el pack de esta noche también entre un striptease cortesía de la casa. Aunque las intenciones que llevan con ella no son para nada honestas, lo hacen con gracia y elegancia. Vamos, que no tengo que sacar el machete para cortarles las manos. Ella les lleva a su terreno, entreteniéndoles pero siempre en su sitio, sin cruzar esa delgada línea que todas conocemos. La veo intercambiar el teléfono con el moreno y sonrío. Es hija del pecado, no lo puede evitar.

Voy a la cocina y me pongo a ayudar a Lucía a limpiarlo todo. Menudo caos hemos montado. Le digo que vaya un rato a divertirse con ellos y me responde con un gruñido algo como «paso de trogloditas». Mejor, pienso al segundo, no quiero quedarme sola.

Media hora después, el tiempo se ha agotado. Vuelvo para bajar la música y despedirnos. Le damos un regalo al protagonista de la despedida y empiezan a recoger sus pertenencias mientras van saliendo. Nerea acompaña al moreno y no tengo muy claro que regrese, al menos hasta mañana. Se empiezan a besar algo alejados, ella apoyada contra la pared y él metiéndole mano por todas partes. Sus amigos les abuchean e intentan llamar su atención sin éxito.

Creo que ya han salido todos y estoy cerrando la puerta cuando escucho pasos detrás. Es Gabriel, bajando las escaleras. Seguro que ha ido al baño a echarse su loción de «cómo ser un gilipollas y no morir en el intento».

—¿Así? ¿Tan directamente me pides que me quede a pasar la noche contigo? ¿Dejándome encerrado contra mi voluntad? —dice, pavoneándose mientras se pone el abrigo—. Pues, preciosa, va a ser que no, no me van las amargadas —suelta, metiéndose las manos en los bolsillos de una forma demasiado masculina para mis agitadas y descontroladas hormonas.

Cierro las manos con fuerza hasta clavarme las uñas en la piel. A ver quién coño se ha creído que es.

—Menos mal, así no tengo que preocuparme por si te gusto sin yo pretenderlo —respondo con la

voz cortante como un cuchillo—. Por favor, no te dejes nada, no me gustaría tener que volver a ver esa cara tan desagradable.

Se pone la chaqueta, que le sienta como un guante, y se acerca en dirección a la puerta. Creo que va a salir directamente, pero no, saca algo de la cartera y me lo lanza.

—La propina. Has conseguido engañar a todos menos a mí.

Miro y veo varios billetes de cincuenta euros. Está saliendo por la puerta cuando tiro de él y le obligo a girarse.

—Esto se lo das a quien lo quiera, pero no a mí. Ya os he cobrado por la cena temática y por el juego, no necesito limosnas de nadie, y menos viniendo de alguien como tú —le digo sin tomar aliento entre palabra y palabra, y le devuelvo el dinero. Como se niega a cogerlo se lo meto en el bolsillo del pantalón intentando no fijarme en lo calentito que está.

—Oye, deja eso para la segunda cita —bromea, con voz de pervertido.

Aprovecho que ya está fuera para cerrarle la puerta en las narices. Del portazo que doy se cae uno de los espejitos que tenía colgado. Perfecto, siete años de mala suerte.

Lucía sale asustada por el golpe. Le digo que son los efectos secundarios de un gilipollas en casa. Se ríe y voy a la cocina, pensando que ella va detrás de mí. Pero cuando me quiero dar cuenta la veo saliendo por la puerta con una bolsa de basura. Intento ir detrás de ella, porque no me quiero quedar sola en la cocina ni de coña, pero la puerta se me cierra de golpe. Intento girar el pomo pero es imposible. Lo ha vuelto a hacer. Me ha vuelto a dejar encerrada. Corro hasta el fregadero y me remango histérica. No pasa nada. Voy a fregar los platos y hacer como que no pasa nada....

De repente, una corriente de frío me atraviesa. Dejo el plato y me quedo paralizada. Las luces se encienden y se apagan. La puerta del frigorífico se abre de golpe y me da en el brazo. Salgo corriendo pero no puedo escapar, el picaporte sigue bloqueado. Tampoco ayuda que tenga las manos empapadas y resbaladizas. En el constante ir y venir de la luz corro hasta la ventana para pedir ayuda, pero tampoco puedo abrirla. La golpeo con los nudillos esperando que alguno de los chicos me vea. Están a menos de diez metros, fumando tranquilamente y charlando animados.

—¡Socorro! —grito desesperada—. ¡Ayuda!

Nada, no hay manera.

Me encojo en el suelo y empiezo a canturrear. Me tapo los oídos con las manos y me balanceo para tranquilizarme esperando que pase pronto. Que lo que sea que está provocando esto me deje en paz de una vez. Maldita sea... mi sueño era esta casa, y ahora solo pienso en coger la puerta y no mirar atrás.

—No puedo más, me rindo, me rindo —lloriqueo, encogida.

De repente todo vuelve a la normalidad. La luz es estable de nuevo, los electrodomésticos ya no quieren golpearme y no tengo esa sensación de asfixia. Entonces lo comprendo. *Eso* quiere que me vaya. Cuando pienso que me voy todo para. Desea la casa solo para él o ella. Soy una intrusa.

Me levanto despacio y pienso cómo voy a decírselo a mis amigas. Cómo les explico que no

podemos vivir aquí, que volvemos a no tener un techo, que ya no podemos seguir con el proyecto. Tantas esperanzas e ilusiones puestas en algo que se ha desvanecido antes de empezar...

Así que me empiezo a cabrear. Recuerdo cuando era una niña y un chico quería que le diera un beso. Como le gustaba a la más bruta de la clase le tuve que decir al niño que no, que no me gustaba. Y era mentira. Me encantaba. Pero renuncié a él por miedo. Y ahora esto. Me tengo que ir antes de haber desembalado todas mis cosas porque un ente extraño se dedica a la vil tarea de torturarme psicológicamente. Y solo se queda tranquilo cuando decido irme. Parece que pasa de mis amigas, solo va a por mí. Será porque yo soy la dueña, supongo.

Pues no me pienso ir. Esta es mi casa. De nadie más, lo pone en las escrituras.

—Te lo voy a decir muy claro —digo, dando vueltas por la cocina—. Esta es mi casa. No me pienso ir a ningún sitio.

Como respuesta un plato se cae al suelo rompiéndose en mil pedazos. Vale, me he cagado encima, pero no voy a flaquear ante el primer problema que surge. Sí, es un problemón, pero mi madre me dijo que quien algo quiere algo le cuesta. Quizás en mi caso me cuesta ingresar en un psiquiátrico, pero si algo me caracteriza es que soy más cabezota que nadie.

—Tira lo que quieras, cambia los cuadros y apaga las luces —continúo con las piernas como dos flanes—. ¡No me voy a ir! Vete acostumbrando, y si no te gusta ya sabes dónde tienes la puerta.

La televisión se enciende y se empieza a subir solo el volumen hasta llegar al máximo. Me tengo que tapar los oídos. La pantalla de la televisión explota en mil pedazos. Sin más.

—¡He dicho que me dejes en paz! Jamás conseguiré una casa como esta porque no tengo dinero, y si el precio a pagar es que tengo que compartirla contigo... ¡Que así sea! —grito a pleno pulmón, con lágrimas en los ojos.

Escucho a mis amigas reírse en la entrada. Abren la puerta de la cocina sin esfuerzo aparente y entran. Miran la televisión reventada y a mí en intervalos de un segundo.

—Una subida de tensión eléctrica. Mañana llamo al electricista.

Empiezo a ver puntitos blancos y caigo al suelo como un muñeco de trapo.

Capítulo seis

Me despierto y consigo abrir un ojo, despacio. Aún es de noche. Lo compruebo al ver la luz de la luna entrando con fuerza por la ventana. Recuerdo desmayarme sin más y que mis amigas me recogieron del suelo, asustadas. Recobré la conciencia lo suficiente para decirles que no pasaba nada, que eran los nervios, y me subieron a la cama, donde poco a poco me fui quedando dormida.

Me quiero levantar pero hace mucho frío fuera del cálido edredón. Sé que no volveré a conciliar el sueño hasta dentro de un rato, siempre me ha pasado, así que enciendo la luz de la mesita y cojo mi libro preferido con miedo a que la tapa termine de romperse.

Levanto un momento la mirada hacia el armario y, sin querer, dejo caer el libro al suelo.

Aquí está de nuevo para torturarme.

Es una chica. Lleva un camisón blanco y va descalza. El pelo le cae sobre los hombros, despeinado. Su mirada me atraviesa, no porque me mire enfadada, sino porque es muy intensa. No es fea, de hecho es de esas *cosas* que tienen las facciones adecuadas, cada línea del rostro encaja con el resto.

Pero qué estoy haciendo fijándome en si es guapa o no, es el maldito fantasma que parece querer matarme, por Dios...

Poco a poco se va a acercando. Sus pies no tocan el suelo, va levitando despacio, tranquila, sabedora que estoy más acojonada que cuando entré en la Casa del Terror del Parque de Atracciones. Quizás esté soñando, quizás no sea más que una pesadilla. Me intento mover y un dolor en el costado me atraviesa. Debe ser por la caída al suelo. Mierda, todo parece muy real.

—Debes irte —susurra, acercándose.

—No, es mi casa. Vete tú si quieres —digo, sorprendiéndome a mí misma por la fuerza que saco cuando la necesito.

Las cortinas empiezan a moverse y la ventana se abre de golpe, dejando entrar una corriente helada.

—Debes irte. Todas debéis hacerlo —vuelve a decir, cada vez más cerca. Tiene los ojos tristes, los labios fruncidos en una mueca extraña.

—¡Que no! —grito, asustada, porque la tengo casi encima. Miro a la puerta por miedo a que entren mis amigas. Si el grito no las despierta lo harán los chillidos que soltaré cuando la niña fantasma me empiece a matar. Y no quiero que salgan corriendo dejándome atrás en esta casa endemoniada.

—Sí —me susurra casi pegando su etérea cara a la mía—. Te irás.

Y desaparece. Se va de la misma forma que ha venido. Seguro que el desván es su guarida secreta, seguro que desde allí nos espía cuando no le apetece bajar y descolocar los malditos retratos que mañana mismo se van a la basura.

Me quedo lo que queda de noche con los ojos abiertos como platos, con la luz encendida y obligándome a respirar en intervalos de diez segundos. No me atrevo a levantarme de la cama por si me vuelvo a desmayar. No dejo de mirar el armario, la ventana que a pesar del frío que entra no cierro, la puerta. He convertido mi hogar en una prisión, y durante un segundo me pregunto si merecerá la pena el esfuerzo.

La luz del sol entra a raudales cuando me atrevo a salir. Pienso que el fantasma me dará tregua unos días para recuperarme del susto, pero en cuanto abro el armario para escoger la ropa, las perchas se mueven. Justo cuando voy a coger una, esta se desplaza a un lado. Y así hasta que atrapo un pantalón vaquero al vuelo y lo retengo con todas mis fuerzas en el suelo, hecha un ovillo. Las braguitas, el sujetador, los calcetines y un jersey. Tengo que pelearme por conseguirlo todo, y cuando salgo de la habitación por fin vestida, estoy agotada.

Como siempre, soy la primera en levantarme. Me encojo de hombros y voy al baño. La pasta de dientes parece tener vida propia. El peine se me clava en la cabeza y el agua caliente sale fría y al revés. Murmuro maldiciones a cada momento. Ni siquiera intento maquillarme, porque me sacaría un ojo con el *eyeliner*.

Me pongo a hacer pis con vergüenza, la verdad. Y a ver ahora cómo me ducho. Ya no podré hacer caca tranquila. Joder, qué pesadilla... Estoy pensando en eso cuando el espejo del baño se empaña por arte de magia y la palabra «vete» vuelve a aparecer.

—Que no, pesada. Que no me voy. Vete tú —digo bajito, para que no se me escuche demasiado.

La cortina de la ducha me cae encima de la cabeza.

—¡Eh! ¡Me has hecho daño! —me quejo, tocándome el chichón. Lo recojo todo para que mis amigas no piensen que soy una guarra y bajo a preparar café.

En la cocina los electrodomésticos me saludan de buena mañana abriendo y cerrando sus puertas. Pongo los ojos en blanco. ¿En serio? ¿Va a ser todo el rato así? Supongo que los fantasmas también se cansan, también deberán descansar, ¿verdad? Al menos eso espero, porque mi determinación va flaqueando a cada segundo que pasa.

Llegar a tener una taza de café calentita entre mis manos se convierte en una lucha campal. Preparar las tostadas es un poco más fácil, pero cuando están listas se me estampan, una tras otra en la cara, con la mantequilla y la mermelada de mora incluidas.

Aprieto las manos en dos puños y me cago en todo. Recojo el estropicio soltando improperios cuando la escoba se me escapa de las manos y empieza a bailar. El recogedor la sigue, y juntos, parecen un par de enamorados interpretando un vals.

—Esta tarde voy a traer a un sacerdote, te vas a cagar —amenazo, dándome por vencida. Su respuesta es que la ventana se abre de golpe, golpeándome el brazo. Me limpio la cara con un trapo maloliente y respiro con fuerza.

Estoy llegando al límite, pero me obligo a tranquilizarme para no perder de nuevo el conocimiento. Por suerte la puerta se abre y aparecen mis amigas con el pijama y el pelo revuelto. Todo se calma, y

siento que ella desaparece.

—Hola, Alana, buenos días —me saluda Lucía con un beso en la mejilla—. ¿Qué tal estás? Menudo susto nos diste ayer.

—Bien, estoy mucho mejor —respondo, temblando de la rabia, sin maquillar, con el pelo lleno de enredos y vestida con lo único que he podido cazar. Sí, ha sido una caza en toda regla.

—Esta tarde te vas al médico —sigue diciendo cuando Nerea la interrumpe con una sonrisa.

—Esta tarde imposible, porque... —hace una pausa teatral comprobando su móvil—. ¡Tenemos otra reserva! A las ocho. Nueve personas.

Ellas se alegran, yo me echo las manos a la cabeza. Joder, a ver cómo mantengo controlada a la chica fantasma.

—Pero la anulo si no te encuentras bien —dice inmediatamente al ver mi cara.

—No —contesto obligándome a sonreír—. Ya lo tenemos todo montado, y es una muy buena noticia.

Suben las escaleras para ducharse y vestirse. Por lo visto el fantasma solo me molesta a mí. Miro a mi alrededor sabiendo que ha vuelto, la siento cerca. El frío ha vuelto. Pego un brinco con gritito incluido.

—Esta noche te vas a comportar —digo cuando la encuentro, mirándome en una esquina más quieta que un palo, mimetizada con la pared—. Por favor.

Se va acercando despacito. Abrazo una cuchara cuando se pone a un palmo de mí. No dice nada, solo me mira con cara de pocos amigos y desaparece.

Me tomo otro café mirando por la ventana. Histérica. Debería habérmelo preparado descafeinado, pero a saber si tengo que volver a luchar con la cafetera para hacerlo. No voy a poder. ¿Cómo voy a vivir aquí, si me da miedo hasta ir sola al baño?

Empiezo a esconder las pistas de nuevo, temblando, mirando todas las esquinas, dándome la vuelta cada segundo por si está detrás. Será el mismo juego, la misma cena. No me da la cabeza para inventar nada más. Espero que no los mismos participantes, porque si tengo que volver a ver al tal Gabriel me tiro por la ventana de la primera planta de cabeza, para asegurarme la muerte instantánea.

Cuando llego a las pistas que están detrás de los cuadros les aviso claramente que está prohibido moverse. Prohibidísimo. Por respuesta uno de ellos se da la vuelta. Otro se descuelga y directamente se pone a flotar por el pasillo. La puerta de Nerea se abre y todos vuelven a su sitio como niños buenos.

—Así está mejor, pequeños cabrones malnacidos —les digo a todos y cada uno de ellos, muy bajito, para que mi amiga no me escuche. Parece que la mujer uniceja me mira un segundo y frunce el ceño.

A la mierda, perderé la cabeza antes o después. Eso o me da un ataque al corazón. Mi patata se parará, es una realidad.

Nerea se acerca terminando de hacerse un moño que parece algo que te haces de forma espontánea

pero que en realidad está estudiado al detalle. Cada mechón en su sitio.

—Voy a salir a comer con Alejandro —me informa, ayudándome a colocar la última pista detrás de uno de los marcos con miedo a que su boca salga del lienzo y me muerda la mano—. Pero no te preocupes, estaré de vuelta con tiempo de sobra para prepararme.

—Pásatelo muy bien —le digo, secándome varias gotas de sudor de la frente—. Pero recuerda, no es no. Lo digo por él, no por ti, pervertida.

Suelta una carcajada y baja las escaleras contoneándose.

—No hay hombre que se me resista, pequeña —se despide lanzándome un beso.

Pongo los brazos en jarras y repaso mentalmente el juego para asegurarme de que todo está preparado. Lucía baja las escaleras y se mete en la cocina. Seguro que empieza a preparar la cena. Mi estómago ruge y la sigo escaleras abajo.

—Me muero de hambre —digo, sacando las sobras de la cena de ayer. Me pongo un buen plato y lo caliento en el microondas. Su cara me dice que no me ha escuchado. Se sirve otro café y se lo toma con la mirada perdida y la cabeza gacha.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —quiero saber tocándole el brazo.

—Miriam ha empezado a salir con otra chica —se lamenta y sus ojos se humedecen—. Ya ha colgado una foto en Instagram con ella.

La chica por la que Lucía dejó de salir con chicos, la persona que más ha querido y más daño le ha hecho. Es una cabrona sin corazón. Ya lleva un tiempo en mi lista de personas non gratas.

—Pues que pillen confesada a la pobre desgraciada que haya caído en sus redes —suelto sin pensármelo dos veces—. Es mejor así, créeme.

—Supongo —dice, encogiéndose de hombros—. Ya da igual, pero me duele que esté conociendo a otras personas cuando yo aún no soy capaz de tener dos citas seguidas con la misma chica. Y eso que pretendientas no me faltan.

—Eso no lo dudo —aseguro, admirando sus ojos negros, su melena oscura. Tiene unas piernas de infarto y un carácter de mil demonios cuando quiere, pero es fuerte, lista, graciosa y leal. Miriam se lo pierde, sin duda.

—Que la den con una polla de goma —suelta, calentándose otro plato. Nos sentamos juntas en la mesa y comemos en silencio, cada una pensando en sus cosas.

—Oye —dice llamando mi atención mientras coge un poco de pan—. Es un poco raro eso de que la tele se haya roto. ¿No habrás sido tú de una patada cuando discutiste con ese rubio?

Durante un momento no sé qué contestar. Está claro que no se ha roto sola. Así que mejor le doy a entender lo que ella quiera pero sin mentir.

—Te prometo que pagaré yo sola la siguiente —digo, pensando que debería haber aceptado la propina de ayer.

Me guiña un ojo y me da con una servilleta de tela maloliente.

—Yo una vez me cargué una tabla de planchar de un puñetazo. La partí en dos.

Espero que jamás se enfade conmigo. No quiero que mi cara sea esa tabla.

Podría echarme una siesta, que falta me hace, o bien salir a la calle a que me dé un poco el aire. Subo un momento a llamar a mi madre para preguntarle qué tal está. Me tumbo en la cama esperando escuchar su voz. Al primer tono contesta.

—Cielo, ¿qué tal todo? —me pregunta con su característica voz rota y grave.

Me dan ganas de contarle lo del fantasma, pero de qué serviría. No haría más que preocuparla sin sentido. Se sentiría triste, algo defraudada, y seguro que hasta se sentiría responsable, ya que fue ella la que me compró la casa.

—Todo perfecto. Los clientes de ayer se fueron muy contentos. Y dice Nerea que han dejado unas críticas increíbles.

—Cuánto me alegro, Alana. Si te lo hubieran dicho hace dos meses no te lo hubieras creído. Y mírate ahora, en la casa de tus sueños y con tu empresa empezando con buen pie.

Sí, mamá, pienso con una mueca. En la casa de mis pesadillas y con una empresa con riesgo de terminar en una posesión demoníaca. Saldremos en Cuarto Milenio. Ya veo los titulares: «Chico cae por las escaleras al ver una presencia fantasmagórica». «La dueña tiene que ser atendida por un sacerdote especializado en exorcismos».

—La semana que viene podrías venir a verme. Incluso ayudarme en uno de los juegos.

—Lo vamos hablando. Tengo que dejarte, vienen a buscarme para dar una vuelta —se despide dejándome con la palabra en la boca.

—Vale, mamá. Mañana hablamos.

Y cuelga. Me abrazo al móvil un segundo. Cierro los ojos y sin darme cuenta me quedo dormida. Me despierta Lucía entrando de golpe en la habitación.

—¡Alana! ¡Nos hemos dormido! —grita, tirándome el disfraz a la cara—. ¡Los clientes vienen en menos de diez minutos!

Llaman a la puerta justo cuando Nerea se está ajustando la cofia.

—Dame eso —dice, arrancándome el candil de las manos.

Dos horas después, tras despedir a la última invitada y haber recogido y limpiado todo, nos reunimos en la cocina. Nerea nos dice que la semana que viene tenemos cinco reservas más y que las críticas son buenísimas.

—¿Que en el espejo del baño se escriben cosas? —dice Lucía, leyendo los comentarios en su móvil—. ¡Pero qué me estás contando!

—La gente suele exagerar las cosas para darle más emoción —explico, intentando que no sigamos por ahí—. Algunos comentarios los he puesto yo —añado cuando levanta una ceja en señal de clara discrepancia—. Vale, no tenía que haberlo hecho, pero... ¡Es la Casa Encantada! ¡Algún reclamo tenía que poner!

—¿Te has hecho cuentas falsas de Google para poder hacerlo? —me increpa Nerea comprobando que sus pechos siguen igual de altos.

—Pues claro, no soy gilipollas —vuelvo a mentir, obligándome a mantener las dos manos bien quietas encima de la mesa, donde ella puedan verlas.

—Pues es una idea acojonante —comenta Lucía—. Por eso tenemos tantas reservas. Ya se te podía haber ocurrido a ti, Rapunzel.

Nerea le saca la lengua y se levanta a por un café.

—Chicas, no hemos hablado sobre esto pero, me gustaría que Alejandro pasara aquí la noche —dice moviendo compulsivamente la cucharilla—. No será todos los días, solo hoy —me mira buscando mi consentimiento. Por un segundo me dan ganas de negarme, pero después pienso que si yo, cosas del destino, conozco a un chico... Me gustaría que estuviera conmigo sin problemas.

—Pues claro —digo, encendiéndome un cigarrillo y recostándome en la silla. Voy a explotar y salpicar el mundo de delicioso risotto—. Pero por lo que más quieras, ponte una almohada en la cara. No podría soportar tus chillidos.

La muy guarrilla ni se ruboriza. Es lo que tiene ser una desvergonzada adorable.

—A lo mejor la que chilla esta noche eres tú —comenta tan tranquila—. Porque no sé si os habéis dado cuenta de que no hemos salido a celebrar nuestro gran triunfo empresarial. Y eso no puede ser. Ya os estáis cambiando de ropa.

Nos hace gestos con la mano que no admiten réplica. Diría que me apetece meterme en la cama a descansar, pero la verdad es que llevo dos días sin salir de estas cuatro paredes embrujadas y necesito volver al mundo real.

Subo, esperando que se haya ido a dormir, si es que hacen eso los fantasmas. Me doy una ducha rápida y salgo pitando antes de mirar lo que estaba puesto en el espejo. Los cuadros se van girando ante mis apresurados pasos a la habitación. Y allí, sola y desnuda, me enfrento a uno de mis peores momentos en el día de hoy.

¿Qué me pongo? Es que no tengo nada que ponerme. Miles de trapos inservibles y nada decente. Decido ir en ropa interior hasta la habitación de Nerea en busca de ayuda. Ella ya está lista. Con un vestido negro ajustado, tacones rosas, perfumada y maquillada. Joder. Yo aún tengo el pelo mojado.

—Necesito que me prestes algo de ropa, porfi.

Un rato después, bajo las escaleras sonriendo. Lucía me silba desde abajo. Me he puesto en manos de Nerea y creo que el resultado no está nada mal.

—Joder, Alana —dice Lucía—. Estás que rompes.

Me miro en el espejo de la entrada. Peinada con sus tenacillas, dando volumen y forma a mi melena, ojos ahumados en negro, rímel como para parar un tren y los labios rojos. Minifalda vaquera y top con la espalda al aire. Chaqueta de cuero con flecos y unos tacones rojos de infarto.

—Gracias, tú tampoco vas nada mal —digo, riéndome. La melena en plan salvaje y su personalidad es lo único que necesita para brillar.

Nerea viene con tres chupitos en la mano que nos tomamos de un trago. La garganta me arde.

—Que sí, estamos todas buenísimas. Vámonos de una vez, que se nos hace tarde —suelta Nerea,

abriendo la puerta.

En cuanto salgo me cago en ella y en sus modelitos. Menudo frío que hace, joder. Pisamos con fuerza el empedrado de la calle y nos dirigimos a un garito que se ha puesto de moda en la zona de Huertas. No me gusta mucho salir por ahí, pero Nerea es la que manda esta noche.

Esperando la cola, aprovechamos para fumar y reírnos de la vida en general. Necesito una copa de algo fuerte y relajarme por primera vez en varios días. En cuanto entramos, la música me golpea en los oídos. Ya estoy vieja para estas cosas. Nos unimos a la marea humana que se dirige a la barra. Mis amigas se ponen a bailar como pueden mientras yo intento llamar la atención de uno de los camareros.

—Tres Legendarios con Coca-Cola, por favor —grito, sacando el dinero cuando uno de ellos se digna a acercarse.

Estoy poniendo pajitas de colores diferentes en cada copa, una tradición entre nosotras, cuando alguien me sujeta por la cintura.

—No sabía que las raritas como tú también salen para alternar con los simples mortales —me susurran al oído.

Me giro y le veo a dos centímetros. Sonriéndome con esa cara de perdonavidas que tiene. Pongo los ojos en blanco y le ignoro. Le empujo para pasar y llego hasta Nerea, que está tonteando con Alejandro. Le paso la copa con fastidio y le digo que me acompañe al baño. Tengo que tirar de su brazo para que deje de comérselo. ¡Pero será caníbal!

Cuando entramos en el aseo, la empujo suavemente contra la pared.

—Deberías haberme contado que íbamos a verlos —digo enfadada—. Si lo llego a saber no salgo.

—Por eso no te he dicho nada. De todas formas, lo podías haber adivinado —se defiende con rapidez con la pajita entre los labios—. Os he dicho que iba a pasar la noche con él.

—Sí, omitiendo que habías quedado con ellos para salir de fiesta —alego, tirando la pajita al suelo y dándole un buen trago a mi copa—. Da igual. Me voy a casa.

—¡De eso nada! —chilla, sujetándome—. Es nuestra noche, nos vamos a otro sitio.

Salimos en busca de Lucía, cuando la vemos dándose el lote con una rubia tetona, escondidas en un rincón.

—A esta no la movemos de aquí ni de coña —me avisa Nerea con una sonrisa de suficiencia.

—Lo sé. —Le doy la razón de inmediato. No impediría esta situación por nada del mundo, y mucho menos después de saber lo de su ex. Se merece una noche así, y Nerea también. Así que supongo que la que tendrá que aguantar hoy seré yo.

—¿Volvemos con ellos? —me pregunta con ojitos de cordero degollado.

—Sí. Disfruta tu última noche en la tierra, puta.

Me da un beso en la mejilla y se aleja dando saltitos. Se tira encima del moreno y se separan del grupo entre besos y toqueteos indecentes. Veo a varios chicos de anoche, pero no están todos. Creo que hay cinco como mucho. Lo que me toca las narices es que Gabriel esté entre ellos.

Regreso al aseo y compruebo mi maquillaje. Todo está en su sitio. Apuro la copa de otro trago y salgo a fumarme un cigarrillo. Dios, qué mala suerte. También está fuera. Me doy la vuelta para entrar de nuevo cuando me sujeta.

—Chica, no tienes que huir de mí. Ensúciate los pulmones, no te cortes —dice, quitándome el cigarrillo de entre los labios.

—Me lo iba a encender —digo, escupiendo las palabras.

—Pues tendrás que sacar otro. Este ya es mío —comenta con gracia, encendiéndoselo y echándome el humo en la cara—. El inconveniente es que pruebo tus babas —remata encogiéndose de hombros.

—Eres un subnormal.

—Y tú una amargada.

Le miro de arriba abajo. Ropa de marca, peinado a la moda. Me da asco solo de mirarle.

—Dijo el pijo de turno.

—Los pijos no llevan tatuajes tan chulos como los míos —anota apoyándose en la pared.

—Si tú lo dices... Oye, hazme un favor. No te dirijas a mí en lo que queda de noche.

Dicho eso, tiro el cigarro al suelo y vuelvo dentro. Dejo la chaqueta y el bolso en el guardarropa. Me quedo con un billete de cincuenta y el tabaco en el bolsillo trasero de la falda. En la barra me pido otra copa y me la tomo tranquila, apoyada de espaldas a la pared, riéndome cuando veo las cosas que hacen mis amigas. Nerea no hace más que tocarle el paquete por encima del pantalón y él intenta que nadie les vea, apartándole la mano cada poco, apurado, algo avergonzado. Lucía no se corta en magrearle las tetas a la chica, a la que parece que no le importa.

Un chico empieza a hablar conmigo. Soy amable solo porque estoy sola y aburrida, pero cuando se lanza a mi boca le hago la cobra y le digo que se largue. Inconscientemente, busco a Gabriel con la mirada y le pillo observándome. Disimula al segundo y se pone a hablar con una chica que tiene al lado. A los pocos minutos un grupito de féminas le rodea y charlan animadas con él. Veo el flirteo de ellas en los movimientos de sus manos, cómo se tocan el pelo, cómo buscan cualquier pretexto para tocarle el brazo o incluso rozar su cuello cuando le susurran algo al oído. Me veo haciendo una mueca de fastidio que me obligo a quitar de mi cara al momento. Lo último que me faltaba es que se pensara que me gusta.

Al rato, salgo a fumar de nuevo, y otro chico entabla conversación conmigo. Es canario, simpático y muy gracioso. Entramos juntos y en la barra nos pedimos otra copa. Tranquilos y apoyados sobre ella, nos ponemos al día sobre cosas intrascendentes, y casi me atraganto de las ocurrencias que tiene. Su piel huele a océano, mojitos y sol. Tostadito, informal, muy agradable. Cazo un par de veces la mirada de Gabriel y en una de ellas le saco la lengua. Qué pesado. Que me deje tener una noche tranquila. El canario me ofrece salir a dar un paseo tranquilo, y yo, borracha como ya estoy, no encuentro motivos para rechazarle.

Me voy tambaleando un poco hasta Nerea, y le chillo al oído que me voy a dar una vuelta, que nos vemos luego en casa. Me levanta el pulgar y sigue a lo suyo. Lucía se acerca y la pongo al corriente

de mis planes. Quedamos en vernos en casa como mucho dentro de tres horas, con o sin acompañante. Porque otra de nuestras tradiciones es tomarnos la última borrachas perdidas con el pijama puesto. A veces nuestras parejas de turno no lo han entendido, pero las tradiciones son así, nunca deben romperse.

El canario me espera en el guardarropa, hablando tranquilamente con la chica que trabaja allí. Voy a dejar la copa vacía en la barra antes de irme cuando Gabriel se acerca, esquivando a la gente. Se mueve con gracia. Es como esas personas a las que les sienta bien cualquier cosa que se pongan. Que pone de moda peinados, que luce las prendas, no solo las lleva, como es mi caso.

—¿Ya te vas? —quiere saber, acercándose a mi cuello para que le oiga bien. Esta noche se ha puesto uno de mis perfumes preferidos. Ese que siempre le regalaba a mi último novio y que él nunca usaba, o quizás es que prefería gastarlo con otras.

—Sí. La noche es joven excepto para ti, que ya se te empiezan a marcar las patas de gallo —ataco sin piedad. Obviamente es mentira. Su piel es tersa y perfecta, y las pocas marcas de expresión que tiene le aportan carácter. Pero eso es algo que jamás saldrá por mi boca, ni bajo tortura le diré algo agradable.

Se incorpora y me mira de arriba abajo, como estudiando mi aspecto.

—Estás demasiado borracha como para irte con un desconocido —me dice sin acercarse. Apenas le oigo, pero le leo los labios.

—Y sin embargo nunca se está demasiado borracha para estar contigo —le digo sujetándole por la camisa y tirando de su cuerpo hacia mí. Quiero que me escuche. Disfruto metiéndome con él—. Hasta en estos momentos me resultas insufrible.

Me sujeta por la cintura. Siento el calor que desprenden sus manos llegando hasta mi piel. Se me pone la carne de gallina.

—Eso es lo que a ti te gustaría —me susurra al oído, chasqueando la lengua—. Pero para tu desgracia dispongo de compañía mucho más interesante que la tuya.

Me suelta y se aleja, dejándome con la palabra en la boca. Menudo desgraciado.

El canario me hace señas y voy a su lado. Salimos y el frío nos golpea de lleno en la cara. Deben ser las dos de la mañana. Aún hay mucha gente por la calle, y nos mezclamos con el gentío paseando. Al menos esa es nuestra intención, pero entre que los tacones me están matando, la chaqueta de cuero de Nerea no abriga una mierda y el alcohol inyectado en vena suele darme sueño, lo único que quiero es irme a casa. Se lo voy a decir cuando me acuerdo del fantasma. No pienso pasar la noche sola con ella, no me atrevo. Pero es que tampoco le puedo decir al chico que nos vayamos a la suya porque malinterpretaría mis intenciones. Estoy indecisa cuando el móvil empieza a sonar. Es Nerea. Dice que vayamos ya a casa. Suspiro de alivio. Perfecto, me pondré el pijama y nos tomaremos la última calentitas. Le propongo el nuevo plan a mi acompañante y accede encantado.

Charlamos cogidos de la mano, yo para notar calor, él no sé por qué, porque tengo los dedos congelados. El chico es mono y majo, pero no me atrae. Le falta ese «algo» que no se puede describir

con simples palabras. Ese cosquilleo en el estómago, esas ganas de vomitar justo antes de verle, quedarte sin aliento cuando te toca, sentir el corazón saliéndote del pecho de repente por cualquier tontería que dice. Solo he sentido esas cosas una vez, mi primer amor de verano en la playa. Acabó siendo un cabrón que estaba conmigo y con tres más. Creo que al ser tan pequeña no soy suficiente, necesitan a otra para sentir que están con una mujer. O serán mis tetas con genes de enanismo. Quién sabe.

Cuando entramos, mi acompañante silba, impresionado. No se cree que viva aquí. Nos vamos a la salita en la cocina, la parte más cómoda de la casa, y después de servirnos una copa le cuento el proyecto que nos traemos entre manos. Se muestra muy interesado por conocer los detalles y le prometo que le invitaré a una de las sesiones. Pone su mano en mi rodilla y se lanza. Me quito con destreza e intento que no se sienta ofendido.

Que no se vaya hasta que vuelvan mis amigas, por favor. Pero claro, venía a lo que venía, así que se despide muy educado y sale por la puerta. Me voy a poner la chaqueta para volver al garito cuando nos encontramos todos en la entrada. Mi acompañante rechazado, Lucía con su ligue, Nerea con el suyo, Gabriel con una chica y varios amigos más. La boca se me abre sin remedio. Y van entrando como si esto fuera un bar.

Y como si estuvieran en su casa cogen botellas de todo lo que lleve alcohol y se montan una pequeña fiesta en la cocina, con música incluida. Dudo si unirme a ellos, pero al ver a Gabriel se me quitan las ganas. Así que tiro los zapatos a tomar por culo de dos patadas y subo las escaleras tambaleándome un poco. Creo que los retratos me siguen con los ojos, pero desde luego esta noche no soy objetiva. Todo lo que pase ahora mismo puede ser fruto de una alucinación alcohólica.

Me quito la blusa y la falda, las medias. Me pongo unos calcetines calentitos y, en ropa interior, empiezo a buscar mi pijama. No está. Pero recuerdo que me lo dejé en el baño al ducharme, así que primero saco la cabeza a ver si hay moros en la costa y, como no veo nada, entro corriendo al baño. Mi nariz se golpea contra algo duro. Levanto la cabeza. Son los pectorales de Gabriel.

Me mira y se echa a reír.

—Vas al grano, ¿eh? —bromea, dejándome un poco de espacio. De hecho, noto que me toca lo mínimo para que nos separemos, como si le diera asco.

—Eres un gilipollas —mascullo mareada. Vaya, cada vez voy más borracha. Me está subiendo mucho la última copa que me he tomado. Paso de taparme con las manos, lo que tengo ya me lo ha visto.

—Sí, no sé cuantas veces me lo has dicho ya —comenta distraído, mirando mi sujetador y chasqueándose los nudillos.

—Deja de mirarme, que me vas a desgastar, pervertido de mierda —le insulto girándome para buscar el pijama. Lo dejé encima de una estantería y no está—. Joder, he perdido mi pijama favorito.

—En algún lado debe estar, no se va a ir volando —dice, sentándose en la taza del váter. Parece que le hace gracia la situación. Si fuera él el que estuviera medio desnudo también me lo parecería a

mí.

—Si yo te contara... —comento abriendo los armarios y cerrándolos con frustración. Se lo ha llevado, lo sé. Seguro que la muy perra lo ha subido al desván.

Me lo quedo mirando, enfadada. Y él imita mi gesto torcido para burlarse. Sin saber lo que me impulsa, le suelto una bofetada. Veo que abre los ojos, sorprendido, y se va a levantar. Como no sé si me va a pegar ahora él a mí, le voy a soltar otra cuando me la para a medio camino. Me sujeta del brazo sin soltarme. Me retuerzo un poco pero no afloja la presa.

—Me has pegado —me dice, acercando su cara a la mía—. Y no venía a cuento.

—Es que tu cara es muy *pegable*, invita a la violencia —suelto sin más. No está bien lo que le he hecho, pero que tampoco exagere, que no tengo fuerza ni para abrir una lata. Además, si es boxeador debe de estar acostumbrado a que le golpeen a menudo.

No sé qué va a hacer hasta que se empieza a reír.

—Estás como una regadera —me insulta, sin soltarme el brazo.

—Suéltame —le digo, empezando a enfadarme otra vez. No me hace daño, pero no quiero que me toque.

—Ni de coña. Ahora vas a bajar así a que todos vean lo que creó la madre que te parió —amenaza, obligándome a salir del baño.

—No lo harás. Gritaré —digo, dándole una patada en la pierna. A él debe de haberle parecido una caricia de lo que ridícula que ha sido.

—Mejor, así darás espectáculo y todos te verán mejor.

Me retuerzo, lucho, pero el cabrón es muy fuerte. Acaba cogiéndome en vilo como siempre hacen los que se acaban de casar. En esos casos resulta enternecedor, esto no. Con una mano me tiene atrapada de cintura para arriba, poniendo su mano peligrosamente cerca de mi pecho, y la otra mano me rodea el trasero y las caderas. Me abraza con fuerza y me quedo inmóvil. No me puedo mover. Es como si me hubieran atado.

—Por favor, perdona —suplico, perdiendo el poco orgullo que me queda—. No volveré a pegarte, te lo prometo.

—Tus disculpas ya no me valen. Te has pasado.

Empieza a andar por el pasillo camino de las escaleras. En el fondo ¿qué es lo peor que me puede pasar? ¿Qué me vean sus amigos con la recién estrenada ropa interior de encaje negro? Es como si fuera un biquini, no enseño más. Así que cambio la estrategia.

—Gabriel... —le susurro con voz lastimera—, me estoy mareando...

Y me hago la muerta, como si me hubiera desmayado.

Dejo caer la cabeza hacia atrás junto con el resto de mis extremidades. Noto que me mira y me zarandea un poco.

—Alana... Alana, no hace gracia.

Algo se remueve en mi interior cuando le escucho por primera vez pronunciar mi nombre.

—¡Alana! —grita más alto. Se está empezando a preocupar. Se da la vuelta y me lleva hasta mi habitación. Abre con la pierna y me deja con delicadeza en la cama. Me coloca el cuerpo, me quita el pelo de la cara y me lo peina con suavidad hacia un lado. Me voy a reír, mis labios se van a contraer y me va a pillar—. Como no dejes de hacer el tonto te voy a matar de verdad.

Me da suaves golpecitos en la cara intentando despertarme, hasta le escucho maldecir varias veces. Voy a abrir los ojos y descojonarme en su cara cuando escucho un golpe y Gabriel cae con fuerza en la cama.

Abro los ojos y le veo tumbado a mi lado. Inconsciente. Un candelabro en el suelo, y la niña fantasma frente a mí, levitando. Me llevo las manos al pecho para comprobar que mi corazón sigue latiendo.

—Te estaba haciendo daño —dice con tranquilidad. Su voz es dulce, antigua, como en estéreo—. Es un hombre malo.

Me quedo sin palabras. Levita hasta acercarse a él y le pasa una mano por el pelo.

—No está muerto, solo dormido —me informa con tranquilidad. Como quien habla sobre el tiempo en un ascensor cualquiera.

—Gracias —consigo decir, intentando parecer amigable. No quiero que me atice también a mí con el candelabro.

—Tienes que irte —dice, acercándose. Sus ojos son grises, sus labios como dos pétalos. El pelo, tan rubio que parece blanco. Nunca antes había visto un fantasma tan cerca, de hecho no había visto uno en mi vida ni con prismáticos, pero estoy segura que es una de las más guapas del mundo fantasmal.

—No puedo. —Y me preparo para la hostia del siglo.

—Debes hacerlo. Es peligroso.

Y desaparece.

Me quedo en esta postura un rato, hasta que mi cuerpo vuelve a funcionar correctamente. Me pongo una bata y me inclino sobre el cuerpo inerte de Gabriel. Le ha tenido que dar un buen golpe para dejarle así. Compruebo que respira con normalidad y, con esfuerzo, le pongo boca arriba. Su cuerpo relajado es bastante tentador. Sus brazos marcados, su cuello con esa vena hinchada. Me permito el lujo de tocarle. Dibujo sus facciones con las yemas de los dedos, recorriendo despacio la línea del nacimiento del pelo, el puente de la nariz, sus labios. Me hacen gracia sus pestañas rubias, sus cejas perfectas sin depilar. Cómo raspa la barba de tres días, lo justo para no ser incómodo si le besara.

Y para rematar la noche abre un ojo y me pilla tocándole el cuello.

—Eres de esas que acaban con cualquiera en la cama, ¿verdad? —dice con dificultad intentando incorporarse. Me separo de repente como si quemara y me tapo con la bata. Se lleva las manos a la cabeza y protesta—. ¿Qué ha pasado? —me pregunta, tocándose el punto donde seguro le ha pegado mi nueva amiga muerta.

—Te has golpeado con la puerta al entrar —miento cruzando los dedos. Últimamente me estoy

convirtiendo en una mentirosilla compulsiva. Demasiados secretos paranormales que ocultar por el bien de la humanidad.

—¿Cómo lo sabes? Te estabas haciendo la muerta —puntualiza el muy cabrón.

—Eres tan idiota que no sabes calcular las distancias —le explico, aprovechando para insultarle y así desviar el tema.

—Menudo par de idiotas que estamos hechos —dice, intentando levantarse. Se marea y se tiene que volver a sentar.

—Tumbate —le ordeno. Como no me hace caso le obligo por la fuerza. Empujo su pecho hacia abajo y, como está flojillo, no lucha demasiado—. Voy a por hielo.

—No me apetece un mojito, pero gracias.

—Es para tu golpe, subnormal.

Bajo las escaleras sin quedarme a escuchar su respuesta. En la cocina no hay nadie. Lucía se está dando el lote en la biblioteca. Carraspeo y me dice que todos se han ido. Pregunto por el ligue de Gabriel. Dice que el rubiales se despidió de ellos pasando antes por el baño y la chica se fue justo después. Nerea con el suyo en la habitación. Perfecto, sonata nocturna acercándose.

Meto hielo en una bolsa y lo subo. Los cuadros han vuelto a cambiar de posición. Por Dios, qué pesada es, es que no se cansa de hacer el tonto.

Me lo encuentro tumbado con los ojos cerrados. Le acerco el hielo al chichón y se queja un poco, medio dormido. Le veo tan mono así, indefenso, relajado.

Debería despertarle para que se vaya a dormirla a su casa, pero me siento culpable por el golpe que se ha llevado en la cabeza.

—Gabriel... —susurro, zarandeándole un poco el hombro—. Despierta, tienes que irte.

Se gira, dándome la espalda, y me gruñe. Vale, a ver qué coño hago ahora. Me quedo un rato pensando, hasta que vuelve a girarse, quedando boca arriba de nuevo. Vale, tendré que dejar que se quede a dormir, pero solo por esta vez.

Le descalzo y me pienso un poco eso de quitarle también los pantalones. Debe de estar muy incómodo con ellos puestos... Que conste que lo hago por él. Le desabrocho el botón con cuidado, comprobando que sigue dormido. Le bajo la bragueta con tanto cuidado como si se tratara de una bomba a punto de estallar y le voy quitando el pantalón. Tengo que mirar para otro lado cuando veo sus calzoncillos. Recrearme en las vistas sería violar su intimidad. Le desabrocho la camisa y se la quito. Se mueve un poco pero no llega a despertarse. Consigo sacar la sábana y el edredón tirando con fuerza y así poder meternos los dos dentro.

Apago la luz y la veo al lado de la ventana. Dos parpadeos y desaparece.

Iba a avisarla de que no se le ocurra asomarse a la habitación de Nerea, que de algo así no se sobrevive, pero no me da tiempo. Cierro los ojos y, sin buscarlo, mi cuerpo se va acercando poquito a poquito al suyo, buscando calor. Su respiración en el cuello me relaja, y cuando me quiero dar cuenta me quedo dormida.

Capítulo siete

La luz del sol me molesta en los ojos. Los abro despacito y me giro para buscar una postura cómoda. Tengo resaca, hoy no madrugo. Mi lado de la cama se ha quedado frío, así que me voy moviendo cuando inesperadamente lo encuentro. Un cuerpo caliente en mi cama... ¡Es Gabriel!

Me incorporo, asustada, y le miro. Está dormido, con la cara tan relajada que parece un angelito. Los labios hinchados por el sueño, el pelo revuelto. Joder, ¿por qué los gilipollas son tan guapos? Le doy la espalda para seguir durmiendo cuando se mueve y me abraza la cintura. Dejo de respirar para que no se despierte.

Va pegando su cuerpo al mío, hasta que estamos piel con piel. Arde, su maldito cuerpo está ardiendo. Y claro, a mí me empiezan a subir unos calores que me llegan hasta el estómago. Ronronea mientras su mano me acaricia la cadera, baja por la pierna y vuelve hacia arriba. Su mano es dura, algo áspera, reconfortante. De esas que te envuelven con solo tocarte. De las que sigues notando aún cuando ya no están, dejándote con ganas de más. Sí, como el chocolate. Exacto.

Pasa el tiempo. Por supuesto, yo no vuelvo a conciliar el sueño. No, después de tenerle pegado a mí y de notar cada una de sus caricias inconscientes. No, sintiendo su aliento en mi mejilla, su barba haciéndome cosquillas en la oreja. Parece que le gusta dormir abrazado. Quién lo diría, viendo su comportamiento de anormal. No me quiero mover para no despertarle. Necesito ir al baño, mi vejiga lo exige, pero es que estoy tan a gustito... Si me muevo rompo el momento. Y aunque no me gusta confesarlo, había olvidado lo que es que alguien te abraza por las mañanas.

Pasan por lo menos dos horas más. En la misma posición. Hay ratos que siento que necesito moverme, levantarme y tomarme un café. O ir al baño y volver junto a él, refugiándome en su calor. Pero es que está tan profundamente dormido... En cuanto se despierte se irá. Desaparecerá con sus aires de prepotencia y comentarios irónicos. Le prefiero así, inconsciente. Quizás le podría raptar, mantenerle siempre drogado y que me diera su abrazo por la noche. No es un mal plan. Lo meditaré un ratito y después me levanto.

Como si pudiera oír mis pensamientos, vuelve a moverse y gruñe un poco. Me agarra un pecho con decisión, como si siempre hubiera sabido dónde estaba, y pega su entrepierna entre mis cachetes.

—No sabía que tu piel eran tan suave —me susurra al oído, despacio—. Pensaba que debajo de la ropa tenías todo el cuerpo cubierto de pelos.

Abro los ojos, indignada, y le pego un codazo para que me suelte. ¡Será desgraciado! ¡Y a ver por qué tengo que estar tan cachonda!

Me levanto enfadada y me pongo la bata. Al segundo, mis movimientos se ralentizan al sentir de golpe la resaca. Pinchazo en la cabeza, boca seca, ganas de vomitar. Joder, con lo bien que estaba

entre las sábanas. Me voy al baño sin mirarle a la cara. Cuando estoy saliendo de la habitación ya se está vistiendo.

Por suerte, la pasta de dientes no huye volando, y el agua sale caliente. Me seco la cara con una toalla y me miro en el espejo. Ojeras, labios hinchados, pelos de loca. Genial. Si tuviera fuerzas de coger un cepillo... Decido que prefiero un café.

Bajo las escaleras despacio saludando a los retratos. La cafetera tampoco lucha cuando la enciendo, y nada paranormal ocurre cuando le veo entrar en la cocina. Fresco como una lechuga, como si no hubiera pasado la noche en cama ajena.

—Buenos días, esperpento andante —me saluda, robándome la taza humeante de entre las manos—. No deberías haberme acosado así anoche, hoy voy a llegar tarde al trabajo por tu culpa —ataca, dando un sorbito y peinándose con los dedos—. Pero no te preocupes, llegaré.

—No me preocupo —contesto con rapidez. Me preparo otro café sintiendo su mirada en la nuca. Estoy incómoda con esta situación. Me avergüenza haberle dejado manosearme mientras yo casi me retorció del gusto. Vale, sin el casi.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta—. ¿No hay más contraataque? ¿Estás perdiendo facultades?
—Es que necesito café para recargar mi pistola de insultos creados especialmente para ti —le contesto, echándome un poquito de azúcar.

—Perfecto. Delicioso —dice, dejando la taza vacía en la mesa—. El café, no tú. No vayas a hacerte ilusiones.

Le voy a contestar cuando cierro la boca. Hoy no es el día para estos jueguitos. La cabeza me va a explotar. No sé con qué cara le miro, pero se acerca y me da un espontáneo beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios.

—Me acerco porque veo que no tienes fuerzas para pegarme. Adiós, fea.
Y dicho eso, coge el abrigo y se va.

Me quedo extraña. Esa es la palabra. Le odio, le detesto. Es un proyecto de pijo prepotente y distante. Siempre con una ironía entre los labios, listo para atacar. Entonces, ¿por qué me hubiera gustado que se quedara a insultarme? ¿Por qué me pregunto ahora dónde trabaja, qué hace con su tiempo libre, o por qué me trata así? Siempre me han gustado algo zalameros, cariñosos, pero también es verdad que todos me han salido rana. ¿Será mejor alguien más frío pero sincero? ¿De verdad estoy siendo capaz de pensar todo esto con la resaca del siglo?

Salgo de mis pensamientos cuando entra Nerea con su moreno. Mi amiga con un pezón fuera de la camiseta de tirantes y el otro en calzoncillos.

—Un poco de decencia si no queréis que me saque los ojos con una cuchara —me quejo, mirando para otro lado.

—Hemos bajado a por provisiones, ya nos vamos —dice mi amiga, asaltando el frigorífico. Se van con las manos llenas entre risitas estúpidas. Joder, qué envidia me dan, pienso, metiéndome un Ibuprofeno para el cuerpo.

Como hoy no hay reservas me planteo la ardua tarea de darme una ducha que me espabile e ir a comprar cositas que necesito para los nuevos juegos. Así que subo las escaleras obligándome a ser responsable.

Una difícil hora después me arropo con mi bufanda gigante y me ajusto el gorro. Estoy cerrando la puerta cuando la vecina me saluda. Pongo los ojos en blanco y una mueca de fastidio en los labios, pero disimulo justo cuando me giro.

—Buenos días —la saludo, amigable.

Me retiene, como siempre que me ve. Me pongo a tiritar. Necesito moverme y andar para entrar en calor.

—¿Todo bien con la casa? ¿Algún problemilla? —me pregunta, dejándome ver su diente dorado—. Ya sabes que si necesitas...

—Sí, ya tengo la tarjeta, no se preocupe —la corto, exasperada. Joder, qué pesada se pone siempre, de verdad. Debe estar falta de trabajo.

Y de repente las dos alzamos la vista. Mi cortina se corre, y veo a la niña fantasma asomada tras el cristal. Disimulo, esperando que la mujer no la haya visto. Ella se la queda mirando un momento y después me sonrío.

—Tienes unas cortinas preciosas —dice tranquila—. La otra noche te vi pasear a través de la ventana, y pensé que quizás te sientes sola con tu madre tan lejos.

Parece que no ha visto al fantasma. A lo mejor es miope. Quizás yo sé lo que he visto porque ya he presenciado su aparición antes. A lo mejor se piensa que es otra de mis amigas, una que está fatal de las vitaminas, el hierro, que nunca le ha dado el sol y que viste como su abuela. En cualquier caso no la nombra.

—Sí, pero estoy bien, no se preocupe.

—Tu madre me dejó su teléfono por si pasaba algo. Espero que no te importe que lo tenga —dice de inmediato al ver mi expresión—. En mi tarjeta está el mío, por si lo necesitas.

«Cuando decida prender fuego a la casa conmigo dentro te pondré sobre aviso», pienso molesta.

—Muchas gracias. Tengo que hacer unos recados. —Me suelto como puedo y salgo al trote. Me giro un momento para ver si ya se ha ido a su casa cuando veo que ambas se están mirando. Desde aquí no llego a distinguir la expresión de la niña fantasma, tampoco la de la mujer. Quizás haya disimulado conmigo delante pero, tras pararme al otro lado de la calle para cerciorarme, está claro que la está viendo.

Me alejo, preocupada. Es mi fantasma, al fin y al cabo, no quiero armar escándalos. O puede que sean imaginaciones mías. A lo mejor sigo pedo.

A media mañana llamo a mi madre. Le va todo fenomenal. Está feliz, parece que ha rejuvenecido diez años. Y aunque yo estoy haciendo realidad mi sueño, la echo tanto de menos que maldigo un poco a mi abuelo por dejarnos el dinero. La vida cambia en un pestañeo, y no siempre estamos preparados para adaptarnos. Yo siento que una parte de mí aún desea volver atrás en el tiempo, a lo

conocido, a lo que nunca cambia.

Vuelvo cargada de bolsas y compruebo que no hay actividad en la casa. Mis amigas siguen dormidas o entregadas al sucio fornicio. Subo las cosas a mi habitación y me desnudo para ponerme el pijama cuando me acuerdo que ha desaparecido. Es mi única prenda de vestir cómoda y calentita, la necesito.

—Oye, niña —susurro a las esquinas esperando que me oiga. Sé que lo ha escondido ella—. Devuélveme el pijama, por favor.

—Está en el desván —susurra a mi espalda.

Me giro, acojonada, y la veo. Junto a mí. Igual de altas. Ella más guapa pero más muerta.

—Bájamelo, lo necesito —pido, intentando ser amigable—. Joder, qué frío das.

—No, ahora es mío —dice sin expresión, como si fuera un zombie. Un zombie fantasma.

Aunque ya me empiezo a acostumbrar a verla, a que se muevan y exploten cosas... aún me sigue dando canguelo tenerla cerca. No es que sea cobarde, es que es un maldito fantasma. A saber lo que hizo en vida para acabar así, a saber si es obra del demonio, o peor, mi cabeza se ha chalado y tengo alucinaciones.

—Por favor —lo intento de nuevo, una última vez antes de pedir que se vaya porque me estoy cagando encima.

—Ya ha empezado —dice pegándose a mí—. Debes irte —me susurra tan cerca que puedo sentir el frío que sale de entre sus labios.

Y desaparece. Otra vez. Dejándome sin pijama. Subiría al desván si no tuviera la certeza de que es su escondite. Y que me pegaría con algo si le robo su ya pijama. Así que paso el día con la bata preparando los nuevos juegos, mirando las esquinas para ver si me espía y pensando en lo fría que estará esta noche la cama.

Capítulo ocho

Es domingo. Tras mi necesario desayuno me voy a dar un servicio de catering en unas oficinas. Saludo a mis compañeras, me pongo el uniforme y empiezo a montar mesas y sacar bandejas. Mi mente está en otro lado. Desde ayer no dejo de darle vueltas a lo que me dijo el fantasma.

«Ya ha empezado». ¿Qué quería decir?

—Alana, lleva agua a las mesas tres y cuatro —me ordena mi jefe.

Después de cinco horas tengo los pies molidos. Me cambio y salgo a la calle abrigándome bien. Siempre tengo frío. Deben ser las calorías que me faltan, o al menos eso es lo que dice mi madre. El bolsillo me vibra. Es Lucía.

—Guapa, en media hora en nuestro bar —dice, sin siquiera preguntarme qué tal me ha ido el día. Que ha sido mal, por cierto.

Cuelga y maldigo. Me quiero sentar tranquila y leer, o tumbarme en la cama, fijar la vista en el techo y dejar que el tiempo pase. El invierno saca lo peor de mí, el pelo encrespado y el mal humor. Cambio la dirección de mis pasos y voy hacia Alonso Martínez. A nuestro bar, como nosotras decimos. El dueño es como de la familia, siempre tenemos una mesita solo para nosotras y las patatas y quicos nunca se acaban.

Entro pensando que tenía que haberme pasado por casa para cambiarme de ropa cuando le veo. Otra vez Gabriel. Colándose en mi vida sin permiso, viendo la peor de mis caras continuamente. No sé qué expresión pongo porque me saluda con un movimiento de cabeza y me deja pasar.

Llego hasta Lucía y me siento a su lado, dejando el bolso y el abrigo en el respaldo de la silla con fastidio.

—¿Es que no podemos quedar las tres solas? —digo, enfadada—. Necesito noche de chicas.

—A mí no me mires, es Nerea, que está enchochada.

Sigo su mirada y la veo enganchada a su moreno. Varios amigos cerca y, cómo no, Gabriel entre ellos.

—La hemos perdido —me lamento, robándole el botellín.

—Nunca la tuvimos —puntualiza Lucía. No puedo más que darle la razón. Siempre saltando de chico en chico.

—Nunca me abandones, por favor —le pido, moviendo las pestañas exageradamente.

—No ha nacido mujer en el mundo que lo haga —me responde dándome un pequeño puñetazo en el brazo—. Me voy, he quedado con Silvia.

—¿En serio? ¿Para qué me dices que venga si te vas? —pregunto, levantándome. Esto es el colmo.

—El rubiales me ha pedido que lo hiciera, no ha sido cosa mía —me explica, sonriendo. Se cuelga

el bolso y me da un beso en la mejilla—. Cuidado con ese, que tiene un peligro...

—Lo dices de todos, Lucía —digo, soltando una carcajada—. Según tu criterio si no tienen tetas es que no son de fiar.

—Avisada estás. Que sepas que en lo que llevo aquí sentada ya se le han acercado por lo menos cinco tías. Y se ha morreado con dos.

Se va, dejándome con cara de gilipollas. Miro a Nerea, que ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy. Me termino de un trago la cerveza robada y me pongo el abrigo. A la mierda. Quiero meterme en la cama y leer un buen libro.

—¿Tan pronto? —me pregunta Gabriel cuando llego hasta la puerta. Está muy guapo, como siempre. Yo tengo ojeras desde ayer, el pelo rata indomable y la verdad, me siento sucia después de tantas horas trabajando. Noto que me huelen un poco los sobacos. No es el momento para juegucitos.

—No debería haber venido —le contesto, esperando que salgan los de delante. El bar está hasta arriba.

—Con esa cara de puerro no, desde luego —comenta, apoyándose en la barra.

—Eres gilipollas —le insulto dándole la espalda.

—Adiós, fea.

Me doy la vuelta para insultarle pero me faltan las palabras. Sí, hoy me siento fea. Y él es demasiado guapo para mí. Yo lo sé, él lo sabe. Entonces, ¿por qué me duele que me trate así? Vale, empecé yo, pero debería ser un caballero y dejarlo pasar. Al menos ser educado. He tenido un mal día, mi jefe me ha gritado, se me han caído dos bandejas llenas de copas al suelo y mi archi enemiga se ha reído de lo lindo. Mis amigas me han abandonado y creo que me está bajando la regla, porque tengo ganas de llorar. Quizás mis ojos se humedecen un poco, quizás un puchero se me escapa, porque su mirada cambia de repente y me sujeta el brazo.

—Oye, Alana... —empieza a decir, más tranquilo en un tono reconciliador.

—¡Déjame en paz! —le grito, soltándome con un manotazo.

Empujo a los que tengo delante y salgo entre maldiciones y quejas. Sí, soy una maleducada, desconocido de los huevos. Ya en la calle intento serenarme, pero es que estoy triste. Y asustada. Estoy sin pijama, y me da miedo volver a casa sola después de que haya anochecido, pero no puedo decir nada por miedo a que mis amigas salgan huyendo despavoridas.

Reprimo el escozor que tengo en la garganta, las ganas de llorar contenidas y aprieto el paso. No sé dónde ir, deambularé sin rumbo hasta que alguna de las dos vuelva. Les mando un whatsapp diciéndoles que me avisen cuando lleguen a casa y al segundo ambas me contestan por el grupo que tenemos las tres que esta noche no las espere despiertas. La primera lágrima cae al suelo casi sin rozar mi mejilla. Estoy asustada. Y odio esa sensación.

Me seco la nariz con el guante cuando le veo acercarse con paso decidido. El maldito tiene las piernas largas, así que tarda poco en llegar hasta mí.

—Alana, perdona si te he molestado —empieza a decir, intentando cogerme las manos y yo soltándome a manotazos—. Es que soy un poco...

—¿Subnormal?

—No buscaba esa palabra. Perdóname. Pero es que no me tienes que tomar tan en serio, siempre estoy bromeando y... —Deja de hablar y se pasa las manos por el pelo.

Agradezco mentalmente sus disculpas, pero antes muerta que reconocérselo.

—Déjame en paz —consigo decir, empezando a andar de nuevo. Por favor que no me haya visto llorar, que no me haya visto.

Me alcanza de nuevo y me obliga a mirarle.

—¿De verdad eres incapaz de ser simpática conmigo? Desde el principio no has hecho más que mirarme con cara de acelga y de insultarme. ¡Hasta me has pegado! —me recuerda abriendo mucho los ojos—. Te pido perdón y sigues. ¿Se puede saber qué te he hecho?

Le voy a decir que lo siento, pero que necesito mi espacio, cuando una morena igual de alta que él le llama desde la puerta del bar. Le hace gestos con la mano para que se acerque.

—Tu chica te llama. Ve con ella —le digo, metiendo las manos en los bolsillos.

—No es mi chica —suelta justo para darse la vuelta y salir corriendo. Menudo culo se gasta...

Vale, no será su chica, pero la saluda con un beso en la boca y las dos manos en su trasero. Tampoco lo era la rubia que estuvo en mi casa. ¿Yo qué sería para él cuando estaba tocándome las tetas y arrimándose en la cama? ¿Un mono de feria?

Paseo por el centro hasta que los dedos de los pies se me congelan, y ante el temor de una amputación decido volver a casa. Voy encendiendo luces con ganas de llorar de nuevo. Me da miedo, joder. Creo que todo el mundo en mi situación estaría igual, excepto el presentador de Cuarto Milenio. Para él y su mujer sería como una segunda luna de miel. Me parece que estoy obsesionada con ese hombre, y con los dientes de su mujer.

Saco el nuevo pijama que me acabo de comprar en Primark y me lo pongo, sintiéndome reconfortada al segundo. Me preparo una infusión y me quedo leyendo un rato en la biblioteca con el fuego encendido. Estoy pensando en lo tonta que he sido retrasando el momento de llegar a casa cuando la veo flotando por el techo.

El libro por poco no se me cae al fuego del brinco que pego.

—No me des estos sustos, por favor —le pido, tapándome más con la manta. Cuando aparece, la temperatura baja inmediatamente. El frío se te mete en los huesos y los dientes te castañean.

—Debes irte —canturrea, flotando, con los ojos fijos en mi pijama nuevo.

—Mira, niña fantasma. No me voy a ir, creo que te lo había dejado bastante claro.

—Mi nombre es Lili. Y no soy una niña —dice, parando en seco y descendiendo hasta llegar a mi lado.

—Yo me llamo Alana —tartamudeo, sintiéndome la persona más absurda del mundo. Charlando con un fantasma cagada de miedo.

—Lo sé —murmura, entrando en la chimenea. Juega con las llamas que invaden su traslúcido cuerpo—. Como también sé que ya ha empezado.

Otra vez con eso.

—¿Qué ha empezado? —quiero saber, inclinándome hacia delante. La manta cae a mis pies. El reloj de pared suena más fuerte. La luz se enciende y se apaga.

Alza el rostro y me mira con pena.

—La maldición. Ya es demasiado tarde —se lamenta, cerrando los ojos—. Siempre tengo frío...

—¿Qué maldición?

Me mira de nuevo, con esos ojos grises que casi huelen a libro viejo, a historias pasadas caídas en el olvido, borradas poco a poco con el paso de los años.

—Todos los que estéis bajo este techo sufriréis las consecuencias. Debéis iros cuanto antes.

Empieza a desvanecerse. Necesito saber más. Quiero entender lo que dice que ocurrirá, y si me va afectar, claro. Pero se nota que no quiere hablar sobre el tema, así que intento averiguar otras cosas.

—¿Cuántos años tienes?

Su imagen vuelve a ser más nítida de nuevo.

—Dieciséis —suelta, en un aliento contenido.

—Como le preguntó Bella a Eduard... ¿Cuánto hace que tienes dieciséis?

Su cara se transforma en una máscara de incredulidad bastante graciosa. Hasta parece más humana. De hecho, supongo que algún día lo fue.

—¿Quién es Bella?

—Un día te pongo la peli en el portátil —digo, quitándole importancia con la mano—. ¿Cuánto tiempo?

Se encoge de hombros y suspira.

—No lo sé. Antes los coches eran distintos, ya no hay caballos en las calles...—Habla como si una parte de ella estuviera ausente, como si le faltara vida. Sí, Alana, está claro que vida es precisamente lo que le falta.

—¿Tú vivías aquí?

—Este es el hogar de mi familia, mi casa —dice, cambiando el semblante. Parece que vuelve a estar molesta por invadir sus dominios—. No deberías haber venido, no deberías ser la nueva dueña. Por tu bien.

La tensión vuelve a instalarse entre nosotras. Y no quiero que me tire algo a la cabeza.

—Debes irte —vuelve a decir. Otra vez con la maldita retahíla de todos los días.

Me levanto, cansada de lo mismo, pensando que nunca acabará esto, que siempre la tendré espiándome por la casa y robando mis cosas. Cambiando los cuadros y haciéndome la vida imposible. Y por un momento considero seriamente mandarlo todo a la mierda y vender la casa. Que cargue otro con el muerto... Pero después recuerdo la cara de ilusión de mi madre cuando me dijo que la había comprado. Era mi sueño, y aún lo sigue siendo.

—Mira, Lili —empiezo a decir, encarándome a su reflejo algo difuminado—, no me voy a ir. Tendrás que aguantarme al menos un tiempo muy largo. Me da igual si haces volar mis bragas.

—Lo hago por tu bien —susurra, con una cara que no me gusta un pelo.

—Eso es lo que dicen los maltratadores... —comento empezando a temblar de verdad. Me duelen los dientes de tanto castañearlos—. Me da igual lo que hagas, no me voy a ir.

Flota hasta llegar a mi lado y sonrío. No es una sonrisa amable, es cruel.

—Que así sea.

Huelga decir que paso la noche en vela tapada con una manta hasta las orejas, balanceándome cual loca en plena psicopatía y comprobando el maldito teléfono cada segundo a ver si las desconsideradas de mis amigas hacen por fin acto de presencia. Tengo que aguantar que la casa proteste, los objetos vuelan, los retratos me han estado persiguiendo un rato por el pasillo mientras yo corría escaleras abajo y qué decir de los ruidos que salen del desván. Parece que hay montada una fiesta sin música y sin vivos. Muebles que se deslizan por el techo, sillas dando vueltas...

No sé si llamar a los Cazafantasmas, a una médium, a un cura, o a mi santa madre. No sé si salir a la calle y ver cómo la casa entera es comida por la tierra en plan final de una película de miedo. O peor aún, que salga y que, cuando quiera volver a entrar, la Lili de los huevos me lo impida atrancando la cerradura o algo así. Acabaré como una vagabunda desquiciada durmiendo debajo de un puente.

Estoy paralizada escondiendo la cabeza entre las manos cuando un objeto me pasa muy cerca volando. Debería irme, lo sé. Es una locura quedarse. Pero es que es mi casa. No he conocido a persona más cabezota que yo. Y, en el fondo, sé que Lili no quiere hacerme daño. Solo quiere asustarme. Oye, que lo consigue, la muy puñetera.

A las cuatro de la mañana suena el móvil. Es un número desconocido. Lo cojo, desesperada por escuchar la voz de un vivo.

—¿Aún estás despierta? —preguntan desde el otro lado del auricular. Tardo un segundo en reconocer la voz.

—¿Quién de las dos hijas de Satán te ha dado mi número? —quiero saber, escondiéndome en la cocina de los libros bailarines.

—Ha sido Nerea. Dice que no haces más que mandar mensajitos diciéndoles que vuelvan a casa. Me ha pedido que te llame para ver cómo estás y de paso decirte que te duermas de una vez.

—¿Por qué no lo ha hecho ella? —pregunto, esquivando un cojín precioso que compré en Zara Home. Joder, se me va a llenar de pelusas...

—Miedo a las represalias. ¿Estás bien? Te noto nerviosa.

Tengo que morderme la lengua para no invitarle a presenciar el espectáculo de la casa poseída por niña fantasma loca.

—Estoy bien —susurro, obligada a calmarme. Pero la voz me tiembla, igual que mis manos. Y otra vez las ganas de llorar, el sentimiento de soledad, aún más acentuado al darme cuenta de que no

puedo compartir este peso con nadie.

Y el maldito cuelga. Sin más. Dejándome con una sensación de vacío en el estómago. Sintiéndome más sola que nunca. Que le den. Seguro que me ha llamado obligado por su amigo Alejandro para poder montárselo con Nerea una última noche. Será la última, porque mañana la asesino con mis propias manos. A Lucía la dejaré viva por discriminación positiva. Las lesbianas aún deben hacerse fuertes en su libertad de expresión y ella es el estandarte viviente de ello. No puedo eliminar a un símbolo. Si se hiciera más trenzas sería como el Sinsajo versión bollera.

La siguiente hora me la paso encerrada en el baño. El espejo me va dejando mensajes como el ya conocido «vete». Pero hay nuevos y más inquietantes, como «tengo frío», «soy Lili», «ten cuidado» o mi preferido: «dame tu pijama nuevo».

—A ver para qué narices quieres mi pijama... ¡No te lo puedes poner! —grito, desesperada, mientras me lo quito y me quedo en ropa interior. Agarro la bata que tengo doblada en el armario y me la pongo, a ver si así me deja tranquila.

Entonces, la puerta empieza a temblar. El picaporte gira y el pestillo empieza a correrse despacio. La puerta se abre con tal fuerza que casi se sale del marco. Al otro lado, Lili, mirándome tan tranquila. Como si no me estuviera dando la nohecita.

—Están llamando a la puerta —me informa con esa voz tan suave, tan muerta que tiene.

—Pues ve a abrir tú, yo me estoy dando un baño en seco —digo, vestida dentro de la bañera de patas con la manta por encima y la almohada en los riñones.

Su imagen se va deshaciendo ante mis ojos y decido bajar a ver si es la policía. No los he llamado yo, pero quizás algún vecino ha visto cómo los muebles volaban. O quizás me han oído gritar con todas mis fuerzas mientras corría escaleras abajo perseguida por la mujer uniceja.

Me asomo por la mirilla, porque a saber quién es. Mis amigas tienen llave, y a estas horas solo hay locos por las calles, como decía mi abuela. Aunque claro, el peligro lo tengo dentro, no fuera de casa.

Unos ojos azules me atraviesan desde el otro lado de la puerta.

—Alana, joder, abre, que hace frío.

Me quedo muy quieta, esperando que se vaya. La casa está patas arriba. Literalmente, la mesa de la cocina está colgando del techo. Lili aparece y me niega con la cabeza.

—Es el hombre malo —me susurra.

—Aquí la única mala eres tú.

—¡Alana! —grita Gabriel desde la calle—. Te acabo de oír. Tienes todas las luces encendidas. Sé que estás despierta.

En un arranque de valentía, me acerco hasta Lili e intento sujetar su brazo. La mano se me queda dormida unos segundos.

—No es malo, solo gilipollas. Le voy a abrir. No hagas nada, y por lo que más quieras, que todos los muebles vuelvan a su sitio.

Asiente y veo que, como en un desfile, cada objeto se coloca en su lugar.

Compruebo en el espejo mi reflejo ojeroso y desquiciado y abro. No me había dado cuenta de que voy en bata sin nada debajo, solo la ropa interior. Esta vez no es de encaje negro. Son unas braguitas blancas de algodón con dibujitos y un sujetador deportivo a juego. Con él parezco una niña de doce años.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Estás loca? —pregunta, entrando con esos aires de suficiencia que salen de cada poro de su piel—. Deja a tus amigas en paz y vete a la cama.

Se cruza de brazos y me mira como si fuera alguien a quien puede dar órdenes. No me pasa desapercibida su rápida mirada a mis braguitas. ¿En qué mundo vivimos?

—¿Qué haces aquí? Nadie te ha invitado —me defiende, abrazándome a la bata y tapándome como puedo.

—Alejandro me ha obligado a venir. Le estás jodiendo el ligue. Y la verdad es que me pillaba de paso.

Asiento con la cabeza. Son compinches. Se preparan la cama el uno al otro.

—Pues dile a tu amigo que le den por culo. Ale —le chisto abriendo la puerta—, ya te estás largando. Y, por favor, borra de tu móvil mi número y de tu mente mi dirección.

—Estás como un puta regadera, niña —dice, sin mover un músculo.

—¡Que te vayas! —grito, perdiendo los nervios.

Veo a Lili detrás de él y un jarrón volando hacia su cabeza. Le hago un rápido gesto con la mano y Gabriel se gira para ver qué estoy mirando. Por suerte, Lili es rápida y deja el jarrón en el suelo, desapareciendo sin más.

—¿Estás bien? —me pregunta, acercándose después de mirar el jarrón y fruncir el ceño—. Estás temblando —comenta, pasando un brazo por mis hombros, como si quisiera protegerme de algo que solo intuye y que su mente racional le impide ver.

Y es entonces cuando me vengo abajo. Una sola muestra de afecto y caigo, así de patética soy. Inconscientemente, me refugio entre su cuerpo.

—Estás helada...

Me separa un poco de su cuerpo y me mira a los ojos. Veo preocupación. Y supongo que él ve a una loca al borde de un ataque de nervios.

—Gracias por venir —susurro, pegándome a él. Apoyo mi mejilla en su pecho y le abrazo, cruzando mis manos en su espalda. Huele a invierno, pero también al suavizante de su jersey. Al principio se nota que no sabe cómo reaccionar, no se lo esperaba, pero tras unos segundos de duda me devuelve el abrazo. Me aprieta fuerte y algo en mi interior despierta.

Ahora mismo no necesito palabras de doble sentido, ni ingeniosas frases fruto de la frustración o algo más que aún no sé identificar. Solo necesito a una persona que se quede conmigo, que me ayude a dormir y que permanezca a mi lado al menos hasta que salga el sol.

—¿Te quedas a dormir? —le pregunto, sin esperar respuesta. Le cojo con fuerza de la mano y le

llevo escaleras arriba hasta mi habitación. Abro la cama y me meto dentro. Cuando me tapo con el edredón me quito la bata y la dejo en el suelo. Se me queda mirando con las manos en los bolsillos y la duda reflejada en su semblante.

Sí, estoy desesperada.

—¿A dormir? —Se quita los pantalones y el jersey. Se deja los calcetines, los bóxers negros y una camiseta. Le asiento con la cabeza tapada hasta las cejas. Me han subido los calores hasta los mofletes. Tiene piernas de futbolista. Me apetece morderlas un poquito.

Cuando entra en la cama se queja del frío que hace.

—¿Me abrazas? —le pido, aún temblando.

Durante un segundo, se queda quieto, pero después me busca entre las sábanas hasta agarrar mi cadera y tirar de mi cuerpo hacia el suyo. Me hago un ovillo y respiro profundamente, al fin, después de tantas horas de angustia y tensión. Me abraza y dejo que su calor corporal me envuelva.

—Siempre —le escucho decir entre profundas respiraciones. Creo que se ha quedado dormido.

El amanecer comienza, pero cierro los ojos y caigo en un profundo sueño.

Me despierto sobresaltada cuando veo que es de día. Tira de mí hasta volver a sus brazos. Pero parece que le molesta la luz, así que se levanta y baja la persiana para después meterse de nuevo bajo las sábanas. Ronronea como un gato y me abraza más fuerte.

—¿Qué hora es? —pregunto con la voz ronca y la garganta seca.

—Las once —me contesta después de alargar el brazo y comprobarlo en su móvil.

—¿Tienes que irte a trabajar? —pregunto, acomodándome sin pudor entre su cuerpo.

—Los lunes libre, y tampoco me toca entrenar —susurra, con los labios pegados a mi cuello.

Un murmullo por mi parte y volvemos a caer en un extraño duermevela donde todo son manos, piernas, piel con piel y calor, mucho calor. La aspereza de sus manos tocándome las caderas, su aliento calentando mi espalda. No lo soporto más, así que me giro y busco sus labios. No llego a tocarlos, pero me quedo tan cerca que casi puedo saborearlos. Espero a que se acerque, pero no lo hace.

Debería suplicárselo para acallar el dulce dolor que se extiende por mis entrañas. Me incorporo y salgo de la cama deprisa para ponerme la bata. No se mueve, no me mira. Se vuelve a quedar dormido moviendo un brazo en el lugar que hace segundos ocupaba en la cama. Parece que me está buscando.

Voy al baño sin ver por dónde piso. Ni el orden de los retratos me preocupa ahora. Me miro en el espejo e insulto a mi reflejo.

—Eres retrasada mental, Alana —me digo, restregándome los ojos con fuerza—. No te pilles por él.

—Sí, muy lista no eres —confirma Lili desde la bañera. Hace como que está sentada dentro pero sin llegar a tocarla, flotando como siempre.

Me doy la vuelta y pierdo el miedo que le tengo.

—No me vuelvas a espiar. —La señalo con el dedo mientras me seco con una toalla.

—Es que me aburro —se lamenta, intentando peinarse el pelo con un peine que no toca su melena en realidad—. Y el hombre malo es apuesto.

Frunzo el ceño y empiezo a preocuparme. A pesar de casi odiar a Gabriel no quiero que Lili le empiece a torturar. Ni a acosar. Aunque un poquito sería gracioso... Dudo si proponérselo cuando el susodicho entra en el baño sin llamar a la puerta primero. Lili se desvanece con el problema de que el peine cae a la bañera. Me asusto, no quiero que nadie vea a Lili, no quiero que esto salga a la luz. No quiero tener a los de Cuarto Milenio invadiendo mi propiedad. Por suerte, Gabriel va tan dormido que no se da cuenta.

—Déjame lavarme los dientes —suplica, echándome a un lado—. Anoche bebí demasiada cerveza.

—No pienso prestarme mi cepillo. Usa la pasta y tus dedos si quieres.

Se me queda mirando, luchando por despegar sus casi blancas pestañas para mostrarme esos ojos azules que me recuerdan al océano. Al Atlántico, frío y despiadado.

—¿Quién te corta el flequillo? ¿Eduardo Manostijeras? —se burla ,cogiendo mi cepillo sin permiso. Me empuja sacándome del baño y se encierra echando el pestillo.

Doy una patada al suelo de la frustración y bajo a prepararme café. Los retratos se mueven un poquito a cada paso que doy por el pasillo. En la cocina me espera Lili, andando por el techo. Pego un salto y me obligo a tranquilizarme. Un día me va a dar un ataque al corazón con sus siniestras apariciones. Se sienta boca abajo y me observa tranquila mientras enciendo la cafetera.

—Quiero tu bata —suelta de repente.

Le contestaría que a ver para qué necesita mi bata, pero como tenemos a un impresentable en casa me callo. Lo último sería que mi pille hablando «sola». Le saco la lengua y me siento en el sofá después de pedirle que se vaya un rato a jugar al desván. Me dice que cuando baje el hombre de rostro apuesto. La miro de reojo cada poco tiempo para comprobar que me observa con fijación, como estudiando cada movimiento que hago. Que haya normalizado la situación de tener a un fantasma en casa no lo hace menos inquietante. Me sigue poniendo la carne de gallina su presencia, ese frío que siempre le acompaña.

Y de repente empiezo a escuchar una especie de zumbido, como un enjambre de abejas enfurecidas. Miro a Lili y me lanza una mirada de auténtico terror. Me levanto y empiezo a buscar el origen del sonido. Seguro que es el frigorífico, lo compré de segunda mano y se habrá estropeado. No sé como consigo que todo el mundo me time. De repente el sonido desaparece. Me encojo de hombros y miro a Lili. Parece que ella también se ha tranquilizado.

Un mensaje de Nerea me distrae. En una hora está de vuelta y Lucía también. Debemos preparar una nueva reserva. Hoy a las ocho. Joder, estoy tan agotada de la nochecita de ayer que no sé si tengo fuerzas para esto.

Gabriel baja vestido e impoluto, como siempre. No sé qué trato habrá hecho con el diablo para ir siempre de punta en blanco, amanezca donde amanezca.

—Bueno, bicho malo, desayuno y me voy —me informa, mordiendo una magdalena y sentándose a mi lado—. Si necesitas otra noche de arrumacos me llamas. Eso sí, no vayas a ir dibujando corazoncitos con mi nombre. No me van esas cosas, y tienes pinta de volverte muy loca cuando te tocan, aunque sea para apartarte en la salida del metro.

No lo pienso. Le tiro el café por la cabeza. Hirviendo. Sí, lo sé, se me ha ido un poco de las manos. Debería aprender a controlar mi genio. Pero no será hoy.

—¡Me cago en la puta! —grita, levantándose—. ¡Me has abrasado, joder!

Huyo hasta el frigorífico. Inconscientemente, localizo con la mirada una sartén con la que atizarle si viene a por mí.

Se quita el jersey y la camiseta con un brusco movimiento y le siguen los pantalones y los calcetines. Le he calado entero. Mi manía de usar una taza ultra gigante, llenarla hasta arriba y después dejar siempre la mitad, que va a parar al fregadero.

—Enana, te vas a enterar de lo que es bueno —me amenaza, con el pelo pegado a mechones en la frente. En calzoncillos parece más agresivo, su brazo tatuado le da un punto macarra que sabe esconder con ropa más elegante. Y sus brazos definidos me dicen que tiene la fuerza necesaria para darme un golpe y mandarme al otro barrio. Solo en ese caso espero que Lili me ayude. Pero, con todo y con eso, me da tiempo a deleitarme un segundo con la línea de vello castaño claro que le baja desde el ombligo hasta esconderse en los calzoncillos.

Salgo corriendo hacia la biblioteca, donde hace un frío que pela. No llego a tiempo de cerrarle la puerta en la cara, así que me agarra de un brazo con fuerza y tira de mí. Con la mano libre le araña la cara. Consigue cogermelo en vilo y tumbarme en el suelo a pesar de mis forcejeos.

—¡Suéltame! —grito, enfadada, mientras le doy en la cara con la mano abierta. ¿Dónde está Lili cuando la necesito? Seguro que intentando ponerse mi pijama.

—¡Te vas a enterar! —me amenaza, inmovilizándome por completo. Se sube encima y me atrapa entre sus piernas. Joder, casi no puedo respirar—. Hasta que no me pidas perdón no me levanto.

Como respuesta le muerdo en la ingle. Le tenía ganas a esa parte del cuerpo. Me suelta de inmediato.

—¡Eres un animal! ¡Qué bruta! —se queja, tocándose el mordisco. Mis pequeños dientes se han quedado marcados en su blanca piel. Que se joda, por insultarme.

Me levanto y respiro hondo, pero el cabrón no me da tregua. Me coge en volandas y sube las escaleras sin aparente esfuerzo. Me lleva al baño y me tira, eso sí, con cuidado, en la bañera. Abre el grifo de agua fría, qué digo fría, congelada. Suelto un grito que debe haber escuchado mi madre a trescientos kilómetros e impide que huya.

—Debería ser un cabrón y abrasarte, pero no lo soy —me susurra al oído mientras ambos nos congelamos. Yo por estar dentro y él por mantenerme donde estoy.

Le miro con odio, con rabia. Del frío no puedo pensar. Mis pezones están tan duros que podría tallar un diamante. Su cara tan cerca de la mía que las gotas que descienden por su pelo me caen en

los labios. Sus pestañas pegadas, su boca en una mueca de determinación. Y, sin pensarlo, supongo que porque quiero distraerle, le beso. Acercó mis labios a los suyos. Saben a café. Están fresquitos, húmedos y suaves. Se queda un momento quieto, frunce el ceño y me sigue el ritmo abriendo los labios para besarme con rabia. Deja que me levante y nos convertimos en una sola piel con la carne de gallina. Mi conjunto de ropa interior me araña, me molesta. Parece que me lee el pensamiento porque me arranca el sujetador de un zarpazo.

Abro un segundo los ojos y leo en el cristal empañado: «No lo hagas. Debes mantenerte pura». Lo borro de un torpe manotazo pensando que ya es demasiado tarde. Entregué mi flor a temprana edad.

Gabriel me alza y le abrazo el torso con las piernas. Llegamos hasta mi habitación comiéndonos, mordiéndonos. Me pongo un poco bruta, arañándole la espalda y sujetándole con tanta fuerza que le dejo marcas en la piel. Responde a eso con gruñidos besándome más fuerte. Me deja caer sobre el colchón y se tira encima. Se baja el calzoncillo con presteza, apoyado solo de un brazo y con todo su cuerpo sobre el mío.

—Estás loca, joder —gruñe, mientras me come a besos.

Le muerdo los labios mientras recorro su cuerpo con las manos. Ya desnudo por completo se apoya con los codos y me rodea el rostro con las dos manos, besándome con furia.

—Estás loca —repite, agarrándome un pecho con fuerza.

—Y tú eres subnormal —gimo cuando descende una mano hasta mis braguitas de dibujos.

Abro los ojos con un jadeo y la veo. A Lili. Flotando en una esquina con mi bata puesta. Me desconcentro un momento y empiezo a sentir frío. Gabriel, de espaldas y sin verla, empieza a darme mordisquitos en el cuello.

—Que suave eres, joder —me dice muy bajito al oído después de tirar del lóbulo con los dientes.

Y todo se va a la mierda. El subidón se me baja a los pies. No puedo hacer nada con Lili mirándome con esa cara de acusación, como si fuera una golfa.

—Gabriel... —digo, poniendo ambas manos en su pecho, clara señal de que quiero parar.

Se incorpora un poco para mirarme a los ojos. Me da un suave beso en los labios y se separa. Se pone el calzoncillo deprisa y pienso que se va a ir cuando se tumba a mi lado.

—Vale, enana —empieza a decir, dándome besitos en la mejilla—. Sé que soy mucho hombre para ti.

Le voy a soltar otro guantazo cuando me fijo en su mirada traviesa y su sonrisa de medio lado. No me había dado cuenta que tras la barba de tres días hay dos hoyuelos muy sexis.

Me abraza entre sus brazos y compruebo que la fantasma aguafiestas se ha ido, dejando la bata en el suelo. Me relajo y dejo que me envuelva con su calor. Cierro los ojos y volvemos a besarnos, esta vez más despacio, más tranquilos. Ya no me toca de cuello para abajo, solo me apresa el rostro y se dedica a darme besos en la nariz, en la mejilla... Empiezo a notar calor en mi vientre, el deseo llamándome. Me subo encima y me froto contra él, lo que le provoca una carcajada.

—A ti no hay quien te entienda —se queja con un gruñido—. Me voy a tener que poner hielo en las

pelotas.

—Pobrecito —ronroneo con un toque de ironía recorriendo sus tatuajes con mis labios. ¿Ya he dicho que me vuelven loca los tatuajes?

Nos pasamos varias horas entre caricias inocentes y susurros contenidos. Nos volvemos a dormir, nos despertamos con la voz de mis amigas y cerramos la puerta esperando que la ropa de Gabriel en el suelo de la cocina les de pistas para no subir a ver qué estoy haciendo.

De repente, el estómago me empieza a rugir. Tengo hambre. Deben ser por lo menos las cuatro de la tarde. Y tengo que preparar el juego, los clientes llegarán en pocas horas. Me deshago de su abrazo y sonrío cuando le escucho roncar y gruñir. Me levanto, recuperando mi bata robada, y bajo a ver a las chicas. Nada más entrar en la cocina me aplauden, las muy cabronas.

—Mírala —dice Lucía—, la que nos estaba acosando anoche con que volviéramos a casa.

Nerea se empieza a descojonar enseñándome el pantalón de Gabriel.

—Le he cotilleado la cartera —confiesa la muy pendeja—. Gabriel Guzmán Hidalgo. Treinta y dos años. Calle...

—No necesito más detalles —la interrumpo, quitándole el pantalón y dejándolo con el resto de su ropa en una silla—. A ver, centrémonos. Lucía, ¿tienes preparado el menú? —pregunto, intentando que esto no se convierta en un interrogatorio donde me enfocan con una luz blanca a las pupilas.

—No, no —dice Nerea—. De eso nada. Nos lo vas a contar todo con pelos y señales. Que huele bien ya lo sé, he estado olisqueando su jersey...

—Y si no se lo impido se pone en la cara la bragueta de los pantalones —suelta Lucía, poniendo cara de asco—. Nerea, tienes un problema, y se llama adicción al sexo.

—No te hagas la remilgada que has pasado la noche con tu ligue —se defiende.

Tras comer un sándwich intentando no atragantarme con las burradas que sueltan mis amigas me pongo a preparar las pistas. Lucía ya está entre los fogones y Nerea... es Nerea. Sube a su habitación a peinarse y maquillarse a conciencia. Me asomo de vez en cuando para ver si Gabriel sigue dormido. Le he bajado la persiana y corrido las cortinas para que no le moleste la luz. Varias veces le robo un beso que es respondido por un ronroneo.

A poco tiempo de que lleguen los invitados, ya disfrazadas y con las velas encendidas, Gabriel baja las escaleras tapado con la sábana. Se mete en la cocina para vestirse tras huir de los gritos de Lucía pidiéndole que se tape el rabo. Se va con un bocadillo en la mano y un beso. Promete llamarme mañana cuando esté más tranquila. Sí, estoy un poco pillada por él. Y no quiero pensarlo demasiado porque cuando pasan estas cosas es mejor dejar que todo fluya y no obsesionarse con que es demasiado guapo para mí o que en las tres veces que le he visto, dos estaba con una chica.

Me doy una colleja mental y me meto en mi papel cuando Nerea abre la puerta con el candil. La noche va sobre ruedas, con efectos especiales incluidos cortesía de Lili. Se ha lucido, incorporando nuevos sustos, innovando en el arte de acojonar. Pero siempre respetando la idea de que es algo impostado, falso y un juego. Nunca demostrando que es un fantasma de verdad que embruja la casa a

su paso. Nunca delante de mis amigas.

Cuando todo acaba me meto en la cama satisfecha, pletórica. Ha sido el día perfecto. Y se corona cuando recibo un mensaje de Gabriel deseándome buenas noches.

Capítulo nueve

Pasan los días sin saber nada de él. Alterno eventos de catering con más reservas en la casa. Lucía y Nerea no me preguntan sobre él, mi cara lo dice todo. He tenido el impulso de llamarle muchas veces, pero mi orgullo me lo ha impedido en cada una de ellas. Si quiere verme, lo hará, pienso cada vez que estoy a punto de marcar el símbolo del teléfono con su nombre.

Compruebo el whatsapp mil veces al día, le cotilleo cuándo se conecta, y son muchas las ocasiones que está en línea pero no para mí.

Al quinto día ya estoy que me subo por las paredes. No tenemos reserva esta noche y Lucía me obliga a salir un rato. Nerea se unirá después. Sí, después de follar como una mona.

Nos adentramos en el barrio de la Latina embutidas en nuestros abrigo. Enero está acabando y se nota que el invierno está siendo especialmente frío este año. Mi amiga me está contando que ha leído en un blog una reseña sobre un garito irlandés de moda. Comprueba la dirección y me arrastra hasta allí sorteando a la gente que, en grupitos, colapsan la acera y se paran cada cinco minutos para hacerse un selfie. Dicen que si te haces tres selfies al día tienes un problema mental, así que me recuerdo mentalmente ingresar mañana a primera hora a Nerea en una clínica de desintoxicación.

—Mira, es aquí —celebra Lucía, agarrándome del brazo.

Nos fumamos el cigarrillo sagrado antes de entrar en cualquier sitio donde no se permite fumar, es decir, en todos lados, y nos quitamos el abrigo en cuanto traspasamos la puerta. Música actual, luz atenuada y mucha gente. Cerveza, corrillos de amigas a carcajadas y chicos listos para cazar su siguiente presa. Madera antigua y detalles en tono de oro viejo por unas paredes cargadas de cuadros, fotos y pósters. El sitio tiene estilo. Me gusta.

Nos acercamos a la barra a pedir algo para beber. Estoy buscando en mi monedero un billete de veinte cuando escucho su voz.

—Sí, ahora mismo te lo pongo, guapa —dice Gabriel desde detrás de la barra con un mandil que le cae en la cadera de una forma muy sugerente, con el pelo a un lado en plan pijo moderno y una camisa blanca remangada hasta los codos dejando ver su piel tatuada. Lanzando su sonrisa, aturdiendo a las féminas con ese encanto que Dios le ha dado.

Tiro de Lucía y la llevo a una esquina oscura donde no pueda vernos.

—¿De verdad me traes al bar donde trabaja? —pregunto enfadada—. ¿Es que me odias? —exagero, comprobando que mi flequillo está más o menos peinado y que mis cejas no se han vuelto locas.

—Nerea me ha soplado dónde trabaja. Me apetece ver cómo reacciona al verte. Si pasa de ti le parto la cara y serás la siguiente si sigues con esa cara de mono castrado desde que te levantas. Si se

comporta... pues le cantaré las cuarenta y dejaré que te lo beneficies esta noche en los baños.

Me la quedo mirando, inerte, sin nada que objetar. Vale, Lucía la va a liar haga lo que haga Gabriel. Mejor me voy preparando para el numerito y deseando que me trague la tierra.

Me arrastra hasta la barra de nuevo y casi se sube encima para llamar su atención.

—¡Eh, rubiales! Dos bombones con la garganta seca necesitan tu ayuda de inmediato —dice la muy deslenguada sin saber qué es la vergüenza.

Tarda menos de dos segundos en buscarme, y tras cruzar miradas, su sonrisa se ensancha y viene dejando a varios chicos listos para pedir. Sin decir nada se inclina y me da un beso rápido en los labios.

—Qué pasa, preciosa —me saluda pasando de Lucía olímpicamente. Varias chicas me lanzan miradas asesinas y he de reconocer que mi pecho se hincha por algo parecido a la felicidad.

Lucía se excusa diciendo que va al baño cuando en realidad se dirige directa a atacar a una pelirroja abandonada en una esquina, dándonos así un poco de intimidad.

—No me has llamado —me quejo, bajando las pestañas en un intento de hacerme la ofendida pero sin demostrar cuánto me ha molestado en realidad.

—He tenido mucho lío. Un compañero se ha puesto malo y he tenido que cubrir sus turnos —me explica rápido—. Además, tú tampoco me has dicho nada. Ni siquiera me contestaste al «Buenas noches».

Vaya, pues es verdad, reconozco frunciendo el ceño.

—Perdona —es lo único que sale como un suspiro de entre mis labios.

Se agacha y escapa de la barra para darme un abrazo que me levanta del suelo.

—Casi había olvidado cómo hueles —me dice al oído, aspirando el aroma de mi cuello—. Hoy no termino hasta las cinco, pero mañana libro. Pensaba darte una sorpresa, pero ya que has venido a verme...

Me engancho a su cuello y me aprieto más aún. Solo una parte de mi asquerosa cabecita me dice que no es real, que cuando la meta en caliente se cansará de mí. Que es mucha carne para tan poco hueso.

—A las once estaré lista —digo, sonriendo de oreja a oreja. Casi me duelen los labios de lo tirantes que los tengo.

—Perfecto, fea —dice, guiñándome un ojo y dejándome en el suelo.

Le doy un ridículo puñetazo en el brazo y le obligo a que se incline para darle un beso. Me agarro a sus orejas y tiro de ellas para que lo haga. Se descojona mientras nos besamos y un «estás loca» como despedida. Tiene que seguir trabajando.

Encuentro a Lucía en el baño, morreándose con la pelirroja. Le digo que me voy intentando no molestarlas y salgo a la calle eufórica, feliz y podría decir que algo enamorada. Es pensar en él y el estómago se me da la vuelta, noto un cosquilleo en el pecho y siento que floto. Ni siquiera me da miedo volver a casa sola.

Un rato después, estoy buscando las llaves en la puerta, desesperada, con los pies congelados y la nariz enrojecida del frío. ¡Mierda! ¡No encuentro las malditas llaves! Me dan ganas de darle la vuelta al bolso y que caiga todo al suelo cuando la puerta del portal de al lado se abre. Es la mujer del diente de oro. Compruebo la hora en el móvil. Son las tres de la mañana. ¿Qué hará despierta?

—¿Tienes algún problema, querida? —me pregunta, acercándose.

—No encuentro las llaves...

—Vaya, qué inconveniente más inoportuno. Hace mucho frío y es de noche —dice, recalcando lo evidente.

—Sí —digo, levantando la mirada del bolso para verla con una bolsa de basura en la mano.

—Sufro de insomnio, y a veces me da por limpiar a estas horas —me explica encogiéndose de hombros—. ¿No hay nadie en casa?

—Qué va, mis amigas están fuera y llegarán más tarde. De todas formas las voy a avisar para que vengan ya.

—Pasa mientras tanto a mi piso a esperarlas —me invita, tirando la basura en el cubo que tenemos en la acera.

Me lo pienso un segundo. Podría decirle a Lili que me abriera desde dentro... pero a ver cómo lo hago. A lo mejor solo me oye si estoy dentro de casa. Miro las ventanas. Silencio y oscuridad.

—No quiero molestarla, es muy tarde.

—No es molestia, de verdad. Prepararé un té calentito y me entretienes un poco —asegura cogiéndome del brazo. Echo una última mirada a la ventana de mi habitación y veo a Lili moviendo la cabeza, diciéndome que no. Me encojo de hombros sin saber qué quiere decir. Esta chica fantasma es de un enigmático... Por un momento intento huir de las garras de la mujer, pero ella insiste, tirando de mi brazo.

Subimos las escaleras y entramos. Había dejado la puerta abierta. Entro y me da en toda la nariz un pestazo a incienso. Atravesamos un pasillo con suelo de madera antiguo que cruje a cada paso y me lleva hasta el salón. Muebles anticuados, flores secas en jarrones, una gran alfombra persa y todo lleno de polvo. No me quiero imaginar cómo estaría antes de limpiarlo...

—Siéntate. Voy a preparar el té —me indica, empujándome hasta un tresillo que protesta cuando planto el culo. Toso de la nube de polvillo que me sube a la nariz. El aire es denso, como si no hubiera ventilado en mucho tiempo.

Me levanto y cotilleo un poco. Me fijo en los techos altos, como todos los pisos antiguos del centro. Las molduras de las paredes con un poco de humedad y la mesa llena de notas, cartas, velas... Pero no hay fotografías. Me resulta un poco extraño, pero bueno, hay a quien no le gusta ponerlas a la vista de todos. Una extraña vasija encima del aparador llama mi atención. Es transparente, y dentro, algo como humo se mueve dando vueltas.

—Aquí está el té —dice animada, dejando la bandeja sobre una mesita. Se sienta en el sofá y yo corro a mi sitio como si volviera a ser una niña que intenta coger chocolate a escondidas. Un crujido

y una casi imperceptible voluta de polvo llega hasta mis fosas nasales. Estornudo y cojo la taza que la mujer me tiende.

—Dime, Alana —comienza dando un pequeño sorbo a su bebida caliente—, ¿qué es lo que te ha traído hasta aquí?

Hago una mueca con los labios pensando a qué refiere exactamente cuando ella lo aclara.

—¿Qué te hizo comprar la casa?

—Pues siempre me ha gustado. Me encanta su tejado de pizarra negra, la historia que aún se puede leer en sus muros... Es todo, es la casa. No hay algo en concreto. Es ese halo de misterio que la envuelve, las contraventanas... es todo.

—Entiendo, es una propiedad muy interesante —dice mirándome fijamente a los ojos y mostrándome con una rápida sonrisa su diente dorado. A la luz de las velas su semblante parece un poco más sombrío.

—Sí —afirmo dando un sorbo. No escupo por educación. Esto no es té ni nada que se le parezca. Con una mal disimulada mueca de asco lo trago y dejo la taza sobre la mesita.

—¿No te gusta? Bebe un poquito más para entrar en calor.

—Sí, es que está ardiendo —miento deseando irme ya. La situación se ha vuelto incómoda de repente.

—Perfecto, querida —asiente masajeándose las manos—. Te voy a hacer una pregunta, y espero que tu respuesta sea sincera...

—Claro —contesto de inmediato, como si mis labios no me pertenecieran. Debería coger el bolso y decirle a Lili que me abra. O entrar por una ventana de la planta baja.

—¿Qué es lo que más quieres en este mundo? —me pregunta, inclinándose hacia delante.

—Mi madre —contesto sin pensar. ¿Por qué he contestado? ¿A esta mujer qué le importa?

Murmura algo y vuelve al té. No sé cómo se puede beber ese brebaje vomitivo.

—¿Quieres que te lea la mano? —me ofrece cogiéndome la derecha con fuerza.

—No es necesario...

—Veamos —dice muy concentrada siguiendo con su dedo las líneas de la palma de mi mano robada—. Eres cabezota, eso sin duda. Y también algo melancólica. Tu futuro es algo incierto...

Recupero mi mano de un tirón y me levanto. No pienso pagarle ni un duro por lo que acaba de hacer.

—Creo que es mejor que me vaya —digo, colgándome el bolso del hombro—. Se ha hecho muy tarde y tiene que irse a descansar. —Suelta una carcajada y me dice que ella nunca descansa—. Pues siga limpiando entonces —digo, dirigiéndome al pasillo.

—Alana —me llama apoyada en su bastón—, ha sido un placer. Espero que repitamos esto en otra ocasión.

Le doy las gracias y salgo pitando. Me da mal rollo su salón, con todas esas velas y con ese humo raro dando vueltas dentro de la urna.

Agradezco el soplo de aire gélido que me golpea en la cara. Meto la mano en el bolso para coger el móvil y decirles a mis amigas que vuelvan ya porque no tengo las llaves cuando mis dedos se topan con ellas. Las saco y me quedo con cara de gilipollas. He estado buscándolas un buen rato y no estaban.

Entro y voy a la cocina a beber un vaso de agua que me quite ese sabor amargo que tengo en la boca cuando aparece Lili.

—No deberías haber entrado —susurra en un tono de ultratumba que acojonaría al más pintado. Menos mal que yo ya estoy casi acostumbrada. Creo que si se fuera de la casa hasta la echaría de menos. Un poquito.

—¿Por qué? —quiero saber haciendo gárgaras.

—Es una mujer malvada —contesta sin más.

—Eso decías de Gabriel. Seguro que también lo vas diciendo de mí a mis espaldas —bromeo, quitándole importancia. Sí, es una mujer rara y oscura, pero de ahí a ser malvada hay un paso.

—Me quitó a mi único amigo —se lamenta de repente—. ¡Me lo robó! —grita haciendo que las paredes tiemblen.

—Tranquila, por lo que más quieras —le pido—. Que la casa se nos viene encima y a ver dónde vas a pasar la eternidad. No te veo entre escombros, la verdad.

Hace caso omiso y se va flotando por el techo como llorando. Jolines, pues sí que está afectada.

Me voy a poner el pijama cuando veo que no está. Otro que me roba. Y la bata también ha desaparecido. Joder con la amiga de lo ajeno... Le digo a las paredes esperando que me escuche que ya me está devolviendo las cosas y me meto en la cama desnuda pensando en alguien de ojos azules y sonrisa traviesa.

Y recordando lo que me ha dicho antes le mando un mensaje deseándole buenas noches. No han pasado diez segundos cuando me responde que eso es imposible si no estoy con él.

Qué mono...

Capítulo diez

Me levanto de un salto y me meto en la ducha cantando. Dudo tantas veces sobre lo que voy a ponerme que entro sin llamar en la habitación de Nerea y le robo unos pantalones, unas botas y un jersey tan suave que parece que está hecho de pelo de unicornio rosa. Se queja un poco por el ruido, porque la estoy despertando sin querer, así que me largo con lo robado y me lo pruebo delante del espejo. Con un poco de maquillaje y dos trenzas estoy perfecta.

Entro en la habitación de Lucía a oscuras y le cojo el neceser. Encuentro lo que buscaba. Uno de sus perfumes. Siempre se lo pido. Es que me encanta. Pero es tan caro que prefiero gastar el de ella y no comprarlo.

Me pongo un café bien cargado y hasta me parece gracioso el careto con el que viene Lili volando desde la biblioteca.

—Ya estás dejando en mi cuarto el pijama. Y la bata. Y la pulsera de oro que tenía en la mesita.

Me mira con cara de pocos amigos y mi taza empieza a temblar. La suelto antes de que me explote en las manos.

—Eres una urraca. Deja de robar —sigo sin amilanarme ni un poco.

—Ha empezado...

Y empieza con su cantinela. Si fuera clara podríamos entendernos. Podría prestarle atención. Pero con sus crípticas palabras no me entero.

—Que sí, la maldición. ¿Qué significa exactamente?

—No puedo decirte más. O ella vendrá a por mí —dice, escondiéndose debajo de la mesa.

—¿Quién?

—La mujer malvada.

—La única que va a ir por ti como no me devuelvas las cosas soy yo. La pulsera es un regalo de mi madre. Es importante.

—Lo necesito todo —me responde tan tranquila.

—¿Para?

No me contesta. Se aleja flotando por el techo traspasando las paredes entonando una canción extraña.

El timbre suena y salto de alegría. Apoyado en el marco de la puerta me saluda con una sonrisa de oreja a oreja. Vaqueros, zapatillas impecables y una sudadera por debajo de un chaleco.

—¿Se puede ser más pijo? —le insulto como saludo. Pero me tiro a sus brazos y nos besamos como si no hubiera mañana.

—¿Prefieres que subamos a tu habitación y veamos las montañas desde tu portátil? —insinúa,

agarrándome el trasero con una mano.

Si no tuviera a un fantasma acosador, voyeur y anticuado le diría que sí, pero como no es el caso niego con la cabeza.

—He tenido que aparcar un poco lejos. Espérame aquí y paso a recogerte —dice con las manos en los bolsillos. Se da la vuelta y se aleja caminando deprisa. Me quedo embobada contemplando su espalda bien torneada y no me doy cuenta de que una mujer se me acerca.

—Perdona, chiquilla —dice llamando mi atención—. ¿Sabes si es aquí donde vive Madame Ardelean?

Tengo que pestañear varias veces para volver a la realidad. La mujer debe tener la edad de mi madre, y va bien vestida. Unas inmensas gafas de sol ocultan sus ojos, y está claro que acaba de salir de la peluquería.

—Sí, es en ese portal. El primero izquierdo —le indico señalando la puerta con el dedo.

—Muchas gracias. Es que me la ha recomendado mi mejor amiga —empieza a decir, ajustándose el abrigo—. Mi marido está muy enfermo, y dicen que ella hace verdaderos milagros.

—No tenía ni idea —comento observando su bolso de marca.

—Sí, su reputación la precede. Normalmente tiene lista de espera, por lo que me han dicho, pero espero que me atienda hoy, porque estoy desesperada ¿Sabes si está en casa?

—Ni idea, lo siento. Yo me acabo de mudar.

El pitido de un coche me distrae. Sonrío y me despido de la mujer. No entiendo de coches. Sé que es un deportivo y poco más. Entro y me muevo cómoda en el asiento. Está limpio, no como el coche de Lucía, que parece un estercolero con ruedas.

Gabriel se pone unas gafas de sol estilo aviador que le sientan muy bien y arranca. Me fijo en su forma de sujetar el volante, en sus brazos. En su paquete marcado...

Pone música rock y con la mano libre me acaricia la rodilla. Me contraigo por dentro. No lo soporto. Me inclino y le doy un beso en la mejilla, pongo mi mano sobre la suya y cierro los ojos. Que llegemos ya al monte para poder fornicar como monos en celo detrás de un árbol, por Dios.

Media hora más tarde llegamos a Guadarrama. Hemos estado en silencio y tranquilos todo el trayecto. Me gusta estar con personas a las que no les incomodan los silencios. Con quien puedes compartirlos sin necesidad de contaminarlos con palabras vacías.

Me subo el cuello del jersey y me pongo los guantes. Él me ayuda con el gorro. Se ríe de mí. Dice que parezco un muñeco con todos los accesorios. Arrugo la nariz en señal de protesta mientras me coge la mano con fuerza y empezamos a caminar. Dice que se conoce una ruta de senderismo muy chula y no demasiado larga. Pero antes de nada paramos en un bar para desayunar y coger fuerzas.

Nos sentamos en la barra. Bueno, él se sienta y a mí me coge en vilo ridículamente para ayudarme a subir hasta el taburete. Podría haberlo hecho yo solita, nunca he necesitado a un maromo de metro ochenta y cinco para conseguirlo. Pero como parece que le hace gracia tratarme como si fuera un muñeco articulado, según sus palabras textuales, me dejo hacer.

Nos comemos unos churros con chocolate caliente casi de los labios del otro. Me acaricia las piernas a cada poco preguntándome qué conjunto de ropa interior llevo, a lo que le contesto con burradas como un cinturón de castidad y un sujetador de pinchos.

Nos reímos el uno del otro. Yo me burlo de su pelo rubio, peinado a un lado. No le queda mal. Le sienta bien haciendo contraste con su barba, pero qué le vamos a hacer, tengo que insultarle cada poco tiempo para que no se aburra de mí. Él me dice que me ha cortado el flequillo uno con Parkinson, que tengo más trasquilones que pelo en la cabeza. Que mis trenzas son raquílicas, más finas que su dedo meñique.

Y cuando nos queremos dar cuenta es casi la una. Se nos ha hecho un poco tarde. Pasamos el día jugando a escondernos entre los árboles y los pedruscos. Me coge a caballito y le pongo las gafas de sol como si fuera un vampiro. Nos paramos a cada paso para besarnos, y dejamos que los senderistas profesionales nos adelanten entre miradas divertidas.

Cuando ya es noche cerrada, menos de las ocho de la tarde, volvemos usando las linternas del móvil. Me lleva a casa y ninguno de los dos pregunta al otro si quiere entrar, o si puede hacerlo. Aparca milagrosamente cerca de la plaza y nos preparamos unos sándwiches rápidos en la cocina. Lucía está trabajando como extra y Nerea con Alejandro. Tenemos la casa para nosotros solitos, al menos un rato. Sin contar a Lili, claro, pienso con resignación.

Subimos a mi habitación entre grititos y risas, porque se empeña en agarrarme las piernas a cada paso haciendo que es un monstruo que quiere comerme, y cuando entramos, me meo de la risa cuando saca de su mochila un pijama calentito y se lo pone. Dice que se lo guarde aquí, que la casa tiene corrientes frías y que a veces se queda congelado.

Me muero de amor cuando también saca una peli de miedo, una de un orfanato y un niño con una bolsa de patatas en la cabeza diciendo que la vamos a ver sí o sí, y que si me da miedo me esconda entre sus fuertes brazos de hombretón. Le empujo hacia la cama y me subo encima. Me falta cuerpo para atraparle. Es muy grande en comparación conmigo. Luchamos un rato, yo intentando chuparle los ojos y él apartándose entre risas.

Bajo a preparar palomitas y a coger un par de cervezas mientras él enciende mi portátil cuando siento a Lili antes de verla. El frío es su presentación invisible.

—¿Se va a quedar a pasar la noche con nosotras? —me pregunta muy cerca. Poco a poco nos vamos acercando en todos los sentidos. Ella ya no me da tanto miedo y yo creo que ya no quiere matarme.

—Sí, pero se queda conmigo, no con las dos —aclaro metiendo la bolsa en el microondas—. Así que, por favor, no te asomes a mi habitación esta noche.

—¿Vais a intimar? —suelta en un hilo de voz inmortal y en estéreo.

—Es posible —contesto, encogiéndome de hombros. Disimulo, lo que quiero decirle en realidad es que me lo voy a tirar siguiendo todas las posturas del Kamasutra. Quizás hasta inventemos algunas nuevas.

—Aún no estáis casados —apunta cruzándose de brazos—. Debes mantener tu pureza.

Pongo los ojos en blanco y paso de ella. Las palomitas ya están listas.

—Esta noche mantente lejos de la habitación, no quiero que te escandalices —le advierto. Intento pasar sin que ella me deje. Me bloquea la salida de la cocina con su cuerpo translúcido.

—Yo velaré por ti aun cuando tus instintos pecaminosos no te lo permitan —afirma, misteriosa. Se deshace ante mis ojos y yo me quedo pensando que lo que me ha venido a decir es que me vaya olvidando de chingar.

Joder, qué cansina...

Pasamos la noche abrazados viendo cómo el escondite inglés puede ser un deporte de riesgo. Riesgo de que te dé un infarto. El tal Tomás me resulta entrañable. Me siento identificada también con la protagonista. Debería ponerme en contacto con algún director de cine y presentarle a Lili. Lo mismo tengo un filón con ella y aún no me he dado cuenta.

Gabriel mete la mano debajo de mi camiseta ultra grande, porque Lili no me ha devuelto mis pijamas, y encuentra lo que busca. Me retuerzo entre sus brazos y nos besamos hasta que me duelen los labios y no puedo respirar. Voy un momento al baño y el espejo me dice que me está vigilando. Vale, nada de folleteo. Es peor que una madre anticuada, jolines.

Por suerte, Gabriel no intenta ir a más. La verdad es que es bastante respetuoso. No da un paso sin comprobar que casi soy yo la que lo busca. Y tampoco se muestra molesto o ansioso. Es paciente, cualidad que a mí me falta y a él le sobra. Casi preferiría que me forzase para mañana poder justificarme ante los ojos acusadores de Lili. O debería mandarlo todo a la mierda y violarle, a ver si así Lili se escandaliza y nos deja intimidad. En cualquier caso no sucede nada. No me atrevo por si unos ojos invisibles me ven el pitorro y Gabriel no fuerza la situación.

Nos quedamos dormidos después de hablar un rato. Él me cuenta que sus padres viven en Asturias. Se mudaron hace unos años cuando su padre su jubiló. Estudió Turismo pero nunca ha trabajado de ello. Dice que le gusta ser camarero, por como habla se nota que le encanta su trabajo. Conoce gente nueva todos los días y le hace sentir libre. Boxear es su pasión. Practica desde niño, y suele apuntarse a torneos. Dice que un día me invita a algún combate. Asiento en silencio, pensando que no quiero ver cómo le pegan. Sobre relaciones estables, solo ha tenido dos. Tampoco quiero indagar mucho porque no quiero que piense que soy una cotilla celosa.

Cuando me toca a mí, le digo que todos mis ex me han engañado, que mi carrera profesional se fue a la mierda antes de despegar y que, a diferencia de él, yo odio ser camarera.

Empiezo a contarle cosas de mi niñez cuando me doy cuenta que se ha quedado dormido. Apoyo mi cabeza en su hombro y dejo que un dulce y reconfortante sueño me atrape.

Al día siguiente me despierta Lucía con un whatsapp diciéndome que esta tarde tenemos otra reserva. Sonrío, parece que el negocio va subiendo poco a poco. Gabriel, a mi lado me abraza con fuerza, y me dice que nos quedemos todo el día en la cama.

Le doy un beso en la mejilla porque creo que tengo aliento mañanero y me pongo lo primero que

pillo para bajar a preparar el desayuno.

Lucía me saluda con una tostada en la boca. Dice que tiene que comprar comida para la cena, yo le digo que lo tengo todo bajo control en el juego y bromeamos sobre cómo Nerea llegará casi sin poder andar media hora antes para ponerse la cofia. No podemos echarle nada en cara porque se mueve como nadie en las redes sociales y gracias a ella tenemos tantas reservas, gestionando perfectamente la página web. Cada una tiene su cometido y entre las tres lo estamos llevando todo sobre ruedas.

Gabriel baja al rato y Lucía se va a la biblioteca para darnos intimidad. Desayunamos a mordiscos de lo que el otro tiene en la mano y bromeamos, como siempre. Somos un par de payasos, qué le vamos a hacer. Comprueba todo el rato los mensajes que le entran al móvil. Con algunos sonrío, otros le hacen fruncir el ceño. Y yo me tengo que morder la lengua para no preguntarle quién coño le está molestando tanto. O quiénes, porque mi mente intenta olvidar que le he visto con dos chicas distintas en muy poco tiempo.

—¿Qué hacemos hoy? —me pregunta, dejando el móvil en la mesa. Un último mensaje le ha dejado taciturno.

—Por la tarde tenemos un grupo. Soy toda tuya hasta las seis.

Salimos a comer a un japonés que está muy cerquita. Paseamos por la calle, cogidos de la mano, tranquilos, yo preguntándome por qué está conmigo y él a saber lo que estará pensando.

Nos dan una mesa al lado de la ventana. Me levanto para ir al baño y, cuando vuelvo, veo a una chica hablando con él. Alta, con todas las curvas que a mí me faltan y tocándose la melena cada nanosegundo. Me dan ganas de arrastrarla de los pelos hasta la calle. Y me sorprende a mí misma sintiendo que Gabriel ya es de mi propiedad. Por Dios, nos acabamos de conocer. Alana, relájate.

Me obligo a acercarme, respirando hondo. No ayuda que mis ex me engañaran con otras y me dejaran cuando las prefirieron a ellas. Eso no ayuda cuando buscas seguridad en ti misma y tener confianza en el género masculino.

—Alana —dice Gabriel levantándose—. Te presento a Amanda.

La susodicha me recorre el cuerpo con una mirada altiva y parece que le gusta lo que ve.

«Sí, soy poca cosa en comparación contigo, puta», pienso con una sonrisa falsa devolviéndole el frío beso que nos damos siguiendo el protocolo social.

—Encantada —escupe con un movimiento de cabeza que bien la podía haber dejado parapléjica—. Bueno, nene, llámame —dice meneando el trasero mientras se gira varias veces para mirarle antes de salir por la puerta.

—¿Nene? —pregunto molesta, sentándome de nuevo.

Suelta una carcajada desenfadada y se inclina para darme un beso.

—Estás muy guapa cuando te pones celosa —bromea metiéndose en la boca un poco de *ramen*. Yo cojo una pieza de sushi para no responderle.

Mi ánimo no mejora, en realidad va empeorando. Es verle y me entran los siete males, se me

atraganta la comida. ¿Qué hace conmigo? No soy una persona superficial, sé que lo que enamora no es el físico, pero seamos realistas, aún no hemos conectado a ese nivel. Nos estamos conociendo. Y no encuentro el motivo por el que yo le pueda resultar atractiva.

Digamos que yo soy un seis cuando él roza el nueve. Él provoca que las chicas se giren para mirarlo cuando yo paso totalmente desapercibida. Es verdad que Nerea me eclipsa si salimos en grupo, pero nunca he estado con alguien como él.

—¿Qué te pasa? No estás probando nada —dice con la boca llena.

—Nada —contesto seria.

Traga y se limpia la boca con una servilleta. Hasta con comida entre los dientes está guapo, el muy cabrón.

—Suéltalo si no quieres que te torture —me amenaza dando un sorbo a su Coca-Cola.

No pienso decirle nada, porque es patético y no quiero parecer que estoy loca de verdad.

—Si vamos a empezar con estas tonterías me largo —dice enfadado—. Ya he vivido episodios de estos con otras chicas y paso.

—¿Qué episodios? —pregunto con la boca pequeña.

—Celos, enfados absurdos por cosas que no entiendo, silencios incómodos —empieza a enumerar con los dedos. Me fijo en que tiene unas manos muy masculinas. Alana, no te desconcentres ahora. Que siga quejándose de las «otras»—. Me gustas porque eres diferente, porque no te preocupas tanto del pelo, del maquillaje...

Debería tomármelo como un cumplido, pero en realidad consigue todo lo contrario. Inconscientemente, llevo la mano a mi flequillo algo despeinado y a mi cara, sin una pizca de antiojeras. No me ha dado tiempo esta mañana y ahora me siento fea. Esa es la palabra. Descuidada y fea. Con un vaquero muy usado y con un jersey con pelotillas.

Me voy haciendo más y más pequeñita en la silla.

—¿Por qué te gusto? —se me escapa de los labios y me arrepiento al momento.

Sonríe y me roba otro beso por encima de la mesa.

—Me lo paso muy bien contigo —dice, mirándome a los ojos—. Me pegas, me insultas... No me aburro. Y estás loca, pero de las locas graciosas, no de las que dan miedo.

Me quedo sin palabras. Es tan poco romántico que mi parte más moñas suelta una lágrima de purpurina.

—¿En serio? Eso se lo dices a un colega, no a una chica —me quejo, indignada. No me considero una romántica empedernida, pero estaba esperando algo más endulzado, como el color de mis ojos o lo tersas que tengo las domingas.

Empieza a reírse y me tira la servilleta a la cara.

—A un colega no le digo que me encanta cómo huele o le intento meter la mano en las bragas —se defiende inclinándose hacia delante—. A un colega no le beso en la boca, ni duermo abrazado a su culo.

—Eres tan fino que seguro que cagas oro —suelto sintiendo con pena que la magia se rompe, se nos va a la mierda. Me quiere para pasar el rato, porque le divierto y porque quiere acostarse conmigo. ¿Dónde quedan las palabras bonitas? Supongo que donde esté la chica que le robe el corazón de verdad, y no yo.

—Mira, si te vas a poner en este plan te rauto sin pedir rescate. Te encierro en mi habitación y... bueno, ya sabes qué te haría —me susurra, guiñándome un ojo.

Sonrío porque el pobre no está haciendo nada malo. Me trata muy bien, y nos los pasamos genial juntos. El problema soy yo. El problema es que empiezo a querer más que él.

—Gabriel —empiezo, sintiendo una profunda quemazón en la garganta. Ya he vivido esto antes, sé lo que va a pasar si no lo corto a tiempo—. No me rompas el corazón, por favor.

Se le cae el tenedor al suelo y frunce el ceño.

—¿Por qué dices eso? —quiere saber poniéndose serio de verdad. Se sienta con la espalda recta y cruza los brazos.

—Porque tú estás acostumbrado a estar con muchas. No me mientas, que lo he visto. Y sí, son más guapas, más altas y con mejor cuerpo que yo. Y si a esas chicas las tratas como un papel de usar y tirar, no me quiero imaginar qué vas a hacer conmigo —digo sin coger aliento y levantando la mano para que no me interrumpa. Si no lo digo ahora alargaré la agonía—. Y me gustas. Mucho. Demasiado.

—Alana... nos hemos visto tres veces contadas —aclara con una mirada que no sé descifrar.

Tierra, trágame...

—Sí, por eso te lo digo —consigo balbucear.

—Jamás haría algo así —dice enfadado. Mi sopa picante se enfría en la mesa, la suya también.

—¿Por qué te gusto? Y dime la verdad.

Suspira y se revuelve el pelo. Casi se tira de la raíz.

—No soy muy bueno expresando estas cosas. No me obligues —me pide sonriendo con tristeza.

—Yo tampoco, pero lo necesito. Por favor.

Será que me han roto el corazón demasiadas veces, será que por ello me cuesta confiar en los demás. Siempre ha habido otras, y si en esas ocasiones no he sido suficiente para ellos, que eran tan normalitos como yo, qué pasará con Gabriel.

—Me gustas porque eres muy graciosa. Te da igual lo que piensen los demás, o al menos eso parece. Y eres diferente —empieza a decirme buscando mis manos—. Me aburren mortalmente las demás.

—No es suficiente.

—Más allá de todo eso... —continúa como buscando las palabras—. Me atraes. Mucho. Y no sé por qué. Es verdad. No lo sé. Pero me gusta tu nariz, tus labios, tus ojos anormalmente grandes... Tu ridículo flequillo... Todo.

Tira de mi brazo obligándome a levantarme y me atrae hasta él, esquivando mi hostia. Me siento en

su regazo y me abraza.

—Me gusta lo que siento cuando estás así, junto a mí —me susurra.

Y decido no darle más vueltas. Ya se verá qué pasa. No voy a poner la tirita antes de hacerme la herida.

Pasan los días como si el tiempo se hubiera ralentizado. Las noches son nuestras y, llegue a la hora que llegue, siempre le recibo con un beso y un abrazo de mis piernas alrededor de su cintura. Mi cama nuestro hogar compartido. Mi ventana la mirilla desde donde oteamos el horizonte. Mi portátil nuestro cine particular. Mi armario su ropero, dejando cada día algo nuevo para no tener que pasar por casa.

Y cuando nos queremos dar cuenta una rutina deliciosa se instala entre nosotros. Siempre desayunamos juntos, nos lavamos los dientes con mi cepillo, se ducha con mi gel y sale oliendo a melocotón como si estuviéramos haciendo mermelada. Me despierta con el mismo susurro contenido, y hasta Lili parece que nos da intimidad cuando se da cuenta de que entre estas cuatro paredes no voy a poder acostarme con él. No si pienso que ella podría estar mirando. Lo bueno y lo malo al mismo tiempo es que Gabriel no parece tener prisa mientras que yo me voy restregando por las esquinas de lo salida que estoy.

—¿Cuándo vamos a ir a tu casa? —pregunto una noche cualquiera mientras vemos una peli en la cama—. Tengo ganas de conocerla.

—Hay un problema.

—¿Vives debajo de un puente?

—Peor. Comparto piso con mi hermano. Y créeme, es mejor que no le conozcas —dice, abrazándome más fuerte.

—¿Y eso? —pregunto pensando que me hubiera encantado tener hermanos.

—Es demasiado guapo, y no quiero que te enamores de él.

No me lo creo. No me creo que sea más guapo que Gabriel.

—Sí. Me ha levantado tías toda la vida —recuerda en voz alta en un tono divertido—. Por eso empecé a practicar boxeo, vestir mejor. Pero aún así su rollito de artista deprimido y bohemio os pone, no sé por qué.

Pienso que me gustaría conocerle para compararlos, más que nada...

Le doy un puñetazo en el hombro y me incorporo en la cama.

—Eres tonto. Si no me he enamorado de ti no hay hombre en el mundo que lo consiga —bromeo, dándole un beso con mordisquito incluido.

—Un día de estos me arrancas el labio —se queja—. Y yo un día de estos te voy a robar el corazón.

Se me tira encima con claras intenciones de aplastarme. No llego a los cincuenta quilos, y él casi los noventa. A los pocos segundos estoy literalmente sin respiración.

—¿Ya? —me pregunta desde arriba—. ¿Ya te he robado el corazón?

—¿Esto qué es? —consigo decir asfixiada—. ¿O te quiero o me matas?

Nos empezamos a descojonar y de los pellizcos pasamos a las cosquillas. De ahí a los besos, y cuando nos queremos dar cuenta hemos tirado de una patada el portátil a la mierda y estamos sin ropa y sudorosos.

—No podemos... —me quejo pensando que seguro que vuelvo a tener himen de lo casta que estoy últimamente.

—Por favor, muñeca, no aguanto más —me suplica, besándome el cuello.

Y cómo no, la cabeza de Lili aparece en el techo girándola de un lado a otro, negando como un puto muñeco diabólico. Seguro que su cuerpo está en el desván, y solo ha sacado la cabeza, boca abajo y con su larga melena cayendo en cascada cerca de la lámpara del techo para crearme nuevas y delirantes pesadillas.

Me quito de encima a Gabriel y me tapo con la sábana. La perversa me sigue mirando. O más bien mira el culito prieto de mi acompañante y abre los ojos como platos. No ha visto un culo así en su vida.

—No puedo —digo, luchando por no mirar hacia arriba, no vaya a ser que Gabriel me imite.

Asiente poniendo cara de pena y algo que espero que no sea decepción. Se toca inconscientemente un moratón que tiene en la ceja. Dice que ayer, entrenando, no le dio tiempo a esquivar un rechazazo.

Le diría que vayamos a su casa, pero como él nunca me lo propone, no quiero parecer insistente o la típica loca que le roba una de sus camisetas para olerla por las noches. Me molesta que no quiera llevarme a su terreno, incluso eso me hace pensar que quizás no tenga intenciones de ir en serio conmigo, y prefiere que no conozca demasiados detalles de su vida.

Así que me preparo mentalmente para que se canse de mí por frígida. Es triste, pero en los tiempos que corren no me sorprendería que se pusiera la cazadora y saliese de mi vida exactamente igual que ha entrado, por sorpresa y sin buscarlo.

Pero no, me da un suave beso en la mejilla y se tumba a mi lado, abrazándome como un oso.

Capítulo once

Febrero se despide con frío y marzo empieza con algo más de calorcito. Si abres la ventana ya empiezas a distinguir los aromas primaverales saludando aún tímidos. Y como mi corazón, el frío va desapareciendo y poco a poco mis latidos se calientan al son de su mirada.

—Princesa, me tengo que ir a trabajar —me dice, subiéndose los pantalones.

Asiento tranquila y le doy un beso mientras le agarro la entrepierna y aprieto. Se queja un poquito y me muerde la oreja entre risas.

—Llegaré sobre las dos de la mañana, tengo que hacer dos turnos. No me esperes despierta.

Me pongo encima de la cama y me coge entre sus fuertes brazos. Mis piernas alrededor de su cintura. Nos empezamos a besar primero despacio, saboreándonos, y después nuestras lenguas se empiezan a mover en la boca del otro. El calor que me recorre, esa corriente eléctrica siempre que me toca y más aún cuando me besa. Pone sus manos en mis nalgas para que no me caiga y me las aprieta con fuerza, acercándose más a su entrepierna, a lo que respondo con un gruñido de placer. Sus torneados brazos me envuelven mientras me deja en el suelo con suavidad.

—Te quiero, cariño —se despide con esa cara de chico malo acariciándome la mejilla. Aprieto las piernas en un acto inconsciente.

Suspiro cuando le veo salir de la habitación. Me asomo al pasillo y disfruto de lo lindo admirando su trasero encerrado en unos pantalones vaqueros que le sientan como un guante. Se nota que sale a correr todas las tardes entre turnos. Y hace flexiones, pesas... Alana, déjalo, que te estás empezando a poner mala.

Los cuadros empiezan a moverse, la mujer uniceja se da la vuelta y el hombre del bigote se cae al suelo. Lo recojo con tranquilidad y me fijo en que los cabrones no tienen alcayatas abajo. ¿Cómo se sostienen cuando se dan la vuelta? Pero qué gilipollices pienso. ¿Cómo se mueven solos? ¿Cómo se giran cuando paso? Aún estoy medio dormida, será por eso que cuestiono las anomalías de esta casa, efectos paranormales incluidos.

Lili me recibe sentada en el techo de la cocina. La saludo con la mano y enciendo la cafetera. Me devuelve el saludo con la cabeza y se pone a dar vueltas por las paredes cantando una canción muy, pero que muy rara. Habla de un perro y una niña que se escapan para no volver. Últimamente la canta mucho, no sé por qué.

—¿Podrías pasarme la mermelada? —le pido, mientras me siento en una banqueta con mi taza humeante y pan recién tostado. El frigorífico se abre y la mermelada se acerca flotando hasta llegar a mis manos.

—Muchas gracias, Lili.

Desayuno relajada observando su devenir flotante por la cocina. Dice que está ensayando unos pasos que su amigo le enseñó hace tiempo.

—¿Dónde está tu amigo?

Se acerca y se queda a mi lado, tocándose el camisón perpetuo.

—Te lo he dicho, me lo robó la mujer malvada. Se lo llevó.

Frunzo el ceño y trago ruidosamente parte de la deliciosa tostada. Me limpio las comisuras de los labios con el dorso de la mano y me enciendo un cigarrillo.

—¿Pero cómo le conociste?

Suspira dramáticamente y empieza a girar por los aires con los brazos abiertos.

—Cuando yo llegué aquí él ya estaba. Siempre estuvo conmigo... hasta que ella se lo llevó.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Ella. La mujer rara del diente de oro. La que me hizo beber un brebaje asqueroso.

—¿Estás segura de eso? El otro día decías que había un mono en el baño y no era más que la esponja peluda de Nerea...

Se para y me mira muy seria.

—Le atrajo con malas artes hasta que se lo llevó —explica con esa voz tan distorsionada que tiene—. Y quiere hacer lo mismo conmigo. Pero no quiero hablar, me da miedo que la oscuridad vuelva.

Se tapa su translúcido rostro con las manos y gimotea. De verdad que esta niña es un *dramaghost*.

—¿Y para qué iba a querer a unos fantasmas? —pregunto en voz alta más para mí misma que para ella—. Vale, eres útil para muchas cosas, como robarme toda la ropa, no poder follar con mi novio, aparecer en mitad de la noche diciendo cosas raras...

El bote de mermelada se levanta y me da en toda la cara.

—Era broma —digo, intentando que no se enfade más.

—Lo que te va a pasar a ti no es ninguna broma, te lo aseguro —me amenaza, haciendo que su imagen se vea poco a poco cada vez más nítida. Se acerca y casi podría pasar por una chica de verdad. Sus ojos brillan más que nunca, sus manos intentan tocarme pero se detienen en el último momento—. La maldición ha caído sobre ti. No puedes huir de ella.

Se me pone la piel de gallina e, inconscientemente, me abrazo el cuerpo. Los dientes empiezan a castañearme y se acerca más y más. Empieza a salir vaho cada vez que respiro del frío que provoca.

—A veces la oscuridad me llama, me busca —me explica con horror—. Me escondo para que no me encuentre, pero tira de mí cada vez más fuerte.

—¿La oscuridad?

—Es una mancha negra que recorre la casa por la noche —dice cogiéndome la mano. Se me queda helada al momento—. Me escondo entre tu ropa para que no me vea. Así se lo llevó. La oscuridad se lo tragó.

—¿Y qué tiene eso que ver con la vecina? —pregunto para dejar a un lado eso de la oscuridad que campa a sus anchas por mi casa sin yo saberlo. No pienso volver a ir al baño sola por la noche ni de

coña.

—Ella la controla —susurra de forma siniestra, soltándome la mano de golpe.

—Pero tú debes tener por lo menos cien años, y la vecina no más de cincuenta —pienso en voz alta, intentando que mi mano recupere el calor—. ¿Hace poco que se llevó a tu amigo?

—La mujer malvada ya era así cuando nací en esta casa hace ciento tres años, y mi amigo ya era un fantasma —me susurra, tan cerca que nuestras narices casi se tocan. Parpadea y admiro sus pestañas, largas, espesas, inalcanzables.

—Es imposible, no puede ser que esa mujer sea tan mayor —murmuro, negando con la cabeza.

—Es una bruja. En esos tiempos todos la temían...

Gira la cabeza como la niña del exorcista y desaparece en un suspiro cuando la puerta se abre y aparece una Nerea despeinada y dormida.

—Guapi... Buenos días —me saluda restregándose los ojos—. Esta noche tenemos una reserva muy especial.

—¿Cómo? —pregunto desorientada y temblando, mirando cada esquina oscura con miedo.

—Una revista de moda quiere hacer un reportaje de nuestra empresa. Me lo acaban de confirmar —me explica cogiendo un zumo de naranja de la nevera—. No os lo quería decir hasta estar segura, ya sabes que estas cosas se gafan.

Tardo un momento en procesar la información. Nerea me chasquea los dedos en la cara para que reaccione. La suelto un manotazo y me olvido de Lili, la oscuridad y la novia de Matusalén por un momento.

—¿A qué hora? —quiero saber, empezando a ponerme con el corazón a mil por hora. ¡Un reportaje! Justo lo que necesitábamos para terminar de dar el bombazo con la empresa.

—Vienen a las once. Es un poco tarde, pero dicen que hasta esa hora no pueden llegar. No quieren que preparemos nada, solo ambientarlo con las velas, quizás algo del menú que servimos y a nosotras disfrazadas. No te preocupes, no es complicado.

Me pongo a dar saltitos de alegría y la abrazo emocionada. Me paro cuando me viene a la cabeza de nuevo la vecina y la oscuridad, pero me obligo a disimular delante de Nerea.

—Eso sí. Les ha interesado mucho la historia de la herencia de tu abuelo, cómo compró tu madre la casa y todo eso. Me han dicho que les encantaría que estuviera también aquí.

Rápidamente calculo las horas. Son las nueve de la mañana. Al pueblo se tardan tres horas. Es jueves, así que mi madre sale de trabajar a las tres de la tarde del ayuntamiento. Podría venir y quedarse a dormir sin problemas.

—Oye, Alana —empieza a decir Nerea tocándose el pelo—. No quería darle importancia, pero...

—¿Sí?

—¿Te tiras todo el día moviendo los cuadros y cambiándolos de sitio? —me pregunta abriendo mucho sus ojos claros—. Es que, tía, no es normal. Cada vez que paso por el pasillo están en una posición distinta.

Suelto una carcajada que pretendo imposter como fresca y genuina mientras mis ojos la miran con pánico.

—Es por las pistas. Los estoy cambiando todo el rato, no te preocupes —miento con voz chillona.

Asiente con la cabeza y suspira. Otra más que sospecha que aquí pasa algo raro.

Pego un salto y corro escaleras arriba, encendiendo las luces. Pagaré con sudor y sangre la factura de la luz, pero como que me llamo Alana que esta casa no vuelve a estar a oscuras.

Me siento en la cama y llamo a Lili en susurros. Aparece dentro del armario vestida con toda mi ropa por encima.

—Deja de mover los malditos retratos del demonio. Mis amigas están empezando a sospechar algo —le pido, pasando por alto que se ha puesto hasta unas bragas sucias que metí de una patada el otro día y que aún no he lavado.

—Lo tengo que hacer —se defiende muy seria—. Los cuadros nos espían, los controla la mujer malvada. Yo los muevo para confundirla. No quiero que me encuentre.

—¿Por eso se mueven los ojos a veces? —quiero saber, empezando a tiritar.

—Por eso ella sabe lo que hacemos. Siempre está espionando —confirma con esa voz tan siniestra que tiene justo antes de desaparecer con todas mis pertenencias puestas.

A tomar por culo con los cuadros. En cuanto llame a mi madre van al contenedor.

Cojo mi móvil y la llamo. Al segundo tono contesta, animada y feliz.

—¡Alana! ¡Mi cielo! —me saluda pletórica—. Te iba a llamar en un ratito, en el descanso de media mañana.

—Mamá, necesito que vengas esta tarde en cuanto salgas del trabajo —resumo para no perder tiempo—. Una revista nos hace un reportaje de la casa y de la empresa, y te quieren aquí. Tienes que venir.

Un momento de silencio, supongo que asimilando toda la información y un suspiro que hace que mi alegría se desinflen por momentos.

—Esta tarde trabajo en la tienda hasta las seis, cielo... No voy a poder. El último autobús para Madrid sale a las cuatro. Es jueves.

—Mamá, tienes que venir. Di que no puedes quedarte. No sé —digo con la mente a mil revoluciones esperando encontrar una solución—, que vaya otra en tu lugar.

—Mamen se ha ido a cuidar a su suegra al pueblo de al lado —me explica—. No se puede quedar la tienda cerrada, mi amor.

—¿Y si le pides a alguien el coche? Saliendo a las seis llegas de sobra a las once —insisto, desesperada. Mi madre tiene que estar hoy, es muy importante para mí.

—Sabes que odio conducir, Alana...

—En dos meses no has venido a verme, me prometiste que lo harías. Yo no he podido porque siempre tenemos cenas, pero tú sí que has podido venir y no lo has hecho —le recrimino, sintiéndome culpable al segundo. No debería presionarla así, pero es que la echo tanto de menos...

—De acuerdo —accede después de unos segundos de silencio—. Le pediré el coche a una de mis amigas e iré a verte. Sobre las diez, como muy tarde, estoy allí.

Sonrío y le digo mil veces que la quiero.

¡Tengo tantas ganas de verla por fin!

En cuanto cuelgo salgo al pasillo y enciendo todas las luces. No son ni las diez de la mañana, pero no quiero ni un puto rincón oscuro en esta casa infernal. Me quedo mirando a los cuadros con los brazos en jarras un rato. Paseándome de arriba abajo por el pasillo bajo su atenta mirada. Son útiles para los juegos, le dan teatralidad a la casa y son antiguos, seguro que valen dinero. Si Lili no existiera no me creería una mierda de lo que dice, pero si ella es real, no me resulta tan descabellado que su historia de espías también lo sea.

Así que, interpretando mi papel, empiezo a hablar en voz alta.

—Son demasiado viejos, debería remodelar esta zona —murmuro haciendo como que los miro con un interés meramente decorativo—. Ahí voy a poner una planta que llegue hasta el techo, y ahí —digo señalando a la mujer uniceja—, ahí creo que quedaría bien una lámpara.

La puerta de Lucía se abre y aparece en pijama.

—¿Qué haces? —me pregunta con la cara como un mapache.

—Deberías desmaquillarte antes de acostarte. Vas a dejar la almohada como la sábana santa —comento empezando a bajar los marcos—. Ayúdame, voy a tirarlos todos.

Descuelga el del hombre con bigote y se estira todo lo larga que es.

—Ya he leído el mensaje de Nerea. Deberías dejarlos para el reportaje de esta noche.

—No, están pasados de moda. No me gustan.

Los bajamos todos a la puerta de la entrada y se va a desayunar. Empiezo a llevarlos uno a uno al contenedor cuando Madame Ardelean sale de su portal. Parece nerviosa, inquieta.

—Buenos días, querida —me saluda acercándose—. ¿Qué estás haciendo? —pregunta, señalando los retratos al óleo.

Le devuelvo el saludo y me seco el sudor de la frente. Pesan un montón. Y parece que han ido cogiendo quilos a medida que los he ido sacando a la calle.

—Estoy tirando cosas viejas de la casa —digo, cargando con uno más. Solo me quedan cinco dentro.

Va tocando las molduras con mimo y se pone seria de repente.

—Pero, Alana, estos cuadros son muy valiosos, no deberías deshacerte de ellos.

Me paro a medio camino entre mi verja y el contenedor y suelto el que tengo entre los brazos sin más, dejando que se estrelle contra el suelo.

—¿Ah, sí? ¿No me diga? —murmuro cogiendo con brusquedad los trozos de madera que se han astillado—. Pues si quiere se los regalo. Son todo suyos.

Niega con la cabeza y me mira ojiplática mientras lo dejo caer junto a los demás sin cuidado, con desdén.

—Pero son los recuerdos de la casa, querida. No puedes dejarlos aquí tirados.

—Tiene razón —respondo, secándome el sudor con la manga de mi jersey—. Voy a partirlos en trocitos y los utilizaré como leña para la chimenea. No quiero que me llamen la atención los basureros. Creo que estas cosas hay que llevarlas a un punto limpio...

—¡Te has vuelto loca! ¡No puedes destruirlos! —grita perdiendo los nervios dejando que su eterno fular morado se afloje.

Me asusto un poco y retrocedo unos pasos. Mis sospechas se confirman cuando me fijo en su cuello. Su piel está más seca y floja que un pergamino de Egipto. Se vuelve a tapar y parece que se intenta tranquilizar.

—Si tu intención es quemarlos me los quedaré, si no te importa —masculla con algo parecido a la ira. Un brillo rojo cruza sus ojos solo un segundo, pero es el tiempo suficiente para que me haga caca encima.

—Por supuesto, son todo suyos —digo intentando sonreír, luchando por no santiguarme y salir corriendo a la iglesia más cercana.

Se queda al lado de ellos, custodiándolos, hasta que dejo el último con cuidado en la acera.

—¿Podrías ayudarme a subirlos? Sufro de la espalda —me pide amablemente.

«Normal, si tienes más de cien años lo raro es que estés aquí, hablando conmigo como si nada», pienso con un estremecimiento.

La voy a decir que gracias pero que no pienso volver a pisar su casa ni aunque me estén quemando con ácido cuando Nerea sale en mi rescate llamándome desde la ventana.

—¡Alana! ¡Ven, corre!

Le hago un gesto de disculpa con la mano y salgo pitando. Echo el pestillo y me apoyo en la puerta a recuperar el aliento. Entro en la cocina y me encuentro con mis dos mejores amigas peleando delante del portátil.

—¡Te he dicho que es mío, sucia desgraciada! —grita Nerea a Lucía, empujándola.

—¡Tus tetas no caben en ese corpiño! —responde la otra sin quedarse atrás.

Me asomo a la pantalla y veo un disfraz monísimo. Cincuenta euros que vale. Y lo traen en dos horas. En la cesta de la compra veo que hay dos más. Pero el que más me gusta es por el que se van a sacar literalmente los ojos.

—¡Vale ya! Echadlo a suertes y punto —concluyo cogiendo el cuchillo de la mantequilla. Estaba peligrosamente cerca de sus histéricas manos.

Paso el día feliz, nerviosa, excitada. Limpiando todo y repasando por si el polvo se ha vuelto a posar. Si vienen los reporteros de una revista tiene que estar todo mejor que perfecto. ¡Impecable! Fustigo a Nerea y a Lucía como una verdadera tirana para que hasta el último cojín de la habitación más deshabitada esté mullido y lustroso.

A Lili le explico la situación y accede a no mostrar su cuerpecito mortecino mientras los invitados de esta noche no se hayan ido. Hasta parece más contenta desde que los cuadros se han ido. También

le explico que mi madre no puede sufrir sus bromas paranormales. Vamos, que se quede en su buhardilla y que no se mueva hasta que salga el sol.

A las nueve de la noche ya estamos con chupitos de tila. Gabriel me ha llamado varias veces para desearme suerte, y aunque he intentado preguntar a mi madre por dónde va, no contesta al móvil. Seguramente lo tiene en silencio, o al ir conduciendo decide no cogerlo. Da igual, hasta las once no llegan los periodistas, así que aún hay tiempo.

Enciendo las velas, pongo música de ambiente, le pido a Nerea que no se ponga tanto colorete que parece una puta y a Lucía que por el amor de Dios deje de preparar canapés, que esto no es una boda.

El tic tac del reloj empieza a sacarme de quicio, miro a mi alrededor y no veo más que pelusas, huellas de dedos pringosos en los cristales y hasta telarañas en las esquinas más escondidas. Creo que son los delirios de una obsesiva del control, porque en realidad todo está impoluto.

Me voy a fumar un cigarrillo cuando escucho mi móvil. Es un número desconocido. Quizás sean los de la revista, confirmando la visita.

—¿Diga?

—¿Es usted Alana García Ramírez? —pregunta una voz al otro lado del auricular.

—Sí, soy yo.

—Su madre ha tenido un accidente de coche. Está llegando al Gregorio Marañón en una ambulancia.

Un pitido empieza a nublarlo todo. Mi vista, mis oídos. No entiendo lo que me está intentando decir. No he escuchado los pormenores de lo que tengo que hacer. Cuando me quiero dar cuenta estoy sentada en el suelo con el móvil entre las manos.

La primera que se cruza conmigo es Lucía. Consigo farfullar que mi madre ha tenido un accidente y que tengo que ir al hospital. Entre ella y Nerea llaman a un taxi mientras me dan una tila triple. Cogen mi bolso, las llaves. Todo. Lo hacen todo mientras sostengo la taza entre mis inertes manos y los ojos mirando a la lejanía.

Entramos en el taxi y agradezco que ellas estén a mi lado. Que hablen cuando yo no puedo hacerlo y que incluso me abran la puerta del coche. Mis piernas flaquean, al igual que mis pulmones. Creo que no me desmayo porque necesito verla, necesito saber cómo está.

En la sala de espera hablan con el interlocutor de la revista y anulan la visita. Me acercan un sándwich que reniego con un gesto de cabeza y una caída de pestañas. Ni una sola lágrima ha descendido aún por mis mejillas. No voy a llorar, no voy a llorar. Si lo hago será como confirmar que ella está mal, que en realidad ha pasado algo irreversible.

Serán un par de costillas y un collarín. Me quedaré con ella hasta que se recupere. Me iré al pueblo para hacerle la comida y poner la lavadora. No me importa. Todo lo que sea necesario para que nada cambie. Para que no me abandone.

Salgo a fumar sola, con el único propósito de que mis amigas dejen de mirarme con cara de lástima. No lo soporto. Ellas no me comprenden. Sus padres viven fuera de Madrid, pero ambas

forman parte de una familia numerosa y «normal». Mi única familia está pasando esas puertas a las que aún no me han invitado a pasar.

Son las doce de la noche y aún no sabemos nada. Solo que la están operando de urgencia. Pronóstico reservado. Nadie sabe nada. Y mi frustración la paga la chica que está en recepción. Casi le arranco la cabeza cuando me dice, por cuarta vez, que me quede en la sala de espera hasta que me llamen.

Gabriel viene corriendo en cuanto se entera. No por mí, por Nerea. La muy capulla se lo cuenta cuando va al baño, desoyendo mi opinión al respecto. No quiero que me vea así, no quiero que esto se convierta en un tanatorio improvisado con el muerto aún respirando.

Y a pesar de que me he prometido no llorar, en cuanto me hundo entre sus brazos empiezo a gimotear como una mocosa. Mi cuerpo tiembla, y toda la tensión que había estado acumulando explota cuando aspiro su cuello y mis fosas nasales se inundan de su olor. No sé cómo se ha convertido en alguien que me aporta la seguridad que a mí me falta.

—Tranquila, se pondrá bien—me susurra al oído mientras le mancho el jersey de rímel.

Mis amigas aprovechan su llegada para ir a comer algo. Me siento en su regazo y me acuna como si fuera un bebé. Me quedo dormida y me despierto sobresaltada al escuchar mi nombre en los altavoces de las paredes.

Salto y corro por el pasillo. Me detienen dos cirujanos. Me explican que ha sufrido una fuerte contusión en el cráneo y que, por desgracia y a pesar de la operación, está en coma. Coma profundo.

Las piernas me fallan y tienen que sujetarme para que no caiga al suelo. Me ayudan a llegar hasta su cubículo. Está conectada a unos cables y a unas máquinas que respiran por ella. Tiene la mitad de la cabeza rapada y con vendas. Magulladuras en la cara y en los brazos. No la reconozco. Esta mujer no es mi madre, es un burdo reflejo de ella.

Me acerco e intento no hacerle daño. Le cojo la mano y lloro. Cada lágrima es un insulto y un reproche hacia mi persona. Por mi culpa está así. Yo la he obligado a conducir. Yo soy la culpable.

Paso un buen rato de rodillas al lado de su cama. Me quiero morir. Desearía estar en la cama y ella en mi lugar, llorando mi situación pero sana. Me obligan a salir y me dicen que puedo ir de visita por las mañanas. Les odio. A todos. Por no ponerse en mi situación. Por no ser capaces de despertarla, de curarla. Y en realidad me odio a mí misma, pero como tanto odio me desborda y se me escapa por los poros, les sigo odiando a ellos para cubrir el dolor que me impide respirar, que me duele en las entrañas.

Me llevan de vuelta a casa con Gabriel a mi lado. La situación no le desborda, a diferencia de mí, convertida en la muñeca diabólica. Estoy de muy, pero que muy mal humor. A ratos lloro, a ratos me enfado, a ratos les odio y a ratos me quedo sin fuerzas.

Me mete en la cama y me abraza, y hasta que no se queda dormido no me muevo. Nerea y Lucía llevan un buen rato roncando. Bajo a la cocina a tomarme algo fuerte muy despacito para que no se despierten. Necesito sentir que un líquido me abrasa la garganta atontando mis sentidos.

Escojo brandy. Después de tres copazos a palo seco me siento mejor. Las paredes de la cocina han decidido moverse y jugar al «Patio de mi casa» a mi alrededor. Me enciendo un cigarrillo tras otro y parloteo sola sobre las cosas que haré cuando se me pase la resaca. La primera: dejar de fumar. La segunda: beber más. La tercera: tirarme por un puente.

Lili aparece justo cuando intento servirme el sexto copazo. Parece que la mesa es una alcohólica, porque quiere la bebida solo para ella. No hace más que obligarme a derramarla sobre ella en vez de en mi copa de balón ultragigante.

—¿Qué estás haciendo? —creo que dice «ghosit girl».

—Beberrrme hasta las ideas para que dejen de agobiarme —respondo, tirándole la botella de brandy vacía. El cristal atraviesa su cuerpo y choca, rompiéndose en mil pedazos contra el suelo—. Todo esto es por tu culpa, maldita agorera de los cojones. ¡Laaa maldicióoon! —grito imitándola—. La maldición de la jodida casa de los horroreeees...

—Menuda melopea llevas... —dice tan tranquila dando vueltas a mi alrededor—. Te lo dije. Tienes que irte.

—¡Es tarde! ¡Demasiado tarde! —grito, vertiendo el brandy por la alfombra en un movimiento brusco con el copazo en la mano—. Mi madre está en coma. ¡Por mi culpa! Y dicen que no se va a despertar —gimoteo sorbiéndome los mocos con dramatismo.

—La oscuridad me llama. Me ha encontrado —se queja escondiéndose debajo de mis piernas pasando por completo de mi sufrimiento y mis problemas.

—¡Joder! ¡Qué frío! —grito levantando los pies—. A verrr Lili, por la noche, cuando se va el sol... —empiezo a explicar intentando vocalizar con mucho esfuerzo—, la luz se va, y cuando no hay luz, aparece la ossscuridad, pero no es nada.

—Ya viene —susurra muy bajito cogiéndome por la cintura—. Ya viene.

Le pido mentalmente al suelo que no intente levantarse y me obligo a enfocar hacia la dirección que señala el dedito congelado de Lili. Una de las paredes empieza a oscurecerse, y de repente, un objeto del tamaño del frigorífico, más negro que mi agujero del culo, aparece y empieza a moverse despacio. Un zumbido muy molesto le acompaña, como si estuviera lleno de abejas asesinas. Asustada, me levanto, con Lili agarrada a mi cintura, y le tiro la copa de balón.

—Suéltame Lili, que me estás criogenizando los intestinos —me quejo sin que ella me haga caso. Me agarra con fuerza, clavando sus casi invisibles dedos en mi cadera.

—No dejes que me lleve —me suplica, gimoteando.

La oscuridad se traga la copa de balón y la veo alejarse flotando dentro de ella, haciéndose más y más pequeñita. Es como un puto agujero negro. Si lo hubiera sabido habría esperado para deshacerme de los cuadros, en vez de estar cargando con ellos.

Como puedo, porque mis piernas empiezan a sentir la hipotermia que me está provocando la maldita niña fantasma, tiro la mesita a tomar por culo y salgo corriendo haciendo eses en dirección al *hall* de la entrada. Joder, estoy muy, pero que muy borracha para esto.

Al pasar por su lado siento que una fuerza increíble tira de Lili, como si la intentaran absorber con una aspiradora gigante.

—¡Alana! ¡Socorro!

Deseando tener guantes, cojo como puedo sus muertas manos y tiro con fuerza. Luchamos unos minutos por Lili, la oscuridad cazafantasmas y yo, y cuando creo que no puedo más porque no siento los dedos y el frío va subiendo por mis brazos, el agujero negro desaparece.

Caemos al suelo y me pongo a tiritar. Al darse cuenta, se separa y me da espacio. Me lleva hasta la biblioteca y chasquea los dedos para encender el fuego de la chimenea.

—A partir de ahora la vas a encender tú todos los días —digo, sintiendo cómo el alcohol baja de mi cabeza hasta los pies, empezando a notar los primeros síntomas de la resaca.

—La oscuridad crece —me informa pasando de mi anterior comentario—. Dentro de poco no podré impedir que me lleve con ella.

Me paso las manos por la cabeza con un cansancio absoluto. El tema de mi madre me colapsa los sentidos, me impide pensar en otra cosa.

—No sé qué puedo hacer, Lili. Lo siento, pero ahora mismo mi madre se está muriendo.

—No puedes hacer nada, la maldición es así —se lamenta tumbándose en el techo—. Todos estamos condenados.

—Deja de hablar como si entendiera lo que dices, por favor. No tengo ganas de escuchar palabras sin sentido.

Me quedo con la mirada perdida y me meto las manos en los bolsillos. Mis dedos tocan algo. Lo saco. La tarjeta de Madame no sé qué. Estoy demasiado borracha para recordar su ridículo nombre. La miro, la doy vueltas entre los dedos y empiezo a pensar. Me acuerdo lo que me dijo la mujer en la puerta de entrada. Que hacía milagros.

—Lili, ¿la mujer malvada es bruja de verdad?

Se me queda mirando con cara de muerta y se encoge de hombros. La cabeza me da vueltas. Sigo borracha, pero la adrenalina debe de haber quemado el alcohol de mi cuerpo, porque me siento cada vez más despejada, más despierta.

—¿Es que hay brujas de mentira?

Cojo el primer abrigo que encuentro colgado, que creo que es de Gabriel porque me queda enorme y voy a la entrada. Lili se pone delante de la puerta impidiéndome el paso.

—No puedes ir. Es malvada.

—Si puede ayudarme tengo que intentarlo —me defiende intentando que se mueva, que me deje pasar.

—Alana, no. Por favor —me suplica moviendo sus delicados mechones blancos al tiempo que mueve la cabeza. Es como si estuviera continuamente dentro del agua. Su camisón, sus cabellos, su voz siempre atenuada. Me está mareando.

—Está bien —cedo dando media vuelta y subiendo las escaleras. Ya iré mañana, cuando Lili no

esté alerta.

Me despierto con la resaca del siglo con Gabriel a mi lado. Me abraza con fuerza y dice que tiene que ir al baño. Intento conciliar de nuevo el sueño cuando le escucho gritar. Me levanto medio grogui y veo que tiene sangre en la frente. Me froto los ojos, por si no estoy viendo bien, y sí, tiene una herida que le cruza todo el nacimiento del pelo.

—Cariño, ¿estás bien? —corro a preguntarle cogiendo una toalla para que pare de sangrar. Se la aprieto con fuerza contra la herida mientras me cuenta que no sabe cómo, la tijera que siempre tengo encima del espejo del lavabo se le ha clavado.

—Yo creo que al agacharme para lavarme la cara se ha caído y me ha cortado... —me explica tranquilo—. Ya está, no ha sido nada.

Me da un beso en los labios y se mira la herida. Joder, es profunda.

—Vas a tener que ir a que te den puntos —digo preocupada.

—Con eso es con lo que te cortas el flequillo, ¿verdad? —bromea comprobando el daño—. No es nada, he tenido golpes peores en la cara.

Pongo cara de horror al ver su apuesto rostro cortado, mutilado. Él se ríe y me cierra la puerta en las narices diciendo que exige un poco de intimidad matutina.

Bajo las escaleras y enciendo la cafetera. Estoy buscando una taza limpia cuando un golpe me asusta. Voy a la entrada y veo a Lucía espatarrada en la escalera tocándose un pie.

—¡Joder! ¡Qué dolor! —se queja insultando hasta a su madre—. ¡Me cago en la puta que los parió a todos!

Frunzo el ceño y me empiezo a preocupar de verdad. He aprendido que en esta casa nada es casualidad.

—¿Qué ha pasado, Lucía? —pregunto, sentándome en uno de los escalones, a su lado.

—Ni idea... —contesta contrayendo la cara de dolor—. Iba bajando cuando me he tropezado.

Voy a bajar a buscar hielo para su pie cuando escuchamos otro golpe, como de algo cayendo, en la habitación de Nerea. Gabriel sale del baño con la frente llena de sangre y Lucía y yo subimos despacio, ella cojeando y yo cargando con su peso. Abrimos la puerta y la vemos atrapada debajo del armario.

—¡Me está aplastando! ¡Quitádmelo de encima! —chilla con su voz amortiguada por la madera.

Entre Gabriel y yo conseguimos levantar el armatoste. Se arrastra por el suelo tocándose el brazo.

—Estaba buscando qué ponerme cuando se me ha venido encima.

Menos mal que su armario no es muy grande, aunque lo tiene de ropa hasta arriba. Al menos es tan putilla que su ropa suele ser escotada y corta, aligerando así el peso que se le ha caído encima.

Decidimos bajar a la cocina a desayunar, cada uno con su pena particular. Yo estoy tan rota por lo de mi madre que solo una pequeña parte de mi cerebro se está preocupando por los extraños sucesos que están sucediendo. Es como si «algo» quisiera acabar con todas las personas de mi alrededor.

Gabriel se va a trabajar, prometiéndome que antes se pasará por urgencias. He insistido en

acompañarle, pero dice que no me preocupe. Que vaya mejor a ver cómo está mi madre. Lucía ha quedado, y por suerte no se ha hecho nada grave, y Nerea... Ella dice que está traumatizada y que se va a volver a acostar para poder levantarse de nuevo, esta vez con el pie derecho. Todo esto después de asegurarles a todos que prefiero ir sola al hospital. No quiero que nadie me acompañe.

Me ducho con el corazón en un puño y salgo por la puerta demasiado preocupada por todo en general. Iba a ir derechita al hospital cuando me lo pienso un segundo y voy hasta el portal de al lado.

No hace falta que llame al telefonillo, tanto el portal como la puerta de su casa están abiertas, como si esperase mi llegada. Entro tomando aire y me tapo la nariz atravesando el pasillo hasta el salón. El incienso me revuelve el estómago, el polvo se me mete en la boca. Se me pone el estómago del revés y reprimo una arcada.

La encuentro sentada en una mecedora. Tiene la vasija del humo entre sus manos. Los dedos llenos de anillos dorados brillando con fuerza.

—Querida —me saluda girándose lentamente—. Qué grata visita. ¿Qué te trae por aquí?

Deja la vasija en la mesa y por un segundo me parecen ver unas manos que intentan escapar de su encierro.

Me siento sin preliminares y espero a que se acerque. Me ofrece té, declino la invitación olvidando los modales y me enciendo un cigarrillo sin preguntar si puedo fumar. Si es capaz de vivir entre tanta mierda no creo que le importe un poco de humo. De todas formas, se va a la cocina y vuelve con una tacita llena de su asquerosa infusión. De un sorbo me la bebo toda, para que no me dé el coñazo. Tengo que taparme un momento la boca con la mano para no vomitar.

—Mi madre ha tenido un accidente de coche. Está muy grave —resumo para no andarme con rodeos y perder tiempo—. Usted me dijo que si necesitaba su ayuda, que viniera.

Me mira y asiente con la cabeza con mucha ceremonia.

—Entiendo. ¿Qué necesitas exactamente? —pregunta, inclinándose hacia mí. Reprimo las arcadas que me vienen a la boca cuando veo huesos de diferentes tamaños en un plato, muy cerca del brazo que tengo apoyado en la mesa camilla.

—Necesito que la cure —digo con contundencia. Es una locura, lo sé, pero tengo que intentarlo.

Se masajea las manos haciendo sonar la docena de pulseras que lleva.

—Es complicado —dice al fin. Pone los ojos en blanco y empieza a murmurar cosas extrañas—. Está al borde de la muerte. Una mano ya le da la bienvenida al otro mundo, Alana. Poco se puede hacer por ella.

Doy un golpe en la mesa enfadada. No es tarde. No lo es.

—Lo que sea. Haré lo que sea por salvarla.

Abre los ojos y me mira. Empiezan a brillar. Cambian del rojo al dorado, después se vuelven verdes y terminan negros por completo. No hay rastro de blanco dentro de esos ojos.

—Solo se puede hacer una cosa, pero su precio será muy alto —me indica levantando un dedo

ensortijado.

—Lo pagaré. Venderé la casa, pediré un crédito si es necesario.

—No es dinero lo que se necesita en estos casos, Alana, es más complicado. La magia da, pero espera recibir algo a cambio.

—De acuerdo, lo que sea.

Tarda una eternidad en hablar. El cigarrillo se me consume esperando.

—Es la maldición...

—¿Conoces la maldición? —pregunto incorporándome en el asiento.

—Sí, la conozco. Y tú también, porque Liliana ya te ha hablado de ella —dice como si nada. Al ver mi cara se ríe despreocupada—. Venga Alana, no disimules. Dejémonos de tonterías. Has venido a mí porque sabías que soy la única que puede ayudarte.

—Ella me ha dicho que desconfíe de usted—suelto sin pensar.

—No me extraña. Ella no puede decir otra cosa, dada su situación. —Hace un gesto con la mano como quitándole importancia y me señala—. En esa casa existe una maldición. Es muy antigua, y muchos han sufrido por ella.

—¿Pero en qué consiste? ¿Qué provoca?

—La casa te quita lo que más quieres.

Me froto los ojos con cansancio, me cuesta pensar. Es una locura. Es una jodida locura.

—¿Entonces no podemos hacer nada? —pregunto desesperada.

—Yo no he dicho eso —responde sacando una baraja de cartas. Empieza a repartirlas en la mesa—. Corta —me pide de forma profesional.

Hago lo que me ordena y veo cómo sus hábiles dedos juegan con ellas. Las mueve, las coloca en la mesa para después volver a guardarlas. Asiente en silencio, frunce el ceño cuando saca una y suspira al coger otra.

—Poco se puede hacer, es la verdad. Se antoja hartito complicado...

Me levanto y empiezo a dar vueltas. Los retratos, amontonados en un rincón. Una bola de cristal, cuentas de plata, velas, incienso. Me mareo y me dan ganas de vomitar.

—¿Qué puedo hacer?

Se levanta y se acerca cojeando. Tengo el impulso de acercarle el bastón, pero lo reprimo, quedándome donde estoy y cruzándome de brazos.

—Si quieres que tu madre despierte tienes que acabar con la maldición —dice con contundencia—. No tienes otra opción. Y debes deshacerte de todo lo que quieras mientras lo intentas, porque todo tu mundo caerá a tu alrededor mientras tanto —puntualiza cogiéndome del brazo—. Todas las personas que quieres sufrirán.

Reprimo un escalofrío cuando recuerdo que todos los que estaban esta mañana en casa han sufrido extraños accidentes.

—¿Qué tengo que hacer?

Sonríe y me da una palmadita en el hombro.

—La maldición y la oscuridad son lo mismo. Debes darle a la oscuridad lo que está buscando. Y creo que ya sabes lo que eso significa...

«Quiere a Lili», pienso de repente.

Nos sentamos de nuevo y sale luz de sus manos. Ah no, en realidad es una mini linterna que tenía escondida entre los dedos.

—Hace muchos, muchos años, ofrecí mis servicios para uno de los habitantes de esa casa — empieza a relatar con su acento rumano más marcado—. La hija única del señor, Liliana, estaba muy enferma. Los médicos no podían curarla. Sufría una rara enfermedad que hacía que su cuerpo se fuera debilitando poco a poco.

Para su relato para tomar un poco de té. Se relame del gusto. El vómito me sube a la garganta.

—No podía hacer nada por ella, se estaba muriendo —dice bajando la voz y mirándome por encima de sus pestañas—. Así se lo dije a su padre, pero él no me creyó. En realidad, sabía lo que estaba pasando, pero no podía confesarlo porque ya no se podía enmendar el daño.

Para de nuevo y por un momento parece que se va a poner a llorar.

—¿Qué es lo pasaba en realidad? ¿Qué le ocultaste?

Levanta la mirada y se enfada.

—Liliana llevaba años jugando con un chico de su edad que vivía en la casa también. Ricardo. Ese chico estaba muerto desde hacía años, pero se enamoró de Liliana. Quería quedarse con ella. Ella también deseaba estar con él, así que dejó que su cuerpo fuera perdiendo la vida poco a poco hasta convertirse en un fantasma también.

Me quedo helada. Lili, mi Lili, se enamoró de un maldito niño fantasma. ¡Y a mí no me deja estar ni un segundo con Gabriel!

—¿Y qué tiene que ver eso con la maldición? —quiero saber con ganas, sin saber por qué, de darle un sorbito a su té. Es como hipnótico.

—Su padre se ahorcó de la pena, su hermano se tiró por la ventana de la que ahora es tu habitación. Pero antes se volvió loco y mató a los sirvientes —suspira y agarra con fuerza el bastón—. Supongo que eso provocó la maldición, Alana.

Inconscientemente miro la extraña vasija con el humo dentro.

—Mi madre no tiene tanto tiempo —digo volviendo la mirada a sus ojos—. Si no hago algo ya morirá.

Se levanta y empieza a verter polvos y hojas secas en una probeta. Las mezclas con agua y las diluye con un colador. El líquido que queda lo introduce en una botellita de cristal y me la tiende.

—Frota esto por su rostro y cuello mañana —dice pasándome la botella—. Le hará mejorar, pero no será suficiente. Debes acabar con la magia oscura que se pasea por la casa, esa es la clave. Debes hacer que se vaya de la casa. Piensa qué es lo que puedes hacer para que desaparezca.

—Esa magia oscura de la que habla... la he visto. Pero Lili dice que es la oscuridad que usted

manda para raptarla.

Se ríe con pena y se ajusta el fular al cuello.

—Yo no he enviado nada. La pobre debe estar asustada.

—También dice que usted le robó a su amigo, que supongo que es ese tal Ricardo.

—Tampoco sé nada de Ricardo, querida. Te lo aseguro.

—¿Por qué no me ayuda? Podría quedarse conmigo en la casa y juntas vencer a la maldición — planteo desesperada y asustada.

—La maldición no me deja entrar en la casa. No puedo poner un pie dentro. Lo siento mucho.

Me tapo la cara con las manos, sintiendo que todo mi mundo cae sin poder hacer nada para evitarlo.

—¿Y si me voy de la casa? Lili siempre me dice que me tengo que ir, que es peligroso. Si la vendo, o la abandono, quizás la maldición se desvincule de mí —digo, en un último intento desesperado.

—No, ya es tarde. O acabas con ella o todo lo que quieres caerá. Ya ha pasado antes, y como que estoy aquí contigo que volverá a suceder de nuevo.

Me abrazo el cuerpo y tiemblo. Ya es tarde, lo mismo que decía Lili.

El semblante le cambia de inmediato y me pide cien euros por el brebaje que me ha dado para mi madre. Joder con el agüita revenida... Le aseguro que se lo pagaré mañana, callándome que en cuanto salga de aquí la tiro al primer contenedor. Algo me dice que no me fie de ella. Bueno, ese algo es un fantasma pálido y plateado que me roba los pijamas.

Me voy a ir cuando me coge del brazo y acerca su cara a milímetros de la mía.

—Debes dejar a ese chico también. La maldición irá a por él. Si no quieres que le pase nada... ya sabes lo que tienes que hacer. Tus amigas también deben abandonarla. Y no le comentes nada a Lili de todo lo que te he contado, no debes confiar en ella. No está de tu lado, niña, no te equivoques.

Salgo de su casa, pálida, dándole mil vueltas a la cabeza. Demasiada información. Demasiadas despedidas. Demasiado dolor. Y por encima de todo, la sensación de que a pesar de que esta mujer no tienen buenas intenciones, no me ha mentido sobre lo que les pasará a los que están cerca de mí. Lo he visto esta misma mañana con mis propios ojos. A ver cómo se lo digo a mis amigas, a ver cómo alejo a Gabriel.

Miro a la ventana de mi habitación y veo a Lili con un semblante bastante serio. Mierda, me ha pillado saliendo del piso de la vecina.

Vuelvo a casa mareada y me meto en la cama, acurrucándome entre las almohadas. Y lloro. Por todo. Por mi sueño perdido, por mi madre, por mi cabezonería, y por él. Porque le tengo que dejar. Debo alejarle de mi lado por su propia seguridad.

Con la garganta dolorida, quemándome por dentro, gimoteo intentando no hacer ruido para que no se despierte Nerea. Aprovecho para mirar a mi alrededor, sus cosas ya entre las mías, su perfume en mi mesita, sus gafas de sol olvidadas, su reloj. Tendré que crear mis propios fantasmas, mis «y si...» que sé que me perseguirán toda la vida.

Pongo la alarma del móvil para que me avise en media hora. Ese es el tiempo que me concedo antes de sabotear mi propia vida.

Capítulo doce

Salgo con prisas de casa. Cojo el autobús hasta el hospital con un dolor de cabeza que me taladra las sienas.

En cuanto veo a mi madre me pongo a llorar. Ya sola, sin que nadie refrene mis lágrimas. Me siento a su lado y le pido perdón por todo. Desde mi existencia no buscada hasta mi insistencia por venir a verme cuando seguro que estaba cansada y ya era de noche. Si no fuera tan egoísta, esto no habría pasado. Si hubiera seguido mi instinto, habría salido de esa casa para no volver el primer día que puse un pie en ella.

Agarro su mano inerte y le cuento, ya más tranquila, que estoy conociendo a un chico pero que se tiene que acabar. No le digo por qué, solo que lo nuestro no puede funcionar. Le prometo que la llevaré de viaje a ver el mundo, que la dejaré ponerse ese vestido de flores que siempre amenazo con calcinar cuando lo veo en su armario, y que seré la mejor hija del mundo si consigue despertar.

Compruebo la hora. Son las diez de la noche. Me he pasado todo el día aquí. Mi móvil silenciado me dice que tengo muchas llamadas de Gabriel, Lucía, Nerea y mi jefa de la empresa de eventos. Seguro que quiere que trabaje en algún catering. Me levanto de la silla y dejo la mano de mi madre con la vía en la cama con mucho cuidado.

Voy hasta la máquina de café y me saco uno bien cargado con extra de azúcar. Empiezo a beber cuando le siento antes de llegar. Es su forma de caminar, con fuerza, su aura, si es que la tenemos. Me giro y le veo acercarse por el pasillo con cara de preocupación. Tampoco tiene buena cara. La mía ni siquiera la he visto esta mañana. Debo parecer un puto orco de Mordor recién salido del barro.

—Joder, Alana, me tenías preocupado —me saluda dándome un beso en los labios—. No vuelvas a desaparecer así —me pide, pasándose la mano por el pelo con rabia. Los mechones rubios vuelven a colocarse algo desordenados, lo que hace que esté aún más guapo. ¿Cómo he conseguido que alguien así se fije en mí? ¿Qué diablos ve?

—Perdona, no me he dado cuenta de la hora —le digo, apoyándome en la máquina de café—. Necesitaba estar un rato a solas con ella.

Me abraza y reprimo el llanto que vuelve a amenazar con invadir mi cuerpo. Empiezo a temblar y me separo de su cuerpo con esfuerzo, porque lo que más me apetece del mundo ahora mismo es sentirle.

—Gabriel...

Me mira y me lleva hasta una silla. Nos sentamos y le sonrío con tristeza. No podría soportar que también le pasara algo a él. Quizás, cuando esto acabe, cuando consiga, no sé cómo, terminar con la

maldición, podamos volver a estar juntos. Intentarlo de nuevo. Conocernos de verdad, si es que aún no lo hemos hecho.

—Gabriel —digo tomando aire y reprimiendo las lágrimas. Me fijo en que le han dado puntos en la frente.

—Dime.

—Tenemos que hablar sobre lo nuestro. Creo que es mejor que no nos sigamos viendo. Abre los ojos como platos y me coge las manos con fuerza.

—¿Qué coño estás diciendo? —escupe entre dientes. Seguro que es la primera vez que una chica le dice algo así.

—Que lo nuestro no puede funcionar —murmuro, mirando al suelo. No soy capaz de ver esos ojazos que parecen leerme el alma cada vez que los contemplo.

Se levanta y empieza a dar vueltas por la salita. Menos mal que estamos solos, porque habríamos dado un espectáculo lamentable.

—No entiendo a qué viene esto ahora, de verdad que no lo entiendo —gruñe, pronunciando en exceso cada palabra. No tengo muy claro que si para él o para mí—. ¿Es que no quieres estar conmigo? —me pregunta acercándose, inclinándose para que nuestros ojos estén a la misma altura.

No soy capaz. No puedo mirarle. Si lo hiciera, vería la verdad. Dudaría de mis intenciones. Seguro que adivinaría que le tengo que dejar porque me da miedo que un azulejo del baño se le clave en la frente, sin más, una mañana cualquiera cuando se esté lavando los dientes.

—No es...

—¡No digas que no es por mí! —grita perdiendo los nervios—. Por favor, no insultes lo nuestro de esa forma.

—¿Lo nuestro? —susurro con dulzura y con la mayor pena que he sentido nunca. Habría sido precioso ver cómo «lo nuestro» se iba haciendo más y más grande y real—. Nos acabamos de conocer, aún no hay nada «nuestro».

—¿En serio me estás dejando? —Coge aire y lo suelta con fuerza por la nariz, como si fuera un dragón enfurecido.

Levanto la vista sin poder pronunciar una sola palabra, lo que es suficiente para responderle. Esta vez sí le miro, porque la intensidad de su cabreo me pilla por sorpresa. Pensé que le daría un poco de pena, o que su orgullo ganaría y se pondría en plan chulito, o en plan pasota. Pero de verdad que no pensé que se fuera a enfadar. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos, si es que lo estamos? ¿Dos meses? Cierto que en ese tiempo solo nos hemos separado para trabajar, arañando cada minuto del día para disfrutar el uno del otro, pero son dos meses al fin y al cabo.

¿Es normal, entonces, que sienta que me falta el aire y que me quiera morir? ¿Es entendible que mi corazón, literalmente, se esté partiendo en dos? ¿Es posible que me quepa más dolor aún en mi pequeño cuerpo, más allá del que siento por mi madre?

Pega un puñetazo a la pared y se apoya en ella, con los hombros caídos. Me voy a levantar para

consolarle, pasar mis dedos entre sus mechones y dejarme envolver por su cálido abrazo, encajando nuestros cuerpos a la perfección. Cuando ya tengo el culo despegado del asiento me doy cuenta de que eso no haría más que alargar la agonía. Le quiero. Ahora lo sé. Porque más allá de mi propio egoísmo me da tanto miedo que le pueda pasar algo que prefiero que me odie a que se muera, o que se quede postrado en una cama para siempre.

—Tenemos que dejar de vernos, al menos por el momento —consigo decir, con la garganta ardiendo por el llanto que refreno con toda la determinación de mi cuerpo. Me tiembla la voz, las piernas, las manos.

Se da la vuelta y suaviza su mirada. Se acerca e intenta cogerme las manos, pero las retiro a tiempo de sentir su piel, la misma que me dice que estoy en casa cuando me toca. Se da cuenta de mi rechazo y lo malinterpreta por su expresión. Tuerce la boca y chasquea los dientes.

—Me voy a ir. Porque creo que ahora mismo no sabes ni lo que estás diciendo —me susurra a mi lado—. Te entiendo, tener a tu madre así hace que te lo plantees todo.

Voy a decir que no es eso, que no lo entiende, cuando me interrumpe.

—Pero, por favor, no me alejes de tu vida, Alana —me dice al oído, regalándome un suave beso en la mejilla—. Te lo he dicho. Te quiero. Y tú me has dicho que también me quieres a mí.

Ha cambiado la estrategia. Ahora está más suave. Pero cada minuto que sigamos juntos, cada minuto que estemos conectados, es un peligro potencial para él. No me fío de la vecina, pero es que Lili también me lo ha dicho desde el principio. Que es peligroso. Yo no puedo irme por mi madre, pero nada le retiene a él.

«Quizás en un tiempo, quizás en otra vida, Alana...», me repito mentalmente, porque no sé si en realidad voy a poder solucionar lo que tengo entre manos. Meneo la cabeza, intentando despejarme un poco. Le miro y veo tanta dulzura que se me parte el alma en dos. Sé que si no le hago daño no se alejará. La cuestión aquí es si seré capaz de hacerlo. Es ahora o nunca, me digo. Si lo retrasas será peor.

—Gabriel —digo, saboreando cada sílaba de su nombre. Un nombre que sé que no voy a pronunciar en mucho, mucho tiempo—. No es por lo de mi madre, es que no quiero estar contigo. —Trago saliva y me obligo a que mi voz suene real, que no se dé cuenta de que mi corazón está llorando sangre—. Lo hemos pasado bien, pero...

Tengo que callarme al ver su expresión. Es de un mutismo horrible. Se ha quedado en blanco. Lo que menos esperaba en el momento más inoportuno. Le entiendo. Yo también me odio por esto. Por lo que nos estoy haciendo. No nos lo merecemos. Y menos él, que me lo ha dado todo sin pedir nada a cambio.

—No puedes estar haciéndome esto. No te creo... —escupe con una máscara en el semblante de total incomprensión.

—Lo siento.

—Me voy —dice, levantándose—. Esta noche me paso por tu casa para ver si...

—No. No quiero... —intento mentir, clavándome las uñas en la palma de la mano—. No quiero volver a verte.

Por un momento parece que o se va a poner a llorar o va a empezar a romper cosas, pero se calma e intenta abrazarme. Me alejo, porque como me toque se va todo a la mierda.

—¿Por qué? —quiere saber, con una mirada que hace que se me encoja el corazón.

Represento mi frase final, incluso sorprendiéndome a mí misma.

—Porque no me fio de ti, hoy conmigo, seguro que mañana con otra... —escupo, cruzando los dedos a mi espalda mientras me los araño con fuerza—. Lo de mi madre me ha hecho pensar, y me he dado cuenta de que solo debo tener en mi vida a la gente que me importa. El tiempo es muy corto, y no quiero malgastarlo.

Da un paso atrás, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Y yo no soy importante para ti?

Juro que cuando llegue a casa romperé una pared a puñetazos. Así dejaré de odiarme un poco.

—En realidad, no... Lo siento mucho. Me lo he pasado muy bien contigo, Gabriel. —Trago saliva—. Eres genial.

Hachazo final. He utilizado lo que me dijo mi último ex. La última palabra me caló tan hondo, tan dentro, que me siento como una mierda por utilizarla. Pero es que tengo que hacerlo. Ya veremos si me perdona, si es que un día puedo volver a verle, o bien porque él me lo permita o bien porque estaré muerta gracias a la maldita casa.

No me dice adiós. Tan solo se acerca para besarme, pero cuando estamos tan cerca que puedo sentir su aliento, parece que se lo piensa mejor. Se da la vuelta y vuelve por donde ha venido.

Me caigo de rodillas al suelo y me agarro el pecho. Tanto dolor me está abriendo en canal. No lo soporto más.

Paso las siguientes dos horas como un zombi. Lo único bueno es que mi madre ha mejorado un poquito. Dicen que sus ondas cerebrales están empezando a moverse de nuevo. No sé qué tecnicismo utiliza, pero el médico de guardia parece esperanzado. Así que, tras las amenazas por parte de las enfermeras que llamarán a seguridad si no me voy, porque no puedo pasar la santa noche al lado de mi madre moribunda, dirijo mis pasos de nuevo a mi asquerosa casa luchando por no mirar la pantalla del móvil.

La una de la madrugada cuando llego. Mis amigas se lanzan sobre mi cansado cuerpo ávidas de información. Primero acerca del estado de mi madre, y cuando les digo con una sonrisa que está mejorando, me atacan sin piedad por lo que le he hecho a Gabriel.

Por lo visto ha vuelto para recoger sus cosas.

Entonces me derrumbo. No literalmente. Espero a llegar hasta la cocina y dejar que me sirvan un gin tonic cargadito. Me fumo un cigarrillo tras otro siguiendo mi papel de que no me gusta y que no quiero saber nada más de él, a lo que mis amigas responden con insultos e improperios salidos del averno. Les pido por activa y por pasiva que no me lo nombren más, que no quiero hablar de él.

Las entiendo perfectamente, yo en su lugar haría lo mismo. Pero ellas no están en el mío, no conocen la raíz del problema. La misma que me obliga a echarlas de mi propiedad con lo puesto. Porque no soportaría que Lucía se desnucara por las escaleras o que Nerea se rebanase el cuello con el cuchillo de la mantequilla.

Madame Ardelean y Lili me lo han dejado muy clarito: he de estar sola hasta solucionar este entuerto. El accidente de mi madre es la prueba de ello. Las quiero demasiado para poner sus vidas en peligro.

—Alana —dice Nerea llamando mi atención. Estoy removiendo la pajita de color rosa con el dedo y la mirada ausente—. Sé que no es el mejor momento para eso, pero ya he tenido que anular tres reservas. Mañana tenemos otra. Y los de la revista siguen insistiendo para hacer el reportaje.

Me mira con una mezcla de pena y preocupación. Lucía está evitando la conversación. Se levanta y se pone a buscar cosas en la nevera.

Se me había olvidado por completo nuestra pequeña empresa, tan hundida en mis problemas. Lo peor es que ellas dependen de esto tanto como yo. Sin dinero no podemos comer. Pero no puedo permitir que alguien sea engullido por la oscuridad mientras va al baño.

—Cancela todas las reservas. Cierra la página —le pido, agotada en todos los sentidos. He de encontrar fuerzas donde no me quedan, porque aún tengo que hacer una de las partes más difíciles—. Recoged vuestras cosas. Mañana os tenéis que ir de aquí.

Nerea deja caer la mandíbula y Lucía se queda con medio sándwich colgando, dejando caer al suelo mostaza y pepinillos. De verdad, qué combinaciones más raras se hace a veces.

—¿Pero estás loca? ¿Cómo que nos vayamos? —reacciona Lucía, dejando el sándwich desecho en la encimera—. ¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

Lanzo una carcajada seca e irónica. Sí, estoy en el mejor momento de mi vida...

—Estoy mal, pero sé lo que estoy diciendo. No puedo trabajar mientras mi madre esté así, y quiero estar sola.

Me levanto y empiezo a dar vueltas por la cocina bajo su atenta mirada. Tampoco se lo esperaban. En un día me he convertido en la peor persona del mundo. Me siento como si fuera abandonando cachorrillos en una autopista congelada en mitad de la nada.

—Alana, este es tu sueño —dice Nerea, llorando—. No puedes mandarlo todo a la mierda así, sin más.

Y me doy cuenta de que debo ser implacable y cruel una vez más, porque estas dos me conocen como nadie. No me va a ser tan fácil engañarlas como lo he hecho con Gabriel.

—Esta es mi casa, y vosotras mis invitadas —aclaro, fustigándome por dentro—. Mientras mi madre esté ingresada no puedo trabajar, no puedo pensar en otra cosa que no sea ella. Y no os quiero aquí. Quiero estar sola. Mañana tenéis que recoger vuestras cosas y marcharos.

Nerea ya está llorando a moco tendido. Las he decepcionado. Pero no tanto como lo estoy yo.

—¡A dónde cojones quieres que nos vayamos, joder! ¡No tenemos un puto sitio al que ir! —grita

Lucía, perdiendo los nervios—. ¡No nos puedes echar de la noche a la mañana!

—Lucía, tranquilízate —le pide Nerea mirándome con asombro mientras se sorbe los mocos. Somos amigas desde que tenemos uso de razón, ni en un millón de años les haría algo así si no tuviera una razón de peso—. Si Alana necesita espacio tenemos que dárselo, es lo justo.

Me admira la capacidad de adaptarse a las situaciones. Va de rubia alocada pero en realidad es bastante sabia. Y su templanza me sorprende, igual que a Lucía, por la cara con la que la está mirando. Ella me estamparía una sartén en el careto.

—Lo siento mucho, chicas —me lamento con lágrimas en los ojos, deseando poder contarles la verdad. Pero intento protegerlas y, como amiga, he de hacerlo lo mejor que sé. Que en este caso es echándolas a la puta calle sin casa ni trabajo.

—Esto no se hace —me recrimina Lucía—. Pero, como dices, es tu casa. No tenemos voz ni voto. Ambas se levantan y Nerea coge del brazo a Lucía para llevarla escaleras arriba. Es un jarro de agua fría, lo sé, pero no tengo otra opción. Solo espero, al igual que con Gabriel, que puedan perdonarme llegado el momento.

Me siento en el sofá y me siento tal y como me veo.

Más sola que la una.

Al día siguiente siguen en casa. A pesar de darles tiempo y salir de la habitación casi a las diez de la mañana, las encuentro en la cocina esperándome para desayunar.

—Alana, ayer estabas muy sensible, con lo de tu madre y Gabriel... —empieza a decir Nerea—. La cuestión es que hemos estado hablando Lucía y yo y hemos decidido que no te vamos a abandonar ni de coña, te pongas como te pongas.

Me paso la mano por la cara, agotada, con sueño y sin mi necesario café. Ahora que lo pienso no he vuelto a ver a Lili desde que entré en casa de la vecina.

—Estoy bien, de verdad —les aseguro con un mohín y la barbilla temblona.

Se acercan a abrazarme. Me dejo querer solo un ratito más.

—No te vamos a dejar tirada —asegura Lucía apretándome el cuello con demasiada fuerza—. Digas lo que digas nos quedamos.

Me separo e intento pensar la mejor manera de abordar esta situación. Ellas se piensan que en el fondo no quiero que se vayan, lo cual es totalmente cierto, pero el hecho es que tienen que ir, no hay más vuelta de hoja. La cuestión aquí es cómo coño hago para que les entre en la cabeza.

—Si en dos horas no habéis salido por esa puerta con todas vuestras cosas llamo a la policía —termino por decir sin encontrar una manera mejor.

Al principio se piensan que estoy de coña, pero me obligan a ponerme seria con ellas por primera vez en la vida.

—Chicas, lo tenéis que entender —empiezo a decir sentándome con una taza llena de humeante y delicioso café—. Os invité a vivir conmigo cuando esto iba a ser un negocio entre las tres. Y saldríamos de fiesta por la noche, nos emborracharíamos con el pijama puesto... Ya me entendéis.

Pero lo de mi madre cambia drásticamente las cosas. No quiero cortaros las alas ni amargaros la vida. Y si vamos a dejar la empresa, porque yo no puedo ahora mismo hacerme cargo, no tiene sentido que vivamos las tres juntas.

—Pero... —empieza a decir Lucía. Le pido que me deje terminar con una mano.

—Voy a estar yendo y viniendo del hospital, cansada, de mal humor. No quiero arrastraros a eso. Tenéis que aprovechar, vosotras que podéis. Entrar, salir, quedar con chicos y chicas, montar fiestas...

Veo que se miran, y percibo que empiezan a entender lo que les quiero decir.

—Pero no te queremos abandonar —dice Nerea, empezando a llorar.

—Y no lo hacéis. Os lo estoy pidiendo yo. Voy a pasar una temporada rara, pero siempre que pueda veros os llamaré para quedar. Prefiero estar sola, de verdad. Necesito estar sola. A mi aire para ir y venir del hospital.

Suben arriba y estoy segura que se pondrán a debatirlo seriamente. Al rato bajan y, llorando, me dicen que se van.

Capítulo trece

Siempre he sido bastante fría en general. Desde niña, cuando las demás lloraban por sus novios infantiles, yo jugaba a que era una princesa encerrada en una torre de la que conseguía escapar sin la ayuda de ningún príncipe. Supongo que no tener padre me ha marcado. Por eso no entiendo esta depresión que me entra cada vez que su imagen me viene a la memoria.

Si me acuesto, su olor en la almohada me desvela, en la mesita el tic tac de su reloj, que se ha dejado olvidado, me sobresalta, en la cocina todo me recuerda a él: la esquina donde dejaba tirados sus zapatos, el vaso que siempre escogía para beber agua, el plato que desconchó una noche que jugábamos a pegarnos... En el baño la situación no mejora. He tirado los dos cepillos de dientes y ahora me tengo que lavar con el dedo. Todos los geles han ido al cubo de basura también, incluso la toalla que se agenció para secarse.

Como consecuencia, padezco de insomnio, deshidratación, inanición, sarro y putrefacción en general.

Hace una maldita semana que mis amigas se fueron de casa entre llantos. Lucía habló con su anterior casero y consiguió que las dejara alquilar de nuevo su pisito compartido. Por suerte aún no había encontrado inquilinos. Y como ya no tenemos ingresos, he hablado con mi jefa de la empresa de eventos y las tres tenemos trabajo asegurado, al menos hasta que encontremos algo mejor. Una pequeña parte de la culpabilidad se va suavizando de mis hombros, en lo que a mis amigas se refiere. Nos queremos, pero no las puedo ver mucho hasta que todo esto acabe, no me fio. Por eso estoy cogiendo eventos en los que sé que ellas no van a estar, no debemos coincidir. Menos mal que mi jefa es maja y ha entendido que no las quiero ver. La he dado una excusa un tanto ridícula, lo bueno es que no me ha hecho demasiadas preguntas.

Mi madre va mejorando muy poco a poco, pero nunca lo suficiente como para abrir un ojo y decir «llévame ya a casa, que he dormido demasiado».

Y Lili... eso ya es otro asunto. Desde que salí por la puerta de la casa de la vecina no ha vuelto a aparecer. La he llamado en varias ocasiones y pensé que, al fin solas, me estaría dando la tabarra todo el santo día, pero nada, no hay forma. No sé dónde se ha metido.

Me caliento unos macarrones con queso asquerosos en el microondas y me pongo a mirar el móvil mientras espero. Lucía me pregunta por mi madre, y me pide perdón por haberme llamado puta loca de los cojones. Sonrío, es la mejor. Un mensaje de Nerea diciéndome que esta noche no ha quedado con Alejandro, y que deberíamos hacer un plan las tres juntas.

Joder, es sábado. Tan metida en la mierda como estoy y ya no sé ni en qué día vivo.

Me apetece tanto salir a despejarme... pero no debo verlas. He de quedarme recluida hasta que

consiga acabar con el puto agujero negro que, por cierto, no he vuelto a ver.

Declino la invitación diciendo que no tengo ganas y compruebo el estado de Gabriel. Se ha conectado hace menos de dos minutos. ¿Con quién estará hablando? Mierda, no debería haberlo visto, porque ahora no dejo de pensar en él. No me ha vuelto a llamar, no ha venido. No se ha intentado poner en contacto conmigo. Parece que se tragó mi actuación y, aunque debería sentirme aliviada, una gran parte de mí está algo decepcionada. Una parte de mi asquerosa mente me susurra que si me quisiera de verdad habría insistido. Habría luchado. Pero claro, alguien como él no va a luchar por alguien como yo, y menos cuando ese alguien le ha dejado sin motivos.

Un pitido del micro me dice que los macarrones están listos. Me voy con el plato precocinado a la biblioteca y me pongo a comer en silencio, con la chimenea apagada, sola y deprimida, pensando dónde narices se ha metido Lili.

Pasan quince días más.

Lucía y Nerea no dejan de insistir en que nos veamos, que quedemos para tomar una caña, aunque sea. No puedo verlas, aunque las echo tanto de menos... Otra que no está es Lili. Ya no hay puertas que se abren y se cierran solas, ni mensajitos en el baño. Nada. Hasta parece que la casa está menos fría. Por suerte tampoco aparece el agujero de oscuridad, cosa que agradezco, porque no podría vivir aquí sola si temiera ser engullida por los pies una noche cualquiera que fantaseo con que Gabriel ha vuelto y vivimos felices para siempre. Ya me entendéis...

Me ducho y me pongo el uniforme. Hoy me toca evento en el museo del Prado, y sobre las cinco iré al hospital. Me maquillo con lo mínimo, básicamente chapa y pintura estándar, me hago dos trenzas diminutas y le insulto a mi reflejo, lo que ya se ha convertido en un cruel hábito. Entre eso y que hablo sola por la casa, dentro de poco empezaré a robar gatitos y me convertiré en la típica vecina grillada que dice que tiene un fantasma en casa.

Camino por la calle sintiéndome la persona más gris del mundo mundial. Ni mi sombra me acompaña, parece que le doy tanto asco que quiere huir. Me paro un segundo y el corazón me empieza a palpar. Maldita sea, no tengo sombra. Muevo la mano contra una pared y nada, no hay sombra. Me quedo parada y me fijo en que las personas que se cruzan conmigo sí tienen.

Voy hasta un banco y me empiezo a marear. No tengo sombra. ¿Qué coño significa eso? Me miro las manos, me toco la cara. Todo es normal. Entonces...

Vuelvo sobre mis pasos después de comprobar que tengo tiempo. Llamo al telefonillo de Madame Ardelean y entro sin esperar que me conteste. Subo las escaleras de dos en dos. Entro sin saludar y de pie, en el pasillo, la increpo con la voz entrecortada.

—No tengo sombra. He perdido mi sombra —gimoteo, intentando recuperar el aliento. Debería dejar de fumar. Bueno, qué coño, fumaré dos veces más para acabar cuanto antes con la agonía de vivir.

—Querida niña, pasa y siéntate. Te traeré un poco de...

—¡No quiero té! ¡No quiero nada! —grito, perdiendo los nervios—. Lili ha desaparecido, la

mancha oscura no ha vuelto a hacer acto de presencia y me acabo de dar cuenta de que no tengo sombra —. Muevo la mano delante de una vela para enseñárselo—. Mire, ¡pero mire la pared!

—Alana, creo que esto no es bueno... —es lo único que se digna a decir.

Le agarro un brazo con fuerza y me obligo a tranquilizarme, porque estoy llegando a un nivel de estrés que me voy a quedar calva.

—¡No soy Peter Pan, joder! —grito, desesperada y con incómodos hormigueos en la palma de las manos. Me va a dar un ataque de histeria—. ¿Qué significa eso? ¿Qué coño significa?

Quiere que nos sentemos en el salón, pero me niego porque llego tarde al trabajo, así que coge la mano y estudia la palma a conciencia. Se santigua y yo me cago encima.

—Esto es mucho peor de lo que me imaginaba —dice, mirándome con cara de lástima, algo que odio—. Te estás convirtiendo, Alana.

¿Cómo que me estoy convirtiendo? ¿En qué? ¿En un puto hombre lobo?

—¿En qué?

—En un fantasma —susurra, soltándome las manos de golpe.

Puntitos blancos, pitido en los oídos. A la mierda. Me voy contra el suelo.

Un repugnante olor me despierta. Es el maldito incienso. Abro los ojos y veo que estoy tumbada en el sofá polvoriento de la vecina. Me voy a incorporar cuando vuelvo a ver brillitos como en un desfile de copos de nieve travestis. Me tumbo de nuevo y escucho que trajina en la cocina.

Se acerca con una bandeja y me pone un paño húmedo en la frente.

—Esto te despejará, ya lo verás. —Y sin previo aviso me da de beber el líquido vomitivo. Me incorporo tragándolo de golpe para no ahogarme.

—¿De verdad me voy a convertir en un fantasma? —lloriqueo sin saber qué hacer con las manos. Me las quiero llevar dramáticamente a la cabeza, pero el paño me lo impide. No quiero tocarlo, ya estoy sufriendo con que me esté engrasando el flequillo.

—Si no haces algo para evitarlo, sí. El proceso de transformación ya ha comenzado —asegura, cogiéndome un dedo—. Mira, tienes las uñas cada vez más blancas.

Me inclino un poco para verlo y me encojo de hombros.

—Es el esmalte endurecedor, se me rompen mucho.

Cambia la postura en la silla y me quita el paño de repente.

—Es suficiente. Te coloca un poco si lo inhalas demasiado.

Y empiezo a notar los síntomas. Los brazos se me adormecen y los ojos me pesan cada vez más. Me siento para despejarme, y desearía sentir aire fresco y no viciado. Esta mujer no ventila.

—Tengo que irme de esa maldita casa, cuanto más tiempo estoy más lo noto —maldigo con mucho frío de repente—. Cada día me levanto con menos fuerzas, cada noche me siento más vacía, más triste... Me tengo que ir.

Se levanta y coge una taza humeante de la mesa. Sus pulseras de cuentas doradas brillan y suenan con estridencia.

—Si te vas tu madre morirá. Ya te lo he dicho. O rompes la maldición o ella caerá, y tú irás detrás —augura con tranquilidad dando un sorbito—. Créeme.

—Claro que la creo, pero según usted la maldición se romperá cuando el agujero negro se lleve a Lili. ¡Y Lili se ha ido! ¡No está! —grito, perdiendo los nervios.

—Por eso te estás convirtiendo. La maldición se ha de cobrar una víctima, y si no es ella, irá a por ti.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y el pelo se me pone como escarpas.

—Por cierto, ya me debes trescientos euros —me recuerda con una sonrisa un poquito fría para mi gusto.

—Se los pagaré la semana que viene, cuando cobre —le aseguro levantándome—. Por cierto, ya llego tarde.

—Espera, por favor —me pide—. Voy a darte algo que detendrá temporalmente tu transformación. No es definitivo, pero te ayudará. —Desaparece por el pasillo y vuelve con una bolsita. Me la tiende, la abro y la huelo. Es lo que me dio a probar el primer día que entré por su puerta. Lo que me ha metido hace un segundo en la garganta a traición—. Tómame una infusión al día.

Le doy las gracias pensando que tiraré la bolsita a tomar por culo en cuanto me vaya, recojo el bolso del suelo con prisas y salgo corriendo. Me tengo que parar en las escaleras a coger aire, y del mareo que me entra me tengo que sentar en los escalones. No tengo fuerzas para ir a trabajar... No puedo.

Vuelvo a casa y le mando un mensaje a mi jefa diciéndole que estoy vomitando. Que no cuente conmigo hoy. Subo hasta mi habitación y me dejo caer, desmadejada, sin ganas de nada. Miro al techo y me imagino flotando por toda la eternidad entre estas cuatro paredes. Asustando a los nuevos dueños. Dejando mensajes siniestros en los espejos. Me dan ganas de vomitar, así que voy hasta la bañera y abro el grifo para prepararme un baño calentito. Necesito entrar en calor, tengo el frío pegado en los huesos.

Pierdo la noción del tiempo tirada en la bañera cual trapo arrugado, con la mirada ausente y la respiración entrecortada. Mi madre en coma, Gabriel seguro que con una guarra entre sus piernas, mis amigas maldiciendo mi nombre con una cruz boca abajo mientras queman todas las fotografías en las que salimos juntas y mi cuerpecito convirtiéndose en Casper.

Decido que hoy he superado el cupo de lamentaciones y me visto para visitar a mi madre. La pobre no se enteraría si no voy, pero tengo la vana esperanza de que escuchar mi estúpida voz la ayude en su recuperación.

Después de llorar a moco tendido en su mano me despido. Se ha acabado la hora de las visitas.

Vuelvo a casa arrastrando los pies, comprobando que mi sombra no me quiere y no ha vuelto y me paso el resto de la tarde llamando sin fuerzas a Lili por la casa para después tumbarme en la cama en posición fetal deseando una muerte rápida. Bajo a comerme un tarro de chocolate caliente, porque sí, es mi cena, y cuando estoy pensando en suicidarme por sobredosis de azúcar, suena el timbre. Dejo

el tazón cargado hasta arriba de succulenta masa marrón y me acerco en calcetines y con una camiseta que me llega hasta las rodillas. Me inclino para espiar por la mirilla y me quedo sin respiración.

Es él.

Me apoyo contra la puerta y me toco en un acto inconsciente el pecho, justo donde mi corazón bombea a cien mil por hora.

—Alana, te oigo jadear al otro lado —dice muy serio—. Abre.

Me lo pienso un instante. No debería. No puedo. Pero le necesito. Se merece decirme a la cara todos los insultos que tenga preparados. Me lo merezco. Así que giro el picaporte y quito el seguro.

Su imagen, después de casi un mes sin vernos, me impacta como si fuera la primera vez. Está un poco más delgado, tiene más barba y algo de ojeras. Pero por lo demás está impresionante. Con un jersey a rayas blancas y azules, su chaleco preferido y unos chinos que dejan muy poco a la imaginación.

«Saca las manos de los bolsillos del pantalón si no quieres que te viole ahora mismo», piensa mi parte del cerebro más primitiva. La misma que baila el «Hunga Hunga» cuando veo *Outlander*.

Me obligo a concentrarme y no empezar a babear aquí mismo. Inconscientemente, me llevo una mano a mi pelo sucio y despeinado. Mi cara sin una gota de maquillaje. Los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar en el hospital. Dios, si existes en alguna parte, quítale temporalmente a Gabriel bastantes dioptrías de cada ojo para que no me vea en este lamentable estado.

—Hola —le saludo tímida, con vergüenza.

—¿Puedo pasar? —me pregunta muy caballeroso, cruzándose de brazos. Está enfadado, me lo dice su vena hinchada en la frente. Se está conteniendo. Seguro que ha venido a torturarme con su maravilloso cuerpo, diciéndome algo como «mira lo que te estás perdiendo, pequeña insensata».

—Claro —digo con un hilo de voz, apartándome de la puerta.

Voy al saloncito que tengo en la cocina, el lugar más íntimo de la casa. Me sigue de cerca, puedo aspirar su delicioso perfume.

—¿Quieres algo? —le ofrezco abriendo la nevera. Me arrepiento al segundo, no hay nada dentro—. ¿Agua, un café?

—Un café estaría bien —dice, sentándose en uno de los sillones y cruzando las piernas de una forma muy masculina. Joder, ¿por qué has venido, maldito? Ya casi conseguía conciliar el sueño sin llorarte.

Enciendo la cafetera a pesar de que, como tome cafeína a estas horas, me voy a pasar la noche como un *gremlin* al que han bañado en agua bendita.

El ruidito de la máquina me infunde un poco de tranquilidad, todo es mejor que el sepulcral e incómodo silencio que se instala entre nosotros. Yo de espaldas, disimulando que escojo concienzudamente entre las cuatro tazas de mierda que tengo, él tan tranquilo observando cada uno de mis movimientos.

Le paso la suya con cuidado de que nuestros dedos no se toquen y me siento en el lado del sofá más

alejado. Si me sigue llegando su olor me desmayo aquí mismo y me abro de piernas para él. Me tapo con una mantita y me pongo a darle ridículos sorbitos a mi café. A todo esto él no ha despegado sus ojos de mi cuerpo. Empieza a ser un tanto incómodo.

Me atrevo a mirarle y me encojo un poquito. Ha sido mi corazón, que empequeñece unos milímetros cada vez que pienso que ya no es mío, si es que alguna vez lo fue.

—¿Estás con otro? ¿Es eso? —ataca sin piedad tragándose el café de un sorbo y dejando la taza vacía sin cuidado en la mesita.

—Gabriel... —y al decirlo recuerdo lo mucho que me gusta su nombre.

—¡Un mes, Alana! ¡Un puto mes sin saber nada de ti! —grita, perdiendo los nervios. Saca del bolsillo del pantalón un paquete de tabaco y se enciende uno mientras admiro sus manos. Joder, necesito que me toque, aunque sea una última vez. Da una profunda calada que hace que mis bragas quieran irse con él y me mira de soslayo—. ¿Tan malo he sido contigo? ¿Tan mal lo he hecho?

—No, eres maravilloso —le respondo con un hilo de voz—. Pero no podemos estar juntos.

—¿Qué ha cambiado? Por la noche me querías, y por la mañana decides que ya no me quieres, ¿qué ha cambiado? —pregunta con algo que parece desesperanza—. Si querías estar sola me lo podrías haber explicado, pero... ¿Esto? ¿Desaparecer sin más?

Me froto las manos, temblando. Pensé que lo estaba superando, que podría vivir sin él, pero es verle de nuevo, sentirle tan cerca...

—Por favor, Gabriel, no me lo pongas más difícil de lo que ya es —suplico con los ojos llorosos.

—¿Por qué no me has escrito? ¿Por qué no me has llamado? —quiere saber mirándome con intensidad—. He estado esperando un puto mes a que volvieras a buscarme. Y al final he tenido que venir yo. ¿Sabes por qué? —Niego con la cabeza y se pasa una mano frenética por la suya—. Porque no hay una maldita noche que no me acuerde de ti, porque me río solo recordando las tonterías que haces por la casa cuando piensas que nadie te ve, como ir dando saltitos o bailando.

Su voz se va apagando gradualmente hasta extinguirse. Baja la cabeza y de verdad que me quiero morir. Le echo tanto de menos. Sentirme segura entre sus brazos, su sonrisa por las mañanas, sus pellizcos en el trasero cuando no me lo esperaba. Él, en conjunto. Con sus aires de prepotencia mal entendidos para quien no le conozca de verdad, y que he tenido el privilegio de hacer. No es creído, es seguridad en sí mismo. No es cínico, es que su sentido del humor es más negro. Pero es una de las personas más sinceras y honestas que he conocido nunca.

—Tu amiga Nerea me ha dicho que lo has dejado todo. Y que quieres estar sola —dice con la voz rota.

Se levanta y empieza a dar vueltas por la cocina. Se sirve un vaso de agua y desde el fregadero se ríe como si algo le hiciera gracia. Pero en plan triste.

—Nunca me has tomado en serio, ¿verdad? —se lamenta, casi tirándose del pelo—. Has estado jugando conmigo. Cuando te dije que te quería lo dije de verdad, pero veo que tú no.

Tendría que ir y rodearle la cintura con mis delgados bracitos. Pedirle que me cogiera entre sus

brazos y que me perdonase. Que le quiero. En vez de eso me enciendo un cigarrillo y me arropo más con la manta. Cada vez tengo más frío, a pesar de que abril este año ha empezado con temperaturas altas. Los rayos de sol ya no me calientan. Es como si atravesaran mi cuerpo sin más.

—Claro que te he querido, Gabriel —digo sin poder mentirle—. Pero no puedo.

Levanta la cabeza y su mirada se torna algo más distante.

—Mírate, estás mal, Alana. No me digas que estás bien. —No lo dice con menosprecio, sino con algo parecido a la lástima—. He venido porque me lo han pedido Nerea y Lucía.

Nota mental: asesinarlas sin piedad y sin miramientos.

—¿Te han pedido ellas que vengas?

—Sí. Pero he accedido porque quería verte, y porque te echo de menos. He venido porque te necesito como al respirar. Y mírate. Me da miedo verte así, ya casi no te reconozco.

Asiento con la cabeza y me froto los ojos. No hace falta que me diga cómo se me ve desde fuera, ya lo noto yo por dentro. Es el peor momento de mi vida, y supongo que mi rostro empieza a tener un brillo grisáceo, el mismo que el de mis manos, cada vez más pálidas. Parece que convertirse en un maldito fantasma no resulta favorecedor.

Muchas gracias, Gabriel.

Lo añado a mi lista de preocupaciones: estoy más fea que un mono y parece que ha venido para ver si no me he suicidado aún colgada de una lámpara con el hilo de un tampón.

—Pues diles que estoy perfectamente.

—Sí, les diré que estás perfectamente mal —añade con fuerza. Se aleja y veo que sube las escaleras casi corriendo. Me arropo más con la manta y cierro los ojos. Es demasiado.

¿Seré lo suficientemente fuerte como para alejarle de nuevo? Porque lo que necesito en este instante es refugiarme en su pecho y contarle todo, desde Lili, la vecina, la maldición. El lastre que arrastro en silencio cada vez pesa más, y cada vez me quedan menos fuerzas.

Vuelve con una bola de ropa en los brazos. Lo tira en el suelo y empieza cogiendo uno de mis pantalones vaqueros.

—Alana, levántate —me pide con suavidad. Dice mi nombre con tal tinte de tristeza que no puedo más que lanzar un sollozo. No lo he podido evitar, amenazaba con ahogarme en lo más profundo de mi garganta.

Hago lo que me pide y se agacha justo a mi lado. Con una delicadeza que aún no conocía en él me coge un pie y mete una pernera, después la otra, y poco a poco, deleitándose por el camino, va subiendo el pantalón, primero por mis piernas. Cuando llega al trasero se para y veo que traga saliva.

—Me pones el corazón a cien —susurra, mordiéndose el labio.

«Y tú a mí», pienso sin poder confesarlo.

—¿Te has puesto las braguitas de dibujos para torturarme? —maldice, tocándome un segundo las caderas. Sus manos están ardiendo, y mi cuerpo, cada vez más frío. Pero es tenerle cerca y siento que vuelve a templarse, que recupero un poco de vida.

Lo sube hasta la cintura y frunce el ceño cuando ve que me queda grande. Casi se me caen de lo holgados que me quedan. Me mira un segundo a los ojos y me levanta la camiseta despacio. Temo que vea cómo se me marcan las costillas. Ayudo con los brazos, elevándolos como si fuera una niña pequeña, y el muy cabrón va deslizándose dos dedos por mi torso desnudo. Mi piel reacciona al segundo, erizándose ante su contacto. Gruñe bajito cuando llega hasta el sujetador. Es tan lento en los movimientos que me supone una auténtica tortura estar tan cerca y a la vez tan infinitamente lejos. Gabriel, si pudieras entrar en mi cabeza como ya has hecho en mi corazón lo entenderías todo. ¿Por qué no puedes leerme la mente?

Saca la camiseta por mi cabeza y me siento indefensa, porque se queda parado, observándome en silencio. Creo que va a quitarme también el sujetador cuando se agacha y coge una sudadera. Me la mete por la cabeza y la va bajando, acercándose más y más. Nos quedamos a milímetros. Aspiro su olor. Me mareo.

Me coloca varios mechones detrás de las orejas y con sus hábiles dedos me peina un poco el flequillo, que cada vez lo tengo más largo. Suspira. Yo también.

—Ya pareces más tú. —Y sonrío como solo él sabe hacerlo. Le tengo que imitar, su energía es tan fuerte que soy incapaz de no sonreír tímidamente.

Me pide que me siente y me coloca unas zapatillas. Es, por raro que parezca, lo más íntimo que he sentido nunca. Cuando me ata con dedicación los cordones siento que muero de amor. Ignoraba que ser vestida pudiera provocarme taquicardias.

Me da una palmadita en la pierna y dice que nos vamos a cenar. Le voy a decir que no cuando corre a por mi abrigo y la bufanda. Coge mi bolso y me tiende su mano. La cojo sin pensar. Me iría con él al final de mundo conocido si pudiera.

Paseamos por la calle en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Meto las manos en los bolsillos del abrigo para no coger la suya, para no sufrir aún más mañana, cuando ya no esté.

Me lleva hasta un restaurante italiano con una iluminación tenue. Es pequeño, íntimo. Demasiado para estar tan cerca de mis tormentosos pensamientos. Hubiera preferido algún gastrobar ruidoso y lleno de gente, no estas mesas de dos con una vela en el centro. Me coge el abrigo al llegar a la nuestra e incluso me retira la silla para que me siente. Está siendo demasiado caballeroso para tratarse de él.

Nos sentamos y apoya los brazos encima del mantel rigurosamente planchado. Puedo ver sus tatuajes de colores, las venas de sus brazos que, tan masculinas, me recuerdan que una vez las sentí palpar junto a las mías.

—Te echo de menos —repite, sonriendo con timidez—. Tu risa alocada, tus gritos absurdos. Tu luz, Alana. Esa luz que me cegó la primera vez que te vi se está apagando—. Calla y frunce el ceño—. Me da miedo que te apagues.

—Lo siento mucho, Gabriel —es lo único que consigo decir—. Lo siento.

—Y lo que más me duele es que no me dejas ayudarte —se queja con frustración. Coge mis dedos

como si le diera miedo que me desvaneciera, intentando retenerme sin saber en realidad lo que me está pasando—. Estoy aquí, a pesar de todo. Quiero que lo sepas.

La primera lágrima cae sobre la servilleta. La segunda me la seco antes de descender por mi mejilla. No le merezco, ahora lo sé. No después de lo que le dije, ni de cómo le traté. Y mucho menos de lo que le tendré que hacer por su bien.

Cuando llega el camarero, Gabriel pide por los dos. Hace días que no tengo hambre. Me alimento de chocolate, lo único que consigo tragar. Sí, jamás pensé que tragaría el chocolate en vez de paladearlo con gusto. Ya casi no siento el sabor de las comidas. Se me cierra la garganta y me dan ganas de vomitar. Y no, no estoy embarazada de un mini Casper rubio, más que nada porque no he tenido el placer de catarle aún.

Cuando el camarero se va con nuestros pedidos apuntados, dirige su mirada a mis labios. Levanta el brazo y me los acaricia un segundo. Cierro los ojos. No puede hacerme esto.

—Cuando me preguntaste por qué me gustabas no te dije toda la verdad —confiesa, toqueteando los cubiertos—. Cuando te vi disfrazada y con ese flequillo pensé que eras la cosa más bonita que había visto nunca. Tus enormes ojos atravesándome. Tus manitas nerviosas.

Sonríe y yo vuelvo a llorar. Joder, Alana, mira que estás llorona últimamente.

—Y cuando me insultaste en tu habitación caí rendido a tus pies.

—Pues lo disimulaste muy bien —apunto, utilizando la servilleta immaculada para secarme los ojos.

Suelta una carcajada y se inclina hacia delante. Se le marcan los músculos de los costados cuando lo hace.

—Eres mi preciosa debilidad. Y lo supe desde el primer momento. Mi puñetero talón de Aquiles.

Le devuelvo la sonrisa y nos traen los entrantes. Sirve la ensalada en mi plato y me hace un gesto para que empiece. Jugueteo con los canónigos mientras él bebe vino. No quiero comer esto, me lo quiero comer a él, joder.

Él da buena cuenta de su plato mientras yo no me llevo ni un triste trozo de cebolla a los labios. Eso sí, ya llevo dos copas de vino. Mi achispamiento va en aumento, y con el estómago vacío es como si me hubiera ventilado dos botellas de ginebra a palo seco. El calor vuelve a mi fantasmagórico cuerpo y empiezo a ver las cosas desde otra perspectiva, una más alcoholizada.

Me suelto, me relajo. Me río de sus ocurrencias e incluso me atrevo a tocarle la mano, devolviéndole el apretón que me da. Y cuando se levanta para darme un beso en los labios no me lo pienso dos veces.

Nos olvidamos de que el camarero quiere recoger los platos, no nos damos cuenta cuando nos deja entre carraspeos el segundo y, al parar, tengo que recuperar el aliento.

Mi solomillo se va a quedar donde está. Lo corto en trocitos y lo paseo por el plato. Le miro. Con más color en las mejillas. Sonriente. Con ese brillo en los ojos. Y un nudo en la garganta me empieza a asfixiar. ¡Eres gilipueñas! ¿Para qué le besas? ¿Por qué le das esperanzas? Maldita seas, ¿por qué

te das esperanzas? ¿Es que le quieres ver muerto? ¿Es eso?

Niego a mi yo interior que ahora mismo me está dando latigazos en la espalda y vuelvo a la cruda realidad. Me está contando que mañana tiene un combate, y que si quiero puedo ir a verle. Que si quiero mañana me acompaña a ver a mi madre. Que si quiero se pide unos días libres en el trabajo porque le deben vacaciones. Que si quiero. Que si quiero.

Que si quiero...

Esa frase ha dejado de tener sentido para mí desde que mi madre tuvo el accidente. No importa lo que quiera o deje de querer. Se trata de lo que debo hacer, a pesar de mis inalcanzables y dolorosos «quiero».

No le contesto, de nada serviría. Pedimos el postre y, ahora sí, me zampo mi tarta de chocolate. Él se pide un chupito y yo le acompaño.

Salimos a la calle y me retiene entre sus brazos, abriendo su chaleco para que no tenga frío. Le diría que el verdadero frío sale de mi interior, pero como no puedo decirle eso, me dejo querer un ratito y me pego a su cuerpo. Esta es mi verdadera casa. Sin techo ni suelo. No hay escrituras de por medio ni dinero. No hay fantasmas que quepan aquí, entre los dos, ni maldiciones. Nada malo es capaz de entrar en esta burbuja que hemos creado durante unos segundos. Pero como todas las burbujas imaginarias, se terminan rompiendo de golpe.

Me da la mano y me acompaña hasta mi prisión. Perdón, hasta mi casa. Me acompaña hasta mi casa.

En la puerta me intenta dar un beso que yo rechazo con elegancia (creo), girando levemente la cabeza. Me acompaña dentro y le pido que no se quite el chaleco.

—¿No puedo quedarme? —me pregunta, dolido, y parece que algo humillado.

—¿Qué pensabas que iba a hacer? —le pregunto con tristeza y sin fuerzas para discutir.

Me quito el abrigo y lo dejo tal y como cae, en el suelo. Voy a la cocina y me tapo con mi ya roñoso trapo de las lamentaciones.

Se acerca y me quita la manta de un tirón.

—Mírate, Alana. Joder, te estás quedando en los huesos. No has probado nada en la cena, solo la tarta.

Me intento tapar de nuevo pero no me deja. Sí, es cierto, los huesos se me marcan más. Los pantalones se me caen. Las tetas se han ido de vacaciones. Qué quieres que le haga. A pesar de alimentarme de café y cantidades ingentes de chocolate parece que los problemas me cierran el estómago, y ser casi un fantasma hace que las calorías quieran abandonar tu cuerpo, supongo.

Me levanto enfadada. No necesito que vengan a decirme que estoy en la mierda. ¡Ya lo sé!

—Es mejor que te vayas —le pido, empezando a sentir calor en la boca del estómago.

De repente me sujeta del brazo.

—Perdona, no quiero hacerte daño —dice mirando mi escuálido bracito, que se ve aún más lánguido alrededor de su mano, grande y masculina.

Nos quedamos quietos un segundo, demasiado cerca. El calor de su mano se extiende por mi cuerpo. Me hormiguea el estómago. Desearía que me recorriera entera con sus dedos, que me agarrara con fuerza por las caderas y que me poseyera como un animal. Aprieto los muslos en un acto inconsciente. Y todo porque me ha tocado.

—Tienes que irte, Gabriel. Por favor —imploro, al borde del llanto.

—He venido en un último intento por estar juntos —confiesa soltándome con delicadeza. Siento sus dedos marcados en la piel a pesar de que casi no ha ejercido presión—. Pero veo que me tengo que ir poniéndole un punto y final a esto —dice señalándonos.

—Lo siento.

—Y yo, no te haces una idea, joder —responde con rapidez sonriéndome de medio lado—. Pensaba que eras diferente. Que eras fuerte a pesar de ser tan pequeña. Sé que lo de tu madre es una mierda, y de verdad que lo siento, pero...

Rompo a llorar, despacio, lágrima a lágrima, no vaya a ser que me deshidrate. Me recoge una de la mejilla con delicadeza y me da un beso en los labios que me sabe a despedida final. Se acabó. Esta vez de verdad.

—Si alguna vez necesitas algo cuenta conmigo. Siempre podemos ser amigos —dice, despidiéndose con la mano. Me parece que es a modo de venganza por lo que le dije yo la última vez.

«Amigos». Lo peor que te puede decir alguien al que violarías noche sí, noche también. No, gracias, no quiero acabar en un psiquiátrico besando a un muñeco hecho de sábanas y vendas con tu manoseada foto pegada.

Creo que ya se ha ido cuando vuelve dando zancadas. Me coge en vilo y me besa con desesperación, con urgencia. Al principio intento quitarme, pero cinco segundos después me cuelgo de su cuello y subo las piernas a su cintura. Empieza a darme besos en la clavícula mientras me susurra que me quiere, que me necesita, que se ahoga sin mí. Quiero que me lleve hasta mi habitación y me bese hasta que salga el sol, pero un ruidito extraño me desconcentra un momento. Miro al techo mientras él juguetea con mis tetas perdidas en «el País de Nunca Jamás volverás a tenerlas más grandes», y veo que la lámpara del techo se mueve peligrosamente cerca de nuestras cabezas. La maldita lámpara que debe pesar veinte kilos se está descolgando. Cuando reacciono y empujo a Gabriel hacia atrás cae estrepitosamente justo donde estábamos besándonos segundos antes. Ha faltado muy poco. Demasiado poco. Como es de hierro fundido no se rompe, pero el suelo se hace añicos ante el impacto. Yo en el suelo, a un lado, Gabriel de rodillas al otro. Bajo la mirada. No necesito más para darme cuenta que estoy jugando con fuego, y que otros se quemarán por mí.

Quiere quedarse a recoger el estropicio, ayudarme, consolarme. Yo solo lloro. Por impotencia, rabia, tristeza, frustración, soledad y miedo. Mucho miedo. Le echo de casa entre gritos histéricos. Se enfada, porque no entiende nada. Veo a través de la ventana que le pega varias patadas al contenedor hasta que consigue tirarlo. Se va furioso, desencajado. Se da la vuelta varias veces para que nuestras

miradas vuelvan a encontrarse en la distancia. Él la mantiene, pero yo no, no puedo.

Cierro la puerta, desconsolada. Se la había dejado abierta. Me tiro en el sofá y me abrazo a una almohada con fuerza como si me fuera a caer por un precipicio. ¿Cómo he llegado a esto? ¿Cómo he permitido que me viera así, más fea que un pie femenino con pelos en los dedos? Sí, no os hagáis las dignas, todas los tenemos. ¿Por qué le he puesto de nuevo en peligro? ¿Por qué, por el amor de Dios, estoy tan cachonda?

Capítulo catorce

Me levanto enfadada con el universo en general y me seco las lágrimas a manotazos. Se acabó la autocompasión. He de coger el toro por los cuernos. Tengo que solucionar esto sea como sea, antes de que Gabriel encuentre a una odiosa chica con las tetas más grandes que mi cabeza y me olvide de verdad.

Busco una linterna y un trozo de cuerda y subo las escaleras pisando con fuerza. Levanto la vista y veo la trampilla. Si está entre los muros de esta casa, solo me queda un sitio donde poder encontrarla, pienso mientras me ato la cuerda a la cintura dándole varias vueltas.

Me tiembla la mano cuando tiro de los peldaños, que poco a poco se van desplegando hasta que el último toca el suelo. Enfoco la linterna al espacio abierto, más oscuro que una noche sin estrellas. Joder, no me voy a atrever...

Vuelvo a la cocina a por el mechero y una vela. A ver si me va a fallar la linterna ahí arriba. Vuelvo y contengo la respiración en cada paso que doy, subiendo poco a poco. La casa está sumida en un silencio tan opaco que puedo escuchar mi respiración agitada y el crujir de la madera antigua bajo mis pies. Consigo llegar al último escalón enfocando dentro, con un ligero temblor en mis manos.

—Lili... Liliiii —canturreo cagada de miedo—. No me hagas esto, por favor. Sal y bajemos a la biblioteca, por favoorrr.

No me fio ni un pelo de la vecina, pero no miente con respecto a la maldición, porque lo he visto con mis propios ojos. Lili también me lo ha contado, incluso he visto cómo se la quería llevar la oscuridad. Y según la vecina, eso es precisamente lo que acabará con la maldición.

No, no me gusta que un agujero se lleve a Lili, pero joder, es un fantasma, y si eso va a salvar a mi madre, he de intentarlo, por mucho que mi conciencia grite que está mal. La otra parte de mi mente la acalla con el argumento de que ya está muerta. Y ahora mismo esa parte es la que predomina en mi cabeza.

Me quedo quieta, ya dentro. Doy una vuelta sobre mí misma y veo que el espacio es inmenso. Muebles abandonados a cada paso, espejos casi tapados por sábanas viejas, tantas telarañas que tengo que ir quitándomelas del pelo todo el rato. Avanzo un poco y encuentro uno de mis pijamas, el primero que me birló. Lo recojo del polvoriento suelo y me lo coloco en el brazo. Este me lo llevo, y que vuelva a buscarlo si quiere.

—Liliii, he encontrado mi pijamaaaa —digo con la voz chillona y cada vez más angustiada. Me cuesta respirar, me cuesta mucho.

De repente, la linterna se apaga. No veo nada, es como si la luz hubiera abandonado el mundo. La

nuevo y le doy golpecitos histéricos, pero nada, no hay manera.

—Vamos, vamos —maldigo, quitándole las pilas, inmersa en la más absoluta oscuridad. Tanteo a ciegas hasta llegar a un mueble y me apoyo en él para luchar contra la carcasa, que se rompe bajo mis inseguros dedos. El plástico vence ante la presión y me corta la mano.

Dejo caer los trozos rotos al suelo y enciendo la vela con dificultad. El mechero también se me resiste un poco, más aún con la sangre que lo vuelve resbaladizo. No sé si son mis nervios o que la maldita Lili me está asustando, pero no doy pie con bola.

Al final la llama prende y sujeto con ambas manos la vela, que poco a poco se va consumiendo. Sigo andando, sorteando trastos, baúles vacíos, revistas y libros rotos... La luz de la vela imprime a todo un halo de siniestralidad nada aconsejable ahora mismo. El corazón me oprime en el pecho con sus alocados latidos, la garganta se me cierra y tengo la boca más seca que un día de resaca.

Me obligo a continuar hasta que llego a una especie de habitación. La puerta está entreabierta, y se intuye una cama deshecha al fondo. Entro con el corazón en la boca y un palpitante en las sienes que me dice que como siga aquí arriba mucho tiempo me da un chungo. Alejo de mi mente la idea de que nadie se enteraría hasta semanas después, consumida y muerta, quizás ya un fantasma, cuando desde el trabajo dieran la señal de alarma o mis amigas sospecharan al no contestarles al teléfono. O quizás no, quizás todo el mundo pensaría que solo quiero estar sola. Que es justo lo que he provocado.

—Maldita sea, Alana, concéntrate y déjate de gilipolleces —me digo, dándome una bofetada mental.

Muevo la mano con la vela, despacio, intentando ver todo lo que hay dentro. Vaya, si no estuviera tan oscuro sería un espacio precioso. Hay un piano con las teclas rotas en un rincón. Una majestuosa butaca con algún cojín en tonos pastel, un dosel polvoriento enmarcando la cama y una alfombra que ha vivido tiempos mejores.

«Con un poco de limpieza esto quedaría muy bien», pienso un segundo, dejándome llevar por mi ramalazo de decoradora de interiores frustrada.

Me acerco hasta un armario de dos cuerpos con las patas labradas y de estilo refinado. Lo abro. Lleno de vestidos de época, algunos menos voluptuosos que otros, pero todos como sacados de una película ambientada en el siglo dieciocho. Corpiños, sedosos guantes, varios sombreros con plumas y cintas...

Dejo la vela con cuidado dentro de una botella vacía y el pijama en el suelo y me pongo a diseccionar el interior del armario, maravillada con los tesoros que hay dentro. Moviendo uno de los vestidos más pesados algo cae al suelo. Lo recojo corriendo, porque ha sonido como a cerámica.

Es una muñeca. Con cuerpo de tela rellena de lana o algodón y la cara, las manos y los pies de porcelana. El pelo en delicados bucles rubios. Los labios rojos, los ojos parecen cobrar vida bajo esta luz tan engañosa. La dejo encima de la cama boca abajo, me da mal rollo y no quiero que me mire. Parpadeo y, cuando la veo, está sentada mirándome fijamente.

—¡Que no me mires! —grito, histérica, dándole un manotazo que la hace rodar por el suelo.

De repente, la vela hace un ruido extraño y se apaga. Me quedo a oscuras. Busco el mechero tanteando con las manos, lloriqueando. Lo he dejado justo al lado de la vela, pero ahora no lo encuentro. Me tropiezo y caigo de bruces al suelo y, cuando me voy a levantar, siento que la muñeca está a mi lado. Pego un grito y me levanto de un salto, pegando de paso una patada a su cabecita de rizos dorados. Me abrazo el cuerpo sin saber qué hacer. El mechero ha desaparecido, ya no está donde lo dejé. No veo nada. Estoy totalmente desorientada, no sé cómo volver hasta la escalera si no es dándome de hostias con todo lo que tengo alrededor.

Vuelvo a tener más frío. Siento que se acerca.

—No deberías haber subido —dice Lili, justo a mi lado. Me giro gritando y se desvanece—. Márchate de una vez y déjanos en paz.

¿Cómo que déjanos en paz? ¿Es que hay alguien más aquí arriba?

—Guíame hasta las escaleras y hablamos abajo —sugiero con dentera. Hace más de tres semanas que no la veo, que no hablo con ella. Ya se me había olvidado el mal rollo que da.

—Ya no me fío de ti —dice en estéreo—. Ya no eres mi amiga, me has traicionado.

Y me atraviesa sin más. La he sentido hasta en el alma. El frío empieza a quemarme. Sí, me quema desde dentro y va saliendo. Los brazos se me duermen, las piernas me fallan. Me pongo de rodillas, deseando que todo esto acabe de una vez.

—No te he traicionado, Lili. Claro que somos amigas —lloriqueo como una estúpida.

—¿Y esa cuerda? ¿Para qué la quieres? —me pregunta la muy perra.

—Pues... —Joder, no tengo respuesta para esto. Está claro que para nada honrado, Lili de mis amores.

—¿En serio? —dice poniendo los brazos en jarras—. No me puedes atrapar con una ridícula cuerda. ¿También te ha dicho la mujer malvada cómo engañarme? ¿De qué habéis estado hablando?

—No pretendía atraparte... —miento, cruzando los dedos a mi espalda. Espero que no tenga, entre todos sus poderes, el de visión de rayos X.

—¡Cállate! —grita en mi oído.

—Ayúdame a bajar, Lili —imploro, ya sin rastro de orgullo—. Por favor, te lo explicaré todo.

Algo se cae encima de mí. Es un abrigo de piel que huele a antipolillas. Me lo saco de encima con arcadas. Siempre he odiado ese olor.

—Quieres que la oscuridad me lleve.

«Joder, me ha pillado», pienso un segundo. Me quedo sin argumentos. Es que la niña es lista, qué le vamos a hacer.

—Te lo puedo explicar, pero enciende algo para que vea cómo llegar a las escaleras... —intento por última vez, a ver si me puede poner las cosas un poco más fáciles.

—Has tocado mis cosas, has pegado a mi muñeca —empieza a decir, dando vueltas a mi alrededor. No la veo, pero la siento. Empieza a marearme—. Quieres que desaparezca. Quieres que me vaya.

—¡No! ¡No es eso, Lili! —grito desesperada.

—¡Me has engañado! ¡Confiaba en ti! ¡Fuiste a hablar con la mujer malvada! ¡Te vi!

Y todo se me viene encima. Todo. Los muebles, un tocadiscos con los vinilos incluidos, libros con moho. Me golpean en la cabeza, en la cara, las piernas. Me levanto, pero algo parece que tira de uno de mis pies con fuerza. Me agacho y toco los rizos de pelo sintético de la maldita muñeca de porcelana de los huevos.

Empiezo a gritar y voy ciega, corriendo como puedo, tropezándome con lo que encuentro a mi paso. Me caigo y me vuelvo a levantar un montón de veces. Algo me corta la mejilla. Otra cosa me muerde la pierna. Dios, espero que no sea una rata mutante. Da igual, no paro hasta que veo la luz, literalmente. La abertura de las escaleras. Esquivo un perchero que casi me saca un ojo, salto por encima de una alfombra enrollada que se mueve como una serpiente y cuando estoy tan cerca que puedo tocar la luz con las manos, la trampilla se cierra de golpe.

—¡No! ¡No! —grito, histérica. La intento bajar de nuevo pero no hay forma. Me destrozo las uñas arañando los bordes, buscando algo con lo que poder hacer palanca.

Me quedo inmóvil y miro a mi alrededor. La poca luz que se cuele por los laterales me permite distinguir formas y siluetas, pero no veo más. Me abrazo el cuerpo con las manos y me maldigo por no haber subido con el móvil. Lo tenía sin batería. Mi maldita manía de apurar tanto hasta que se me apaga.

—Lili, por favor —susurro, sabiendo que está cerca—. Por favor...

Me pongo a llorar, rendida. Me va a matar. Lo sé. Me clavaré una percha en la sien y a criar malvas. Y lo peor de todo es que me lo merezco por traidora y subnormal.

De repente empiezo a escuchar el zumbido de abejas asesinas acercándose. Es la oscuridad que se aproxima reclamando una víctima. Pues esa no voy a ser yo. Ni de coña me dejo engullir por la aspiradora del infierno. Me levanto sin ver nada y voy tanteando con las manos hasta que llego a una de las paredes. Toqueteo los ladrillos con las manos temblorosas y con el corazón a mil por hora.

—Por favor, por favor —suplico entre gemidos lastimeros.

Pego un gritito cuando encuentro una especie de gancho. Me suelto un poco de cuerda de la cintura y como puedo, que no hace falta decir que es de una manera torpe y ridícula a más no poder, hago un nudo y me quedo bien atada y sujeta. Las uñas y parte de las cutículas bien lo saben, por lo mucho que me duelen.

Afino el oído y escucho zumbar a las abejas. Nos está buscando... Trago saliva y me obligo a terminar con mi propósito. No he subido hasta aquí para pasar el rato, al fin y al cabo.

—Liliiii —la llamo, intentando sin éxito controlar mi tono de voz. Joder, como siga pareciendo una puta psicópata está claro que no va a venir—. Lili, somos amigas, ¿te acuerdas? Quiero regalarte una cosita. No puedo decir qué es, solo te adelanto que es esponjoso, blanco, y empieza por «pi», le sigue «ja» y termina en «ma».

Se acerca. Consigo distinguir su silueta recortada volando despacio, sin prisas. El eterno camisón flotando y ondulando bajo una brisa que yo no siento. La misma brisa que mueve su fino y delicado

pelo blanco.

Pobrecita, es tan inocente...

—¿Dónde está mi nuevo pijama? —pregunta, mirándome las manos con ansia viva. ¿Por qué le gustarán tanto? A lo mejor en su época no había. Claro, pero qué estoy pensando, está claro que en su época no existía Primark.

—Lo tengo abajo —aclaro cuando distingo entre la oscuridad su semblante enfadado—. Te lo daré si contestas a tres preguntas muy sencillas —aclaro, sintiéndome la persona más retrasada mental del mundo. Ella debe pensar lo mismo por la cara que está poniendo. Pero tengo que retenerla como sea hasta que la oscuridad llegue y se la lleve.

—¿Qué preguntas? —quiere saber, intrigada. He conseguido llamar su atención, y es una suerte que ella parezca no escuchar el zumbido que cada vez se oye más alto.

—Vale, la primera... ¿De qué color es el caballo blanco de Santiago?

—Blanco —contesta al segundo, emocionada. Pobrecilla, en el fondo hasta me da pena.

—¡Muy bien! —grito bien alto para que no escuche a la maldita oscuridad. Ya la veo, justo detrás de ella. Incluso dentro de esta penumbra la distingo. No hay luz en ella, ni la más mínima. Es el negro absoluto.

Voy a exponer la segunda pregunta de mi patético juego inventado cuando la oscuridad se le echa encima. Empieza a tirar de ella por los pies y yo me tapo los ojos con las manos para no verlo. No puedo. Esto es como un asesinato. Por supuesto, abro mis pequeños dedos para no perderme detalle.

—¡Socorro! —grita, arañando el suelo de madera para no ser engullida. Veo sus pies ya dentro, con el camisón retorciéndose. Casi parece que aún está viva por la cara de angustia que pone.

—Lo siento, eres tú o yo —maldigo, asqueada. Soy mala persona, me repugno por lo que estoy haciendo—. Lo siento...

—Por favor —gime ya sin piernas. Su pelo blanco se le pega al rostro y sus inmensos ojos grises me gritan que la ayude. Brillan como dos antorchas en la penumbra, tan profundos e intensos que se me parte de alma—. Por favor —repite como si perdiera la esperanza, despidiéndose de este mundo cruel.

Levanta una mano y me la tiende, esperando que tire de ella, que la salve. Veo que sus casi invisibles uñas han dejado un arañazo profundo en la tabla de madera. Está sufriendo. Me quiero tapar los oídos para dejar de escuchar el siniestro zumbido. Quiero cerrar los ojos y esperar a que todo pase. Pero la miro y sé que no puedo dejar que desaparezca. Vale, ya está muerta. Es un maldito fantasma, que además me ha estado jodiendo la vida. Pero no lo hace adrede, ella es así. Es su personalidad. Y si tiene personalidad, es que tiene vida, joder. No puedo dejar que esa oscuridad asquerosa se la lleve a saber dónde, a saber cómo.

Así que me separo de la pared y agarro su mano con fuerza, tirando de su casi absorbido cuerpo. Ignoro el frío que me atraviesa en cuanto siento su contacto. Tengo que coger mi brazo congelado con la otra mano para imprimir más fuerza de lo dormido que lo tengo. Me impulso con las rodillas, pero

la mancha negra es más poderosa, así que vuelo por los aires y ambas entramos de cabeza en ella.

—¡Alana! —grita reventándome los tímpanos.

Estamos dentro de un remolino enfermizo donde casi no puedo respirar. Y ella, agarrándose a mi mano con una fuerza sobrenatural, me implora ayuda. No quiero desaparecer, supongo que es lo que más miedo nos da de la muerte, desvanecerte y que todo por lo que has luchado, llorado, reído y anhelado en el mundo pierda el sentido.

Giramos y damos vueltas sobre nosotras mismas, y me doy cuenta de que lo único que impide que la oscuridad nos lleve es la ridícula cuerda que tengo atada a la cintura.

—¡Sujétate a mi cuerpo! —le ordeno cuando el agujero empieza a cerrarse con la intención de dejarnos atrapadas dentro.

Se engancha a mi espalda como una lapa sin darse cuenta de que mi cuerpo se congela y adormece ante su contacto. Pierdo un poco la fuerza en las extremidades, pero supongo que la adrenalina empieza a actuar cuando me veo tirando de la cuerda, arañando cada centímetro, avanzando poco a poco.

—¡Se va a cerrar! ¡Nos va a comer! —gimotea en mi oído.

—Me arden las palmas de las manos, joder —me quejo cuando tiro con más ímpetu, con la sensación de estar escalando una montaña súper empinada con un lastre en la chepa—. ¡Ahhhhh! —grito sacando la cabeza del agujero. Los brazos van detrás, y Lili con el resto de mi casi inerte cuerpo.

Nos abrazamos bien sujetas a la cuerda hasta que la oscuridad se va. Me doy cuenta de que ha desaparecido por completo cuando dejo de tener dentera. El maldito zumbido se silencia, por fin.

Me desato con dificultad, porque no me responden los dedos, y me dejo caer boca arriba en el suelo, recuperando el ritmo de la respiración. Me toco el pecho pensando que se me ha parado, que el frío de Lili ha llegado tan dentro que me lo ha congelado.

Abro los ojos cuando creo que sigo de una pieza y la veo frente a mí, enfadada. No, cabreadísima. Me encojo en cuanto llega a mi lado.

—Me has tendido una trampa para entregarme a la oscuridad —suelta con los ojos rojos. Esa voz de ultratumba, su pálida melena a un viento que yo de verdad que no siento. No es una brisita de nada, no, es como un huracán.

—La vecina me dijo que tenía que hacerlo para salvar a mi madre —me disculpo, comprobando que puedo ponerme a duras penas en pie.

—Te dije que no hablaras con ella —me recrimina.

—Estaba desesperada. Mi madre necesita ayuda.

—Ella nunca ayuda —asegura bajando la trampilla con un movimiento de su dedo. Me la quedo mirando y veo sus ojos llenos de ira. Sus mejillas más pálidas que nunca, sus manos cerradas en dos puños—. Ten cuidado al bajar —dice, sonriéndome de una forma que no me ha gustado ni un pelo.

Al principio me cuesta reaccionar, pero gracias a Dios mis miembros hacen su trabajo. Tengo que

salir de aquí cuanto antes. Más que nada porque acabo de ver a la maldita muñeca andando tan pichi hasta ponerse al lado de Lili y cogerla del camisón, como si fuera su mamá fantasma. Joder, tendré pesadillas hasta el fin de mis días, con una camisa de fuerza y babeando todo el rato.

Me arrastro un poco y empiezo a bajar cuando la trampilla se sube de golpe con fuerza y todos los escalones se cierran. Caigo al suelo desde una altura de más de dos metros. Me quedo echa en un ovillo sin poder respirar. Me duele todo el cuerpo, hasta la punta del dedo gordo del pie.

Me quedo en esa postura demasiado rato, porque cuando me quiero dar cuenta estoy manchando el suelo de madera con mis babas. Perfecto, ya ha empezado. Mi entrada en el manicomio por la puerta grande.

Me levanto con grandes dificultades. Voy cojeando y maldiciendo hasta la cama, donde me dejo caer encima del edredón y pierdo el conocimiento de nuevo. Lo último que pienso antes de caer en coma es que espero que la oscuridad de las narices no me sorba el cuerpo desde los pies a traición mientras duermo.

Capítulo quince

La luz de la mañana me golpea sin piedad. Abro los ojos y gimo de dolor. No puedo moverme. Creo que anoche me rompí algo. Más allá del corazón, siento que una pierna me duele demasiado. Me incorporo y veo que tengo un moratón que me llega desde la cadera hasta la rodilla. Me levanto cojeando y bajo a desayunar. Lloriqueo cuando voy descendiendo por la escalera, cada peldaño me hace soltar una lágrima. Arrastro como puedo la pierna y me siento en el sofá de la cocina, tapándome la cara con las manos. No puedo hacer esto sola. Ya no. Ni siquiera soy capaz de alimentarme en condiciones. Me toco la cara y solo noto huesos. Los dedos se me están quedando raros, cada vez más fríos. Y tengo una sensación en el pecho de vacío que amenaza con ahogarme, sacándome todo lo que llevo dentro y dejándome solo con la carcasa de piel, sangre y huesos.

Empiezo a temblar y me abrazo a un cojín. Lo tiro al suelo con un gritito lastimero cuando distingo el perfume de Gabriel en él. Recuerdo que un día se lo subió a la habitación para ver una película. Ya no me acuerdo de cuándo lo devolví a su sitio. Me doy cuenta de que empiezo a olvidar detalles tontos, como el sabor de las palomitas o el calor de sus brazos por las noches.

Lo he intentado todo y he fracasado, he de reconocerlo. Las cosas han ido empeorando hasta tocar fondo. Ni siquiera puedo recriminarle nada a Lili, es cierto que pretendía meterla por la fuerza en el agujero de oscuridad. Entiendo que me odie. Comprendo que ya no se fie de mí, porque por muy cabrona que sea, tengo el moratón como muestra de ello, yo no soy mejor. Iba a abandonarla por mi propia felicidad

De repente, la puerta del congelador se abre y varios hielos vienen volando hasta caer al suelo, al lado de mi pierna magullada. La cafetera se enciende por arte de magia, y una taza levita con gracia hasta la zona del azúcar, la canela, la leche, y cuando el café está listo, todos los ingredientes van cayendo en su interior. Una carcajada me pilla por sorpresa. Le siguen otras más fuertes. Van brotando de mi garganta sin previo aviso, haciendo que mi corazoncito coja un poco de calor.

La cucharita lo menea todo como si estuviera moviéndose con hilos invisibles y la taza llega hasta mis manos, donde, sonriendo, soplo un poquito para darle el primer sorbo. Dios, me sabe a gloria. Es justo lo que necesitaba. Y entonces me pongo a llorar y reír al mismo tiempo. Me siento tan floja que parece que voy fumada, como si estuviera flotando.

—Gracias, Lili —susurro a la casa en general.

Un «de nada» me sorprende cuando estoy secándome las lágrimas.

Paso el día tumbada en la cama, en plan depresivo autocompasivo. Lili me ha preparado tortitas con triple ración de chocolate, un batido de helado de vainilla y no sé qué más. Voy poniendo una película tras otra en el portátil mientras alterno pañuelos con cigarrillos.

Lili va y viene. Se queda a ver Crepúsculo, y tal y como le prometí termina entendiendo la broma que le hice cuando nos conocimos. Hasta se ríe y todo.

Me gustaría mucho ir a ver a mi madre, pero no me siento capaz de estar ni diez minutos en pie, así que llamo para preguntar si ha tenido algún avance y me dicen que sigue estable pero que no hay mejorías.

Y después decido que voy a apagar el móvil porque mis amigas son unas pesadas. Llevan días mandándome mensajes, llamadas perdidas... y hoy se han puesto de acuerdo para que quedemos para cenar. Miro la hora. Las siete de la tarde. Joder, me he tirado todo el santo día en la cama. Huelo mal. Mi pelo está sucio. Tengo sangre seca entre las uñas... Estoy tocando el sótano de los fondos.

Me inclino para poner otra película, lo más moñas posible por favor, cuando escucho el timbre. Miro a Lili, levitando a centímetros de mi cama como si estuviera tumbada. Hace que come palomitas. Se las mete en la boca y las veo bajar por su traslúcido cuerpo hasta caer en la colcha. Cuando veo que coge el vaso de coca-cola decido que es suficiente por hoy.

—No, Lili —digo, cogiendo el vaso en pleno vuelo hacia sus labios ya abiertos—. Que me estás poniendo la habitación hecha una porquería.

—¿Tú te has visto? —dice, arqueando las cejas—. Me llega tu olor hasta aquí. Deberías darte un baño con espuma. No pasa nada si derrochas jabón.

La voy a contestar cuando el timbre suena de nuevo.

—¿Podrías ir a ver quién es? —le pido con voz lastimera.

Flota hasta llegar al techo y desaparece. Vuelve al segundo y se «tumba» de nuevo en la cama.

—Son tus amigas. No contestes, que se piensen que no estás en casa —comenta distraída.

—Me gustaría verlas, pero es que no puedo... La vecina me dijo que...

—Es peligroso. No pueden entrar —concluye tan tranquila. Me parece que ella y yo tenemos una conversación pendiente. Tenemos que tratar temas como el que se titula «me estoy convirtiendo en un puto fantasma».

Me levanto un poco pero me tengo que volver a tumbar. No me puedo mover. Aunque desearía que alguien no muerto me cuidara, no puedo pedirles que se pongan en riesgo por mí. Cierro los ojos y me entran otra vez las ganas de llorar. Dios, me voy a deshidratar. Lili no me trae agua, dice que eso es para los plebeyos...

Veo que se pone en alerta y abre los ojos.

—Están entrando. Las oigo —susurra justo antes de desaparecer.

Y mis dos queridas amigas abren la puerta de la habitación y se ponen a gritar improperios. Que qué coño me ha pasado, que si la habitación huele a muerte, que estoy hecha un asco...

Me dejo abrazar ignorando que huelo como una cerda bien llena de barro seco.

—¿Cómo habéis entrado? —consigo preguntar cuando se separan un poco y me dejan respirar de nuevo. Lucía me enseña su llave. No me la devolvió, se me había olvidado—. Menos mal, ayer me caí por las escaleras y no puedo moverme.

—Joder, Alana, estábamos súper preocupadas. Esto no se hace, tía —se queja Nerea haciendo una pompa con su chicle—. Como no querías salir... hemos pensado traer aquí la cena.

Y Lucía me enseña tres bolsas de uno de mis restaurantes preferidos, un indio de la calle Belén. Me río y me pongo a llorar otra vez. Es que estoy muy sensible, jolines... Ambas corren a abrazarme y les pido perdón una y otra vez. No me merezco las amigas que tengo. No me las merezco. Me he comportado fatal con ellas. Vale, no tenía otra opción, y la sigo sin tener, vamos, que en cuanto me ayuden a cenar y a darme una ducha las echo de casa otra vez.

Tras una cena improvisada encima de mi cama, con vino incluido, y después de que Lucía me aseara un poco con una toalla húmeda, nos ponemos al día de las cosas que nos han pasado estas semanas sin vernos. Yo por supuesto omito todo lo que tiene que ver con lo paranormal. Les digo los catering que he hecho y cómo está mi madre. Lucía dice que está quedando con una chica, y cuando le toca a Nerea, se pone a llorar a moco tendido.

—¡Alejandro me ha dejado! —lloriquea, echándose encima de mí. Le tengo que pedir un poco de espacio porque me deja sin respiración—. Dice que si soy una superficial, que si voy tonteando con todos, que...

—Que es un soplagaitas, ya está —concluye Lucía dándole un buen trago a la copa.

Me quedo perpleja. Alejandro parecía un buen chico. Y Nerea al fin estaba centrada solo en uno, no en cuatro a la vez. No exactamente a la vez, ya me entendéis.

—Es muy celoso —explica, sorbiéndose la nariz con elegancia. Hasta en este momento, con el rímel corrido, con mocos y la cara empapada en lágrimas está guapa la muy hija de Satán—. No soporta que me hablen chicos por Face, ni por Insta. Dice que visto muy provocativa....

—Que le den —digo, poniéndome del lado de Lucía en esto—. Si pretende que vayas a convertirte en una monja de clausura para que se la chupes solo a él hasta que la tenga tan vieja que ni se le levante... Eres una putilla por naturaleza, no lo puedes evitar

—Alana, te has pasado —dice Lucía conteniendo la risa.

Nos miramos las tres y estallamos en carcajadas. Jolines con el Alejandro, al final nos ha salido rana.

—A ver —empieza después de coger aire—, me gusta, pero no quiero estar solo con él, no sé si me entendéis.

Lucía y yo asentimos con la cabeza rápidamente. Es lo que nos toca, debemos apoyarla. Pero no puedo evitar sentir un pinchazo en el corazón cuando pienso que con Gabriel no necesito a nadie más.

—¿Y tu churri? ¿Sabes algo de él? —ataca Nerea sin piedad.

—No, y por favor, le quiero olvidar. No me gusta, ya está. No me lo mencionéis más.

Ambas asienten echándose miraditas cómplices.

—En serio —añado cuando veo que no van a parar—. ¿Quieres que te pregunte todo el rato por Alejandro? ¿O por la tuya, Lucía?

Ambas niegan con la cabeza y me prometen que no me lo recordarán más.

Me quieren llevar al médico, pero yo me niego en rotundo. Intento levantarme y ponerme a la pata coja para demostrarles que estoy perfectamente pero me como la madera del suelo de la hostia que me pego. No quiero que me vea un médico, me da miedo que me diga algo como: «Señorita, los análisis nos dicen que se está convirtiendo en el Fantasma de la Ópera». No, gracias. Ya no tengo sombra, a saber si sigo teniendo plaquetas y leucocitos.

Insisten hasta el punto en que las expulso de casa con gritos e insultos. Les tiro la bolsa de comida a la cara y todo lo que tengo a mano en la cama. Se van, prometiendo que volverán con refuerzos mañana si no he mejorado. Nota mental: hacerme la sana y totalmente viva al menos un día más.

Me quedo dormida con Lili al lado, lo que es extraño, porque me reconforta y me acojona a partes iguales. No consigo entrar en calor ni con tres mantas, pero no quiero sentirme sola. Y gracias a Dios no se baja la muñeca endemoniada con ella.

Capítulo dieciséis

El móvil me despierta. Cuando legañas en mano compruebo que es Gabriel pego un grito histérico.

—¿Gabriel?

Un silencio al otro lado. Su respiración algo entrecortada. Y cuelga. Me quedo mirando la pantalla con cara de gilipueñas esperando que vuelva a llamar, pero no lo hace. Creo que mantengo la postura media hora, comprobando que está con batería, que tengo señal... Nada. Por un segundo me dan ganas de llamarle, pero la parte más infeliz y práctica de mi cerebro me dice que para qué le voy a llamar.

«A ver, Alana de mi vida, ¿para qué cojones vas a hablar con él? Seguramente se ha equivocado, o la guarra de turno ha marcado sin querer con su culo mientras Gabriel la follaba contra la cama. Se ha ido, ya no es tuyo», me dice esa parte que espero que me eliminen la primera cuando me tengan que hacer la necesaria lobotomía.

Me levanto y compruebo que mi pierna está mejor. Me meto en la ducha y suspiro de placer al sentir los chorros de agua caliente golpeándome en la cabeza y bajando hasta el potorro. Qué gustito, por Dios...

Desayuno más animada y Lili baja con la muñeca. Pego un grito, se la arranco de sus frías manos y la tiro al suelo santiguándome. Esa muñeca es lo peor que he visto en mi vida, y mira que he visto cosas últimamente.

—¡Mi muñeca! —se queja Lili, atravesándome. La coge con cariño y la sienta en la encimera. La maldita me mira con sus ojos de cristal y empieza a girar la cabeza en plan niña del exorcista.

—¡Vuelve a subir esta abominación a la buhardilla si no quieres que la tire a la chimenea! —grito, histérica—. Me he acostumbrado a ti, pero, ¡jamás de los jamases me acostumbraré a eso! —chillo señalándola.

Lili la coge con mimo y hace como que la acuna. Dios, es el mal en persona.

—No está embrujada... La muevo yo, no te asustes —me explica tan tranquila—. Me hace compañía cuando estoy sola. Me la regaló mi padre —dice, encogiéndose de hombros—. Es mi posesión más preciada.

Jolines, ahora hasta me da penita.

—Vale, pero no tengo que estar viéndola todo el día. Llévatela al desván, por favor —pido, agotada.

Desaparecen de mi vista y me pongo a pensar. Estoy jodida. Jodida de verdad. No puedo entregar a Lili a la oscuridad... Lo he intentado y no puedo. Si se la llevara sin yo darme cuenta, una noche

cualquiera... Pero no, debe de haber otra forma, pienso tragando sin ganas una tostada casi mohosa.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta de repente apareciendo por el techo. Se pone a bailar tarareando esa canción que siempre canta.

—Que estoy jodida, eso es lo que estoy pensando —murmuro, comiéndome las uñas—. La vecina me dijo que para acabar con la maldición la oscuridad tenía que atraparte.

Se para en mitad de un giro y se acerca volando. Se retira sus delicados cabellos blancos de la cara y niega con la cabeza.

—Eso no es verdad. Se llevó a Ricardo y la maldición no acabó. Yo me convertí en fantasma, y ahora... tú también lo serás. Es una mentirosa —afirma enfadándose de nuevo.

—¿Cómo sabes que me estoy convirtiendo?

Se encoge de hombros y arruga la nariz, un gesto tan humano que me encojo. Yo también seré como ella dentro de poco.

—Si sabes mirar, lo ves.

Me abrazo el cuerpo y empiezo a tiritar.

—¿También te pasó así? ¿Te fuiste convirtiendo poco a poco?

—Me puse muy enferma —empieza a contar, haciendo que se sienta a mi lado en el sofá. En realidad está a unos centímetros del asiento. Juguetea con las manos, me mira y sonrío—. La bruja decía que era curandera, y le dio a mi padre un ungüento y unas hierbas que olían fatal. Pero no consiguió curarme. Poco a poco empecé a perder la vida, se me escapaba de entre las manos. Hasta que una mañana me separé de mi cuerpo, me puse a flotar y me vi desde arriba, ya muerta.

Una lágrima se escapa de sus ojos grises y cae en mi rodilla. La toco, está húmeda. ¿Los fantasmas pueden llorar lágrimas de verdad? No se fija en mi gesto, está mirando al suelo.

—Cubrieron mi cuerpo con unas telas blancas, vino un cura y la casa se llenó de gente. Me llevaron a enterrar, pero yo no pude salir por la puerta. Y después... —Deja de hablar y se pone a gimotear. Sus hombros tiemblan, sus labios también—. Todo sucedió tan rápido...

—¿El qué? ¿Qué sucedió?

Me mira y veo auténtico dolor en sus ojos.

—Mi padre perdió la cabeza. Los sirvientes huyeron. Mi hermano se tiró por la ventana. Y después el silencio. Las puertas se cerraron durante mucho tiempo. Ví cómo la casa envejecía mientras yo seguía siempre igual. Mi única compañía fueron Ricardo y mi muñeca.

—¿Conociste a Ricardo antes de... ya sabes... morir?

—No. Nunca le vi hasta que días después de la muerte de mi padre vino a buscarme a mi habitación. —Y cuando lo recuerda sonrío—. Nos enamoramos. Él era tan atento, tan caballeroso... Pero entonces llegó la oscuridad y se lo llevó.

Tengo tantas preguntas que me da miedo agobiarla y que desaparezca durante días. Pero solo necesito saber una más, por ahora.

—¿Alguien volvió a vivir aquí después de aquello?

Asiente en silencio y juguetea con el camisón.

—Durante años estuvo cerrada. Pero un día empezaron a entrar extraños y una pareja joven se quedó a vivir. Ricardo y yo los echamos a las pocas semanas —me confiesa con una mirada tímida—. Al poco tiempo un matrimonio con varios hijos. También conseguimos que se fueran a los dos días. Los niños eran muy molestos, todo el rato llorando y corriendo por la casa. Pero después una mujer con su marido llegaron para quedarse. La mujer era simpática, y el hombre también. No nos molestaban. Así que decidimos dejarlos tranquilos. Nunca supieron nada de nosotros. Hasta que empezaron a hablar con la bruja.

Otro escalofrío me recorre entera. La bruja. Madame Ardelean.

—¿Siempre estuvo cerca, verdad? —quiero saber encendiéndome un cigarro.

—Siempre intentaba atraparnos, pero nunca lo conseguía. Hasta que se hizo amiga de esta pareja. El hombre murió de un infarto a las pocas semanas, y la mujer terminó huyendo. Yo le dije que lo hiciera. Ella me hizo caso —puntualiza mirándome de medio lado—. Después llegaste tú. Ya te lo he dicho, esta casa está maldita.

—¿Y Ricardo? ¿Te contó él su vida antes de morir? ¿Cómo se convirtió?

Se nota que nombrarle aún le afecta. Se lleva una mano al pecho y suspira.

—Él me decía que esta casa tenía una maldición, y que esa maldición se llamaba Madame Ardelean. La bruja siempre ha estado aquí —confiesa, susurrando—. Ella es la culpable de todo.

La cabeza empieza a darme vueltas. Me siento en el sofá y me enciendo un cigarrillo tras otro. Tengo que hablar con la mujer que consiguió huir. Debo encontrarla, si es que no ha muerto ya. Me levanto y subo las escaleras despacio, porque aún me duele la pierna. Lili me sigue de cerca, cabizbaja. Recordar a ese tal Ricardo le ha ensombrecido el ánimo.

Rebusco entre los papeles de la casa y encuentro lo que busco. El nombre de la agencia donde mi madre compró la casa.

Me pongo lo primero que pillo en el armario y cuando intento coger el bolso ella lo hace volar hasta el techo.

—No quiero que te vayas. No me dejes sola —se queja haciendo pucheros.

—Tengo que ir a buscar a la última propietaria. Tengo que hablar con ella —explico levantando el brazo a ver si consigo coger el bolso. Malditos techos de tres metros...

—Me da miedo quedarme sola. La oscuridad va a venir y no estarás para salvarme.

—¡Tengo que irme, Lili! Si pudieras acompañarme... pero no puedes —suelto subiéndome a la cama dando pequeños saltitos, alargando el brazo.

Empieza a revolotear a mi alrededor y me tira del pelo para que la mire.

—¡Sí que puedo! ¡Ricardo me enseñó! —grita, tirándome de golpe a la cama—. No te muevas —me ordena poniendo voz de ultratumba. Huelga decir que me quedo como estoy sin apenas pestañear.

Vuelve a los pocos segundos con la maldita muñeca entre los brazos.

—Puedo meterme en ella. Solo así podré salir de la casa y acompañarte —dice emocionada con

los ojos como un gatito ilusionado.

—Ni de coña toco esa cosa —respondo poniendo los ojos en blanco. Es que es ver su pelo ensortijado y me entran los siete males. Me da dentera.

—Si lo haces te ayudaré. Te lo prometo —dice alargando una de sus pálidas y muertas manos para que se la estreche. Me lo pienso. No sé si fiarme—. Acabaremos con esa bruja malvada.

Su voz amortiguada por lo que supongo que nos separa, una pared invisible entre la vida y la muerte. Sus ojos brillan de pura determinación. Los míos deben de mostrarse algo confusos.

Me muerdo el labio y siento cómo mi ceja derecha se levanta. Al final accedo, más que nada porque estoy desesperada.

—Hecho —cierro el trato estrechando su manita. Espero no equivocarme. Espero no estar cavando mi propia tumba. Espero no estar confiando en la «persona» inadecuada.

Coge la muñeca y la deja en el suelo. Se coloca encima de su cabecita asquerosa y va empequeñeciendo y adentrándose en ella, poco a poco. Contengo la respiración cuando los ojitos de cristal empiezan a moverse. Los labios, cerrados en porcelana, cobran vida, y de ellos sale una pequeña vocecita chillona y metálica. Me estoy cagando encima. Necesitaré Dodotis si tengo que salir a la calle con esto metido en el bolso.

—No te asustes —empieza a decir levantándose con sus endebles piernas de trapo—. Soy yo.

—Eso no me tranquiliza ni lo más mínimo —aseguro, viendo cómo el bolso desciende y llega hasta mis manos—. Métete aquí dentro y, por lo que más quieras, no te muevas —imploro abriendo la cremallera y haciendo hueco entre mis cosas.

Se acerca andando torpe, primero un pasito con sus diminutos pies de porcelana, después otro. Tambaleándose hacia los lados. No creo que vaya a pegar un salto ninja, así que la cojo con cuidado por su cuerpo de algodón y cerrando los ojos la meto en el bolso sin muchos miramientos.

—¡El pelo! —se queja de inmediato.

Le atuso los tirabuzones con rapidez y lo cierro. Escucho sus quejas, pero me da igual. No necesita respirar, no se va a morir asfixiada.

—Si quieres que te lleve conmigo compórtate como lo que eres, ¡una maldita muñeca! ¡Las muñecas no hablan ni se mueven, joder!

Me paso los dedos por el flequillo con un tic nervioso en el ojo izquierdo. Vale, tranquilízate.

Salgo de casa cerrando la puerta con llave. Siento que, llevándome a Lili, la casa se queda desprotegida de verdad. Estoy echando la última vuelta cuando la escucho a mi espalda.

—Buenos días.

Pego un respingo y me giro. Madame Ardelean. Con su bastón y su fular. Sus anillos y colgantes dorados.

—Buenos días —contesto, sujetando el bolso con fuerza. La muñeca se revuelve dentro, está diciéndome, muy bajito, que me aleje de ella. Toso para impedir que la vecina la oiga.

—¿Vas a ver a tu madre? —pregunta, sonriendo—. Me debes dinero, ¿recuerdas? —añade con una

sonrisa impostada mirándose los anillos.

Me voy alejando poco a poco, pasando a su lado con rapidez. Tengo que irme antes de que Lili salga del bolso y se la tire a los ojos.

—Sí, esta tarde le pago, no se preocupe.

Le digo adiós con la mano y huyo por patas. En la esquina me giro un segundo y veo que observa la casa con interés. Una manita de porcelana abre desde dentro la cremallera y la cabeza sale al mundo.

—La bruja sabe que no estoy en casa. Sabe que no confías en ella. Sabe que eres mi amiga.

Con un dedo la empujo dentro y cierro con fuerza. Me atuso el flequillo y me dirijo a Colón. A cada paso tengo que ir tosiendo, carraspeando... porque la maldita muñeca está canturreando la canción de los cojones. La gente se me queda mirando al pasar, y yo no hago más que apretar el bolso para que se calle.

—Deja de cantar, Lili. Estamos llamando la atención—susurro apretando el paso.

La cremallera se abre de nuevo cuando me despisto en un paso de cebra y la cabecita sale de nuevo al exterior.

—¡Cuantos coches! —grita con esa voz metálica y chillona tan molesta. Se vuelve a esconder dentro y la intenta cerrar—. Me da miedo, me da miedo. Ciérrame, ciérrame.

Cierro la cremallera pensando que la pobre debe sufrir agorafobia después de tanto tiempo encerrada en esas cuatro paredes.

Llego hasta la agencia y entro después de pedirle a Lili que se quede quietecita y callada. Me piden muy amablemente que me siente en una silla y un chico jovencito me atiende con una sonrisa.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —pregunta manoseando papeles dispersos, carpetas y con un bolígrafo entre las manos.

Dejo el bolso en el suelo y le pego una patada cuando escucho que la muñeca está diciendo algo. Carraspeo y le devuelvo la sonrisa.

—Mi madre compró hace tres meses, más o menos, una casa aquí. Necesito que me facilite la dirección del anterior propietario, por favor. —Le lanzo la mejor de mis sonrisas y junto los brazos intentando que se me marque delantera, sin éxito, claro.

Asiente y frunce el ceño.

—Entiendo, pero debe usted saber que no podemos proporcionarle los datos personales de los vendedores, y mucho menos si usted no fue la compradora —me explica empezando a dejar de prestarme atención. Sí, soy una puta loca que ha venido a tocarle los cojones.

—Mire —digo poniéndome seria de repente mientras coloco ambas manos en la mesa—. Vendisteis a mi madre una casa sin poder verla antes. La casa... tiene ciertos problemas que seguro que sabéis. Así que si no me da el contacto del vendedor les denuncio y llamo a la televisión, periodistas y a Cuarto Milenio si hace falta —le amenazo levantando poco a poco la voz. Miro a mi alrededor y compruebo que la gente empieza a mirarme.

—No hace falta que monte un espectáculo, señorita —aclara el chico, empezando a sudar—. Ya sé

de qué casa está hablando. Estaba muy por debajo de su valor de venta y...

—¡Y una mierda! —grito, dando un puñetazo en la mesa—. ¡Mi madre está en coma porque le vendisteis una casa...!

—Vale, vale —corre a decir para que mantenga la boca cerrada. Ya todos a nuestro alrededor nos miran con los ojos como platos—. Le daré la dirección, pero no puede decirle que hemos sido nosotros, ¿de acuerdo?

Me apoyo en el respaldo y me cruzo de brazos. Asiento con la cabeza muy seria y por dentro sonrío con malicia. Menudo aficionado. Debería sacar mi carácter más a menudo. ¿Si fuera al banco a pedir dinero en este estado de nervios me lo darían? No, creo que no...

Tras unos minutos en los que él mira algo en su portátil, escribe rápidamente la dirección en un trozo de papel y me la pasa con cuidado, tapándola con las manos a través de la mesa. La recojo con miedo, como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Recuerde, usted y yo no hemos mantenido esta conversación —añade, secándose el sudor de la frente. Qué exagerado, por Dios. Como si me estuviera desvelando un secreto de Estado...

Le doy escuetamente las gracias y salgo con paso firme y una sonrisa genuina en mi cara. Hacía mucho tiempo que no sonreía así. Despliego la hoja y compruebo que la dirección no está lejos, pero tendré que coger el metro.

Entro en el andén y me siento a esperar. Faltan diez minutos para el siguiente tren. Saco el móvil del bolsillo y empiezo a leer los mensajes de las pesadas de mis amigas, preguntándome si necesito algo y si quiero que me lleven al médico. ¡Que nooo, que no voy a dejar que me donen a la ciencia!

Les digo que estoy perfectamente y entonces, como siempre, compruebo la última vez que se ha conectado Gabriel. Hace una hora. Paso mi dedo con cuidado por su nombre en la pantalla deseando ser yo quien le quite el sueño, quien le haga reír, quien le pegue y le insulte... Jo, le echo tanto de menos...

Una niña con su madre se sientan a mi lado, y tan embobada estoy con lo mío que no me doy cuenta de que la cremallera del bolso se va abriendo poco a poco y la muñeca saca de nuevo la cabeza. La niña pega un grito y la madre un respingo.

—¿Dónde estamos? —me pregunta la muy subnormal con esa voz chillona, moviendo la cabecita de porcelana de un lado a otro haciendo que sus bucles bailen una sardana. Saca una de sus manitas y se asoma más—. ¡Estamos bajo tierra!

De una hostia la meto de nuevo hasta el fondo y cierro de un golpe. Con los nervios me rompo una uña. Cojo el bolso y lo abrazo con fuerza, evitando que vuelva a salir. Evito la mirada de la madre y la hija, pero claro, están flipando, con la boca abierta y los ojos como platos. Así que antes de que empiecen con preguntas incómodas me levanto y me voy casi corriendo hasta el final del andén.

Me siento en otro banco y le ordeno al bolso que se quede quietecita y con la maldita boca cerrada si no quiere ser arrollada por el metro. Silencio y quietud por su parte. Parece que lo ha entendido. Vuelvo a respirar con normalidad y me siento lo más alejada posible de la gente cuando las puertas

del vagón se abren. Cuatro paradas y podré bajarme.

Las puertas se cierran y maldigo cerrando los ojos con fuerza. Creo que me ha dado un tirón en los párpados. La maldita Lili empieza a cantar su canción.

«Y la niña se fue, se fue, se fue, con su perro también, también, también».

Pego un puñetazo al bolso pero nada, sigue a lo suyo. La mujer que tengo enfrente empieza a fruncir el ceño y a mirar el bolso con ojos acusadores.

«Solos por el camino vagaron, hasta que otro perro encontraron...»

Carraspeo y me pongo a tararearla para que no se la oiga, creo que sin éxito. Ya me conozco la melodía de tantas veces que la he escuchado en casa, y la verdad es que es pegadiza. Un chico a dos asientos de mí se levanta y se aleja. Como si fuera la típica loca del metro.

«Y juntos los tres jamás regresaron».

Me levanto porque cada vez está cantando más alto, y desafinado, todo hay que decirlo. Y ahora empieza el bis.

Las puertas se abren y salgo, a pesar de no ser mi parada. Tendré que andar más, es lo que hay.

—No te vuelvo a sacar de paseo, avisada estás —la amenazo subiendo las escaleras hasta la calle.

—No cantes mi canción —dice enfadada—. Es solo mía —añade mirándome a través de la cremallera parcialmente abierta. Solo se le ve un ojo.

—Cállate ya, me estás dando dolor de cabeza.

Sigue cantando a pesar de lo que le acabo de decir. Paso, que me miren y se den cuenta de lo desquiciada que estoy.

Llego al número nueve. Es aquí. Me sudan las manos. Compruebo en la hoja que es el primero izquierda y llamo al telefonillo. Espero. Cambio mi peso de un pie a otro. Vuelvo a llamar. Alguien contesta.

—Necesito hablar urgentemente con la señora Rosario Muñoz —respondo, con el corazón golpeándome el pecho.

Silencio hasta que escucho que me abren la puerta. En el descansillo abro un poquito el bolso y la amenazo con arrancarle la cabeza y rajar su cuerpo de algodón si no se comporta.

—Utilizaré tus entrañas para el relleno de un cojín si no me haces caso.

Me mira con esos ojos cristalinos y asiente en silencio con la cabeza.

Subo hasta el primero y una señora vestida de uniforme me recibe.

—La señora quiere saber quién quiere verla —dice con acento sudamericano.

—Dígale que soy la nueva propietaria de la casa. Dígale que sé que ella sabrá a qué casa me estoy refiriendo.

Me tengo que controlar un poco, porque esto parece sacado de una serie de mafiosos.

Se aleja por el pasillo y vuelve moviendo su culo regordete.

—La señora se encuentra indispuesta, lo siento mucho. —Va a cerrar la puerta cuando adelanto el pie y entro corriendo. Y una mierda indispuesta. ¡Indispuesta estoy yo, no te jode!—. ¡Señorita!

¡Vuelva aquí inmediatamente!

Corro por el pasillo y me voy asomando por las puertas. Llego hasta el final seguida de cerca por la mujer. La falda le queda tan embutida que no puede estirar mucho las piernas, lo que me da ventaja. Llego al salón, y sentada en una butaca mirando a una ventana está la tal Rosario.

Me paro y la sirvienta me agarra del brazo con fuerza.

—Si no se va inmediatamente llamaré a la *polisía*.

Me revuelvo hasta que consigo soltarme y me acerco a la mujer.

—Señora Rosario, voy a llamar a la *polisía* —vuelve a decir la sirvienta.

Llego hasta ella. Es una anciana. Rondará los noventa años.

—No es necesario, Carmencita, deja que esta joven charle un rato conmigo —dice con voz cansada, muy bajito—. Siéntate, querida —me ofrece, señalando una silla justo a su lado. Hago lo que me pide y me siento, por un segundo tan frágil como ella. A ambas se nos escapa la vida.

—Perdone por haber entrado así, pero tenía que verla.

Cierra los ojos y sonrío levemente. Las arrugas invaden un rostro que antes fue muy hermoso, de profundos ojos del color del chocolate. Su pelo blanco ya clarea por su cabeza, y sus manos, temblorosas, buscan las mías con dificultad.

—Perdóname, pero no sabía qué hacer —se lamenta, empezando a llorar.

Voy a decirle que no se preocupe, al fin y al cabo a los viejos hay que perdonárselo todo, ¿no? Pero no me deja hablar.

—No podía permitir que mi único hijo la heredase. Tenía que venderla antes de morir.

—No se preocupe, la entiendo perfectamente. Pero es que tengo un problema...

Me callo. La sirvienta le trae un vaso con agua y unas galletas. A mí no me da ni la hora. Cuando se aleja me lanza una mirada que podría haberme separado la cabeza del cuerpo.

—Mi marido y yo la compramos hace muchos años. Éramos muy jóvenes —sonríe y sus ojos se humedecen—. Yo sentí que ocurría algo casi desde el principio. Ese frío que se te metía en los huesos...

—Sí, es verdad —asiento, mirando por la ventana un segundo. Puedo ver un parque. Los niños jugando. Inocentes. Ignorantes de los peligros que habitan tan cerca.

—Una mujer se presentó en la calle, ya no recuerdo su nombre —se lamenta frunciendo el ceño. Le cuesta un poco respirar, habla como ahogada todo el rato—. Nos dijo que si la necesitábamos, estaba al lado. Nos hicimos amigas. —Pongo los ojos en blanco, maldita perra malnacida—. Y de repente, un día cenando, mi marido se llevó la mano al pecho y murió. Yo sola, con un bebé recién nacido, imagínate.

—Lo siento mucho, de verdad.

Hace un gesto con la mano y bebe un poco de agua.

—Sufría de insomnio, y una tarde pasé a ver a la mujer. Me dio unas hierbas. Me dijo que me ayudarían a dormir. No me las tomé. Siempre he odiado las infusiones —confiesa, arrugando un poco

su nariz diminuta.

—Sí, es muy dada a las infusiones...

Abre los ojos y me mira con pánico. Me aprieta la mano que me tiene cogida, mano que me empieza a sudar mucho.

—En esa casa había algo. Se movía por las noches. Perdía cosas que después encontraba en otro sitio. —Empieza a temblar y de verdad que pienso que le va a dar un chungo y se va a quedar en el sitio—. Hasta que una noche una niña se me presentó en la escalera. Me dijo que debía irme cuanto antes, que era peligroso para mí y para el bebé.

Trago saliva. Lili.

—Así que no me lo pensé. Recogí lo más imprescindible y salí esa misma noche. Pasamos una semana en una pensión hasta que mi hermana vino a buscarme.

Pienso que soy estúpida. Esta mujer solo tuvo que escuchar de los labios de Lili una sola vez que debía irse para hacerlo. A mí hasta me lo escribía en el espejo del baño y ni caso. La que nace mongola lo es toda la vida.

—Intenté venderla, pero cuando los posibles compradores entraban en la casa, salían huyendo, aterrorizados —dice, parando para beber otro sorbito más. Un poco se le cae por la comisura del labio, y corro a acercarle una servilleta. Me da las gracias con una sonrisa—. Así que decidí dejarla cerrada hasta que... bueno... la tuve que poner en venta. Lo siento mucho, chiquilla, no podía arriesgarme. Esa casa mató a mi marido, no podía poner en riesgo también a mi hijo.

Me levanto de la silla con sentimientos encontrados. Por un lado la entiendo perfectamente, pero por otro... Mi madre está en coma y yo en proceso de ser un fantasma. Tomo aire e intento calmarme. Esta pobre mujer ha hecho lo que habríamos hecho todos.

—Necesito que me ayude, aunque quizás no tenga más información —le pido, cogiéndole de nuevo la mano—. Mi madre está en coma, y yo... Bueno, el caso es que tengo que romper la maldición. ¿Usted sabe cómo podría hacerlo?

Pone su otra mano sobre la mía y siento que su alianza está muy fría. Me mira con tal compasión que me dan ganas de echarme a llorar en su regazo.

—Mi niña, yo huí con una mano delante y otra detrás y habiendo perdido a mi marido. Si hubiera sabido cómo solucionarlo, lo habría hecho. Y, por favor, no le digas a Madame Ardelean que me has visto.

—Por supuesto, descuide —respondo sin que se me pase por alto que en realidad sí que recuerda el nombre de la vecina.

Le pido perdón por importunarla, me vuelve a pedir perdón ella por todos los problemas que me ha ocasionado la casa y le pregunto dónde está el baño. Tengo un dolor en el estómago que me dobla en dos. No sé si me estoy cagando encima o voy a vomitar hasta la bilis. La sirvienta me acompaña con recelo, y me lleva hasta el aseo más alejado del salón. Cierro con pestillo y me apoyo en el lavabo con el estómago dado la vuelta. Me miro en el espejo y me asusto, porque estoy tan pálida que parece

que me he caracterizado de geisha. Me echo agua en la cara, en el cuello, en las muñecas... Y Lili saca la cabeza del bolso y me mira.

—La mujer está muy, muy vieja —comenta moviendo la cabeza.

—Los años, es lo que tiene —consigo decir sentándome en la bañera—. Lili, aquí no vamos a encontrar respuestas, tenemos que buscar en otro sitio.

Se encoge de hombros, lo que resulta muy raro, ya que no tiene cuello. De repente se queda parada por completo, consiguiendo dar la sensación de que es una muñeca normal y corriente sin estar poseída por una niña fantasma. La saco del bolso y la zarando un poco.

—Lili —la llamo con su cuerpo relleno de algodón entre mis pálidos dedos—. Lili —susurro preocupada cuando no veo signos de vida en ella.

Sus ojos me miran de repente y del susto la dejo caer al suelo. Caee boca abajo, solo veo rizos rubios. El vestidito repipi que lleva se le sube y veo unas braguitas blancas tapando un culo plano. Su cabeza gira hasta darse la vuelta por completo y me dice muy bajito:

—Hay alguien con nosotras.

El corazón se me para. Busco algo, alguna señal. En el espejo nada escrito, las toallas colgadas no se mueven. Este baño es pequeño, si hubiera alguien más aquí dentro lo habría notado.

De repente veo una voluta de humo blanco que empieza a salir por el desagüe del lavabo. Asciede hasta llegar al techo, convirtiéndose de pronto en un hombre muy elegante con traje de chaqueta y bigote antiguo. A diferencia de Lili, a él no se le mueve un solo pelo, peinado con la raya a un lado. Me caigo hacia atrás y me quedo espatarrada dentro de la bañera. Lili se levanta como puede, volviendo a poner la cabeza en su posición normal y vuela hasta llegar a mis brazos. La abrazo con fuerza, porque aunque parezca increíble, está temblando.

—Mis disculpas si las he asustado —dice de pronto el fantasma—. No era mi intención.

Abro la boca para decirle que no pasa nada, que ya estoy curada de espanto. Pero la voz no me sale, se ha quedado bien escondida dentro de mi garganta.

Sale por completo del lavabo y se ajusta la corbata. Tiene estilo. Y aunque su ropa es anticuada, él no es muy mayor. Debió morir antes de cumplir los treinta.

—Habéis venido a ver a mi esposa buscando ayuda —continúa, sentándose con las piernas cruzadas en el inodoro—. Ella no puede ayudaros, pero yo sí.

A duras penas consigo levantarme y salir de la bañera. Dejo a Lili en el suelo un momento, pero vuelve corriendo a mis brazos. Esconde la cabeza dentro de una mis axilas. Me hacen cosquillas sus bucles.

—Si pudiera hacerlo le estaría muy agradecida. Estoy desesperada —digo al fin intentando sonreírle. No da miedo, es bastante agradable.

Me devuelve la sonrisa y se atusa el bigote despacio, como recordando tiempos pasados.

—Les diré lo que sé, y espero que eso sea suficiente.

Asiento y me vuelvo a sentar en la bañera. Saco a Lili de mi sobaco y la acomodo en mis rodillas.

—Cuando mi mujer y yo compramos la casa estábamos muy emocionados. Empezábamos una nueva vida juntos —relata con esa voz amortiguada, filtrada supongo por lo que separa la vida de la muerte—. A los pocos días, Rosario me dijo que perdía sus colgantes, que escuchaba ruidos por la noche. Yo pensaba que eran cosas de la maternidad, porque nuestro hijo tenía pocos meses. Una mañana se nos presentó la vecina. Madame Ardelean. Nunca olvidaré ese nombre. —Detiene su relato y cierra los ojos. Parece que hace mucho tiempo que no decía tantas frases seguidas—. Yo sufría jaquecas, y ella decía ser curandera. Me dio unas hierbas que colaba por las noches en agua hirviendo y me las tomaba justo antes de irme a dormir. Pero a la mañana siguiente las jaquecas volvían, hasta que después de dos meses, un fuerte pinchazo en el corazón me dejó sin vida.

Contengo el aliento. Escucharle hablar de su muerte, con esa tranquilidad y tristeza me encoge el corazón. No le quiero interrumpir, así que voy asintiendo con la cabeza a cada confesión que va haciendo, esperando que no pare, que no se desvanezca sin más.

—Me vi muerto en el suelo —dice cruzando de nuevo las piernas—. Y no entendía lo que había ocurrido. Me miré las manos, intenté tocarme el rostro pero ya no podía encontrarlo, a pesar de tenerlo tan cerca. Llegó mi mujer y se tiró en el suelo a gritar. Me llamaba a gritos, pero ya no me miraba a mí. Miraba mi cuerpo. Me acerqué a ella e intenté cogerla de la mano, pero al hacerlo toqué su alianza, y entré en ella sin darme cuenta.

Lili gira su cabecita para mirarme. Sus ojos de cristal me hablan sin palabras. El hombre no nos mira, enfoca su mirada al suelo.

—No salí de su anillo en mucho tiempo. Mi hijo ya era mayor cuando lo hice. Me daba miedo salir y desaparecer, perder la conexión con ella.

—¿Estuvo dentro de su anillo durante años? —pregunto, atusándole los ricitos de la muñeca. Quito la mano cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

—El tiempo es distinto cuando estás muerto. He visto envejecer a mi mujer en lo que a mí me han parecido meses —explica, masajeándose las manos—. Jamás la he abandonado, he estado junto a ella toda su vida sin que lo supiera. Pero creo que en el fondo de su corazón siempre me ha sentido. Nunca se ha quitado la alianza. —Mis ojos se empiezan a humedecer, y creo que a Lili también, porque me está mojando la mano. La miro y contengo una carcajada. De sus ojitos de cristal brotan goterones gigantescos en comparación con su diminuto tamaño. Parece una fuente.

—Es una historia tan bonita —dice con su voz metálica.

—Sí, pero también es triste. Porque ahora me pregunto qué pasará con nosotros. Cuando ella muera, ¿qué será de mí? ¿Podré acompañarla a donde ella vaya? ¿La muerte nos separará? —se lamenta mostrando sus verdaderos temores.

—Supongo que ella también se convertirá en un fantasma, ¿no? —digo pensando en voz alta—. Usted se convirtió...

—He tenido tiempo para pensar e intentar averiguar qué me pasó en realidad. Y creo que la clave radica en Madame Ardelean. —Levanta la cabeza y me mira fijamente—. Una mañana, hará veinte

años, mi mujer quiso volver a ver la casa, solo por fuera, por supuesto. Y se encontró con ella. La invitó a pasar a su piso y Rosario, como es muy educada, no supo decirle que no. Por suerte ella detesta las infusiones, no era capaz ni siquiera de tomarse una manzanilla durante el embarazo. Rechazó lo que le ofrecía, y me di cuenta de que eso molestó a la mujer.

Lili me aprieta su manita de porcelana en el brazo hasta el punto que creo que me hará un moratón. Intento soltarme, pero no lo hace.

—Madame Ardelean no dejaba de mirar la alianza, incluso le ofreció dinero por ella. Os aseguro que sabía que estaba dentro de ella. Por suerte mi mujer se negó en rotundo. Cuando Rosario decidió que la visita se había acabado se paró delante de una especie de jarrón. Llamó su atención, igual que a mí. Y lo que había dentro era un fantasma. Un joven encerrado.

Lili pega un grito y sale volando hasta el hombre.

—¡Era Ricardo! ¡Tenía que serlo! —grita histérica moviendo sus bracitos y sus piernas.

De repente alguien llama a la puerta. Los tres nos quedamos en silencio conteniendo la respiración.

—¿Señorita? —me llama la sirvienta—. ¿Se encuentra bien?

Nos miramos y me paso las manos por la cara. Estoy exhausta de tantas emociones.

—Sí, solo estoy vomitando. Ahora salgo —miento acercándome a la puerta y echando el pestillo. Solo faltaba que la mujercilla nos pillara en plena reunión paranormal.

Apoyo la oreja en la puerta y escucho sus pasitos alejándose.

—Tenemos que irnos, Lili. No podemos seguir aquí dentro mucho tiempo —digo a la muñeca que me mira un segundo y pasa de mí.

—¡Ese chico tenía que ser Ricardo! —repito emocionada—. ¡Ella mandó a la oscuridad!

El hombre mira con lástima a Lili y se toca la mano izquierda, donde veo su alianza.

—No lo sé, es posible. No pude hablar con él ni ayudarle, porque Madame Ardelean mostró su verdadero rostro con Rosario. Le impedía salir hasta que no le diera el anillo. Se mostró muy agresiva.

Me llevo las manos al pecho. Joder con la vecina. Menuda cabrona está hecha.

—Quería el anillo porque sabía que yo estaba dentro. Sentía cómo me miraba, a mí, no al oro que me protegía. Me miraba fijamente a los ojos.

—¿Qué pasó? —pregunto, horrorizada.

—Rosario consiguió huir de milagro porque apareció el cartero. Nunca más volvimos por allí. Por suerte no nos ha encontrado, al menos hasta ahora.

—¿Qué puedo hacer?

—No lo sé, lo único que te puedo asegurar es que esa mujer es la que está detrás de todo esto.

Otro golpe en la puerta, ahora más fuerte nos hace callar de nuevo.

—Tengo que irme. Mucha suerte —le susurro al señor fantasma, que desaparece tan rápido como ha venido. Meto a Lili en el bolso. Tiro de la cadena para disimular y salgo poniendo mala cara. La sirvienta está cruzada de brazos enfadada—. Lo siento, ya me voy.

Sigue mis pasos de cerca hasta la puerta. La cierra con un portazo a mis espaldas. Me siento un segundo en las escaleras. No tengo fuerzas. Cada vez tengo menos. A veces me cuesta respirar incluso.

Llegamos a casa en silencio. Yo caminando por las calles de Madrid con la mirada perdida y demasiadas preguntas rondándome por la cabeza. Pienso que debería ir a visitar esta tarde a mi madre. Y también debería contestar a los cientos de mensajes de las locas de mis amigas, preguntándome cómo me encuentro. Lili no me molesta, se queda dentro del bolso sin dar señales de vida mientras cruzo la ciudad casi sin mirar por donde ando.

Cuando estamos llegando, ya entrando en la plaza, una punzada de inquietud me atraviesa. Algo en la fachada no me encaja. Me voy acercando, protegiéndome del sol con una mano, y veo que una de las ventanas de arriba está abierta de par en par, con la cortina ondeando libre. La ventana de mi habitación. Yo nunca me dejo las ventanas abiertas. Jamás.

Me acerco y, cuando voy a buscar las llaves en el bolso, la vocecita chillona de Lili me asalta.

—¿Qué pasa? ¿Hemos llegado ya?

No le contesto, cojo las llaves y cierro de nuevo la cremallera.

Abro y en cuanto entro cierro los ojos y me tengo que apoyar en la pared. Me pongo a hiperventilar. Me dejo caer poco a poco, apoyando la espalda en la pared hasta quedar sentada en el suelo. El bolso colgado aún, Lili intentando salir. Me obligo a respirar, parece que se me ha olvidado cómo hacerlo. Y me llevo las manos a la cabeza en una muda súplica porque esta pesadilla acabe de una vez.

La casa está destrozada. Literalmente destrozada. Las paredes con agujeros del tamaño de mi cabeza, los espejos hechos añicos sobre las alfombras rajadas a conciencia. La lámpara de araña desmembrada, y todos los preciosos cristalitos que jugaban con la luz desperdigados por el suelo levantado. Los tablones de madera arrancados sin más con los clavos incluidos. Una sola mirada a la puerta abierta de la biblioteca me basta para comprobar que los libros, mis preciados libros, están hechos añicos. Miles de hojas rotas pueblan el suelo junto con las tapas arrancadas. La mesa partida en dos, y por lo que puedo ver desde aquí, varias sillas totalmente desmontadas.

Lili consigue salir y se queda tan perpleja como lo estoy yo. De inmediato sale del cuerpo de la muñeca, que cae sin vida al suelo, y vuelvo a verla tal y como ella es, una especie de Dama Blanca que ahora tiene el rostro desencajado.

Vuela por el techo dando vueltas, comprobando con horror lo que ha dejado tras su paso la más absoluta devastación. Se aleja flotando hasta la biblioteca y la escucho chillar. Vuelve y entra en la cocina. Un «no» gritado en el aire me basta para entender que lo que voy a encontrar allí no es mejor que lo que estoy viendo ya.

Vuelve con los ojos rojos, el cabello blanco suspendido en suaves mechones y las manos apretadas en dos puños.

—Ha sido ella. Sabe que conspiramos en su contra.

Levanto la mirada y asiento en silencio. Lo sé, Lili, lo sé. Si alguien ha hecho esto, no se me ocurre nadie mejor para llevarlo a cabo.

Me levanto como puedo, cojeando. El dolor de la pierna me vuelve a molestar. He caminado demasiado. Voy hasta la cocina y lo que hasta ahora era miedo y tristeza se empieza a convertir en algo parecido a la rabia. La muy hija de la gran puta ha destrozado también los electrodomésticos. Y es lo que más me duele, porque es de las pocas cosas que mi madre me compró.

Subo las escaleras apoyándome en la barandilla partida y voy hasta mi habitación. Solo busco una cosa, pero cuando entro pienso que ni siquiera soy capaz de entrar sin cortarme con algo. Aquí se ha esmerado especialmente. La cama de muelles totalmente descuartizada. El colchón hecho trizas. Mi armario seccionado como si hubiera utilizado un hacha. Mi ropa, oh, por Dios... Mi ropa hecha jirones. La ventana abierta y lo único que ha salido indemne, la cortina bailando al son del viento.

Entro con cuidado de no clavarme con las astillas, clavos, cristales y demás cosas peligrosas que ahora cubren el suelo. Llego hasta la mesita, que tiene los cajones arrancados. Miro a mi alrededor y no lo encuentro. No veo por ningún lado el reloj de Gabriel. Ese que siempre se dejaba olvidado. Ese que no le quise devolver cuando me di cuenta de que sería lo único que quizás me recordara en el futuro que habíamos sido reales.

Maldigo, pateo lo que encuentro a mi alrededor. Grito de rabia hasta quedarme afónica y lloro sin lágrimas. Se me han gastado. Ya está. Las he consumido todas en tan poco tiempo que tendré que encontrar otra forma de desahogarme a partir de ahora.

Lili entra como una furia y toca despacio la pared. Profundos surcos, como de zarpazos de un animal, rompen la pintura que con tanto cariño apliqué en las paredes. Va hasta el cabecero de hierro blanco. Está como fundido.

—Sabía que era poderosa —murmura tocando sin llegar a tocar de verdad los barrotes deformados—, pero no sabía hasta qué punto. Ni siquiera yo tengo tanta fuerza.

No sé qué decir. Me he quedado en blanco, en estado de suspensión. ¿Para qué lo ha destrozado todo? ¿Con qué intenciones? Y por encima de todo... ¿Por qué ha cogido el reloj de Gabriel? No creo que tenga un gran valor económico... ¿Entonces, por qué se lo ha llevado?

Bajo las escaleras y cojo el bolso sin importarme que Lili vaya detrás intentando llamar mi atención. Cuando salgo por la puerta me pregunta dónde voy, a lo que yo solo le puedo contestar con un «no lo sé» casi gritado.

Doy un portazo y salgo, medio corriendo medio cojeando. Atravieso la plaza en un suspiro, y así sigo hasta que me tengo que para a tomar aire. Si no me doliera tanto la pierna echaría a correr sin mirar atrás, sin rumbo, hasta que mis pulmones ardieran y las piernas me fallaran.

Me siento en un banco y dejo la mirada perdida, abrazando el bolso como si me lo fueran a robar. Ya está. Una pieza más de mi vida que se va a la mierda. Pasan las horas y, a pesar de que me he saltado la hora de la comida, no podría ni dar un solo bocado a nada que no fuera chocolate.

Me levanto cuando tengo demasiado frío como para seguir aquí y mis pasos me llevan hasta el

hospital. No me había dado cuenta de a dónde me dirigía hasta que me he visto plantada frente a la fachada, con las letras grandes y rojas justo encima de mi cabeza.

Entro y pido ver a mi madre. Estoy dentro de las horas de visita. Llego hasta su cama y me pongo de rodillas, sujetándole la mano con fuerza. Dios, me siento tan sola.

—Mamá —empiezo a decir despacio, agotada en todos los sentidos—. Necesito que te despiertes, por favor. Tengo un problema muy grave, y si tú no estás, no creo que vaya a poder solucionarlo.

Me quedo mirando su cara y sonrío con ganas de llorar a moco tendido y protegerme en su regazo inerte. Ya casi le han desaparecido los moratones y las magulladuras. Ahora parece una Blancanieves entrada en años. Toco su pelo salpicado por algunas canas, sus cejas pobladas, su ceño siempre fruncido, fruto de las preocupaciones que la vida le ha impuesto. Solo tendré una madre, y cada día está más lejos de mí.

—¿Te acuerdas cuando me dijiste que me habías comprado la casa? ¿Te acuerdas, mamá? —recuerdo en voz alta esperando, aún, que abra un ojo y me lance una de sus miradas asesinas porque no la dejo dormir tranquila—. Jamás pensé que sería más feliz, de verdad. Pero me temo que mi sueño se ha convertido en una pesadilla. No ha sido tu culpa, no te preocupes —corro a decir para que no se entristezca—, es solo que se han torcido las cosas hasta un punto insostenible, me temo.

No quiero entrar en detalles como que hay una niña fantasma pululando o que la vecina me ha dado una infusión que me está convirtiendo en fantasma.

—Mamá, si te conviertes en un fantasma ven a buscarme, por favor —digo sin pensar. Si yo voy a ser uno, y creo que mi madre otro, deberíamos estar juntas para siempre—. Si me estás oyendo hazme una señal, no sé. Algo, lo que sea.

Contengo la respiración esperando que pestañee, que mueva un dedo... Nada. Tan inmóvil como siempre.

—Te prometo que voy a hacer lo que sea necesario para enmendar todo esto. La reforma de la casa, porque está destrozada, la pagaré yo, no sé cómo, pero la pagaré. —Omito decir que si al final no me convierto en fantasma me tendré que convertir en prostituta para conseguir tanto dinero—. Y los electrodomésticos creo que estaban en garantía, ¿verdad? Oye mamá, ¿el seguro de la casa cubre actos por vandalismo extremo? No es que se hayan venido abajo las paredes, pero digamos que las paredes ya no parecen paredes, más bien son como lo que quedó en Bosnia después de la guerra.

Un pitido en una de sus tantas máquinas empieza a pitar más fuerte y dos enfermeras vienen corriendo. Me empujan a un lado y empiezan a conectarle y desconectarle cables. Una de ellas desaparece por el pasillo para volver segundos después con una jeringuilla que corre a inyectarle en uno de los goteros. La máquina vuelve a sonar con normalidad.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto, arañándome la cara de los nervios.

—Una subida de tensión, no ha sido nada.

Mierda, la he cagado. Casi me la cargo de nuevo. Aunque eso quiere decir que me está oyendo, esté donde esté.

Me piden que la deje descansar, así que le doy un beso en la frente y le prometo que para cuando despierte todo estará arreglado. Menos mal que no le he dicho nada de los fantasmas...

Salgo a la calle perdida, sin saber qué hacer. Por un momento pienso en llamar a la policía y decirles que alguien ha entrado en mi casa y lo ha destrozado todo, pero después pienso en Lili, en la oscuridad... y ya no me parece tan buena idea. No me atrevería a culpar a Madame Ardelean por las represalias. Porque esto me está enseñando que las cosas siempre pueden ir a peor.

El móvil me saca de mis pensamientos. Es un mensaje de mi jefa. Mañana tengo un evento. Le digo que cuente conmigo porque necesito dinero, no porque me apetezca. Voy a metérmelo en el bolsillo cuando suena de nuevo. Compruebo la pantalla. Es él. Debería colgarle, pero en vez de eso contesto.

—Hola —susurro mientras una mujer se queja porque me he parado en mitad de la calle, molestando a los que aún tienen vida, prisa y una casa segura a la que volver.

—Solo quería escuchar tu voz —se disculpa. Le escucho sonreír—. Perdona, sé que no quieres que te llame. Ni que te vea.

Suspiro y sigo caminando entre la gente. Desconocidos que, al igual que yo, quizás estén viviendo algo parecido a lo que estoy sufriendo en estos momentos. O seguramente no. Seguramente andan cabizbajos porque su hipoteca ha subido, su hijo ha suspendido un examen o porque han tenido un gatillazo.

—¿Estás ahí? —me pregunta. No me había dado cuenta de que me había abstraído.

—Sí, estoy aquí —respondo con una profunda inhalación.

—Te echo de menos.

—Y yo a ti.

Y cuelgo. No puedo hablar con él. No quiero que el móvil le estalle en la cara. Tenía voz de dormido. Se acabará de despertar después de trabajar toda la noche. Espero que sea eso, y no que no consigue conciliar el sueño. Merece soñar. Creo que todos lo merecemos. Menos la puta del diente de oro, esa no.

Regreso a casa cuando empieza a anochecer. Digo casa por decir algo, porque cuando entro por la puerta siento que esto es lo más antagónico a un hogar que he conocido nunca. No quería volver, me da miedo pensar poner un pie dentro, pero la verdad es que no tengo a dónde ir. No puedo poner en peligro a mis amigas pidiéndoles asilo. En el hospital tampoco me van a dejar pasar la noche, y también siento que Lili me necesita. Tampoco puedo abandonarla a su suerte.

Me quedo en la entrada, pensando que no quiero dar un paso más. Durante un segundo me planteo la opción de coger a Lili dentro de la muñeca e irnos a un hotel. Abro la cartera y veo tan poco dinero dentro que la cierro con frustración. Sé que en la cuenta tengo muy poco, lo justito para ir tirando.

Lili aparece atravesando una de las paredes y me coge las manos con tensión. Me suelto al segundo después de que se me hayan quedado adormecidas.

—La oscuridad ha vuelto, Alana —me informa con sus preciosos ojos grises tan abiertos que parece que se le salen del rostro—. Casi me atrapa.

—Ya he estoy aquí, no te preocupes —termino diciendo cuando veo su expresión de pánico. Me doy cuenta de que tengo que ser fuerte por las dos.

Me sigue por la casa como un perrillo faldero. Hasta entra conmigo al baño cuando voy a lavarme los dientes mirándome en el espejo roto. Me pongo una camiseta vieja que ha salido mejor parada que el resto de mi ropa y vamos a la habitación de Nerea, donde la cama no ha sido destrozada. El resto de los muebles sí, pero el colchón sigue de una pieza.

—Buenas noches, Alana —dice Lili a mi lado hecha un ovillo traslúcido.

—Buenas noches, Lili —respondo, agarrada a un cojín roto y tapada con los restos de varias mantas ajadas.

—Alana...

—¿Sí? —pregunto medio adormilada ya.

—¿Me prometes que salvaremos a Ricardo? ¿Me das tu palabra?

Ricardo. Ese fantasma raptado que es por cierto el amor de Lili. ¿Será guapo? A ver si va a ser un viejo, porque esta niña es un poco rara....

—Te prometo que haré lo que sea necesario para acabar con todo esto. Y sí, salvaremos a Ricardo.

Me coge una mano y me sonrío. Vaya, es preciosa cuando lo hace. La mirada se le ilumina, las esculpidas mejillas cobran vida. Su perfecto rostro marmóleo se suaviza mucho cuando siente algo parecido a la esperanza.

—¿Cómo lo haremos? ¿Cómo le salvaremos? —me pregunta sin soltarme la maldita mano. Ya no siento ni el brazo.

—Pues... —digo luchando por salvarme de la amputación. Consigo recuperar mi miembro y lo escondo debajo del cuerpo, por si tiene intenciones de cogerlo de nuevo—. Sé dónde está. Estoy casi segura de que lo tiene en una vasija transparente en el salón. Si no es Ricardo será otro fantasma.

Sus ojos se abren con pánico, así que me corro a corregirme.

—Pero es él. Estoy segura.

Asiente tranquila y me toca el rostro tan rápido que ni siquiera he visto acercar la mano.

—Acabaremos con ella, Alana. Tenemos que hacerlo.

—Me da mucho miedo, Lili —confieso, tiritando—. Mira lo que le ha hecho a la casa.

Sus ojos brillan con un reflejo rojo. Joder, menos mal que está de mi lado, porque si no ya estaría cagada.

—Tenemos que entrar en su casa y liberar a Ricardo. Él sabrá qué hacer —susurra a dos centímetros de mi cara.

—Debemos planearlo bien, no quiero anticiparme —aclaro antes de que me despierte en dos horas caracterizada en plan comando lista para invadir el espacio del enemigo.

Se pone a flotar y yo cierro los ojos casi castañeando del frío que desprende. Lo que me sorprende es que aún no haya cogido una pulmonía con ella todo el día pegada a mi culo. Quizás mutar a fantasma te otorga cierta inmunidad propia de los inmortales...

—No podemos esperar demasiado, Alana. Tu tiempo se agota —augura con esa voz que pone a veces que me provoca escalofríos en la nuca.

Sí, tal y como auguraba, he acabado como una mendiga loca que habla con su fantasma.

Lo único que me faltan son los gatos.

Capítulo diecisiete

Me despierto sobresaltada, con la cara de Lili pegada a la mía.

—¡Joder, Lili! ¡No hagas eso! —me quejo, tapándome con los trozos de mantas.

—Me gusta ver cómo respiras —se disculpa empezando a flotar—. Yo no respiro. Mira —dice señalándose el pecho.

—Eso es porque estás muerta.

Se queda quieta un momento y baja la cabeza.

—Es verdad. A veces se me olvida.

Ni me planteo preparar café, la cafetera debió de volatilizarse por el aspecto que tiene. Me visto con lo mismo de ayer, un pantalón vaquero ajustado, mis converse rosa palo y el jersey azul marino. No tengo más. Es lo que el «huracán» me ha dejado como mis únicas posesiones intactas.

—No te vayas, por favor, por favor —me pide, sujetándome la pierna. No me deja andar.

—Me tengo que ir a trabajar, jolines. Suéltame.

Arrastro la pierna atrapada intentando llegar hasta la puerta, pero los escombros no me lo ponen fácil.

—La oscuridad va a volver. ¡Va a volver! —grita, soltándome de repente. Me estrello contra el suelo y un clavo suelto se queda a milímetros de mi ojo derecho.

Me levanto con dificultad y recojo el bolso. Tenía la cremallera abierta, así que mi cartera, las llaves, un paquete de chicles, el tabaco... Todo ha volado. Empiezo a recogerlo mientras intento que entre en razón.

—A ver, Lili, si la oscuridad vuelve lo que tienes que hacer es lo que siempre has hecho, esconderte. Anda, el mechero que había perdido —suelto contenta por tener algo de suerte al fin. Me lo meto en el bolsillo del pantalón y me acerco hasta ella.

—Cada vez es más fuerte —susurra con pánico tocándose los mechones blancos de su pelo flotante—. No quiero que me lleve, Alana. No quiero.

Y se pone a llorar. Intento consolarla, pero no me apetece tener las manos dormidas un rato. Le prometo que en cuanto salga del trabajo vuelvo a casa, que solo serán unas horas.

—Llévame contigo, volveré a meterme en la muñeca. Por favor. Te juro que no haré ruiditos.

Me lo pienso un instante, porque me está dando penita. Pero después recuerdo el viaje en el metro y niego con la cabeza. Ni de coña. Necesito el trabajo para pagar las malditas facturas de la puta casa de los cojones.

—No te puedo llevar al trabajo, Lili. Lo sabes. No me lo pidas, no me pongas en este compromiso.

Pone ojitos, lloriquea, patalea en el suelo y después, cuando ve que no flaqueo, se enfada.

—¡Ricardo jamás me abandonaría así! ¡Jamás! ¡No eres mi amiga! ¡Eres tan malvada como ella!

Está levitando a cinco centímetros del suelo de rodillas, con la muñeca diabólica entre sus manos y el camión ondeando al viento invisible. No sé si tiene doscientos o cinco años ahora mismo, la verdad.

—Tienes miedo, por eso te pones así —empiezo a decir con la típica voz que ponía mi madre en estos casos—. Te prometo que volveré, te lo prometo.

Un adiós lleno de rencor me arranca de casa justo cuando cierro la puerta. Que melodramática se pone, por favor. Sí, la oscuridad se la quiere llevar, pero es que no puedo dejar mis obligaciones, jolines. Y no me la pienso llevar dentro de la muñeca.

Salgo a la calle sin antiojeras, porque claro, también se autodestruyó, y me acerco al bar más cercano. Me pido un café con leche y me lo tomo en la barra en silencio, disfrutando de la vida ajetreada de los camareros. Hay cosas que nunca deberían cambiar, como las camisas blancas arrugadas llenas de lamparones o esos mandiles que podrían andar solos de la mierda que tienen. No serán muy limpios, pero los milenarios posos de la cafetera que nunca limpian le dan al café un regusto inigualable.

Pago despidiéndome de mi último billete de cincuenta y recojo las vueltas. Billetes de veinte que apenas los guardo en el monedero sé que por ciencia incierta desaparecerán como por arte de magia en cosas que luego ni siquiera recordaré haber comprado.

Llamo a Nerea y le digo que me dejé la ropa del trabajo olvidada en un vagón del metro. Dice que me presta el suyo porque hoy no trabaja. Cuando cuelgo en dirección a su piso me entra nostalgia. Antes solo hablábamos de nimiedades absurdas, como el nuevo pintalabios de moda o los chicos que nos gustaban. Ella sigue igual, pero yo siento que he envejecido cien años en un pestañeo. Ahora mis preocupaciones son el fantasma que habita mi casa destrozada, mi madre en coma y mi cuerpo perdiendo la vida poco a poco.

Llamo al telefonillo y subo las escaleras pensando en el pisito donde vivíamos mi madre y yo antes de que toda esta pesadilla empezara. Éramos felices, joder. Y ni siquiera nos dábamos cuenta. Qué daría por volver atrás y mandar a tomar por culo la casa endemoniada.

—¡Guapa! —me recibe Nerea abriendo la puerta—. Ya veo que estás mejor —dice atrapándome en un abrazo de oso—. Pasa, Lucía se está duchando.

Me relajo nada más sentarme en el sofá. Dios, qué bien sienta volver al mundo real, lejos de maldiciones y de vecinas seguramente milenarias.

—Toma —dice dándome una bolsa—. Te lo acabo de planchar.

Se sienta a mi lado y se toca la melena rubia y larga. Siempre he deseado su pelo en secreto. Desde que teníamos seis años y ella era Rapunzel. Ahora deseo su vida, sin más. Sus preocupaciones llevaderas y absurdas, sus tonterías con la ropa de marca y con su abuela pesada.

Lucía entra al saloncito con el pelo envuelto en una toalla y me da un sonoro beso en la mejilla. Ya me ha perdonado. Me lo dicen sus ojos. Y su sonrisa. Y casi también sus pezones, que me saludan

desde la camiseta sin sujetador.

—Me tengo que ir —suspiro, levantándome—. O llegaré tarde y me despedirán —bromeo con el llanto en la garganta. Las echo tanto de menos. Están aquí, a pocos centímetros, pero mis secretos nos separan como nunca antes, como si hubiera miles de kilómetros entre nosotras.

—Oye, ¿sabes algo de Gabriel? —me pregunta Nerea disimulando su cara de asco. Claro, Alejandro pasa de ella, y supongo que tampoco quiere saber nada de mi boxeador barra camarero de noche favorito.

—No, y por favor, no me lo mencionéis más. No le voy a volver a ver, no me lo pongáis más difícil —contesto con un nudo en la garganta.

—¿Te ha hecho algo? —quiere saber Lucía mordiéndose el labio—. Porque si es así le parto la cara.

—No, pero no me lo mentéis más, por favor.

Lucía me acompaña hasta el descansillo. Cierra la puerta a sus espaldas.

—Alana, sé que estás jodida, y lo entiendo, pero mírate —dice señalándome—. Estás hecha una mierda. Si quieres cuidar a tu madre, antes tienes que cuidarte tú.

Me dan ganas de mandarlo todo a la mierda y contárselo. Desde los mensajes en el espejo del baño hasta los cuadros cambiantes. Pero la miro y la quiero tanto que debo protegerla, a pesar de lo que yo necesite.

—Tienes razón. Te prometo que lo haré.

—Oye, aunque quieras estar sola —se acerca y me coge las cada vez más frías manos—, espero que sepas que estamos aquí para lo que necesites.

«Necesito un exterminador de brujas, un matasanos de gente transformándose en fantasma y al príncipe de la Bella Durmiente para que despierte a mi madre», pienso mientras me muerdo la lengua.

Me despido lanzándole un triste beso y bajo las escaleras, cabizbaja. Depresiva. No quiero trabajar. No quiero volver a esa casa ruinoso. No quiero ver a mi madre conectada a tantas máquinas. No quiero que me falte el aire cada vez que me acuerdo de Gabriel. Y tampoco quiero convertirme en un puto fantasma. No quiero mi vida, ya está. No la quiero. No me gusta. Que me den otra que esta es una mierda pinchada en un palo seco.

Doy el servicio sin pena ni gloria, pasando de mi archi enemiga que no hace más que decir que hay un esqueleto andante por los pasillos. Se refiere a mí, lo sé. Ella tiene todas las curvas que siempre he envidiado, y más que cuatro pelos y medio, que es la cantidad exacta de mi corta melena. Pero ser tan tonta tendrá sus consecuencias. El karma, querida. Ya te las devolverá todas juntas.

Ahora que lo pienso, yo he tenido que ser peor que un dictador genocida en otra vida, porque me están dando pero bien por el culo.

Por la tarde hago la visita de rigor a mi madre. En esta ocasión omito todas las verdades referentes a mi vida, y como no le quiero mentir, compro un libro en la tiendecita del hospital y me pongo a leer

en voz alta *Cumbres Borrascosas*, su novela preferida. Cuando me echan medito sobre dormir en un parque o volver a casa. Al final opto por lo segundo, más que nada para ver cómo está Lili.

Atravieso corriendo la plaza. Desde que la loca de los cojones invadió mi propiedad y la reventó hasta quedarse a gusto siempre lo hago. No quiero encontrarme con ella. Me da mucho miedo.

Abro y me recibe la devastación.

—¡Lili! ¡Ya estoy aquí! —grito encendiendo las pocas luces que sobrevivieron al atentado fantasmahomicida—. ¡Lili! ¡Lili!

Atravieso la casa entre saltos y maldiciones. En la cocina compruebo que no está en su esquina oscura favorita, donde siempre me espiaba sin darme cuenta. No la veo. Me voy hasta la biblioteca saltando los listones de madera arrancados y me asomo por el hueco de la chimenea, donde esperaba hasta que iba a encenderla por las mañanas. Tampoco está aquí. Subo las escaleras con cuidado de no meter el pie en los peldaños desaparecidos y voy al baño. Cuando se enfada conmigo la suelo encontrar dentro de la bañera de patas con el cepillo en la mano, intentando sin éxito peinar su brillante y pálida melena. Nada, no está. En mi habitación solo me asomo porque me duele tanto verla destrozada que prefiero no mirar mucho, pero tampoco está. Si lo estuviera habría venido volando a recibirme con un tanga roto en la cabeza diciendo que lo necesita para a saber qué.

Estoy empezando a ponerme nerviosa, lo reconozco. La llamo pero no aparece, no contesta. Subo al desván, el último lugar que me queda por comprobar. No es santo de mi devoción, pero tengo que encontrarla. Seguro que está en su habitación con la muñeca entre sus delicadas manos, mirándome con cara de odio para después pegarse a mis piernas.

Subo con la linterna del móvil y enfoco en todas direcciones mientras doy traspiés con cada objeto tirado y roto. Llego hasta su cama con dosel, que como me temía, también está para los restos. Ni siquiera ha respetado esto, la muy perra de la vecina.

—¡Lili! ¡Sal de una vez! —grito, desesperada. Busco la muñeca entre sus cosas. Parece que ha desaparecido también.

Me siento en el suelo de la cocina, en un trocito donde no hay cristales rotos. Me abrazo las piernas y empiezo a tener miedo otra vez. Me lo advertió. Debería haber aprendido que debo hacer caso a las cosas que dice, porque suele llevar razón. Dicen que sabe más el diablo por viejo que por diablo, y ella a mí me gana en más de cien años.

Un vacío que amenaza con tragarme se crea en mi pecho y me impide respirar.

Lili. Te necesito. Tú también me has abandonado.

¿Dónde coño te has metido?

Capítulo dieciocho

Se la ha llevado la oscuridad. No hay más. Tal y como me prometía casi entre lágrimas fantasmales, el maldito agujero negro se la ha tragado al fin. Y yo, estúpida de mí, pensé que en realidad no pasaba nada, que Lili aguantaría un día más. Hice oídos sordos a sus súplicas de que no me fuera de casa sin ella, y como la mala persona que soy, la dejé abandonada a su suerte.

Pobrecita.

Mi pobre Lili... ¿Dónde estará ahora? ¿Estará sufriendo? ¿Se habrá reencontrado con Ricardo?

Doy otra calada a mi cigarrillo sentada en un banco de la plaza de Oriente, uno de mis lugares preferidos de Madrid. Con el Palacio Real a un lado, y la hilera de estatuas al otro. Tiro la colilla sin ver dónde cae. Creo que la vida ya no tiene sentido. Lo digo en serio. No puede ser que la gente malvada, como Lili la llamaba, acabe saliéndose con la suya. Al final se la ha llevado, y en cuanto me vuelva semitransparente lo hará conmigo también.

Me levanto y doy una patada a una piedra. Casi me rompo la bota. Joder, Alana, ya no te queda dinero ni para unas tristes botas, así que no hagas el imbécil. Me abrazo el cuerpo y empiezo a caminar. Lo único que he hecho estos tres últimos días. Caminar soñando que esto no es más que una pesadilla que terminará cuando abra los ojos. Caminar hasta el piso de mis amigas para después volver sobre mis pasos justo antes de llamar a su telefonillo, cagándome en mis muertos. Caminar hasta el hospital y llorar encima de la mano dormida de mi madre, rogándole que despierte para que yo pueda dormir por fin. Caminar hasta el cajero para irme dos segundos después despotricando cuando veo que no tengo cash. Caminar hasta el bar donde trabaja Gabriel, y esperar en una esquina, escondida, hasta que le veo entrar por la puerta para empezar con su turno. Lo peor es no poder abrazarle, lo peor es no poder dejar que me abrace. Caminar hasta la maldita casa para después dar media vuelta y volver a caminar, porque no me siento con fuerzas para comprobar que Lili se ha ido de verdad.

Jamás hubiera pensado que la extrañaría tantísimo. La casa se me cae encima si sé que ella no está pululando por ahí. Los despertares sin sentir su frío calándome los huesos ya no tienen gracia, y sin ella, me siento como desnuda, indefensa, ya sin mi particular escudo de protección ante la bruja vecina de mierda.

Me enciendo otro cigarrillo pensando que mejor aprovecho antes de que el humo sea yo, cuando mi móvil empieza a sonar. Lo saco del bolsillo del pantalón con una mueca de fastidio. No lo puedo coger. Mierda. No puedo.

Cuelgo a Gabriel sin permitirme escuchar su voz. Me lleva llamando estos tres días casi sin descanso, como si sospechara que algo malo ha vuelto a pasar. ¿Qué me queda en mi lista de

desgracias? Ah, sí, cómo se me podía olvidar. Me queda ser Casper versión 2.0. ¡Qué bien! ¿Vendrá la niña de la frente eterna y los ojos globulosos a verme como si estuviéramos en una peli de los noventa?

Voy a ver a mi madre. Es lo único que hago últimamente que me parece algo útil. Porque aún puedo coger su mano y sentir su débil palpitar. Y ese ligero tic tac de su corazón me dice que hay esperanza. Poca, pero la hay. El continuo pitido de una de las tantas máquinas que tiene conectadas me habla en un idioma que empiezo a entender. Me dice que sigue aquí, conmigo, a pesar de no abrir los ojos, a pesar de mí, que tanto la he hecho sufrir desde que nació. Cuántas veces me decía que la iba a matar de un disgusto. Cuántas cosas daría ahora mismo por volver a escuchar su voz, aunque fuera para llamarme hija desagradecida e insensata.

Entro y llego hasta su habitación. Lo primero que veo, en la mesita al lado de la cama, es un ramo de flores precioso. Hay margaritas, azucenas, rosas rojas y amarillas y varios claveles.

—Vaya —digo acercándome a admirarlas.

Una enfermera entra justo cuando estoy con la nariz pegada a una de las rosas. Me encantan las rosas.

—¿Quién se las ha traído? —pregunto dejándolas con cuidado en el jarrón que no sé de dónde ha salido.

La enfermera se sonríe y empieza a comprobar las máquinas que tiene mi madre conectadas.

—Es un chico alto y guapísimo. Pensamos que es su hijo, o su sobrino, por cómo la cuida.

—¿Un chico? Solo estamos mi madre y yo, no hay nadie más en la familia —respondo a la defensiva.

Se encoge de hombros y le toma la temperatura distraída, como recordándole.

—Es rubio, ojos azules. ¿Ya he dicho que es guapo?

Está intentando bromear un poco, pero supongo que la miro con una cara que hace que su sonrisa se borre al segundo.

—¿Es tu novio?

Ahora la que se ríe soy yo. Pero es una risa trágica, que desgarraría tu corazón si la escucharas.

—No tengo novio.

Se va de la habitación haciéndome un gesto con la mano que me dice que volverá enseguida. Me siento en el borde de la cama y le doy un beso a mi madre en la mejilla.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás hoy? Deberías mirar por la ventana, hace un día precioso —miento para ver si cuela y se despierta de una maldita vez.

Entran tres enfermeras seguidas de la primera.

—El chico se llama Gabriel —dice una de ellas, la más jovencita—. Viene todas las mañanas.

No sé si reír o llorar, la verdad. ¿Viene a visitar a mi madre todos los días?

—Pero si el horario de visitas es por la tarde —comento, extrañada.

Se miran entre ellas y se sonríen. Otra se adelanta para explicármelo.

—El primer día que vino nos contó que trabaja por las tardes, y que solo podía visitarla por la mañana. Fue muy convincente —confiesa, tocándose el pelo. Las otras bajan la mirada y seguro que están pensando en su paquete. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Malditas enfermeras salidas.

—¿Y qué hace cuando viene? —pregunto, intentando que no se me note lo mucho que me gusta también a mí. Empiezo a entender las miraditas de odio que me han estado echando algunas de ellas todos estos días.

—Suele cogerle la mano y hablarle. No sé, le cuenta muchas cosas —dice la jovencita, dándome a entender que pulula por aquí cuando él está.

—Cuando vio el libro —dice otra señalando *Cumbres borrascosas*—, empezó a leérselo también. Contengo un sollozo involuntario y asiento disimulando el temblor en el mentón.

—Si no eres su novia... ¿Sabes si está disponible? ¿Nos podrías dar su teléfono? —pregunta la jovencita, secundada por las demás. Solo les falta darme los sujetadores en sagrada ofrenda para que él escoja el que más le gusta. Sí, no tengo otra cosa mejor que hacer que darte su teléfono, arpa robaba hombres.

—Lo siento mucho, chicas, de verdad que sí. —Me levanto y me acerco hasta ellas. Incluso me tomo las confianzas necesarias para dar una palmadita de consolación a una ellas—. Es gay.

Las tres abren los ojos, impresionadas. Corro a afianzar la mentira antes de que le encuentren flecos, como que es demasiado masculino, guapo, atractivo, rompebragas...

—Es el peluquero de mi madre. Se conocen desde hace años. Son íntimos.

Me cruzo de brazos y disfruto viendo cómo la ilusión va muriendo poco a poco en sus maquillados ojos. Tocado y hundido.

—Pero, pero...

—Lo sé —la interrumpo cogiéndole la mano—. La vida no es justa.

—Por eso siempre va hecho un pincel —se lamenta otra, poniendo cara de pena.

—Pero si queréis cambiar de look decídmelo y...

Niegan con la cabeza en perfecta sincronización y se van anonadadas, derrotadas. Ya no se ríen tanto. Les he borrado las sonrisitas tontas de un plumazo, nunca mejor dicho. Justo cuando salen por la puerta una se queja de que ha cambiado todos los turnos para poder verle y que le viene fatal. Una parte de mí, la peor, la que copiaba en los exámenes, la que tengo casi siempre encerrada bajo llave, se está frotando las manos ahora mismo.

A las nueve de la noche me expulsan ya con lástima. Se nota que no tengo a dónde ir. Sí, señora enfermera de guardia, soy una *homeless*.

Hace días que no me ducho porque la caldera explotó, y no tengo agua caliente. Hace días que no me cambio de ropa porque no tengo otra, y tampoco dinero para comprar. Tampoco uso desodorante porque no sé dónde está. Hace días que no como más que Nutella de marca blanca con una cuchara que rescaté del suelo. Hace días que no duermo porque no soy capaz de cerrar los ojos, por si la oscuridad viene a verme.

Deambulo por las calles comprobando que mi sombra no ha vuelto ni bajo la luz de las farolas. El móvil apagado en mi bolsillo, porque no tengo fuerza de voluntad para colgar de nuevo a Lucía, Nerea, Gabriel, mi jefa. En dos días me tiene que entrar el nuevo ingreso de los últimos eventos, y entonces iré a una pensión. Pero mientras tanto tengo que volver a la casa. Ya no es mi casa, es la casa. Esas cuatro paredes que encierran mis peores pesadillas.

Corro atravesando la plaza con las llaves listas en la mano. Entro conteniendo la respiración, esperando que madame Ardelean me coja por la espalda. Voy hasta la cocina y me preparo mi ración diaria de Nutella. Antes me la calentaba en el microondas, ahora no tengo ni taza donde echarla, así que me la como directamente del bote con los dedos.

Me siento en mi rincón de suelo y pido a mis ojos que me regalen algunas lágrimas, al menos para descargar lo que llevo dentro y que amenaza con ahogarme. Parece que mis ojos están en huelga, porque se quedan tan secos como mis tetas. Como siga así se me meten para dentro. Las tetas, no las lágrimas. De esas ya no me quedan.

Intento pensar en cosas agradables mientras me chupo los dedos pringosos, pero solo se me vienen a la cabeza pensamientos del tipo: «¿Me dolerá morir? ¿Seguiré sintiendo frío? ¿Podré mover cosas como lo hacía Lili? ¿Qué coño estoy pensando?».

Me levanto y me asomo a la ventana. Retrocedo de un salto cuando la veo. De pie, a escasos metros de la valla, mirándome fijamente. Tiene la muñeca de Lili en sus brazos, y acaricia sus repelentes rizos sintéticos con una sonrisa de suficiencia. Me tengo que sujetar a la pared, porque me estoy mareando. Me lanza una mirada que prefiero no descifrar pero que significa algo así como que soy la siguiente en su lista, y se mete en su portal apoyada en su bastón.

Me toco el corazón y le noto desbocado. La garganta seca. Las manos y las piernas temblando como flanes. Ya está, se acabó. Va a venir a por mí. Soy la siguiente.

Subo las escaleras hasta la habitación de Nerea y cojo las pocas cosas que me quedan en la vida. Mi libro preferido, que se salvó gracias a que lo llevaba en el bolso ese día y la pulsera de mi madre, que Lili me devolvió y que llevaba puesta desde entonces. Es de oro, y me vendría muy bien venderla para poder pasar la noche en un hotel, pero me resisto a hacerlo. Mi madre se disgustará mucho cuando se despierte y vea que la he vendido. Le doy vueltas en la mano mirando como brilla.

Y es entonces cuando explota. Lo que todos estos días he estado acumulando sale de una vez, rompiéndome la garganta en un sollozo que no puedo controlar. Me seco los mocos con el dorso de la mano mientras voy metiendo en una bolsa cuatro tonterías. No tengo nada que llevarme, pero necesito sentir que me llevo algo conmigo, aunque sea un trocito de manta carbonizada. Es algo simbólico, joder.

Cojo el bolso y la bolsita y me voy a poner el abrigo cuando llaman a la puerta.

Me quedo en modo estatua, como cuando juegas al escondite inglés. Ni siquiera entra aire en mis pulmones. Es la vecina, que ha decidido que es la hora de la matanza. Las piernas me empiezan a fallar cuando escucho la voz de Gabriel.

—¡Alana! ¡Abre, soy yo! —grita, aporreando la puerta de madera.

Suelto lo que llevo en la mano, que no es más que mierda inútil, y me asomo a la mirilla. No me fio. A ver si entre todos sus poderes puede imitar a la perfección la voz de Gabriel.

Voy corriendo a la cocina para asomarme a la ventana y comprobar que la vecina no ha vuelto a salir. Vale, la puta no está.

De regreso a la entrada me tropiezo con un saliente de madera y caigo al suelo de rodillas. Me rompo el vaquero a la altura de las rodillas y me levanto cuando escucho de nuevo a Gabriel llamarme a voz en grito. Va a despertar a todo el vecindario, joder.

—Vete, por favor —le pido a través de la puerta, deseando poder tocarle una última vez.

—No, tengo que hablar contigo. No me voy a ir.

Suena bastante convencido de que le voy a abrir. Pero echo un rápido vistazo a mi alrededor y como que va a ser que no. No puede entrar.

—Dime lo que tengas que decirme y vete —digo, acariciando la puerta imaginándome que es su piel.

El silencio hasta que le escucho susurrar al otro lado.

—Te echo de menos, Alana. ¿Cómo quieres que te lo demuestre ya?

Reprimo un sollozo y me voy apoyando en la puerta hasta quedar sentada.

—Es imposible, Gabriel. Si me sigues queriendo, vete. Por favor —le pido sujetándome el corazón a través de la carne—. Por favor.

Le oigo maldecir y gruñir. Casi me lo imagino tirándose del pelo con rabia, como siempre hacía cuando estaba enfadado. Me abrazo las rodillas y me pongo a llorar en silencio. Tan bajito que casi no me oigo ni yo.

—Te quiero, espero que lo sepas —confiesa justo al otro lado. Para él solo nos separa un pedazo de madera labrada, para mí todas las cosas que le he ocultado.

—Y yo —murmuro para mí. No espero que me oiga, solo me lo recuerdo para cuando sea un fantasma odioso. Quiero llevarme esto para aguantar toda la eternidad encerrada en una vasija, para recordarme que una vez fui amada por alguien especial.

Me estoy poniendo tan melodrama que no me doy cuenta de que hace un par de minutos que no le escucho al otro lado. Me levanto y me asomo por la mirilla. Está de espaldas a la puerta, y me tengo que sujetar cuando veo a un lado una mano vieja y un bastón.

¡Está hablando con la vecina!

No me lo pienso, descorro el cerrojo y abro con el corazón en la garganta. Gabriel se gira, pero a lo único que enfoco es a los ojos de Madame Ardelean, brillantes, cargados de odio y premeditación. Su mano sujetando el brazo de Gabriel, y él, dejando que esa arpía le ponga las manos encima.

—¡Gabriel! —grito sujetándole del otro brazo. Tiro de él con las pocas fuerzas que me quedan—. Ven, vamos, ven conmigo.

Me mira sorprendido y no se mueve ni un ápice, sin entender mi cara de loca desquiciada, sin

comprender que le cortaría la mano a la vecina sin pensármelo dos veces.

¡No soporto que le toque!

—Alana, qué sorpresa —finge una sonrisa candorosa y agarra más fuerte el brazo de mi amor prohibido—. Le estaba contando a este muchacho tan encantador que debería pasarse por mi casa para recetarle unas hierbas...

Me hago una herida en el interior de la mejilla para no gritar, insultarla en todos los idiomas que conozco, que son muy pocos, y acusarla abiertamente de allanamiento de morada y destrucción de la misma.

—Buenas noches, señora —digo en su lugar, conteniéndome hasta límites totalmente desconocidos para alguien tan impulsivo como yo.

Le pego un manotazo en la mano y le suelta con cara de sorpresa. Como si la bruja aquí fuera yo. Abre la boca teatralmente.

—Alana, ¿te encuentras bien? —dice Gabriel, separándose de ella al fin para sujetarme de los hombros. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para respirar. El pecho me sube y me baja con dificultad. Empiezo a ver puntitos blancos—. Vamos, entremos en tu casa.

—Espera un momento, querido. Me gustaría saber cómo está progresando tu madre, Alana. —Se acerca y aunque me encantaría salir corriendo, el pecho de Gabriel, a mis espaldas, me lo impide—. ¿Se encuentra mejor?

Le escupiría a la cara si no me diera tanto miedo. Cierro las manos en dos puños y solo me acerco unos milímetros a ella.

—Perfectamente, muchas gracias por preguntar —me escucho decir pronunciando cada sílaba con fuerza.

Se empieza a reír y se da la vuelta despidiéndose con la mano.

—¡Cuánto me alegro! Muchacho, ya nos veremos —promete la muy perra guiñándole el ojo a Gabriel. Me ha sonado a amenaza.

Entramos sin darme cuenta de lo que estoy haciendo en realidad. ¡No debería haberle dejado entrar, joder!

—¡Espera, no entres! —Demasiado tarde, pienso dejando la mano que he levantado suspendida en el aire.

En cuanto traspasa el umbral se queda paralizado. Me hago hueco y le veo pasmado, con los ojos como platos mirando a todos lados.

—¿Qué ha pasado aquí? —murmura con la boca abierta—. Alana, ¿tú estás bien? No estás herida, ¿verdad?

Me estoy «enfantamizando», pienso un segundo, peinándome el flequillo.

—Me tienes que prometer que nunca, jamás, volverás a hablar con esa mujer. No te acerques a ella. Me mira sin entender nada de lo que está ocurriendo.

Le aseguro que estoy perfectamente pensando que no hay Dios que se lo crea y me voy a la cocina a

por mi bote de Nutella. Necesito un chute de urgencia. Me asomo un momento a la ventana y la veo de nuevo en la verja, cogida de los barrotes solo para marcar su territorio, para acojonarme más aún. Para decirme que entrará cuando quiera, ahora que Lili no está.

—No me puedo creer lo que estoy viendo —dice a mis espaldas entrando en la cocina. Se mete las manos en los bolsillos y se muerde el labio inferior frunciendo el ceño—. No puede ser...

Corro las cortinas pensando que aquí dentro corremos un grave peligro. Ambos.

—Deberíamos irnos —digo dejando el bote sin mirar—. Ya.

Se acerca y me sujeta las muñecas con fuerza. Sus ojos se clavan en mis labios, en mis ojos, en mi pelo. Me está estudiando a conciencia. Y voy a suspender, porque estoy hecha un desastre.

—¿Por qué no me lo has contado? —pregunta al fin señalando a nuestro alrededor con la cabeza—. ¿Qué ha pasado aquí?

Bajo la mirada, porque no le quiero mentir. Pero tampoco le puedo contar la verdad. Lo único que me importa ahora mismo es que nos tenemos que ir cagando leches. Me zarandea con suavidad y acerca más su rostro. Siento su aliento en la mejilla, cálido y reconfortante. Y me siento en casa de repente solo por tenerle cerca.

—No ha pasado nada —miento patéticamente, huyendo de su mirada inquisitoria.

—Y una mierda que no ha pasado nada —repite, zarandeándome más—. ¡Basta de mentiras y de engaños!

Me suelta y hace aspavientos con las manos señalando todo. El microondas quemado en una esquina, con la puerta arrancada. Los agujeros de las paredes, la lámpara en el suelo, el fregadero arrancado sin más, el frigorífico tumbado boca abajo y aplastado como si un elefante lo hubiera pisado.

—Basta de mentiras. ¿Qué ha pasado?

Me encojo y recupero el bote de chocolate.

A la mierda. Ya da igual que me vea comiéndomela con los dedos. Sé que me estoy comportando como una autista, pero vamos a ver... ¿Qué narices le digo que sea creíble? Le miro y está esperando mi respuesta cruzado de brazos. Sigue con el chaleco, no se lo ha quitado al entrar. Hace bien, como ya no tengo calefacción hace más frío aquí dentro que en Siberia.

—Estoy hablando muy en serio —repite, acercándose de nuevo—. Si no me cuentas lo que ha pasado llamo a la policía —me advierte de repente. Como si eso me fuera a preocupar ya. Anda, a lo mejor arrestan a la vecina y todo...

¿Podrías dejar de ser tan sarcástica?, me recrimino mentalmente, dándome cuenta de que en realidad no hacemos más que perder nuestro preciado tiempo charlando de cosas que no se pueden solucionar hablando.

—Me intentaron robar —suelto esperando que deje el tema—. Tenemos que irnos, en serio.

—Y una mierda, ve con ese cuento a otro. Aquí —dice señalando el frigorífico— no han intentado robar, aquí han intentado hacer el mayor daño posible.

—En serio, tenemos que irnos.

Me ignora. Chasquea la lengua contra el paladar y niega con la cabeza mirándome de arriba abajo. Joder, se pone súper atractivo cuando se enfada de verdad. Le brillan los ojos, se le hinchan las venas del cuello, tensa la mandíbula y es como si su cuerpo creciera de golpe, ensanchándose a medida que crece su rabia. Ya entiendo por qué le hacía tanto rabiar, era solo para ver la cara con la que me está mirando ahora mismo. Antes me daba un poco de miedo porque no le conocía, ahora sé que no pasa nada, solo tengo que cerrar bien los muslos porque mis bragas se quieren ir con él.

¡Alana! ¡Concéntrate! ¡Tenemos que irnos!, me grito mentalmente.

Va a decirme algo pero se lo calla, da media vuelta y sube las escaleras soltando improperios. Me vuelvo a asomar a la ventana y compruebo que la vecina se ha ido. No sé si eso es bueno o malo, porque mientras esté visible sé exactamente dónde está...

Le sigo para sacarle de aquí cuanto antes.

—Gabriel —le llamo en el pasillo—. Vámonos.

La puerta de mi habitación está abierta y una luz sale de ella. Me acerco y le veo con la linterna de su móvil enfocándolo todo.

—Joder, Alana, lo has debido de pasar muy mal —me susurra, buscándome con el brazo—. Tenías que habérmelo contado, maldita sea.

Me acurruco en su pecho cuando le siento respirar de golpe.

—No me jodas —susurra en un tono de voz que no me ha gustado nada de nada.

Levanto la cabeza para mirarle y veo que observa el techo. Le imito y me quedo sin respiración.

Escrito con chocolate, en letras tan grandes que cubren el techo.

«La oscuridad ha vuelto. Sálvame».

Lili. Ha sido ella. Y ha tenido que venir Gabriel para que lo lea. Joder, lo dejó escrito aquí pensando que sería en el primer lugar en el que la buscaría. Le he fallado. Y me detesto por ello.

—¿Qué cojones es esto?

Me separa y me sujeta con fuerza. Señala las letras del techo y la cama destrozada. El cabecero fundido, todas mis pertenencias ajadas y maltratadas hasta quedar convertidas en basura y desechos.

Bajo la mirada y me suelta de golpe, como si le quemara el contacto con mi piel.

—Dios santa, Alana. Dime que no has hecho tú todo esto.

—¿Crees que tengo tanta fuerza como para doblar esos barrotes? —pregunto señalando el cabecero que tardé tres malditas horas en pintar de blanco. Tres horas de mi vida tiradas a la basura, junto con todo el dinero que gastó mi madre en esta casa endemoniada. He malgastado mi pasado e hipotecado mi vida futura por unas malditas paredes centenarias.

—Creo que nadie tiene tanta fuerza como para hacer todo esto, la verdad —susurra, apoyándose en lo que queda de armario—. ¿Y eso? —pregunta señalando el techo—. ¿También me vas a decir que lo hicieron los ladrones?

Se ha relajado, eso o está perdiendo fuelle. Le entiendo. Esta casa te absorbe la energía.

—Tenemos que irnos —repito por cuarta vez, creo—. En serio, te lo explicaré todo fuera.

—Alana, si no me cuentas todo, desde el principio y sin dejar ningún detalle, voy a llamar a la policía. Lo digo de verdad, me estás asustando. Todo esto me está asustando, porque no lo entiendo. ¿Eso es parte de un nuevo juego que estás montando tú sola? —sugiere con sorna señalando las letras—. Es que no comprendo cómo puedes estar tan jodidamente tranquila.

Me cruzo de brazos y resoplo. No vamos a poder huir de esta casa hasta que no le diga la verdad. Pero no se la quiero decir aquí dentro porque me da miedo que tengamos represalias. Y yo ya las estoy sufriendo, pero no quiero que él también se vea inmerso en mis problemas. No me está poniendo nada fácil protegerle, la verdad.

—No puedo contarte nada aquí dentro. Te lo contaré todo fuera, te lo prometo —intento una vez más sin tener demasiadas esperanzas.

Veo que sus labios se abren para decirme que no cuando sus ojos se entornan mirando algo que está justo a mi espalda. No hace falta que me gire para verlo, el zumbido de las abejas asesinas ya me da pistas de lo que ha venido a vernos esta noche.

—Alana... ¿qué es eso?

Cojo la mano que tiene estirada señalando a la oscuridad y le llevo hasta la ventana. La abro con mucha dificultad. El pulso me tiembla y no soy capaz de abrir la contraventana. No quiero mirar. Ya lo está haciendo Gabriel por los dos.

—¡Se está acercando! —grita a mi lado.

Me desconcentro y busco el agujero negro, que está entrando por la puerta. Comiéndose todo a su paso. Adiós maleta sin ruedas, hasta luego zapatillas de andar por casa sin suelas.

Le obligo a mirarme y le pido que abra el pestillo, porque se ha quedado atascado y no puedo girarlo. Me mira un segundo a los ojos y asiente, echándome a un lado para golpearlo sin piedad con su mano. Se está haciendo sangre en los dedos y no consigue que ceda.

Como si todo sucediera a cámara lenta, veo a la oscuridad acercándose, creciendo con cada cosa que engulle. Gabriel a mi lado luchando por abrirnos un camino por el que poder huir, y en este estado de histeria que tengo ahora mismo, la idea de que no vamos a por escapar me invade por completo. La vecina es la que está bloqueando las contraventanas, da igual lo mucho que lo intentemos. Asiento en silencio comprendiendo que si queremos ganarla, no debemos ser tan jodidamente predecibles.

Así que me agacho para recoger los restos deshilachados de mi colcha. La estiro para que se rompa un poco más y me ato uno de los extremos a la cintura. Llamo la atención de Gabriel y le paso el pico, ordenándole que se lo ate él también.

—Escúchame. Tenemos que salir por la puerta. Si nos traga a alguno de los dos, el otro tiene que tirar hasta que le saque. Lo más importante es que el agujero no se puede cerrar con ninguno de los dos dentro.

Me mira y mira a la oscuridad durante unos segundos. Se toca el pelo con frenesí y me da un beso

en los labios con fuerza.

—Sabía que estabas loca desde la primera vez que te vi.

No es el mejor momento para esto, pero sentir de nuevo sus labios me insufla vida. Me saben a helado de vainilla, a todas las mañanas despertando a su lado, a todas las noches quedándose dulcemente dormida con sus manos envolviéndome las caderas.

Me coge de la mano y el estómago me hormiguea. La horrible sensación de soledad se va, sin más. No sé con qué cara me le quedo mirando, pero me devuelve a la realidad tirando de mi brazo.

—Vamos. Corre.

Bordeamos los restos de la cama troceada y corremos en dirección a la puerta. Nuestra intención es pasar por uno de los lados y esquivar a la oscuridad. Ese es nuestro plan, pero el agujero tiene otro muy distinto, porque deja pasar a Gabriel, pero cuando voy a salir yo se agranda de golpe succionándose con fuerza.

—¡Gabriel! —grito, sujetándome a la tira de colcha, asegurándome de que no se suelte el nudo que me tiene sujeta a ella por la cintura.

Entro en un remolino negro, sin luz, girando y girando sin parar. No puedo ver la salida. Alargo una mano y creo que consigo sacarla fuera, pero no estoy segura. De repente una voz me taladra los oídos, increpándome, insultándome.

«Ya te tengo», dice una y otra vez dentro de mi cabeza.

Me tapo los oídos y empiezo a chillar. Ya está. Se está cerrando. Lo ha conseguido. Cierro los ojos y deseo que acabe de una vez. Si este es mi final, que termine cuanto antes.

—¡Alana!

Me llama. No sabe que me voy para siempre. Espero que sea listo y huya antes de que todo esto le salpique también a él.

Pero de repente siento su mano tirando de mi brazo. Abro los ojos con esfuerzo, porque por un momento he sentido que se me habían quedado como pegados los párpados. La mano que tira de mí es fuerte, más que mi esperanza ahora mismo, y poco a poco me va sacando, con mucha dificultad, del agujero.

En cuanto mi cabeza sale de nuevo a la habitación dejo de escuchar la voz. Le veo haciendo un gran esfuerzo tirando de mi brazo. Gotas de sudor le descenden por las sienes, el rostro contraído, los músculos hinchados. Si no me traga la oscuridad se me saldrá el brazo, seguro.

—Vamos —masculla entre dientes cuando ya tengo los hombros fuera—. Vamos, maldita sea.

En cuanto mi otra mano queda liberada la apoyo en el suelo y le ayudo. Me arrastro gritando hasta que mis piernas salen. Dios, por un momento pensé que no lo conseguiría.

—Ata la colcha a la columna —consigo decir sin fuerzas.

Se levanta y le da varias vueltas. Cuando se asegura que los nudos resistirán, vuelve a mi lado y se echa encima de mí para que el agujero no me vuelva a llevar. El zumbido me sigue taladrando los tímpanos, y se acerca de nuevo. Me abrazo a su cuerpo con fuerza, empezando a llorar.

—No me sueltes —gimoteo cuando siento que la oscuridad intenta tragarme de nuevo los pies.

—Eso jamás —me promete cubriéndome aún más con su cuerpo—. Jamás.

Siento que la oscuridad me busca, pero con Gabriel encima no puede succionarme. Nos mantenemos en el suelo, uno encima del otro sujetando con fuerza la colcha un buen rato, mientras una fuerza sobrenatural intenta llevarme con ella.

—Gabriel —lloriqueo, dejándome lo que me quedan de uñas en su espalda—. Tengo miedo. —Le veo poner una mueca de dolor pero no se separa ni un ápice.

—Tranquila, estoy aquí —me consuela abrazándome con más fuerza aún. Tanta que me quedo sin respiración.

Y tras unos interminables minutos el zumbido desaparece. Igual que como ha venido, se diluye sin más.

Nos quedamos en la misma postura un buen rato. Él encima, yo debajo. Con sus largas piernas cubriendo las mías, su torso tapando por completo el mío, nuestras mejillas unidas, nuestras manos entrelazadas. Juro que me quedaría en esta postura toda mi vida, pero el hueso de su cadera se me está clavando.

—Gabriel... —susurro, intentando moverme. Me intento escurrir, como si fuera una culebra, pero no hay manera. Me tiene bien atrapada. Supongo que gracias a eso la oscuridad no me ha tragado.

Se incorpora y se queda encima de mí, apoyando todo su cuerpo en sus musculados y fibrosos brazos. Me da un rápido beso en los labios y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Te voy a soltar. Nos vamos a ir a mi casa. Y me vas a contar todo con pelos y señales. Si es necesario no dormiremos, ¿queda claro?

Suspiro y le miro entre mis pestañas atemorizadas.

—De acuerdo.

Me ayuda a levantarme y me doy cuenta de que mis piernas no me responden. Me tiene que coger en brazos y bajarme a pulso por las escaleras. Me deja sentada encima de la mesa de la cocina, que milagrosamente sigue en pie. Me desata y me llevo las manos a la cintura, allí donde tenía anudada la colcha.

Me levanta la camiseta con cuidado y yo cierro los ojos, con una mezcla de vergüenza y dolor.

—Joder, Alana... —dice, tocándome con mucho cuidado la piel.

Pego un respingo y me miro con miedo.

Toda mi cintura es una marca violácea oscura, allí donde la colcha me tenía sujeta. Como si un látigo me hubiera intentado estrangular, la piel se me ve hinchada, con miles de petequias formando un mapa alrededor de mi ombligo y por encima de mis caderas.

—¿Te duele?

Asiento, tocándome despacito con los dedos.

—Vamos —dice extendiendo los brazos, con intenciones de cogerme de nuevo—. Te llevo al hospital.

—No, al hospital no. No me lleves al hospital.

—¿Por qué? —Otra vez ese tono enfadado.

Levanto la mirada y me encuentro con la suya. Ese azul intenso me abrumba, me desarma. No sabe lo que consigue con tan solo mirarme.

—Porque me estoy convirtiendo en un fantasma.

Y de repente los oídos me empiezan a pitar, miles de puntitos brillantes aparecen alrededor de su rostro y dejo de sentir las manos. Siento que me caigo hasta que unas manos me sujetan, hasta que pierdo la consciencia, y me alejo hasta un lugar donde ni siquiera él puede acompañarme.

Capítulo diecinueve

Me despierto sintiendo que estoy flotando. Ah, no, espera. Estoy tumbada en una cama. Me asusto, porque por un segundo pienso que no me ha hecho caso y me ha llevado a urgencias, donde seguro que ya han concluido que me estoy muriendo por causas desconocidas. Con gran esfuerzo consigo abrir los ojos, y los cierro de nuevo por la luz.

—Espera, bajo la persiana —le escucho decir a mi lado.

Al segundo los vuelvo a abrir, ya a oscuras, y veo que se sienta en una silla a mi lado. Me coge la mano con suavidad y la besa con ternura, con adoración.

—¿Dónde estamos?

Sonríe con tristeza y me regala otro beso, esta vez en la muñeca. Me hace cosquillas con su barba rubia de tres días.

—En mi habitación.

Suspiro de alivio.

Se levanta y se inclina. Me apresa el rostro con sus manos y empieza a darme besitos en la frente, en la punta de la nariz, en los labios, en el mentón, en el cuello. Al final me entra la risa floja.

—Para, tonto, que me vuelvo a desmayar.

—Incluso así sacas fuerzas para insultarme —dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Me quedo sin respiración al verle tan cerca. Se me había olvidado la energía que desprende su sola presencia, invadiendo cada espacio hasta quedar solo él.

Se sienta de nuevo y me coge la mano.

—Tienes que contármelo todo —insiste.

Me intento incorporar despacio y consigo distinguir, incluso en penumbra, que su habitación no está nada mal. Es espaciosa, masculina. Una fotografía enmarcada del desembarco de Normandía en una de las paredes. Un armario con motivos navales. Unos guantes colgados de un gancho. Me muevo entre las sábanas, limpias, planchadas y suaves.

—Eres pijo hasta para tus sábanas. No te pega ser boxeador viendo tu habitación. Ni siquiera tienes la nariz aplastada.

Suelta una carcajada y tuerce el gesto, dándome a entender que no le voy a distraer con tonterías.

—Eso es porque me cubro bien los golpes. Venga, primero necesitas un buen baño.

Me destapa y veo que estoy en ropa interior. Oh Dios mío. Huelo fatal. En serio. Mi olor corporal me llega hasta las fosas nasales. Me quiero morir. Estoy tan avergonzada que me tapo de nuevo hasta la cabeza y lanzo un gritito de angustia vital.

Le escucho reír y le digo que no tiene gracia. Que se vaya. No puedo permitir que me vea así, y lo

que es mucho peor, que me huela.

Me coge en brazos con delicadeza. Como no tengo fuerzas ni para pestañear solo le insulto y le ordeno que me deje morir en paz. Abre la puerta con el pie y me lleva por un pasillo iluminado lleno de fotografías en blanco y negro muy chulas hasta lo que parece que es el cuarto de baño. Es bastante grande, de azulejos grises oscuros alargados y con el suelo negro. Se nota que estoy en la casa de un chico pijo al que se le da muy bien la decoración. Me deposita en la bañera, que ya está con el tapón puesto, y abre el grifo buscando la temperatura adecuada.

Estoy tapándome el cuerpo como puedo, intentando cruzar las piernas para que no me vea la ropa interior sucia y roñosa. Vale, tampoco es para tanto, pero a su lado me siento como un cerdo lleno de estiércol. Se sienta en el borde y comprueba la temperatura del agua con su muñeca, tan concentrado que se le marcan arrugas en la frente. Joder, ¿se puede ser más atractivo?

Cuando considera que es la idónea, coge gel de baño y lo empieza a verter justo donde cae el chorro, haciendo que se forme espuma muy rápido. Tardo poco en sentirme cómoda, relajada, con mi dolorido cuerpo deshaciéndose lentamente en un placer y dolor perezoso, pausado. Cierro los ojos y me dejo deslizar, dándome cuenta de que había estado en tensión durante demasiados días. Mi piel va protestando de su maltrato a medida que el agua en su temperatura perfecta va subiendo.

—Oh, Dios... —susurro en la gloria—. Lo necesitaba.

Me pone una toalla doblada en uno de los bordes y guía mi cabeza para que me apoye en ella.

Abro un ojo y le veo sonreír de medio lado. Se está haciendo el duro, intentando mostrarme que está enfadado, pero su vena traviesa reluce en sus ojos cuando coge el gel y se echa un poco en la mano.

—Estoy muy sucia —me quejo, haciendo pucheros.

—Shhhh... cállate de una puta vez, joder —dice, frotándose las manos creando espuma y metiéndolas en la bañera.

Empieza por el cuello, y de verdad que tengo que controlarme para no gemir del gusto. Va bajando por los brazos con sus hábiles dedos. Ya conozco esos dedos, y sé cómo se afanan cuando quieren.

Doy un respingo cuando pasa las manos por mis piernas desnudas. Me las acaricia y frota como si estuviera dándome un masaje, y aunque le quiero mirar, porque sus ojos son increíbles, me está dando tanto gustito que tengo que cerrar los ojos y la boca para no babear.

—Joder... —es lo único que consigo decir entre balbuceos sin sentido.

Desciende hasta mis pies y vuelve a subir, sin parar, rodeando las rodillas, hasta llegar a mis braguitas. Le miro un segundo diciéndole sin hablar que no se pase, que estoy literalmente muerta, pero entonces me guiña un ojo y agarra la cinturilla de algodón para bajármelas lentamente. Tengo el impulso de cerrar las piernas por instinto, pero no puedo, me lo impide con las manos. Por lo visto me las quiere quitar.

—Tengo que lavarlas. En tu estado no se me ocurriría violarte —explica muy serio.

—¿En mi estado de suciedad?

Suelta una carcajada que le ilumina el rostro. No me acordada de hasta qué punto le echaba de menos.

—En tu estado convaleciente. Tienes moratones por todo el cuerpo, las rodillas peladas, las manos desolladas, la cintura como si te hubiera pasado por encima un coche... ¿Quieres que siga?

No es necesario que me diga cómo estoy, ya lo noto yo en cada milímetro de mi maltrecho cuerpo.

—Ya, lo que quieres es olerlas, puto pervertido —suelto tirándole un poquito de agua.

Se protege de mi ataque con un brazo mientras que con el otro las saca, con un gesto triunfante.

—Por favor, tíralas a la basura —le pido, sacándome también el sujetador—. Toma, tíralo también.

Deja ambas prendas en el suelo y coge champú. Vierte un poquito en sus manos y empieza a darme un masaje en la cabeza.

—Cuando era pequeño le lavaba el pelo a mi madre. Decía que tenía buenas manos —comenta distraído concentrándose profesionalmente en el nacimiento del pelo y en la nuca.

Me muerdo la lengua para no decir alguna gilipollez. Seguro que su madre ya sabía, cuando Gabriel tenía cinco años, que su hijo iba a ser un ligón de cuidado. Y parece que le enseñó bien, por cómo me está frotando el cuero cabelludo.

—Alana, creo que deberíamos hablar —empieza a decir inclinándose para darme un beso en los labios.

Me quita un poco el champú de la cabeza con la ducha y me aplica generosamente una mascarilla para el pelo.

—¿Te echas mascarilla? —le pregunto, con una sonrisa burlona en mis doloridos labios.

—No cambies de tema, graciosa. Pero para tu información sí. Pero solo en las puntas, para no engrasarlo. Tengo alma de peluquero, pero he acabado como camarero y boxeador —bromea arrugando la nariz—. ¿Qué es eso de que te estás convirtiendo en un fantasma? —pregunta poniéndose serio de nuevo.

Cierro los ojos un momento y todo el peso que llevo a mis espaldas cae de nuevo sobre ellas. Es como el anillo de poder, cada vez pesa más. Y yo no tengo a Sam al lado para que me lleve a caballito.

—Es una historia muy larga de contar.

—Tengo todo el tiempo del mundo —responde con la espalda recta y los brazos cruzados.

«Yo no», pienso un segundo, mordiéndome el labio. Me sabe a sangre seca. Con una mano me paso un poco de agua por la boca y una de las comisuras me escuece.

—Puedes empezar ya. Y date prisa, porque el agua está empezando a enfriarse —dice con un brillo maquiavélico en sus ojos. Mierda, de aquí no puedo salir yo sola sin su ayuda. Va a dejar que me congele si no suelto prenda. El cabrón me ha tendido una trampa. Me incorporo un poco para abrir el agua caliente pero me lo impide con el brazo—. De eso nada. Habla —me ordena de nuevo aclarándome con profesionalidad la mascarilla del pelo.

Me vuelvo a recostar, frunciendo el ceño cuando termina y empiezo por el principio. El día que

entré en la casa y empecé a sospechar que pasaban cosas raras. Después la noche en la que él estuvo, en la despedida de soltero.

—¿Qué? —me pregunta, empezando a darme un masaje en los pies.

—No me interrumpas. Y no me toques, que me desconcentras —le pido cerrando los ojos.

Le lanzo otra mirada de advertencia y él simula que se cierra una cremallera en los labios. Sonrío. Dios, le quiero tanto. Creo, bueno, casi estoy segura que le necesito para ser feliz. Si nunca le hubiera conocido quizás no, pero ahora, después de hacerlo, debo afrontar que si no le tengo cerca nunca seré feliz de verdad. Y eso me jode, porque no me gusta que mi felicidad plena dependa de nadie.

—Te prometo que ya no te toco ni te interrumpo —dice de nuevo. Me he quedado callada y él ha malinterpretado mi silencio.

Se aleja de la bañera y se sienta en un taburete de madera. Mejor. Necesito distancia para hablar. Así que sigo cuando por fin Lili se me aparece. Le cuento lo de la maldición. La vecina me engaña y me tomo un té asqueroso. Veo por primera vez a la oscuridad. Mi madre tiene el accidente. La vecina me dice que debo alejar a todo el mundo de mi lado. En esa parte se inclina hacia delante y en sus ojos veo por fin entendimiento a mi comportamiento de este tiempo atrás. Me desconcentro un segundo con sus ojos y sus labios, pero después vuelvo con el relato, contándole cómo intenté engañar a Lili para que se la comiera la oscuridad. Abre los ojos y me acusa un poquito, pero le entiendo, yo también me culpo por ello. Mi sorpresa al ver que no tengo sombra, y la conversación que tuve con la vecina explicándome que me voy a convertir en un puñetero fantasma. Después me río mientras recuerdo en voz alta el viaje en el metro con Lili dentro de la muñeca, cantando esa siniestra canción. Y la visita de la anterior dueña. El fantasma de su marido. Rememoro con detalle la conversación que tuvimos con él. Y al volver a casa, verla destrozada.

—¿Eres consciente de que lo que me estás contando no es normal? ¿Entiendes que son el tipo de cosas que si no ves, no crees?

—Ya has visto el agujero de oscuridad. Y a la vecina también.

—Así que piensas que fue ella —dice concentrado.

—Estoy segura.

Asiente con la cabeza, confiando en mí.

—De acuerdo. Así que por eso me dijiste que no querías verme más y por eso no respondías al teléfono ni me dejabas estar en casa —dice sonriendo, como si por fin entendiera todo—. ¡Por eso se cayó la lámpara entre los dos! ¡Por eso me echaste así después!

He estado hablando algo así como media hora, y estoy exhausta.

—Empiezo a tener frío —me quejo, colocando de nuevo la cabeza sobre la toalla.

Se acerca y abre el agua caliente. Al segundo el agua se temple de nuevo, y vuelvo a sentirme cómoda. Me miro los dedos. Los tengo arrugados.

—Muchas gracias por visitar a mi madre —digo de repente. Tenía muchas ganas de agradecersele

— Vi las flores. Eran preciosas.

Hace un gesto con la mano quitándole importancia y se acerca de nuevo para darme un beso en los labios.

—Ya te he dicho mil veces que te quiero —susurra pegando mi frente con la suya.

Un pinchazo en el corazón, una advertencia. Me he relajado demasiado. Y no puedo hacerlo. Mi madre está en peligro, Lili ha saber en qué jarrón. Y la oscuridad ya viene directamente a por mí.

Abro los ojos con pánico y le miro.

—Que estemos ahora mismo así no cambia las cosas, Gabriel —empiezo a decir para que no se enfade demasiado—. Que lo sepas no significa nada más que ya no tienes que odiarme.

—Nunca te he odiado. Saberlo es todo lo que necesitaba, Alana —replica haciéndome un gesto para sacarme de la bañera. Va a por una toalla y cuando me levanto, con muchas dificultades, me envuelve en ella y me coge en brazos para dejarme de nuevo en la cama—. Aunque te reconozco que hubiera preferido que estuvieras con otro tío.

Le suelto una colleja mientras me seca a conciencia. Primero el pelo, sentada en la cama, y después me empuja hacia atrás y me pasa con mimo y cuidado la toalla por casi todos los recovecos de mi magullado cuerpo.

—¿Quieres crema hidratante? —me pregunta cuando considera que estoy seca.

Me río, porque es que es de lo que no hay. Yo casi nunca me echo crema. Y doy gracias a los dioses por las sesiones de láser rebajadas hace dos años en todo el cuerpo, porque si no lo hubiera hecho, ahora mismo tendría los pelos de las piernas, y lo que no son las piernas, más largos que los suyos.

Abre el armario y saca una camiseta y unos pantalones cortos.

—Lo siento, pero no tengo ropa interior femenina —se disculpa encogiéndose de hombros y tirando en la cama lo que ha escogido para mí.

—No me lo creo. Yo que pensaba que por las noches te travestías —bromeo metiéndome con dificultad la camiseta por la cabeza. Si no me he roto una costilla he estado cerca—. Date la vuelta, voy a ponerme los pantalones —le pido en un tono que no admite réplicas.

—¿En serio?

—¡Que te des la vuelta!

Lo hace a regañadientes y yo corro a meterme el pantalón corto de algodón por las piernas. Me cuesta un poco subirlo y gimo de dolor cuando la cinturilla me toca el gran hematoma de la cadera.

—Oye, no le digas a Nerea y a Lucía nada sobre esto.

—¿Que estás en mi cama? —Se cambia de ropa y se pone el pijama tan tranquilo. Sin saber que la imagen de su cuerpo en ropa interior me provoca taquicardias fatales para mi estado tan delicado de salud. Se pone un pantalón holgado que le queda caído de las caderas y una camiseta blanca impecable.

—Sobre la casa en ruinas, Lili, la vecina, yo casi convertida en fantasma...

—Descuida. Ya no me hablan. Desde que Alejandro dejó a tu amiga rubita tampoco quieren saber nada de mí. Me han metido en el mismo saco que a él, con un rótulo que debe poner algo así como cabrones.

—Somos muy protectoras entre nosotras —digo sonriendo ante su cara burlona. Los hoyuelos se le marcan mucho, y es algo que no se por qué me resulta adorable—. Por cierto, estaba sin conocimiento cuando me has traído. ¿Dónde estamos?

—En Chueca —dice conteniendo la risa—. Pedí un taxi y tuve que sobornarle asegurándole que no te había drogado para violarte y después descuartizarte, que simplemente estabas tan borracha que te habías quedado dormida.

—Joder, habría sido divertido ver la cara del taxista.

Los párpados me empiezan a pesar, y por primera vez en demasiado tiempo, me siento relajada, cómoda y segura. Y no, no es un anuncio de compresas. Así que me voy acomodando en la almohada, y a pesar de tener el pelo aún húmedo, me quedo dormida casi al instante, escuchando las cosas bonitas que Gabriel me susurra al oído, sujetándome con cuidado de no hacerme daño, trasasándome todo el calor que a él le sobra y a mí me falta.

Me despierto renovada. Hecha un ovillo bajo sus brazos. Me empiezo a mover y le despierto. Se levanta chocándose con todo y se va por el pasillo diciéndome que no se me ocurra levantarme. Vuelve al rato con un desayuno completo: tortillas, huevos revueltos, café, zumo de naranja natural, tostadas, fruta... No tengo hambre, solo quiero café y Nutella, por favor.

Desayunamos juntos en la cama tonteando como dos adolescentes que están aprendiendo a relacionarse con el sexo opuesto. Me mancha la nariz de nata montada, le pellizco el brazo, me roba el último sorbo de café, le empujo con fuerza hacia atrás con ganas de que se estampe en el suelo. Mi café no se toca, cabrón.

Le suplico que me deje fumar en la habitación, pero ante su absoluta cara de horror no me queda otra cosa que reírme. Qué exagerado.

—En mi casa no se fuma, que se queda el olor, se manchan las paredes y las cortinas y esto parece un pub irlandés. Y ya trabajo en uno, cuando llego a casa quiero desconectar.

—Pues en mi casa te los fumabas doblados encima de mi cama, desgraciado.

—En tu casa te han escrito con chocolate en el techo y ni te habías dado cuenta —ataca riéndose.

Yo también me parto el culo, pero entonces me acuerdo de Lili y me cambia el semblante. Mierda, la he abandonado. Yo aquí de cháchara y ella encerrada en un jarrón, en el mejor de los casos.

—Oye. —Se acerca y me pasa el brazo por los hombros—. Encontraremos la manera de limpiar el chocolate.

Le pego un manotazo en la cara y me acurruco entre sus brazos, siempre abiertos para mí.

—Tengo que salvarla, Gabriel. Tengo que volver a por ella.

Se incorpora y me obliga a mirarle.

—¿Estás loca? Bueno, no sé para qué pregunto. No vas a ir ni de coña. No te puedes ni mover de la

cama.

Le quito el brazo, enfadada, e intento poner mi cara de autoridad más creíble.

—Es mi amiga. Se lo prometí. Tengo que hacerlo.

—¡Es un puto fantasma!

—¡Y yo también lo seré dentro de poco si no hago algo! No tienes derecho a decirme lo que puedo y no puedo hacer. Y tampoco a enfadarte. ¡Ni a gritarme! —grito igualando su tono.

Se levanta haciendo aspavientos, enfadado, frustrado, triste. Desesperado. Reconozco esa cara. Es desesperación.

—La casa ha estado a punto de matarte, y dices que quieres volver —me recuerda inclinándose hacia delante—. Me estás diciendo que vas a poner tu vida en peligro por un fantasma, y... ¿te parece mal que me enfade por ello?

—Entiendo que te enfades, pero esto es algo que tengo que solucionar. Te agradezco muchísimo que me sacaras anoche de allí, y que me trajeras aquí, pero ya soy mayorcita y sé cuidarme yo sola perfectamente. —Las últimas palabras las digo sin creérmelas ni yo, con la boca pequeña.

Se ríe amargamente y se sienta en la cama, acariciándose las piernas.

—Sí, te dejo de ver unos días y te encuentro con la casa para derribarla, con diez quilos menos y con una sombra que te come por los pies, como tú dices.

Me enfurruño porque tiene razón. Le saco la lengua y le pegaría un poquito si le tuviera más cerca.

—De aquí no te mueves hasta que yo te lo diga. ¿Ha quedado claro? —ordena señalándome con un dedo.

—Mandón.

—Loca de los cojones.

—Estirado de mierda.

—Desquiciada inconsciente.

Se acerca y se tumba a mi lado. Le suelto una torta que recibe sin inmutarse. Atrapa mi mano cuando voy a repetirla y la besa con devoción.

—Cosa fea.

—Pijo del barrio de Salamanca.

Se inclina y me quita un mechón de la mejilla. Frunce los labios reprimiendo una sonrisilla y me peina el flequillo.

—Pelo raro.

Le lanzo una mirada afilada.

—Culo fofo.

No quiere reírse, pero nos miramos y empezamos a reírnos hasta que nos duele la mandíbula. Me abraza en la cama, ambos tumbados mirando al techo. Los párpados empiezan a pesarme de nuevo.

—Te quiero —dice, apoyando su cabeza en mi pecho cerrando los ojos.

—Y yo —respondo ya adormecida. «Pero voy a salvar a Lili, te guste o no», pienso justo antes de

viajar al mundo de los sueños.

Me desperezco y abro los ojos con la sensación de haber dormido demasiado. Me duele la cabeza, tengo la boca seca y frío. Estoy sola en la cama. Le llamo pero no me contesta.

Me levanto despacio, mareándome un poco. Me tapo con una mantita demasiado suave para estar a los pies de la cama de la habitación de un chico que vive con su hermano y camino descalza hasta el pasillo. Me asomo. No está. Avanzo por el pasillo despacio, dolorida, hasta que escucho ruido en lo que parece que es la cocina. Sonrío imaginándomelo cocinando algo rico que solo él comerá, porque yo tengo el estómago cerrado.

—No te molestes —digo entrando con cuidado de no pisar la manta—, no voy a comer.

Un chico alto, castaño y guapísimo me saluda en calzoncillos con el frigorífico abierto y una lata de cerveza en la mano.

—Yo tampoco tengo hambre —responde desenvuelto—. Pero si quieres una... —dice ofreciéndome la lata.

Me quedo sin saber qué hacer. Niego con la cabeza y le sonrío con timidez.

—Soy Alex, el hermano del cafre —saluda sin acercarse—. Gabriel me ha dicho que si te levantabas, te dijera que se ha ido al hospital a ver a tu madre, y que sobre las nueve volvía para preparar la cena.

—Gracias —contesto, mirándome los dedos de los pies.

Me ofrece asiento y me acerco a la mesa. Me siento en un banco de madera y jugueteo con las manos. No sé qué hacer con ellas. Se sienta enfrente y da un sorbo sin quitarme ojo de encima.

—Parece que has conseguido engatusarle, ¿eh?

—¿Perdona?

—Digo que mi hermano suele ser un cabronazo de cuidado, y mírate, con su ropa y tapada con su manta. —No lo dice a malas, lo suelta como un comentario sin segundas intenciones.

—Tu hermano no es un cabronazo —le defiendo de todas formas.

Me sonrío y aprecio lo mucho que se parecen. Excepto que Alex tiene los ojos de color caramelo, pelo castaño y es un poco más alto que Gabriel. Pero sus gestos y expresiones son casi idénticas, aunque Alex tiene cierta languidez a la hora de hablar, como si arrastrara las palabras. Entiendo lo que quería decirme ese día, cuando me comentó que su hermano tenía un rollo bohemio muy sexy. Es cierto. Desprende un halo de misterio que suele atraernos mucho. Menos a mí, que solo tengo ojos para su clon rubio y con mal genio.

—Con las tías sí lo es.

Me encojo de hombros, porque no sé qué decir a eso.

—Eres la primera que trae a casa —continúa, evaluando mi reacción. En otro momento entraría al trapo, pero ahora mismo estoy tan cansada que no me apetece empezar una batalla verbal.

—Supongo que lo debo considerar un honor —digo, levantándome. No me apetece mucho hablar esta tarde. Aún estoy cansada.

—No le rompas el corazón. Aunque parece que no lo tiene, debajo de toda esa superficie hay algo, créeme —dice cuando estoy saliendo por la puerta.

Me giro y le sonrío con tristeza.

—Me temo que eso no está en mis manos.

Vuelvo a la habitación con la moral por los suelos. Estar de «mini vacaciones en el país de los penes atractivos» no significa que haya solucionado mis problemas. Me tumbo en la cama y espero en silencio, sumida en mis pensamientos, hasta que le escucho entrar por la puerta. Me levanto y salgo a recibirle al pasillo. Me tiro en sus brazos con dificultades y él me regaña por haber salido de la cama.

Cenamos en la cocina los tres. No me resulta incómodo, al contrario, es muy divertido. Ambos se pelean todo el rato por cosas absurdas, y cuando le pregunto a Alex que a qué se dedica, se encoje de hombros y me dice que a la vida contemplativa.

—Alex es músico —me informa Gabriel, dando un gran mordisco a su fajita de pollo—. Toca el violín y el piano. A veces la guitarra.

Le miro y le quita importancia con la mano.

—Yo no soy músico, me dedico a la música. No puedes definir a una persona por las cosas en las que pierde el tiempo, hermanito. Tú no eres camarero, pones copas y tontear con las chicas.

No me pasa desapercibido ese comentario, pero lo ignoro adrede para no caer en la trampa. Hasta para eso se parecen. Tienen veneno en la lengua.

Gabriel le tira una servilleta de tela, ¡de tela, por todos los santos!, y se descojona.

—Alex no necesita tontear con las chicas, ya van ellas a por él sin piedad.

Enarco las cejas y él secunda el comentario.

—Mis princesas me cuidan mucho, qué le voy a hacer.

—¿Mis? —pregunto sorprendida.

—A ver, Alana, dime, cuando vas a comprar y te encantan tres modelitos, ¿puedes escoger uno o te compras los tres? Pero no te los puedes poner al mismo tiempo, debes dosificarlos, ¿verdad?

Le miro con cara de asco hasta que me acuerdo de Nerea. Joder, son iguales. Harían buenas migas.

—Yo no suelo tener dinero para comprarme los tres, así que por ahí no te sigo.

—Si te los regalaran, ¿a que los aceptarías? —insiste con esa cara de modelo que tiene. Miro a Gabriel y soy incapaz de decidir quién es más guapo de los dos.

—Depende de si los vestidos me cogen cariño y les molesta que me ponga otro, solo porque es nuevo y quiero estrenarlo —respondo enfadada—. Depende de si los vestidos tienen sentimientos que puedo dañar.

—Las chicas nos utilizan igual que nosotras las utilizamos a ellas —responde tan tranquilo. Veo que Gabriel le está lanzando miraditas para que se calle.

Me levanto cuando se me empieza a atragantar la conversación. Siempre había tenido curiosidad por saber de qué hablan los chicos cuando están solos, o cuando se sienten cómodos y en su terreno,

y lo que dicen no son más que gilipolleces similares a las que decimos las chicas cuando nos juntamos a despotricar.

—Bueno, caballeros andantes de reluciente armadura, aquí la dama se retira a sus aposentos prestados.

Ambos rompen a reír y me prometen que hablarán de la menstruación, de embarazos y de ropa para que me quede un poco más.

—Las chicas hablamos de cómo la tenéis de grande, de cómo os lo montáis en la cama y de cómo os vamos a dar largas al día siguiente, así que no os creáis el puto ombligo del mundo.

Ale, he defendido a mis sufridoras compañeras y me he ido dejándoles con la palabra en la boca. A ver si vuelven.

Me tumbo en la cama y suspiro. Dios, que a gustito. Al segundo llega Gabriel y se tumba a mi lado, sin saber si le voy a dar un guantazo o un beso. Cuando me acurruco a su lado se relaja y me desea buenas noches.

—No le tomes en serio. Es igual de bromista que yo.

—No te preocupes. Os tengo calados. Vais de duros pero después no sois más que dos nenazas lloronas.

—Sí, mi amor, tienes razón —murmura adormecido.

Y así pasan los días. Gabriel se ha cogido la semana de vacaciones que le debían en el trabajo y no tengo forma de escabullirme para intentar salvar a Lili. No me deja salir de casa, así que me atrincheró en su habitación dejándome mimar un poquito y pensando el plan que me lleve a salvar a Lili, mi madre y mi cuerpo mientras disimulo sonriendo como una niña buena.

Por las mañanas vamos a visitar a mi madre, y llegamos justo para preparar la comida. Por las tardes vemos películas antiguas, leemos... Disfruto en secreto por formar parte de su vida, su día a día. Ver por fin cómo prepara el desayuno, qué le gusta ver en la televisión por las noches, su ritual antes de irse a dormir. Sonríe cuando le veo doblar sus vendas de boxeo con el ceño fruncido. Y mi cuerpo se agita al imaginármelo encima del ring, con los guantes negros en posición de defensa.

Pero no me deja sola ni un segundo. Tengo que salvar a Lili, jolines. Están pasando los días, y ella encerrada en un jarrón, seguro, maldiciendo mi nombre en arameo por haberla abandonado a su suerte.

—¿Puedo ir a hacer unos recados yo sola mañana? —le pregunto al cuarto día.

Se inclina en la cama y levanta un poco las sábanas perfectas. Levanta una ceja cuando ve mi gran moratón y vuelve a taparme con cara de listillo.

—Cuando te recuperes —repite, como cada día.

Pongo los ojos en blanco con fastidio y me acurruco a su lado, haciendo ruiditos lastimeros. Se ríe y se aleja.

—Ni de coña —dice frotándose los ojos con rabia—. Deja de moverte y frotarte como una lagartija, no te voy a tocar.

Me acerco de nuevo y le intento tocar por debajo de la sábana. Creo notar algo duro, pero me sujeta la mano antes de que pueda confirmar qué es.

—Tienes el cuerpo hecho puré. Hasta que no te cures no te voy a tocar.

Me separo con fastidio y me levanto para ir al baño. Joder, qué pesado se pone. Y qué cabezota es. Casi más que yo. Cuando vuelvo le veo con algo en la mano, con un papel. Parece propaganda. Me acerco y se lo quito de las manos. Es él, en portada, junto con varios más que salen detrás.

—¿Qué es esto? —pregunto, devolviéndoselo.

Lo coge y lo guarda en uno de los cajones de su mesita.

—Mi entrenador quiere que compita. Han preparado carteles con ese diseño —comenta frunciendo el ceño y chasqueándose los nudillos.

Me siento a su lado y le paso la mano por el pelo, tan rubio que parece oro. Sedoso y brillante.

—¿Y cuál es el problema? A ti te gusta boxear.

—Le he prometido a mi hermano que lo voy a dejar —me explica sonriendo—. Al menos profesionalmente. Es muy duro, y peligroso. Un mal golpe...

Cojo aire un segundo. Nunca le he visto en un combate. Ni siquiera sé, en realidad, qué nivel de violencia se alcanza en un combate. A veces le veo con moratones o cortes superficiales, pero como nunca se queja, no me he preocupado por él en ese sentido.

—Si se lo has prometido será por algo —comento dándole un suave beso en los labios—. Quizás ya no te guste tanto como antes.

—Boxear es mi vida, Alana. Es por lo que respiro, lo que me impulsa a levantarme por las mañanas. —Se le iluminan los ojos y contengo la respiración—. Pero mi hermano tiene razón, ya tengo una edad, y bueno —dice mirándome como con timidez—, te tengo a ti. No quiero que sufras como lo ha hecho mi familia todos estos años. Bastante tienes con lo de tu madre, como para que yo...

—¿Qué? ¿Qué vas a decir?

—Estos meses solo he estado entrenando, pero si le digo que sí a mi entrenador, empezaré a combatir en serio. —Saca el papel arrugado de la mesita—. Si me retiro, tengo que avisarle antes de un mes, antes de que empiecen a empapelar Madrid con mi cara.

Le robo el papel y me encojo de miedo al mirarlo con detenimiento en la imagen. Su pose es agresiva, sus músculos marcados. Sus guantes, su cinturón. Me da pavor pensar que le pueda suceder algo, pero debe ser él quien decida. Cada persona debe buscar su destino, sea cual sea y se encuentre donde se encuentre. Si le hace feliz boxear a esos niveles, ¿puedo pedirle que lo deje, por mí? ¿Yo, que aún no sé qué va a pasar con mi vida?

—Debes decidir tú, sin tener en cuenta a nadie más —sentencio con un nuevo nudo en el estómago. Una preocupación más que añadir a mi larga lista.

Pasamos la tarde haciéndonos cosquillas y básicamente haciendo el tonto. Le pido que me enseñe algunos golpes, y él, muerto de la risa, se desespera cuando intento lanzarle un recto al mismo tiempo

que me cubro con la otra mano e intento girar un poco la cadera. Qué difícil. Y eso que tampoco me deja moverme mucho por mis heridas y contusiones.

Al final desisto, me tiro en la cama y me abro de piernas.

—Hazme lo que quieras —digo, intentando parecer atractiva y deseable.

Se parte el culo y me las cierra con delicadeza, acariciándome la piel con una ceja levantada.

—Lo que quiero es que te estés quietecita, que lo mío me cuesta contenerme.

Abro los ojos y me incorporo. La primera muestra de debilidad en días. Si le tiento un poquito...

Así que me bajo la camiseta y me saco una teta. Ale, al grano. Directa, sin darle muchas vueltas.

Se tapa los ojos con el brazo y sale de la habitación quejándose de que no me quiere hacer daño sin querer. No me queda otra que apagar la luz y meterme en la cama con el culo en pompa a ver si hay suerte. Pero por desgracia cuando vuelve ya estoy en el quinto sueño babeando la almohada.

Capítulo veinte

Y como si el tiempo se hubiera escurrido de entre mis dedos, la semana de vacaciones de Gabriel llega a su fin. Por un lado me da penita, porque he disfrutado mucho todos estos días junto a él, pero por el otro, debo salvar a Lili. Ya no podrá mantenerme encerrada en casa, más que nada porque él estará muchísimas horas fuera. Y me da que Alex va a pasar de ser mi perro guardián, sobre todo porque estos días me ha estado evitando lo máximo posible. Ayer por la mañana le pregunté si tenía algún problema conmigo, porque ni me saludó al tropezarnos el uno con el otro en el pasillo, a lo que él me contestó con un desinteresado alzamiento de hombros y un «solo me preocupo por mi hermano» como respuesta. Sospecha que le voy a hacer daño. Seguro que Gabriel le contó que le dejé sin más, y ahora que he «vuelto», claro, ya no se fía de mí. No le culpo. Si tuviera una hermana en las mismas circunstancias me comportaría igual.

Una llamada me distrae. Dejo la tostada con Nutella que estoy desayunando y descuelgo contenta de escuchar la voz de Nerea.

—Hola —dice al otro lado del auricular—. Estamos pensando Lucía y yo, que como es sábado... ¡Noche de chicas!

Me tengo que separar el móvil del oído para no quedarme sorda. Alex ha salido, y Gabriel se está duchando para irse a trabajar. Me lo pienso un segundo, y me encantaría ir, porque las echo muchísimo de menos, pero tengo que llevar a cabo mi plan de salvación en casa de la vecina malvada.

—Hoy no puedo, tengo que trabajar —miento como una bellaca cruzando los dedos.

Silencio al otro lado.

—Eres una mentirosa. La jefa nos ha dicho que no has hecho eventos en toda la semana. ¿No estarás quedando con ese del que no queríamos que te hablásemos?

—No quiero que habléis de él. No. He estado en el hospital con mi madre —respondo poniéndome a la defensiva. He conseguido mantenerlas alejadas de todo este caos y así debe seguir siendo.

—Perdona, guapi, es que te echamos de menos. Da un beso muy fuerte a tu madre y dile que la queremos. Te llamo otro día y nos vemos. ¡Te quiero!

Cuelgo y me llevo los dedos a las sienes. Me está dando dolor de cabeza todo esto. Y más al pensar en lo que tengo que hacer. Repaso mentalmente los pormenores de mi plan avocado seguramente al fracaso más estrepitoso y trago sin ganas el resto de la tostada. Me miro las manos, ya casi blancas. Me pellizco un dedo y nada, parece que ya no tengo sangre en las articulaciones.

Gabriel aparece con unos vaqueros desgastados, una sudadera gris con capucha y unas New Balance plateadas. Con el pelo aún húmedo de la ducha y una de sus sonrisas arrolladoras. Se acerca

y le toco la barba, que ya debería afeitarse un poco, aunque por otro lado me encanta cuando la lleva así, de toda la semana.

—¿Con quién hablabas?

—Con Nerea. Dice que tenemos que quedar. La he dicho que estoy liada, que la semana que viene. Es que aún no me quiero mover mucho, me sigue doliendo un poco el costado —miento de nuevo, mordiéndome el labio. Entrecierra los ojos y se acerca.

—Cuando haces eso con la boca sueles mentir...

—Vale, es que me duele mucho —vuelvo a mentir, obligándome a no hacer nada con mi cuerpo—. Si sigo así voy al médico.

Parece que se queda satisfecho con la respuesta y se sirve una taza de café.

—Pues yo me tengo que ir ya. Acuéstate y espérame tranquilita, sin hacer esfuerzos —me ordena, sentándose a mi lado en el banco de madera—. Después tengo que ir a entrenar un rato, pero como muy tarde a las nueve de la noche estoy aquí.

Asiento y le sonrío disimulando mi nerviosismo.

—Y no te preocupes —añade malinterpretando mi cara de tensión—, antes de nada me voy a pasar por el hospital para leer un ratito a tu madre. Te quiero.

Me da un beso, coge el abrigo y se va. No puedo ni decirle adiós. Me siento fatal por mentirle también a él, pero debo hacerlo yo sola. Sin poner a nadie más en peligro. Espero que no acabe muerta y él se tenga que enterar después de buscarme como loco más de una semana. Porque si algo me pasa, nada fuera de nuestra extraña relación nos une de cara al mundo. Nadie le llamaría para decirle que me he muerto. A no ser que yo misma me presente en su cama convertida en un fantasma pálido y ojeroso.

Borro esos pensamientos de mi mente y me voy a dar una ducha rápida. Me pongo uno de sus pantalones vaqueros, los más pequeños que tiene y una de sus sudaderas. Me miro al espejo y cierro los ojos, espantada. Busco un cinturón, porque los pantalones se me caen. Me pongo mi querido abrigo que ha vivido tiempos mejores y me despido mentalmente de su casa por si no vuelvo a verla jamás.

Después de estar encerrada toda una semana agradezco pisar la calle por fin. El aire frío me golpea las mejillas sin piedad. Me subo la cremallera hasta arriba deseando tener una buena bufanda, mi gorro preferido y mis guantes. Ya no sé dónde están, pienso recordando que lo he perdido todo. El frío me atraviesa hasta las mismísimas entrañas, y vuelvo a la realidad sin edulcorar, a la cruda y dura realidad.

Estoy muy cerca de mi casa, pero hace un viento que me tira para atrás. La gente se va resguardando en los portales, y tras comprobar con dificultad en el móvil que no son ni las diez de la mañana, decido que cogeré el metro, aunque sean tres paradas.

Bajo las escaleras y consigo respirar al fin. Me peino un poco y paso los tornos decidida a acabar con esto de una vez por todas. Me siento a esperar en el andén repasando el plan, pensando si podré

interpretar mi papel a la perfección, o si por el contrario mi odio hacia su persona se me verá reflejado en el careto, mandándolo todo a la mierda ipso facto.

No, Alana, me digo mentalmente, debes disimular. Debes convencerla de que estás de su lado, que sigues confiando en ella. Bésale los pies si hace falta, pero te tiene que dejar entrar en su maldita casa de mierda llena de polvo y telarañas.

Cuando llego a mi estación me levanto para salir y me tengo que sujetar en una de las barras para no caer. La cabeza me da vueltas y la cadera me empieza a doler de nuevo. No estoy recuperada aún, y quizás debería haber esperado unos días más, pero pensar en Lili dentro de esa casa, a su merced... No. He de rescatarla hoy, sin falta.

Cuando llego a la plaza contengo la respiración, y no es gracias al viento huracanado que sopla sin piedad. No, es que la visión de mi todavía casa me sigue impactando como el primer día. Es increíble. El sol incide en el tejado de pizarra negro, sacándole destellos multicolores. La chimenea que parece una bruja en lo alto, custodiando la entrada. La piedra, el musgo, la puerta. Como hipnotizada, me voy acercando hasta los barrotes y me asomo, justo como hacía meses atrás, antes de que fuera mía, imaginando su interior. Antes no sabía cómo era por dentro y me gustaba imaginar cada una de sus estancias en mi cabeza. Ahora que ya lo sé, recreo cómo era antes de que acabara destrozada. Cómo la restauraría ahora, tirando el tabique de la cocina para que la entrada fuera más amplia aún, comunicando el salón con la cocina. Quitaría la madera, la pintaría toda de blanco, para que fuera más luminosa.

Un sonido en la puerta de al lado me hace dar un brinco. Me giro y la veo, saliendo apoyada en su bastón.

—¿Alana? —pregunta acercándose—. Hacía días que no te veía.

—Buenos días, Madame Ardelean —saludo, impostando mi mejor sonrisa falsa. Me muerdo el interior del carrillo para recordarme mentalmente a qué cojones he venido. He de salvar a Lili—. Sí, he estado unos días fuera, pero ya he vuelto.

Se aproxima hasta cogerme con fuerza del brazo y observar con detenimiento mi rostro.

—Estás más pálida. ¿Te estás tomando las infusiones?

Trago saliva y asiento.

—Claro. Por eso he venido. Necesito que me prepare más. Y también para mi madre. Ya se le han acabado —miento sin parpadear.

Entorna los ojos un segundo y me recorre con la vista, como decidiendo algo. Al final parece que paso la prueba, porque murmura algo como «por supuesto» y me lleva hasta su portal. Subimos en silencio. Ella va delante, y me fijo en que sus piernas se ven raras, como muy hinchadas. Le cuesta más andar, al menos más que la semana pasada.

—¿Se encuentra bien, señora? —pregunto en su espalda aprovechando para lanzarle miradas de odio. Espero que no se me haya notado que hay ironía en mi tono.

—Las rodillas.

—Debería ir al médico —comento justo cuando llegamos a su puerta.

Abre sin necesidad de llave, solo girando el picaporte. Atravesamos el pasillo. Ella por delante, apoyándose en la pared, en los muebles. Yo mirando alrededor, buscando un jarrón con la cara de Lili dentro, algo, lo que sea para cogerlo y salir corriendo.

Entramos en el salón y me pide que me siente en el sillón de siempre. Ya estoy preparada para el polvo que se levanta cuando poso el culo, así que tomo aire y contengo la respiración unos segundos después de sentarme. Ella se sienta justo a mi lado, en una silla. Deja su bastón cerca, a milímetros de su mano.

—Dime, querida. Cómo te va todo —quiere saber acariciando cada poco la cabeza del bastón. Me fijo en que es un dragón—. El otro día estabas muy nerviosa... Me golpeaste la mano que tenía apoyada en tu amigo. —La voz se va tornando más afilada, menos amable. Sospecha algo, lo sé.

Disimulo un gallo que me sale con tos e intento calmarme.

—Sí, lo siento mucho, de verdad que no sabía ni lo que estaba haciendo. No se lo he dicho a nadie, pero entraron a robar en mi casa días antes, y llamé a mi amigo para que calculase los daños y lo que me iba a costar la reparación.

Me observa con los ojos entrecerrados, como midiendo cada una de mis palabras, observando milimétricamente mis gestos y movimientos. Dónde pongo cada mano, cómo tuerzo la cara al hablar... Me está poniendo muy nerviosa. Me estremezco solo de mirarla, de sentirla tan cerca.

Se queda unos segundos en silencio, observándome, y reacciona un poco tarde, haciéndose la sorprendida.

—¡No me digas que te han robado, querida! —sobreactúa llevándose las manos al pecho—. Qué mala suerte estás teniendo.

—Sí, muy mala suerte —digo, pensando en clavarle un tenedor en el ojo—. Pero bueno, son cosas que pasan. —Me encojo de hombros como quitándole importancia, y veo que eso le molesta más que cualquier otra cosa. Me quiere hundida, acabada, no sacando la cabeza para respirar.

—Sí, son cosas que pasan —repito masajeándose las manos, haciendo sonar su docena de pulseras—. Bueno, ¿en qué te puedo ayudar?

—Se me ha acabado el preparado para mí y el ungüento para mi madre. Necesito más.

—Cierto, me lo has dicho antes ¿Cómo se encuentra? ¿Mejorías?

Trago saliva, porque me cuesta mucho hablar de mi madre con ella, la responsable de todo esto. Estoy segura de que ella provocó el accidente, no sé cómo, pero lo hizo. Dicen que las casualidades no existen, y ahora más que nunca creo en esa frase con todo mi ser.

—Estable —contesto concisa. Me obligo a sonreír. Ella me imita. Y me doy cuenta de que tendré que sacar la artillería pesada para conseguir que se fie de mí. Así que sin previo aviso contengo las ganas de arañarle la cara y me tiro a sus brazos en un abrazo patético—. Muchas gracias por ayudarme, con todo —consigo decir con mi voz más ñoña posible—. Sin usted estaría perdida.

Se deshace de mi contacto disimuladamente, cosa que agradezco, y me da palmaditas en la espalda

que noto impostadas y para nada espontáneas.

—Tranquila, querida. Espera un momento, que voy a preparar té y tus pedidos. —Me mira de arriba abajo y hace un gesto de desaprobación—. Interesante atuendo, pero deberías comprarte ropa más adecuada a tus medidas —comenta mirando con sorna mi sudadera cuatro tallas más grande de lo que debería—. Eso me obliga a recordarte que...

Justo antes de que diga que le debo dinero saco varios billetes de cincuenta y se los paso.

—Lo que le debía más lo de hoy. Perdona, pero con lo de mi madre he trabajado menos, y han tardado más en pagarme.

No se lo piensa un instante, me arranca los billetes de la mano sin piedad.

—Perfecto. Ahora mismo vengo.

Y se aleja por el pasillo ayudada por el bastón.

Me levanto como un resorte y empiezo a dar vueltas por el salón. Voy hasta el aparador lleno de cosas viejas y feas, intento no tocar nada, no quiero que sepa que estoy tocando sus asquerosas posesiones. Escucho un ruido y me quedo paralizada con una especie de bola de cristal en la mano. Atenta, sin respirar, oigo cómo enciende algo como el horno. Vale, pienso dejando la bola donde estaba, sigue en la cocina. Y espero que no esté calentando el horno para meterme dentro.

Me acerco hasta la extraña urna con el humo dentro, y unas manos blancas dentro de ella me asustan. Me tengo que controlar, me llevo las manos al corazón y me obligo a cogerla. El humo se muestra inquieto, más revuelto. Sí, aquí debe estar el tal Ricardo. La dejo en el suelo con cuidado para que no se me olvide y sigo buscando. Muevo un poco los libros, varias plumas enormes, nada. No veo nada más. ¿Estarán Lili y Ricardo juntos dentro del mismo jarrón? No lo sé, no me puedo arriesgar. ¿Y si no es así, si me equivoco? Me iría corriendo con él en la mano sabiendo que jamás podré entrar de nuevo en esta casa tan fácilmente. No, tengo que seguir buscando.

Un carraspeo en mi espalda me hace quedarme rígida y con los ojos como platos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Me giro lentamente y la veo con la bandeja del vomitivo té de las narices.

—Estaba mirando sus cosas —digo al segundo, buscando no parecer culpable. No tan culpable—. Perdona, es que soy un poco cotilla.

Mira la urna y frunce el labio.

—Deja eso donde estaba —me ordena, con la voz tan afilada como un cuchillo—. Ven, tómate el té.

Sí, ya..., pienso enfadada. El té que me hará ser un puto fantasma. Ni de coña.

—¿Podría traerme un vaso de agua, por favor? —pido amablemente dejando la urna donde estaba, exactamente en el mismo lugar. Ayuda que todo esté tan lleno de polvo, porque así se ve dónde iba cada cosa. Aunque ahora que lo pienso quizás lo deje tan sucio adrede, para saber si alguien ha movido algo de lugar de un solo vistazo.

Ve que vacila, duda. Pero también me quiere muerta, y en el fondo no es la primera vez que

cotilleo un poco en este salón. Ya me pilló en otra ocasión. Así que para seguir con la farsa me siento y cojo una de las tazas, llena hasta arriba de la poción para convertirte en Casper. Le doy un sorbito muy, pero que muy pequeño y le sonrío. Parece que es la prueba que esperaba para confiarse, porque se aleja de nuevo por el pasillo, diciendo que el ungüento para mi madre estará listo en unos minutos.

En cuanto se va escupo el maldito líquido de nuevo en la tacita de porcelana. Me sobrevienen varias arcadas, y la bilis me sube hasta la boca. Lo que me da es veneno puro. De repente una cajita de plata se mueve un poco encima de la mesa, a mi lado. Me echo hacia atrás y retiro las manos, con miedo a que se abra y me arranque un dedo.

Otro segundo y vuelve a dar otro saltito, casi imperceptible. Joder, me estoy cagando encima. Un instante más y salta hasta llegar a mi regazo. La cojo entre mis temblorosas manos, dándole vueltas con los dedos. Es preciosa. Labrada en todas sus caras. Le doy la vuelta y me quedo paralizada cuando veo la palabra «Liliana» grabada en letras delicadas. Es Lili. Está aquí dentro. Sin pensármelo dos veces me meto la cajita en el bolsillo de la sudadera. Me asomo al pasillo de puntillas y, como parece que sigue en la cocina, corro a coger la urna con Ricardo dentro y salgo del salón en dirección a la puerta de entrada.

Me sudan las manos, se me vuelven gelatina. Y no ayuda que mi corazón retumbe en mi pecho como si fuera un tambor. Me doy ánimos mentalmente y cojo el picaporte para girarlo despacio. En cuanto salga al descansillo tengo que correr como nunca.

Venga, Alana, que tú puedes, me repito una y otra vez con las manos temblando.

Toco el picaporte y lo voy a girar, tal y como había visualizado en mi mente, pero el muy cabrón no se mueve. Giro la cabeza un segundo y compruebo que la loca no se acerca. Le doy otro tirón, esta vez más fuerte, sin importarme que lo escuche ya, pero no hay forma. No gira.

Me empiezo a poner muy nerviosa. El labio me tiembla. El ojo derecho empieza a parpadear en lo que en un futuro inmediato será mi tic permanente.

—Joder... joder....

Y el corazón se salta un latido cuando siento su mano en mi hombro, justo a mi espalda.

—¿Se puede saber qué pretendes?

Me giro despacio. Si no tuviera una de mis manos ocupadas sujetando la urna me santiguaría.

—Sabía que venías a rescatarles —murmura bajando la voz—. No soy idiota, querida. Pero a ti te faltan unas cuantas primaveras por ponérmelo tan fácil.

Me apoyo contra la puerta para separarme de ella unos centímetros. Ya no puedo disimular. Me ha pillado con las manos en la masa. Baja la mirada hacia la urna y después la lleva hasta mi bolsillo, donde está la cajita con Lili dentro.

—Por favor... —suplico, sin saber qué decir.

Me suelta un sopapo con todos los anillos que me gira bruscamente la cabeza hacia un lado. Me pitan los oídos y creo que no veo bien por un ojo. Por suerte no suelto la urna al caer al suelo.

—Eres una niña estúpida —me insulta con odio, golpeándome sin piedad con el bastón—. Venir a mi propia casa a robarme...

Me protejo con el brazo libre y acepto los golpes lloriqueando. De esta no salgo. En serio, no tengo muchas fuerzas, y las pocas que me quedan no sirven para defenderme.

Me coge del pelo con rabia y me arrastra con una fuerza sobrehumana de vuelta al salón.

—¡No! ¡No! —gimoteo, arañando el suelo. No quiero volver ahí dentro. Quiero irme.

Me empuja sin miramientos contra una mesita de cristal que se rompe en mil pedazos cuando caigo encima. Miles de cristallitos se me clavan en las manos, en los brazos, en las rodillas. Me intento levantar pero las piernas no me responden.

—Ahora te vas a quedar calladita, y vas a hacer lo que yo te diga —me ordena con un tono demasiado suave. De fondo se asoma sin timidez la amenaza, la venganza latente.

Me refugio entre mis piernas con la urna abrazada al cuerpo. La cajita pegada a mi costado se mueve y tiembla.

Veó cómo levanta la tetera y se acerca con ella con paso firme, ya sin cojear. Me agarra del flequillo con una mano y me echa la cabeza hacia atrás. El cuello se me dobla fuera de lo normal, y presiento que si ella quisiera, me podría dejar tetrapléjica en un pestañeo.

—Por favor... No... No... —gimoteo viendo que con la otra mano me acerca la tetera hasta los labios.

Me pega un meneo que hace que se me pongan los ojos en blanco y me atiza con la tetera en la boca. Grito de dolor y pienso que se me deben de haber partido varios dientes de la hostia que me ha dado.

—Bebe. Hasta la última gota.

Cierro la boca con fuerza y resisto como puedo. Miro con horror que deja con parsimonia la tetera en el suelo y coge el bastón. De un golpe la cabeza del bastón se despliega en una afilada cuchilla brillante que me pone en la garganta. Aprieta y siento que se clava en mi delicada piel. Un dolor agudo y punzante me recorre cuando me empieza a cortar con ella.

—O bebes o te separo la cabeza del cuerpo —dice con tranquilidad. Como si ya lo hubiera hecho muchas veces. El Abc del asesino grillado.

Sin pensármelo, adelanto una rodilla y empujo la tetera, que cae al suelo vertiendo todo el líquido por la alfombra. Me permito el lujo de mirarla unos segundos a los ojos, aunque los tengo tan llorosos que no sé si la estoy mirando a las cejas pintadas o a los pelos del bigote.

—¡Maldita niña estúpida! —grita dando un pisotón en el suelo—. Pero no te preocupes, tengo más en la cocina —murmura, sonriendo.

Me suelta con fuerza el pelo y me como la alfombra. La urna se me cae y por poco no se rompe. Es mi última oportunidad. Si no lo hago ya, no podré salir de aquí con vida. Así que haciendo alarde de las últimas fuerzas que me quedan me levanto lo más rápido que me permiten mis atrofiados músculos y le pego con la urna de cristal en la cabeza.

Se queda aturdida un segundo y se balancea hacia un lado, que es justo el tiempo que tengo para correr hasta la ventana más cercana, abrirla con las manos llenas de sangre, sangre que mana por mi garganta como si fuera un grifo mal cerrado, y salir hasta quedarme sentada en el alféizar.

Se levanta y estira una mano señalándome. Veo que va a decir que no, que no me tire. Pero llegados a este punto prefiero morir así que bajo sus asquerosas manos. Es un primero. No creo que me haga mucho daño. Solo me partiré las piernas. Cierro los ojos y me meto la urna debajo de la sudadera. Justo cuando está llegando a mi lado me dejo caer. Debe de haber algo más de dos metros. No es mucho...

Es un segundo, pero en ese corto lapso de tiempo no hago más que pensar que debo rodar al caer. Lo vi en una peli. Mi intención es caer a cuatro patas, como los gatos, pero en realidad mi primer contacto con el suelo lo hace mi costado, y por inercia, ruedo un poquito sin pensar en lo que llevo debajo de la sudadera.

Me quedo sin respiración y pienso que me he roto algo cuando me quedo boca arriba en la acera y levanto la vista. Es ella, asomada a la ventana. Desaparece, así que eso solo puede significar que viene a buscarme para terminar con el trabajo.

Me levanto reprimiendo las ganas de llorar y toco la urna por debajo de la sudadera para comprobar que sigue de una pieza. En la plaza no hay un alma, así que nadie ha visto mi patético intento de huida. Empiezo a correr arrastrando una pierna, que se me ha quedado como tonta. Estoy saliendo a la calle principal cuando la escucho gritar a mis espaldas. Me giro un segundo y la veo acercarse corriendo. Sí, corriendo. Con sus hinchadas piernas, sus rodillas con pliegues raros, dejándose ver por encima de su vestido negro. Con esos ojos encolerizados, rabiosos. Le falta echar espuma por la boca. La he cabreado. Y ahora quiere hacérmelo pagar.

Pego un grito histérico y sigo avanzando. Siento los pies torcidos, un lado del cuerpo dormido, el cuello abierto en canal y la adrenalina moviéndome con ráfagas intensas de electricidad. Gracias, instinto de supervivencia, sin ti ya sería puré fantasmal.

Varias personas se alejan cuando paso a su lado, un hombre trajeado intenta pararme para ayudarme, a lo que le contesto con un golpe en la mano y un grupito de chicas gritan al verme. Sí, debo parecer Quasimodo, pero con la chepa por delante.

—¡Dios mío! ¡Está embarazada! —grita otra mujer, impidiéndome el paso.

La empujo sin piedad y cae al suelo. Agarro mejor la urna, que se me ha ido escurriendo hasta la tripa con la carrera cuando veo a otro hombre que se acerca en mi auxilio.

—¡Esa chica ha roto aguas! ¡Está de parto!

Giro la cabeza un segundo para ver que le cuesta cada vez más avanzar, más que nada porque la gente se interpone en su camino al quedarse parada ante la imagen de mi extraña huida.

Corro calle abajo luchando por respirar. Tengo que parar un segundo, porque me arden los pulmones. Mis piernas ya no me responden, no les llega oxígeno. Recupero el aliento un segundo flexionada en dos, con las manos en las rodillas. Respira, respira, me digo intentando tranquilizarme.

Levanto la vista y la veo avanzar empujando sin miramientos a la gente, corriendo como alma que lleva el diablo. ¡Me cago en la hostia!

Se está acercando cada vez más. Le quedan varios metros para llegar a tocarme. Voy a emprender la carrera de nuevo cuando me fallan las piernas y se me doblan las rodillas. Miro a ambos lados, desesperada. Y veo un coche que para en el semáforo. No me lo pienso. Me arrastro, abro la puerta y entro hasta el asiento de atrás. Me meto dentro justo cuando ya estaba tocando mi capucha. Con un dedo ensangrentado bajo el seguro de la puerta. Y la imagen de sus ojos encolerizados se me queda clavada en la mente.

—¿Se puede saber qué haces? —grita una mujer de mediana edad con gafas.

—Me quieren matar. ¡Arranque!... ¡Por favor! —consigo decir a punto del desmayo.

La mujer ve la sangre bajando por mi cuello, los pantalones rotos, y a la vecina loca al lado de mi ventanilla, ya golpeándola para romper el cristal. Sin mirar si el semáforo está en verde, mete primera y acelera a fondo.

Cuando pasan por lo menos diez minutos creo que puedo abrir los ojos y comprobar que estoy a salvo, de momento.

Me asomo por la ventanilla y veo que nos acercamos al Gregorio Marañón. El silencio de la mujer podría confundirme, hacerme creer que está tranquila, pero el temblor de su mano al cambiar de marcha me dice que la pobre va a sufrir un infarto.

—Muchas gracias. Me ha salvado la vida —digo con las lágrimas amenazando con salir para inundar el coche por dentro.

—No, no ha si... sido nada —balbucea, toqueteándose la moldura de las gafas cada poco tiempo.

—Si no es mucho pedir, le estaría muy agradecida si me llevara a la calle Belén número 3, por favor.

Me mira por el espejo retrovisor y niega con la cabeza.

—Tiene que verte un médico.

Maldigo en silencio y lo intento de nuevo.

—No voy a entrar en el hospital —explico apoyando de nuevo la cabeza en el respaldo y cerrando los ojos un segundo. Me cuesta hablar, tengo la garganta seca—. En cuanto me deje en urgencias me escaparé y pediré un taxi. Tengo que ir a esa dirección de inmediato.

Vuelve a mirarme por el espejo y asiente.

—Está bien. Pero toma —dice tendiéndome un pañuelo—. Ponte esto en la garganta.

Me intento taponar la herida con su suave pañuelo rosa de flores y abrazo con fuerza la urna. Un leve movimiento en mi bolsillo me dice que Lili también está conmigo. Ya más tranquila, dejo que la primera lágrima salga sin miedo.

Lo he conseguido, me repito mentalmente intentando borrar de mi cerebro esos ojos.

Capítulo veintiuno

Llegamos a la dirección y para el motor. Tiene la frente perlada de un sudor brillante. Las manos le tiemblan, los ojos no paran de mirarme desde el retrovisor. Yo intento por todos los medios no mancharle de sangre la tapicería.

—Debería llamar a la policía —dice más para sí misma que para mí.

Me incorporo y le toco el hombro, dejándole una pequeña mancha de sangre en la blusa de seda azul. Mierda. Ya se la he jodido.

—¡No! Por favor —suplico, agotada. Me cuesta hablar. El bajón de adrenalina está dejando a mi cuerpo en un estado de sopor que me impide casi moverme, pero me tengo que espabilar—. Me ha salvado la vida, de verdad. Ha hecho lo correcto —añado abriendo la puerta, por si se lo piensa mejor—. Le debo una, y en cuanto me recupere, haré lo imposible para devolverle el favor.

Salgo del coche cojeando con la urna debajo del brazo. Llego hasta su ventanilla y le sonrío intentando imprimir a mis labios un poco de alegría. Le digo adiós con la mano, y ella, aún vacilante, arranca de nuevo el motor y se aleja. Espero como puedo, tambaleándome hacia los lados, hasta que veo que desaparece en la primera esquina. Por si acaso, porque no quiero que nadie vea a qué piso voy a llamar.

Me acerco gimoteando hasta el portal y llamo al piso de Gabriel. El hermano debería estar en casa, pienso apoyada con una mano en la pared. La piel del cuello me tira, me arde. Ya empiezo a tener sangre seca alrededor de la herida, pero aún siento cómo me voy desangrando gota a gota por el tajo que me ha metido la loca de los cojones.

Mantengo el dedo en el timbre. Si es necesario lo quemo, pero que me abra. No puedo estar mucho más tiempo en la calle, a la vista de cualquiera, al alcance de ella.

Al instante la voz de Alex suena en el interfono, y yo suspiro de alivio.

—¡Abre! ¡Soy Alana!

Una queja casi inaudible y la puerta se abre. Subo cada escalón a cuatro patas, medio arrastrándome, medio escalando. La vista se me va nublando, me va y me viene. La respiración entrecortada, la herida abriéndose en cada esfuerzo que hago. Llego al descansillo y miro atrás, escaleras abajo. Un reguero de sangre me sigue desde la entrada. Reprimo un gemido contenido y el sonido de la puerta me despierta de nuevo. Unas botas acercándose que se paran al verme y avanzan un poco más. Unos brazos me levantan a pulso. Retengo la conciencia lo justo para sujetar más fuerte la urna. Me lleva dentro, al calor de su piso immaculado.

Escucho que dice cosas, pero no las entiendo. Está hablando con alguien, creo que Gabriel, por cómo le llama «cafre». Palabras como «tu novia» o «se está desangrando» se repiten y golpean mi

mente una y otra vez, sin descanso. Mantengo la cabeza en el suave parqué mientras abrazo la urna en silencio y lucho por seguir respirando un poco más.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero estoy en la cama. Alguien a mi lado me limpia cuidadosamente el cuello. Me quejo, me duele. Abro los ojos y veo mechones castaños sobre mi cara.

—No te muevas —me ordena, muy concentrado.

Apesta a alcohol, y me intento quitar cuando me acerca una especie de algodón impregnado en esa solución maloliente. Odio ese olor. Me recuerda al hospital.

—He dicho que te estés quieta —repite muy serio. Joder, son igual de mandones. Y parece que tienen el mismo genio.

—¿Dónde está Gabriel? —pregunto en un murmullo.

Escucho su sonrisa y se aleja para despegar una especie de tiritita.

—Ya viene, no te preocupes. Te voy a poner puntos de aproximación en el corte. Deberían coserte, pero mi hermano me ha dicho que no te lleve a urgencias.

Agradezco mentalmente a Gabriel ese gesto de confianza. Aunque cuando llegue estará tan furioso por desobedecerle que me estremezco un poco. Miro a un lado y veo un botiquín bastante más profesional que el que teníamos mi madre y yo en nuestro piso de alquiler.

—¿Eres enfermero además de músico? —pregunto para mantenerme despierta con la cabeza hacia atrás, haciendo una mueca de dolor cuando me pega esa cosa en la herida.

—No, pero a veces mi hermano necesita puntos como los que te estoy poniendo. Sobre todo cuando tiene algún campeonato —explica, concentrado, presionando con cuidado la herida—. Me voy una temporada a Australia con un grupo. Serán seis meses de gira. Espero que le quites de la cabeza eso de competir de nuevo. Ya está mayor, y me preocupa un poco no estar aquí. Aunque por cómo estás ahora mismo, no sé quién de los dos tiene más peligro. ¿Qué te ha pasado?

Un silencio incómodo se extiende por la habitación.

—Vale, no me lo cuentes. Ya me ha dicho mi hermano que mejor no pregunte.

Me termina de pegar los puntos y siento que la piel me tira mucho en esa zona. Es sumamente incómodo.

—Me arde —me quejo un poco intentando tocarme la herida.

—Eso es bueno. No te lo toques.

Me caza al vuelo una mano y se pone a limpiarme con alcohol todas las pequeñas heridas que invaden mis dedos.

—Parece que tienes cristales. ¿Has atravesado una puerta o algo así?

Cierro los ojos y me dejo hacer, entre quejidos lastimeros y lloriqueos de bebé. Cuando termina con las articulaciones superiores me saca los pantalones con cuidado, y se ríe cuando ve que llevo unos calzoncillos de su hermano.

—No me quedaba ropa interior —explico, claramente avergonzada.

—Si me lo hubieras dicho te habría prestado algo yo. Tengo una colección de encaje que te encantaría —bromea guiñándome un ojo—. Pero como hermano mayor debo avisarte de que no pongas a mi hermano en peligro, te dediques a lo que te dediques en tu tiempo libre.

—Yo no...

—Vale, no me meto. Pero que sepas que no me gustas —concluye quitándome con cuidado los cristales de las rodillas—. No es normal que aparezcas así en nuestra casa. No es normal.

«Tierra, trágame», pienso con ganas de chillar. Y no le culpo. Debe pensar que soy una loca.

En cuanto considera que ha terminado su trabajo conmigo desaparece dentro de su habitación. Eso sí, me dice que si necesito cualquier cosa que llame a la puerta. Le doy las gracias por todo y le pido disculpas por aparecer en este estado sangriento en su casa y me voy a la habitación de Gabriel con la urna y la cajita plateada bajo el brazo. Me siento en la cama con un gesto lastimero y juro que mataría por un chute de morfina. Ahora mismo siento tanto dolor en todo el cuerpo que no sabría decidir qué zona amputarme primero.

—Veamos... —murmuro, dándole vueltas a la cajita. La intento abrir, pero está como sellada—. Lili, ¿estás ahí dentro? —pregunto con mis labios rotos e hinchados casi pegados a su superficie más fría que el hielo.

Como respuesta la cajita pega un brinco entre mis manos. Sonrío con cuidado de no abrirme más las grietas de los labios.

—Estamos a salvo, Lili. Te voy a sacar, pero tendrás que tener un poco de paciencia, a ver si consigo abrir la cerradura.

Voy hasta la cocina y cojo un cuchillo. Vuelvo e intento, con cuidado de no cortarme, meter el filo por la hendidura y hacer palanca. Estoy tan torpe que se me resbala y me corta en un dedo.

—¡Me cago en la puta de oros! ¡Joder!

—Esa boca, que te la voy a tener que lavar con lejía —suelta Gabriel abriendo la puerta.

Dejo la cajita a un lado de la cama y me quedo quieta, esperando su reacción. No tarda en llegar. En cuanto me ve la cara, que debo tenerla como un Cristo, se arrodilla a mi lado y se apoya en mis rodillas hasta que ve que también las tengo desolladas.

—Dios santo, Alana. ¿Me voy unas horas y te encuentro así? ¿Qué coño te ha pasado?

—¿Seguro que quieres saberlo? —Intento no llorar, no balbucear como un bebé asustado.

Se levanta y se cruje los nudillos con fuerza.

—Mi hermano me ha dicho que estabas herida, no que te habían dado una paliza.

Se sienta a mi lado en la cama y se nota que no sabe dónde poner las manos.

—He ido a casa de la vecina para salvar a Lili.

Venga, ahora viene la charla, el cabreo, los gritos, el chantaje... Pero por algún extraño motivo me coge las manos y me besa los nudillos, uno a uno lentamente, como si su contacto pudiera curarme milagrosamente.

—Te dije que no lo hicieras...

Nos retamos con la mirada.

—Tenía que hacerlo.

Creo que tiene tantas cosas que decir que se le agolpan entre los labios sin que ninguna consiga salir la primera. O puede que haya veces que las palabras sobren, porque ya de nada serviría mentar lo que ambos sabemos. Sí, le he mentado. Pero él sabe que lo iba a hacer. No creo que le haya pillado realmente por sorpresa.

—¿Has conseguido rescatar a Lili? —pregunta al fin apresándome el rostro entre sus grandes manos. El pulgar me roza el labio partido, y allí donde más me duele me deja un suave beso que sabe a esperanza y a comprensión.

Sonrío y le enseño la cajita.

—Está aquí dentro. Al menos eso creo. Pero no consigo abrirla, parece que está sellada.

Se la tiendo y la gira entre sus dedos, pasando las yemas por los dibujos labrados con detalle y precisión.

—Liliana —lee por detrás—. Si no está aquí...

Coge el cuchillo y lo introduce hasta el fondo en la hendidura. Y en vez de hacer fuerza con la mano, le pega un golpe contra el suelo que casi parte una lámina del parqué. Un chirrido empieza a sonar, elevándose más y más hasta que ambos tenemos que taparnos los oídos. De repente la cajita empieza a temblar y se abre como en una pequeña explosión con una luz blanca tan cegadora que tengo que cerrar los ojos para no quedarme ciega. Gabriel me coge la mano y me la aprieta, y aunque me está haciendo daño no la muevo, porque su contacto es lo que más seguridad me da en el mundo. Es como si a su lado nada malo me pudiera ocurrir.

—¿Lili? —pregunto con los ojos cerrados—. ¿Eres tú?

Despego los párpados y enfoco, viéndola de nuevo. Mi preciosa aparición. La Dama Blanca. Viene flotando hasta mí con los brazos por delante y me abraza. Me quedo congelada al instante, pero no me importa. Ya no.

—¡Alana! ¡ Me has rescatado! —grita con esa voz que parece que proviene de otra dimensión, otro plano dentro la misma realidad—. Ha sido horrible, ¡espantoso diría yo! ¡La mujer malvada es mucho peor de lo que me pensaba!

Ambas nos giramos al escuchar los balbuceos sin sentido de Gabriel. Está pálido, con la boca abierta, parpadeando cada nanosegundo y sin quitar la vista de mi amiga fantasma.

—El hombre apuesto... —dice, mirándome con complicidad. Corre a peinarse su larga melena plateada y se intenta planchar un poco el camisón eterno—. Encantada —le saluda inclinándose levemente. Esta niña es una antigua...

—No te hagas la remilgada ahora —le recrimino—. Que le has visto el culo más veces que yo.

Gabriel me mira con pánico y la vuelve a mirar a ella.

—No es posible —murmura acercando su mano hasta la estela que Lili desprende. La retira tan rápido como la acerca, asustado.

—Si la tocas se te duerme la mano. O se te queda congelada como si hubieras metido los dedos un rato en hielo —le explico tocándole la pierna un momento.

—No puede ser —vuelve a decir, pasándose las manos por el pelo.

—Te lo he contado, y pensé que me habías creído. ¡Viste la oscuridad tragándose mi cuerpo!

—Pero verlo es distinto. No tiene nada que ver —dice negando con la cabeza—. Esto demuestra que hay vida después de la muerte. Es increíble... —Se frota los ojos y vuelve a tocarla. Lili se queja, diciendo que no la toque más, que ella es una mujer decente, no como yo—. ¿Será que estamos sufriendo alucinaciones? —me pregunta cruzándose de brazos para levantarse después de golpe y empezar a caminar dando vueltas.

Joder, le está dando un chungazo. Como la primera vez que la vi. Yo ya estoy acostumbrada, y supongo que todos necesitamos tiempo para asimilar a Lili.

—No son alucinaciones. Es real —afirmo dolorida—. Ven, siéntate a mi lado otra vez.

Hace lo que le pido y me pasa un brazo por los hombros, como protegiéndome.

—Ahora tenemos que sacar a Ricardo —dice Lili, inquieta, señalando la urna.

—Espera, ¿es que hay otro fantasma? —suelta Gabriel pegando un brinco en la cama.

Miro la urna y me empiezan a entrar dudas. Pensamos que es Ricardo, pero, ¿y si no lo es? ¿Y si liberamos a un espíritu maligno por error?

—¿Estás segura de que Ricardo está ahí dentro? —pregunto a Lili, despacio, pronunciando en exceso cada palabra para que no hay equívocos.

Se encoje de hombros y asiente.

—Lo que quede de él está ahí. Lo noto.

—¿No pudiste hablar con él en todos estos días?

Se toca el pelo compulsivamente y niega despacio. Sus enormes ojos grises se empañan de lágrimas y empieza a temblar.

—Cuando la oscuridad me tragó me llevó hasta su ruinoso piso. Dijo unas palabras muy raras y la cajita me succionó. No podía moverme, ni hablar —explica acercándose más y más—. Pero lo escuchaba todo. Cómo hablaba sola, cómo se reía por las noches. No dejes que me lleve otra vez, Alana. He pasado mucho miedo.

—No volverá a atraparte, te lo juro —aseguro con firmeza. Por dentro pienso que a duras penas he conseguido escapar yo, pero algo me empuja a proteger a Lili. Será su aspecto de cristalina fragilidad, o que me siento responsable de su seguridad por algún motivo que aún no alcanzo a entender.

—Por las noches escuchaba cómo se bebía a los fantasmas. Cómo ellos gritaban mientras ella se los comía —continúa mientras se pone a flotar por la habitación. Gabriel me está clavando las uñas en la palma de la mano. Me quejo y afloja la presión, pero no me suelta—. Tiene varios más, por lo menos tres. Y se los come poco a poco. Por suerte a mí me dejó tranquila. Pero cada atardecer, cuando el reloj daba las siete, me ponía a temblar, porque no sabía si la siguiente iba a ser yo.

Me estremezco de solo imaginar algo así. Lo ha tenido que pasar realmente mal, la pobre. Mi pobre Lili.

—¿Por qué se los come? —pregunto, encogiéndome de hombros.

—Ni idea. No se me ha ocurrido preguntárselo —dice parándose en seco en medio del vuelo—. Alana, muchas gracias por salvarme.

Reprimo un sollozo y me llevo las manos a los labios.

—Perdóname por abandonarte cuando me decías que la oscuridad te iba a llevar —sigo sintiendo que un gran peso se afloja en mi pecho—. He sido una estúpida. Te prometo que a partir de ahora te escucharé más.

Se acerca para abrazarme de nuevo pero le pido espacio, porque mi cuerpo no soporta más frío. Miro a Gabriel y le veo castañeando los dientes. Nuestros alientos forman vaho en su presencia.

—Vas a tener que subir la calefacción esta noche.

Me mira como sopesando si acabo de hacer un chiste, y diciéndome con la mirada que no tiene gracia.

—Bueno, es hora de conocer a Ricardo. —Me agacho un poco, ignorando el dolor del cuello y cojo la urna entre mis magullados dedos—. ¿La rompemos?

Los ojos de Lili se abren e iluminan. Su gran amor desaparecido. Ese por el que siempre cantaba, bailaba y lloraba por las esquinas.

—¡Espera! —grita de repente—. Me da miedo que ya no me quiera... Han pasado tantos años...

—¿Es que estaban juntos? —me pregunta Gabriel con cara de «¿qué coño está pasando aquí!»

—¿Y si ya no le parezco guapa? ¿Y si me ha olvidado? —continúa Lili, haciéndose la dramática, flotando por el techo—. ¿Y si me odia? —pregunta, llevándose con teatralidad las manos al pecho translúcido—. Mirad qué pelos tengo, vestida con harapos, descalza...

Si no fuera un fantasma diría que está hiperventilando.

—¡Pero si siempre has sido así! —grito, agotada—. Ha estado metido en una urna a saber cuántos años, estoy segurísima de que te sigue queriendo.

Se lo piensa. Mira la urna con dudas, con miedo.

—Ahora mismo no podría asimilar un rechazo por su parte —admite con desazón—. Yo le sigo queriendo.

—Pues ya estamos perdiendo tiempo para averiguarlo —sentencio tirando la urna de cristal al suelo sin miramientos, rezando para que el tal Ricardo no sea en realidad un espíritu maligno sediento de sangre humana.

La urna se hace trizas en el suelo. Un brillo cegador inunda la habitación y una risa masculina invade cada rincón.

Capítulo veintidós

Me aprieto contra el cuerpo de Gabriel deseando no haber cometido otro de los grandes errores que llevo tiempo cometiendo sin cesar. Espero que esto que acabo de hacer sea para bien, no para enterrarnos a todos, incluyendo a Alex, que en su habitación no se está enterando de nada. Su salud mental me lo agradecerá sin saberlo.

Cuando consigo abrir los ojos contengo la respiración, porque lo que tengo delante es increíble. Un chico de unos veinte años, no más. Castaño, con el pelo recogido en una coleta que le cae hasta los hombros en un solo bucle. Ancho de espaldas, con una blusa de seda blanca, pantalones marrones y unas botas de cuero. Una levita azul marino con botones dorados, y me juego el pellejo a que en el momento de su muerte eran de oro. Reluce, y más allá de que sea un fantasma, estoy segura de que en su vida también era de esas personas que te iluminan con su seguridad. Un destello cruzando sus ojos color avellana me dice que es travieso, y cuando nos sonrío me falta abanicarme para no desfallecer. Tiene un ligero aire al apuesto caballero que todas vimos de niña cuando Bella besa a la Bestia y se convierte en nuestro príncipe ideal. Pero con un toque más marítimo. Por su atuendo y su peinado debe ser de mediados del siglo dieciocho.

Busco a Lili con la mirada pero no la encuentro. Gabriel me mira como si todo esto no fuera más que una pesadilla extraña de la que no sabes si quieres despertar, y Ricardo se inclina en una elegante reverencia mientras parpadeo anonadada.

—Mis saludos más cordiales, mi amable y gentil salvadora —se presenta guiñándome un ojo—. Os debo la libertad, y por ello os juro mi lealtad y mis servicios hasta que mi existencia se consuma y marchite como una rosa en una calurosa tarde de verano. Debo decir que la rabia me cegó cuando os agredió esa dama hace pocas horas. Hubiera dado mi brazo derecho, el más diestro, por evitaros tan funesta situación.

Gabriel y yo nos miramos, y a pesar de la complicada situación en la que nos encontramos, contenemos una carcajada. Joder, qué tío más remilgado.

—Muchas gracias, Ricardo, pero no es necesario que te pongas a nuestro servicio —digo, buscando con la mirada a Lili. ¿Dónde se ha metido?

—Y a usted, caballero. No nos conocemos pero, si está al lado de mi señora, le serviré de igual forma —promete, clavando otra reverencia a los pies de Gabriel.

—¡Cómo que su señora! —salta Lili desde un rincón—. ¡Decías que tu señora era yo!

La mirada se le ilumina al joven fantasma y vuela con determinación hasta cogerle las manos. Lo intenta al menos, porque Lili le suelta un manotazo y se cruza de brazos.

—Mi amor, mi luna, mi sol y mis estrellas —empieza a decir, arrodillándose a sus pies. Le apresa

una mano y se la besa con devoción—. Mi corazón está gritando tu nombre, Liliana, pero no lo puedes oír. Permite que mis labios traduzcan lo que mi amor no puede acallar ni un segundo más.

Evidentemente, Lili se relaja y le regala una sonrisa tímida. Será una chica fantasma, pero ante algo así cualquier «chica» se derrite sin remedio.

—¡Ricardo! —gimotea, llevándose la mano libre al pecho—, pensé que me habías olvidado.

Y como si estuviéramos en un culebrón antiguo, el susodicho se levanta de un salto y rodea su estrecha cinturita de avispa con sus fuertes brazos. La levita le ondea, como si estuvieran en la gran cubierta de un galeón con la mar revuelta.

—Ni aunque pasaran mil años podría olvidarte, amada mía —promete, besándola con pasión.

Gabriel y yo nos miramos y creo que pensamos lo mismo. Será mejor que les demos un poco de intimidad. Aunque no creo que lleguen al sexo fantasmal, porque Lili es una señoritinga de los pies a la cabeza, al menos yo siento que sobro. Así que me ayuda a levantarme y salimos al pasillo. Cuando cerramos la puerta me tapo la boca con la mano, porque son unos teatreros de cuidado. Ricardo estaba diciendo que tenía algo importante que contarnos justo cuando cierro. Más tarde, por favor. Solo dejadme descansar un ratito.

Vamos a la cocina cuando Alex sale a nuestro encuentro. Vestido y con la chaqueta puesta.

—He quedado. No creo que venga a dormir, espero. Me tengo que controlar para que no se me escapen los ojos al escote de otra, porque la de hoy es muy celosa —comenta, ajustándose la bufanda.

Se va y me quedo mirando a Gabriel con el ceño fruncido.

—¿Tú eres así cuando yo no estoy delante?

Suelta una carcajada que termina con un simulado arranque de tos.

—Solicito la presencia de mi abogado. No haré declaraciones si no está él delante —suelta el cabronazo—. Oye —me llama acercándose en el banco de madera hasta que nuestras rodillas se tocan—, todo esto es una locura, pero solo quiero decirte que gracias por compartirlo conmigo. Ahora entiendo tus caras raras todo el día y tus ramalazos de loca desquiciada. En realidad eres más normal de lo que me pensaba, pero no te preocupes, me gustas igual.

Le suelto una bofetada con la mano abierta tan despacio que me caza la mano al vuelo y me abraza.

—Gabriel.

—¿Sí? —pregunta con su aliento haciéndome cosquillas en el cuello.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De mañana, de pasado mañana. De la semana que viene. —Se incorpora y sonrío débilmente—. De ella, de la vecina. De convertirme en un fantasma, y de lo que le pueda pasar a mi madre. De todo. —Le devuelvo la triste sonrisa y bajo la mirada hasta mis pies—. La he cabreado. Seguro que en este mismo instante está planeando su venganza, decidiendo qué puede hacer para matarme y encerrarme para siempre dentro de un maldito jarrón.

Sus ojos se han ido oscureciendo a medida que he ido hablando. Sus puños se cierran, las venas del cuello y de la frente se hinchan.

—Pues entonces tendremos que ocuparnos de ella antes de que ella se ocupe de ti.

Volvemos a la habitación cuando no aguanto ni un segundo más sin tumbarme. Les pillamos sentados en el techo, uno frente al otro, cogidos de la mano lanzándose miraditas de amor virginal e inocente. Todo esto boca abajo. Carraspeo y se separan. Él le empieza a lanzar besos como si un océano les separase, cuando en realidad se han quedado a menos de medio metro el uno del otro.

—Oh, por Dios, no lo soporto —me quejo—. Prefiero dormir en el sofá.

—¡Mi señora! —me llama Ricardo, volando hasta quedar a mi lado—. Os pido mil disculpas, pero debéis entender que llevo años soñando con tenerla de nuevo entre mis brazos. Mi preciosa Liliana es un pétalo perenne que jamás marchitará. —Joder, a este chiquillo qué coño le pasa con las flores... Y... le hemos vuelto a perder. Vuela hasta encontrarse con ella de nuevo y se arrodilla para cogerle las manos con elegancia—. Sus ojos son como la mar en calma un día de invierno. Sus labios, más aterciopelados que el plumaje de un pavo real. Sus manos tan suaves como...

Me doy la vuelta y me arrastro por el pasillo seguida de cerca por Gabriel.

—Si alguna vez te hablo así, mátame. Y que sea lento y doloroso —me pide ayudándome a andar.

De repente mi móvil empieza a sonar. Miro la pantalla y la sangre abandona mi cuerpo. Es mi madre. Es su móvil.

Contesto temblando de pies a cabeza con Gabriel al lado, ayudándome a llegar hasta el sofá.

—¿Sí?

—Buenas noches, Alana.

Me quedo sin respiración. ¿Qué hace ella con el móvil de mi madre?

—Buenas noches, Madame Ardelean —consigo decir, mareada. Gabriel abre los ojos a mi lado y gesticula con las manos.

—Me has robado a dos fantasmas, y los quiero de vuelta en media hora a lo sumo —dice son su acento rumano cada vez más marcado.

—Lili es mía, estaba en la casa cuando la compré. Tú me la robaste primero.

—Si no lo haces, tu madre morirá.

—¿Dónde está mi madre?

—Ata cabos, estúpida. Si tengo su móvil, será que también la tengo a ella. En media hora en mi casa.

Tiro el móvil al suelo y me tapo la cara con las manos.

—Tiene a mi madre. Si no le entregamos a Lili y Ricardo la matará.

—Maldita hija de perra... —masculla levantándose para empezar a dar vueltas.

—Voy a llamar al hospital a ver si es verdad que se la ha llevado —dice sacando su móvil del bolsillo—. A lo mejor es mentira y es una trampa.

Se va al pasillo mientras cierro los ojos, deseando que esto acabe de una vez. Me va a dar un ictus.

A los pocos minutos Gabriel vuelve con la cara desencajada.

—Dicen que no hay nadie ingresado con ese nombre. Que nunca ha estado ingresada. No puede ser. Es imposible.

—Es una maldita bruja, a saber lo que es capaz de hacer —termino diciendo, con la cabeza entre las piernas. Me cuesta respirar.

—¿Qué hacemos?

—Tengo media hora antes de que la mate —sollozo histérica. Es mi madre, joder. No la puedo dejar morir así.

Mi llanto atrae a Lili, que aparece atravesando las paredes.

—¿Alana? ¿Estás bien?

No contesto, no puedo hablar. Estoy en estado de shock.

—La hija de puta se ha llevado a la madre de Alana del hospital a su piso. Y acaba de llamar diciéndole que si no os entrega en media hora, la matará.

—Oh, no... es horrible —se lamenta Lili, sollozando también—. Entonces debéis entregarnos, no hay otra opción...

—Sí que la hay —dice de repente Ricardo sacando la cabeza por la pared—. He escuchado lo que estabais diciendo, espero que no os moleste —dice flotando con elegancia. Una mano dentro de su levita, la otra en su espalda, como si fuera uno de los grandes conquistadores de otros tiempos ya olvidados.

—Adelante, pero que no te lleve mucho tiempo —le avisa Gabriel, abrazándome.

—En mi largo cautiverio he podido ver y oír demasiadas cosas, mis señores —empieza a decir arrastrando las palabras, dándoles una entonación casi poética—. Mi jaula de cristal me ha enseñado mucho sobre esa dama, pero nada bueno puedo decir de ella. Muchos de mis compatriotas han sido engullidos sin piedad por sus hambrientas fauces en medio de alaridos desgarradores.

—Perdona, ¿podrías ir al grano? —le interrumpo con dolor de cabeza. Es que así no hay quien se entere.

—No comprendo qué queréis decir, mi gran dama. ¿Qué grano debo recoger?

—Él habla así —corre a protegerle Lili—. Mi amado es de una época en la que los hombres aún sabían conquistar a las mujeres. No como ahora, que os lanzáis a por ellos como buitres. —Mueve la mano y se acerca un poco más levitando—. Dice que la mujer malvada es tan longeva gracias a que se bebe a los fantasmas como nosotros. De ahí extrae el poder para no envejecer más, y Ricardo cree, que también esa magia tan poderosa.

—Seguro, porque es más vieja que Matusalén agonizando en su lecho de muerte. Le vi el cuello una vez, y os juro que tenía la piel más seca que un pergamino —apunto, secándome los mocos.

—Así es, señora mía. Ya era así cuando me atrapó, hace muchísimos años —añade Ricardo—. Y ha acabado con al menos cuatro almas inocentes en mi presencia.

—Ricardo dice que también sabe cómo atraparla para siempre —nos interrumpe Lili emocionada

—. Dice que recuerda...

—Permíteme, lucero del alba —dice desenvuelto—. La dama oscura repite unas palabras en un idioma que desconozco, palabras que tengo grabadas en la memoria. Una vez dichas, el fantasma queda encerrado en el objeto que ella escoge para tal propósito. Las mismas palabras que utilizó conmigo, las idénticas con las que apresó a mi amada rosa plateada.

—Vale, dice unas palabras y encierra al fantasma de turno —repito, intentando asimilar lo que están contando—. Pero eso no funcionará con ella, me temo. Ella no es un fantasma.

—¡Eso es justamente lo que se debe emplear para derrotarla! —grita Ricardo exultante. Se nota que llevaba demasiado tiempo deseando confesar este secreto tan valioso—. Una noche de principios de primavera, la oscuridad trajo una nueva víctima. La dama pronunció las palabras, pero el fantasma consiguió huir. Y como el objeto no pudo absorberle a él, empezó a tirar de ella. Recuerdo que gritaba atemorizada mientras yo pedía a los cielos que se la llevaran por fin.

Nos hemos quedados tan absortos con su relato que casi escucho los latidos de mi corazón.

—Mi humilde opinión es que ella no es más que la esencia de lo que estamos hechos nosotros, los seres inmortales.

—¿Fantasmas? —apunto para no liarle.

—Somos seres inmortales —aclara él ajustándose la levita.

—Porque ya habéis muerto —concluyo—. Es decir, fantasmas.

—Como gustes, mi señora. Decía que ella es en realidad un fantasma. Ya que se alimenta de nosotros, al final compartimos los mismos principios. Tiene nuestros poderes pero multiplicados, no envejece, nunca se alimenta de nada que no seamos nosotros. Y tan seguro de que mañana habrá amanecer que esas precisas palabras la pueden condenar y encadenar para toda la eternidad.

Un silencio nos invade a todos por igual.

Lo que estábamos buscando.

La respuesta a todos mis miedos y preguntas, al alcance de la mano por fin.

—¿Qué palabras son? —pregunto, empezando a sentir de nuevo que hay esperanza.

—No se me ocurriría decirlas en voz alta, puesto que tanto mi preciada Liliana como yo quedaríamos atrapados de nuevo. Las escribiré, y uno de vosotros debe pronunciarlas junto a ella. Solo así acabaremos con ella, con su poder y con todas las maldiciones y conjuros malignos que aún siguen afectando a víctimas inocentes.

De repente, al escucharle, pienso en mi madre. Seguro que es justo lo que le está ocurriendo. Si la atrapamos, quizás despierte.

—¿Y qué pasa conmigo? —le pregunto—. Si es verdad que has estado observando lo que ocurría en ese salón, me habrás visto tomando ese té, y cómo ella me explicaba que me estaba convirtiendo.

Se ríe de una forma muy musical, como si estuviera rasgando las cuerdas de una guitarra antigua.

—El té hace que tu vida se vaya escapando poco a poco. No has bebido el suficiente, no te inquietes. Y para que la transformación llegue a término debes ingerir bastante cantidad, como la que

nos dio a mí o a Lili en su momento. Como te he dicho, no tienes nada que temer.

—He perdido mi sombra. Y cada vez estoy más pálida —insisto, preocupada.

—Tu sombra volverá y el color de tu piel también en cuanto acabemos con ella, mi gran salvadora —me promete levantando una mano al techo—. ¡Por fin, después de tantos años, haremos justicia!

Gabriel y yo nos lanzamos una miradita cómplice.

Solo espero que lo que nos ha contado sea cierto.

Capítulo veintitrés

—Esa cajita lleva mi nombre —apunta Lili, envuelta en los brazos de «Ricardo corazón de León». Tengo la manía de poner motes a todo el mundo, y él no iba a ser menos.

—Sabemos que esa cajita puede albergar fantasmas —dice Gabriel, ayudándome a levantarme del sofá—. No nos la podemos jugar, debemos ir sobre seguro.

Se levanta y coge algo de la estantería. Es un papel y bolígrafo.

—Ricardo —le llama, dejando ambas cosas en la mesita, frente a nosotros—. Escribe la frase que dice esa vieja loca para que pueda ir a su casa.

Ricardo hace lo que le piden. Por supuesto que no puede sujetar un bolígrafo con su propia mano, o al menos no lo hace así. Lo mueve en la distancia, proporcionándonos, en teoría, la solución a todos mis problemas.

Gabriel levanta el papel en cuanto el fantasma termina y lo lee varias veces en silencio. Lo dobla y se lo mete en el bolsillo trasero de su vaquero.

—Perfecto. Si en tres horas no he vuelto... no sé, decídele a mi hermano que me rescate.

—¿Dónde crees que vas? —pregunto, levantándome con grandes esfuerzos—. ¿No pensarás que voy a dejar que te vayas tú solo?

Se cruza de brazos y suspira, mirando al techo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Es que pretendes acompañarme en tu estado?

Vale, estoy hecha mierda, pero esto es problema mío, al fin y al cabo. Ya ha pagado mi madre las consecuencias de mi estupidez, no puedo dejar que Gabriel vaya solo a enmendar algo que en realidad no tiene nada que ver con él.

—Precisamente, Gabriel. Mírame. Soy capaz de desangrarme, romperme la crisma o yo que sé, perder mi cuerpo por hacer lo que tengo que hacer. Y esto es algo que tengo que hacer yo, te pongas como te pongas. Iría sola, pero la verdad es que no creo que pueda llegar muy lejos sin algo de ayuda.

—¡Tú no te vas a mover de aquí! ¡Y punto! —grita, perdiendo los nervios.

—¡A mí no me vas a decir lo que tengo o no tengo que hacer! —le respondo, igualando su tono.

—¿Siempre están así, mi verano perpetuo? —le pregunta Ricardo a Lili. Ella pone los ojos en blanco y asiente tan tranquila.

—Pueden llegar a las manos, mi amor —añade Lili arrimándose más a su congelado cuerpo.

Le seguiría gritando, pero siento que se me ha abierto un poco la herida del cuello. Joder, que no se dé cuenta, porque entonces sí que no me deja ir.

Nos retamos con la mirada, como siempre, hasta que no le queda más remedio que aceptar.

—Tendría que darte un golpe en la cabeza y dejarte inconsciente el tiempo suficiente para ir y volver yo solo —dice enfadado.

—Tendrías que matarme para impedir que te acompañe. De hecho ya me está costando mucho aceptar que te necesito.

—Vaya, muchas gracias —se lamenta, metiéndose las manos en los bolsillos.

Niego con la cabeza despacito y me siento de nuevo en el sofá, mareada.

—He intentado alejarte de todo esto, y no sé cómo, al final te pongo en peligro constantemente —me lamento tapándome la cara con las manos—. No tienes nada que ver con todo esto. No deberías venir. Por favor —le suplico intentándolo al menos—, no vengas.

Se ríe con desgana y levanta una ceja en señal de clara discrepancia.

—Da gracias a que voy a dejar que me acompañes, loca de las narices. Al final siempre consigues hacer lo que te da la gana.

Le gruño y él va a por los abrigos. Me levanto de nuevo para impedir que salga corriendo él solo por la puerta y me deje atrás. Pero, sorprendentemente, no, vuelve con mi chaqueta y me ayuda a ponérmela. Estamos saliendo por la puerta cuando nos acordamos de nuestros amigos traslúcidos.

—¿Qué hacemos? ¿Les dejamos aquí? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—No, mi hermano puede aparecer en cualquier momento. Y menos si no estamos nosotros en casa.

Volvemos al salón y les pillamos haciéndose arrumacos.

—Sabíamos que volveríais a por nosotros —dice Lili contenta—. Dejadnos en casa. Así Ricardo verá el estropicio que ha hecho la mujer malvada.

—¿Cómo os llevamos? —pregunto apoyada en la librería.

Ambos se encogen de hombros despreocupados.

—En cualquier objeto —dice Ricardo besando la mano de Lili sin descanso. Madre mía... ¿van a estar siempre así?

Cojo dos libros y los dejo caer al suelo. Tenemos que esperar unos minutos mientras se despiden el uno del otro. Cuando van a meterse vuelven a salir.

—Venga, entra tú primero —dice Lili tontorróna.

—No, mi ocaso perfecto, entra tú primero —dice el otro, gesticulando en exceso.

—¡Meteos de una puta vez si no queréis que os dejemos abandonados en el primer cubo de basura! —grito, impaciente y harta de tanta ñoñería cursi y totalmente gratuita.

—Mi señora, le deseo suerte, fuerza y valor, puesto que la batalla a la que os aproximáis es, sin duda, una aventura peligrosa —me dice justo antes de entrar en el libro con una reverencia.

Lili me tira un beso y me guiña un ojo.

—Te veo en un ratito —asegura acercándose al libro, pero justo cuando sus pies ya están dentro sale volando y se tira a mis brazos—. No me abandones, te lo suplico. Acaba con la mujer malvada de una vez por todas —dice utilizando ese tono que tiene escondido y solo saca para las ocasiones

especiales, gélido y áspero como un cuchillo.

Me estremezco de frío y de miedo a partes iguales. Miedo porque no tengo muy claro que podamos con esa bruja despiadada.

—Te veo en un ratito —me despido tocando un segundo su mejilla fantasmal.

Suspiro de alivio cuando la veo entrar en el libro y me los guardo en el bolso.

Salimos y veo que hay luna llena. No sé si eso es un mal augurio, solo sé que se me ponen los pelos de punta.

—Voy a por el coche, espérame aquí —dice en un tono que no admite réplicas. Le veo alejarse corriendo y mi corazón crece un poquito más.

Un motor rugiendo se acerca y entro obligándome a pensar en cualquier cosa menos en que voy a volver a verla. Con esos ojos de rabia y odio. Esas piernas hinchadas. Su bastón barra cuchillo a punto de rebanarme la cabeza... Cierro los ojos y me obligo a respirar. Me da pavor entrar en ese salón de nuevo, pero debo hacerlo. Por mi madre, por mí y por todos los que seguro que sufren su acoso y tortura mental.

Llegamos demasiado rápido. En el trayecto hemos estado callados, en silencio con nuestros respectivos pensamientos. Yo he ido tarareando una canción para no pensar demasiado. Porque, si lo hago, me tiro del coche en marcha.

Aparca cerca de la plaza y caminamos cabizbajos hasta la esquina.

—Espera —le pido tirando de su brazo—. Me voy a asomar, a ver si va a estar acechando.

Adelanto la cabeza poco a poco obviando que la herida se me está abriendo cada vez más. Si salgo de esta iré a urgencias a que me cosan como es debido. Vale, no hay un alma en la plaza. Todo está oscuro, a excepción de pequeños círculos amarillentos en el suelo, allí donde alumbran las viejas farolas. Mi vista se dirige hacia el portal de la vecina. La puerta cerrada, las luces de su piso apagadas...

—No hay moros en la costa. Espérame aquí. Entro en casa y dejo los libros. Cuando te haga una señal te acercas y entramos juntos en el portal de la vecina —explico y ordeno sin pararme a tomar aliento. El corazón me va a mil, la adrenalina por las nubes de nuevo.

Me da un cachete cuando me alejo corriendo como puedo. De verdad que no sé cómo mi cuerpo aguanta tanto, porque esta mañana pensaba que iba a morir. Cierto es que si me viera desde fuera me daría mucha penita ajena, porque estoy para el arrastre.

Saco las llaves y la meto en la cerradura sin parpadear, concentrada al máximo. En cuanto abro la verja y la puerta de entrada suelto los libros dentro y cierro de nuevo. Muevo la mano y veo que Gabriel se acerca.

Tomo aire con fuerza y pienso que nos está viendo ahora mismo, leyendo nuestros pensamientos, anticipándose a nuestro plan. Dios, nos va a matar. Nos descuartizará y se hará un pastel de carne con nuestros restos.

—Vale ya, Alana. Concéntrate y déjate de gilipolleces —murmuro justo cuando llega Gabriel.

Me da la mano y me la aprieta para infundirme ánimos. Miro el portal sin convencimiento y le dejo andar primero, porque las piernas ya me están temblando. Justo antes de entrar se gira y me sujeta los hombros.

—Si te digo que huyas, lo harás, ¿ha quedado claro? —me dice, acercando su cara a la mía.

Frunzo el ceño.

—Claro que no voy a huir dejándote solo. ¿Te has vuelto loco? —susurro para que no nos oiga.

—Si no me lo prometes no te dejo entrar.

—Y una mierda. Quédate fuera si quieres, pero yo voy a subir a por mi madre.

Me hace gestos en silencio, enfadado, pero yo niego con la cabeza. No, mi amor. No te pienso abandonar, cueste lo que cueste.

—Es una trampa, lo sabes, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

Al final accede, más que nada porque quedarnos donde estamos es correr demasiados riesgos. Subimos las escaleras despacio, peldaño a peldaño en puntillas. Me resbalo un poco y Gabriel corre a pedirme silencio con un dedo en sus labios. Le saco la lengua. Ya sé que no tenemos que hacer ruido, joder. Pero mis malditas y enclenques piernas no me funcionan como yo querría.

Llegamos al descansillo. Nos acercamos a su puerta y se la señalo, para que sepa cuál es. Acerca el oído y levanta el pulgar. A partir de aquí no sé lo que vamos a hacer, la verdad. No sé si llamar directamente al timbre, intentar forzar la cerradura... No lo hemos pensado. Está clarísimo que estamos improvisando y que nuestro «plan» tiene muchos flecos.

Justo cuando le voy a decir que bajemos de nuevo y tracemos un plan en condiciones antes de hacer el mongolo, levanta el pie y mete una patada a la puerta con tal fuerza que se sale de sus goznes.

Me quedo petrificada, con los ojos como platos.

—¿Se te ha ido la olla? —vocalizo casi en silencio.

—Estas puertas de pisos antiguos son de risa, en serio —comenta, entrando sin pedir permiso. Está claro que nos ha oído llegar. Ella y la mitad de los vecinos del bloque—. Vamos a por esa puta.

—¿Dónde has aprendido a abrir las puertas de una patada?

—Tuve una adolescencia un poco complicada.

Atravesamos el pasillo despacio, esperando que salga de cada una de las puertas con un cuchillo en la mano. Cada paso adelante es una tortura. La anticipación consume muchas, muchísimas energías. Y antes de llegar al salón ya estoy histérica y agotada.

Ni un sonido, ni el ruido de un reloj rompe el silencio más absoluto. Si está cerca no se la escucha respirar.

La última puerta, la que da paso al salón de mis pesadillas está cerrada. Hay luz que se cuela por debajo de la puerta, pero no se oye a un alma.

—No tengo muy claro que esto sea una buena idea —digo, temblando. Miro a mis espaldas todo el rato mientras me sujeto a la cintura de Gabriel. Esperando que me asalte por detrás, clavándome un

tenedor entre los omoplatos.

—Demasiado tarde para eso —murmura, avanzando decidido.

Abre la puerta del salón despacio, con un chirrido que me pone los pelos de punta. No tenemos armas, ni un triste cuchillo con el que defendernos. Me protejo detrás de la espalda de Gabriel y hasta que no relaja los músculos no me atrevo a mirar.

—Aquí no hay nadie —dice llegando hasta el final de la habitación y dándose la vuelta.

Me acerco a la luz, la única que hay. Proviene de una vela encima de la mesa camilla. Con la llama demasiado cerca de todas las cosas viejas y feas que tiene encima, como postales antiguas, cartas, pañuelos, tapetes de encaje... Sí, todo muy inflamable. La cojo y voy hasta el interruptor. Lo pulso pero las luces no se encienden. Parece que ha cortado la electricidad.

—¿Busco los plomos para subirlos? —me pregunta ojeando distraído los jarrones que tiene sobre el aparador.

—No. Está cerca. Estoy segura.

Un abrecartas en la mesa llama mi atención. Está afilado, demasiado, diría yo. Me hago un corte sin querer comprobando la hoja y una gota de sangre mancha su asquerosa alfombra. Me chupo el dedo un momento y sujeto el abrecartas con fuerza. Sé que está aquí, acechando, esperando el momento propicio para atacar.

—Debería limpiar más a menudo —comenta pasando un dedo por una estantería—. A lo mejor tiene un circo de ácaros.

—No te distraigas...

No me hace caso, y empieza a toquetear los libros del aparador.

—Esto es muy extraño —comento, intranquila, sin saber qué hacer con las manos, sin saber dónde poner la espalda, esperando que ataque en cualquier momento. Voy hasta una pared y me choco con mis antiguos retratos al óleo, apilados. Parece que la mujer uniceja me observa con detenimiento. Recuerdo que me dijo Lili que eran los espías de la bruja, así que corro a por una mantita del sofá y los tapo corriendo. Sabe que estamos aquí, no puede ser de otra forma.

De repente veo a Gabriel intentando sacar uno de los libros, con la tapa verde y con letras doradas en el lomo.

—Joder, está atascado.

No me da tiempo a decirle que lo deje donde está cuando toda la librería empieza a moverse despacio. Gabriel se separa unos pasos y me acerco para cogerle de la mano, mientras vemos cómo la librería va dejando paso a una abertura oscura en la pared.

—Esto no me gusta —me quejo, apretándole los dedos.

—A mí tampoco.

Acerco la vela y veo unas escaleras de caracol que descienden. Nos miramos un segundo. Tengo la piel de gallina, los pelos como escarpas.

—Vamos —susurra Gabriel empezando a bajar los estrechos escalones. Yo detrás, agarrada a su

mano como si fuera mi tabla de salvación, mi escudo. No deberíamos haber venido así, de noche y sin pensarlo demasiado. Pero claro, no tenía opción, no con mi madre entre sus despiadadas garras.

Descendemos despacio, con la vela como única luz. Cada escalón es una tortura. Me arranca gemidos silenciosos de dolor en las rodillas y en el pie derecho. Tengo el impulso constante de llevarme una mano a la garganta, pero en una tengo la vela y en la otra la mano de Gabriel.

Paramos al llegar a una pequeña puerta. Gabriel se tiene que agachar al pasar, y yo tropiezo con un pequeño saliente y caigo de rodillas al suelo. La vela se apaga y quedamos sumidos en la más absoluta oscuridad.

Unas manos me recogen del suelo y me levantan.

—¿Estás bien?

Le susurro que sí y busco el móvil en el bolsillo. Encuentro la aplicación de la linterna, y tras luchar contra mis temblorosos dedos en la pantalla, volvemos a tener luz. Gabriel me imita, y cuando enfocamos hacia delante retrocedemos varios pasos hacia atrás.

Es una habitación muy, muy larga. A ambos lados, incrustados en las paredes, hay jarrones, vasijas, retratos, espejos... Todo dentro de una especie de nicho cubierto de telarañas y polvo.

—Es como un cementerio —comenta Gabriel a mi lado.

—Parece un mausoleo.

Caminamos despacio, con cuidado de dónde pisamos. Pego un grito cuando una rata se cruza por delante de mi pie.

—Deberíamos volver arriba y esperar a que ella llegue —le pido tirando de su brazo hacia las escaleras de caracol—. Parece que estamos entrando en una trampa.

Se lo piensa un momento. Enfoca hacia delante, donde no se ve el final del pasillo. Me mira y asiente.

—Vale. Subimos y la esperamos arriba.

Damos media vuelta deprisa, volviendo sobre nuestros pasos. Llegamos a la pequeña puerta, pero cuando Gabriel la intenta abrir, es imposible. Dice que está cerrada.

—La hemos dejado abierta al pasar —se queja dándole patadas desesperado.

Estamos encerrados, justo lo que me temía. Avanzo un poco de nuevo por el pasillo, enfocando al techo en forma de bóveda, pensando que debemos estar debajo de la plaza.

—Déjalo, no se va a abrir —le digo con un escalofrío recorriéndome la espalda—. Ya estamos muertos, lo que pasa es que aún no nos ha matado. Pero solo es cuestión de tiempo. Hemos sido unos estúpidos por pensar que podríamos vencerla. Ella es una maldita bruja, joder, y nosotros unos aficionados.

Me saco el abrecartas del bolsillo y lo sujeto del mango con fuerza.

Llega hasta mi lado y me roba un beso. Aprieta sus labios contra los míos mientras sus manos rodean mi rostro.

—Vamos a salir de esta, te lo prometo —me asegura demasiado convencido. No tenía que haberle

arrastrado hasta aquí.

Nos abrazamos y me pongo a llorar. No, mi amor, vamos a morir aquí abajo. Nadie encontrará nuestros restos. Nadie nos dará un entierro digno, porque seremos dos fantasmas encerrados en vasijas esperando a que den las siete de la tarde. Y entonces desearemos no ser nosotros los engullidos por su hambrienta boca apestosa.

Una risa al fondo nos pone alerta. El sonido inconfundible de un bastón sobre el suelo. Unos pasos acompasados. El característico cojear. Es ella. Se está acercando. Ya se me olvida lo que teníamos que decir, las palabras exactas se diluyen en mi mente atemorizada. Gabriel saca la cajita del bolsillo, intentando abrirla sin éxito.

Nos miramos y nos decimos muchas cosas en silencio, pero ninguna nos salvará.

—Habéis llegado pronto, antes de la hora. Y veo que habéis encontrado el pasadizo —dice apareciendo al fin. Su diente de oro reluce especialmente bajo esta oscuridad. El bastón con el mango afilado señalándome directamente. La herida me arde con solo mirarlo—. Alana, me has robado dos fantasmas, y los quiero de vuelta.

Me fijo que lleva la muñeca de Lili en la otra mano. Los rizos se agitan con cada paso que da.

—Lo tendrás en cuanto me entregues a mi madre —digo temblando.

Chasquea los dedos y veo que un cuerpo se acerca flotando, en posición horizontal. Con la camisa del hospital. Está dormida. Está muerta.

—¡Has dejado que muera! —grito intentando acercarme. Gabriel me lo impide, sujetándome por la cintura con rapidez.

—No está muerta, sigue dormida —explica tan tranquila—. Pero si no me das a los fantasmas lo estará, al igual que vosotros dos. ¿Dónde están? ¡Los necesito!

Gabriel empieza a recitar el conjuro que Ricardo nos ha enseñado abriendo la cajita de repente, pero una corriente de aire tira la cajita a un lado mientras que la vecina se echa a reír de nuevo.

—Desde luego que sois unos aficionados, y estúpidos hasta decir basta —se burla con un marcado acento rumano—. ¿Pensáis que voy a dejarme atrapar así, tan fácilmente?

Veo que Gabriel va a decir algo pero no puede, tiene los labios literalmente sellados. Le intento tocar pero no me puedo mover, mis pies están pegados al suelo. Veo que se acerca hasta él y le acaricia un segundo la mejilla.

—¡No le toques! —grito enfadada.

—A él le voy a matar —me explica sonriendo mientras Gabriel intenta moverse—. Y tú, Alana, te beberás la infusión sin rechistar.

—¡Y una mierda! ¡No beberé nada!

—Si no lo haces le torturaré —amenaza rozando con un dedo mugriento su torso hinchado, luchando por respirar—. Le cortaré los dedos, le sacaré los ojos, le aplastaré la lengua y...

—¡Basta! ¡Déjale! ¡Si le dejas escapar a él y a mi madre haré lo que me pidas! ¡Me beberé lo que me des de un trago!

Gabriel mueve la cabeza, negando enfadado.

—Primero mis fantasmas, después tú —me amenaza sonriendo—. ¿Dónde están?

Bajo la mirada al suelo.

—No están. Los liberamos, y se escaparon —miento para que deje de perseguirlos. Porque dudo mucho que podamos escapar con vida de este pasadizo, así que me consuela un poquito saber que he conseguido salvar a alguien, aunque sea a dos fantasmas—. No sé adónde se han ido.

Sus ojos empiezan a echar chispas. Se olvida de Gabriel y viene a por mí. Intento moverme, pero los pies pegados al suelo me lo impiden. Me golpea con el bastón en un brazo, y siento que mis huesos se parten al instante. Caigo al suelo desmadejada. Incapaz de mover la parte izquierda de mi debilitado ser.

Chasquea los dedos y una tetera se acerca flotando hasta ella. La coge y comprueba su interior.

—Te vas a beber esto —me ordena con los pies al lado de mi cara—. Hasta la última gota.

—No.

Una patada en la cara hace que los oídos me exploten y pierda momentáneamente la vista. Me hago un ovillo en el suelo y veo que Gabriel está haciendo grandes esfuerzos para moverse sin conseguirlo. Sus ojos me miran con pánico.

—Te vas a beber esto, quieras o no. Si lo haces voluntariamente todo será más fácil, pero si tengo que obligarte por la fuerza —dice encogiéndose de hombros—, lo haré.

—No.

—Pensarás que soy un monstruo. Pensarás que todo esto lo hago por puro placer —empieza a decir—. Pero Alana, esto lo hago porque lo tengo que hacer, es necesario. Tú no lo entiendes, pero si supieras...

—Y una mierda.

Me preparo para otra patada, pero me acuerdo de que tengo el abrecartas en la mano derecha, así que antes de que me golpee con el pie me incorporo un poquito y le clavo, con todas mis fuerzas, el afilado objeto en su pierna hinchada. Empieza a salir un polvillo blanco y putrefacto de la herida.

Se pone a gritar y deja caer la tetera al suelo, que se rompe en mil pedazos. Sonrío con el labio partido viendo cómo el líquido se derrama por las baldosas de mármol, con un sospechoso humo ascendiendo desde el suelo.

Gabriel consigue moverse al fin, y se acerca corriendo hasta ella. Antes de que pueda tocarla ella se defiende, algo desorientada, golpeándole con el bastón. Empiezan a forcejear, y vuelvo a sonreír cuando Gabriel consigue meterle dos derechazos en la cara. La mujer se tambalea un poco y pierde pie, cayendo al suelo. De una patada Gabriel aleja el bastón varios metros, y se agacha para sujetarla por la espalda, tapándole con fuerza la boca con la mano. Ella intenta liberarse, intenta hablar, pero Gabriel se lo impide con clara dificultad.

Me tira la cajita plateada, que llega hasta mis manos deslizándose por el suelo. Recuerdo las palabras, las tengo grabadas en la memoria.

—¡Ahora! ¡Alana! ¡Ahora! —grita forcejeando con ella. Ha conseguido liberar una mano, y le intenta sacar un ojo.

Me siento y con la mano derecha, porque la otra la tengo inservible, abro la cajita y la dejo en el suelo.

—Fon paterim dam tu sem. Fon paterim dam tu sem —empiezo a recitar sujetándome el brazo magullado—. Fon paterim dam tu sem —digo más alto, enfocando mi vista en ella, que empieza a ver lo que está pasando y se queda paralizada—. Fon paterim dam tu sen —repito, viendo cómo sus pies empiezan a deshacerse, convirtiéndose en humo.

—¡No! ¡Maldita seas! —consigue gritar zafándose de la mano que la tenía amordazada. Se retuerce del abrazo de Gabriel. He estado entre esos brazos, y sé por experiencia que es muy difícil escapar de ellos—. ¡No sabéis lo que estáis haciendo!

—Fon paterim dam tu sem —vuelvo a decir, esta vez más alto, confiada cuando veo que el humo hace un remolino. Las piernas ya son humo también, y poco a poco va entrando en la cajita. Ella se va deshaciendo ante mis ojos, para quedar encerrada en el pequeño objeto plateado.

—¡Me las pagarás! —grita histérica, con los ojos como platos, viendo cómo su cuerpo va desapareciendo—. ¡Estás cometiendo un grave error!

—Fon paterim dam tu sem —digo más y más alto. Deseando que termine de entrar ya. Que acabemos con esto por fin. Que pueda respirar de nuevo sin sentir que alguien aprieta mi garganta y mi pecho día y noche.

Casi está dentro, solo le falta el torso y la cabeza. Me confío y me acerco un poquito arrastrándome por el suelo, cuando, sin previo aviso, alarga una mano ya traslúcida y me agarra el brazo con fuerza.

—Reclamo a las fuerzas eternas, que vengan a mí —empieza a decir con los ojos en blanco. Me intento soltar, pero sus dedos se clavan en mi brazo como garras sedientas de sangre—. Yo os maldigo, ahora y siempre, al olvido. —Miro atónita a Gabriel, que está en el suelo. Se empieza a retorcer, como si le estuvieran clavando algo en el estómago—. Pasaréis el uno al lado del otro sin reconocerlos, y las personas cercanas tampoco recordarán el amor que un día os unió. Al amanecer de un nuevo día los resultados veréis, y por separado, jamás os recordaréis.

Consigo liberarme y me echo hacia atrás. Clava las uñas en el suelo de mármol, intentando no ser totalmente absorbida por la cajita plateada. Me dirige una mirada lacerante, hiriente, que hace que me encoja, para después empezar a reírse como una loca.

—Este maleficio se romperá cuando la necesaria libertad me deis, mientras tanto, el olvido tendréis —dice cerrando los ojos y dejándose llevar. Su cuerpo entra como si estuviera dentro de un huracán. La tapa se cierra y empieza a brillar unos instantes, dejándome ciega.

Como puedo tanteo, sin lograr ver por dónde voy, llegar hasta Gabriel. Antes cojo la cajita y me la guardo en el bolsillo. Está inconsciente, con el cuerpo relajado en el suelo, como si estuviera dormido. Acaricio su rostro y me pongo a llorar. Por fin. Hemos conseguido encerrar a la bruja. Pero me temo que algo más se ha desencadenado.

—Amor —susurro en su oído—. Mi amor, despierta.

Poco a poco empieza a despertar, y cuando ve la cajita cerrada que le enseñó un momento sonrío iluminando la habitación. Me besa con dulzura, como si le diera miedo romperme. Nos levantamos despacio, cada uno con sus propias heridas y magulladuras. Nos miramos y reímos, porque da pena vernos. Pero cuando su mirada se cruza con la mía detecto preocupación. Y tristeza.

—¿Has oído lo que ha dicho antes de entrar en la cajita? —le pregunto cuando ya estamos erguidos y casi listos para sacar a mi madre de aquí.

—Sí.

—¿Crees que hará que nos olvidemos el uno del otro?

—No, no te preocupes —dice al fin, tras pasar unos segundos de silencio. Sus ojos me dicen que sí, pero parece que no quiere preocuparme.

Nos abrazamos y aspiro un momento su olor. Vainilla, suavizante y él. Todo junto resulta embriagador.

—Alana —dice separándome un poco—. Deberíamos sacar a tu madre de aquí. Vamos.

Está en el suelo, aún con el camisón del hospital, durmiendo relajada como si nadie la hubiera sacado de su cama.

Entre los dos atravesamos el largo pasillo con ella a cuestas. Las escaleras de caracol nos lo ponen un poco difícil, y creo que le doy un par de golpes en la cabeza con la pared sin querer. Cuando conseguimos salir del edificio dejo en el suelo a mi madre y me agacho, sujetándome las rodillas. Me toco la garganta y veo sangre. Cómo no, la herida se me ha abierto de nuevo.

La cabeza me da vueltas, el suelo se mueve, viniendo hacia mí, y hago un esfuerzo sobrehumano para articular cuatro palabras:

—Llama a una ambulancia.

Me desplomo aún con un hilo de consciencia, porque siento la hostia que me meto cuando me como los adoquines.

Capítulo veinticuatro

Me despierto con la boca seca, muy seca. Tengo sed, pero casi no puedo mover los labios. Abro los ojos angustiada y me intento incorporar, pero una mano firme me lo impide.

Está sentado junto a mi cama. Miro a mi alrededor un segundo. Televisión colgada de la pared, casi rozando el techo, paredes blancas. Una vía en mi mano y el brazo vendado.

—Tranquila —dice Gabriel acariciándome la mejilla—. Estamos en el hospital. Te desmayaste en la calle, ¿te acuerdas?

Cierro los ojos un segundo y la imagen de la bruja entrando en la cajita plateada me recorre la mente como una pesadilla que aún ves cuando despiertas en plena noche.

—¿Mi madre?

—Ha despertado, no te preocupes. La tienen en otra habitación —responde tocándome el pelo, como distraído con mi imagen—. Los médicos dicen que está perfecta. En unas horas os van a dar el alta.

—¿Cómo estás?

Se ríe con desgana y me peina el flequillo, esmerándose en acariciar con su mirada cada milímetro de mi rostro.

—He salido mucho peor de algún que otro combate. Solo tengo una costilla fisurada. Nada que no se cure con un poco de cariño.

—¿Qué hora es?

—Son las cinco de la mañana.

Y eso significa mucho más de lo que parece. Las cinco. Apenas media hora antes del amanecer. Me inclino un poco y veo por la ventana que el sol empieza a despuntar, brillando entre las nubes. Dios, he dormido toda la noche. He perdido mi tiempo con él.

—El amanecer... —sollozo con un dolor en la garganta que me atraviesa. Me toco con la mano y veo que tengo toda la zona tapada con gasas.

Sus ojos empiezan a brillar. Nunca le he visto llorar. Y creo que no lo haré, porque se contiene tragando saliva y frunciendo el ceño. Le acaricio su rostro. Ese rostro que me atormenta por las noches, sola en la cama. Sus cejas perfectas, masculinas, doradas. Sus ojos como el océano en plena tormenta. Su boca siempre en una mueca irónica, que ahora es de frustración.

—No te voy a olvidar, Gabriel —digo cogiendo su mano. La mía queda escondida entre sus dedos y, temblorosa, dejo caer lágrimas de desesperación—. Eso no va a ocurrir. Jamás —escupo con rabia, con odio. La garganta me arde. Y creo que es de miedo. Puro miedo al mañana.

—No dejaremos que ocurra, Alana —me asegura besándome la mano con fuerza y cerrando los

ojos. A él también se le escapa una lágrima, pero esquiva, se esconde entre nuestras manos, sin llegar a caer.

—Nuestro amor es más poderoso, ¿verdad? Es más fuerte que ese estúpido maleficio.

—Me gustaría decirte que sí, que nuestro amor es más fuerte —empieza a decir con la mirada perdida—. Pero sentí cuchillos en mi estómago cuando lo estaba diciendo, Alana. Lo sentí. Me atravesó con algo invisible —murmura con la mandíbula tensa.

—Ya no nos puede hacer daño, está encerrada para siempre —digo, necesitando de verdad creerme mis propias palabras.

—No lo sé, mi amor. He visto tantas cosas estas últimas horas que ya no sé ni qué creer. Lo único que sé es que te quiero, que daría mi vida por ti y que, si te olvido, te juro que jamás, en lo más profundo de mi ser, te dejaré de querer.

Un sollozo me ahoga. Acerca su rostro al mío y nos abrazamos con desesperación, rabia, miedo, dolor y amor, mucho amor.

—Pase lo que pase, siempre te querré —dice en mi oído despacio, bajito, como si le diera miedo que las palabras volasen alto y desaparecieran, perdiendo el significado.

Me agarro a su cuello con las pocas fuerzas que me quedan, repitiéndome en silencio que si no le suelto nada pasará. No puedo olvidarle, es imposible. Alguien como él no se olvida jamás.

La puerta se abre y entran un enfermero y una doctora. Nos separamos despacio, como si no pudiéramos dejar de sentir la piel del otro.

—Tenemos que hacerte unas pruebas, Alana —dice ella—. La puedes esperar en el pasillo —dice mirando a Gabriel.

—No, que se quede —suplico, histérica. No se puede ir. El sol está saliendo.

—Serán solo unos minutos. Tiene que esperar fuera —insiste la hija de su madre como si no pasara nada, como si de verdad fueran solo unos minutos y no la vida entera.

Gabriel se acerca y me besa en los labios con dulzura.

—Te espero fuera, no te preocupes —me asegura, guiñándome un ojo y forzándose a sonreír—. Tranquila —añade cuando ve que me tiro a su cuello llorando—, te juro que estaré ahí fuera, no me voy a mover de la puerta.

Sale por la puerta mientras chillo. Tanto la doctora como el enfermero están flipando. Bueno, la doctora no tanto, por cómo le ha mirado el culo a Gabriel al salir.

—Incorpórate para que te pueda sacar sangre —dice sentándose en la cama.

Me tiro de la cama y se me sale la vía. No puedo dejar que se vaya. Está amaneciendo. El enfermero me sujeta.

—¡Gabriel! —grito a pesar de que los puntos me tiran, me arden—. ¡Gabriel!

Silencio al otro lado de la puerta. Me revuelvo entre los brazos del enfermero, les odio. Les odio a todos. Me tiro al suelo y me da igual que la bata se abra por la espalda, dejándome con el culo al aire.

—¡Gabriel! —sollozo, desesperada. Se ha ido. No vuelve. No abre la puerta para ver qué me pasa. Los rayos de sol entran de lleno en la habitación. Cierro los ojos y una corriente eléctrica me atraviesa.

Empiezo a relajarme, dejándome llevar de nuevo a la cama.

Me sacan sangre, me aseguran que en dos horas me dejarán volver a casa y me dicen que, si quiero, puedo ir a ver a mi madre, que está en la habitación de al lado. Sonrío de oreja a oreja mientras salgo de la habitación.

Su puerta está entreabierta. Me asomo con cuidado, con miedo a lo que pueda encontrar dentro.

—¿Alana? —dice con la voz rota.

Cada paso que doy me acerca más a ella. Me tiro a sus brazos y me pongo a llorar.

—Mamá... por fin te has despertado.

Me acaricia el pelo con una mano y ella también llora.

—Mi cielo, me han dicho que he estado varios meses en coma. Que tuve un accidente de coche —dice, algo desorientada—. Solo recuerdo tomar una curva y salirme de la carretera.

La aprieto más contra mi cuerpo y respiro al fin, después de tantas semanas pensando que iba a morir.

—Mamá, no me abandones nunca más, por favor. Lo he pasado fatal.

—Perdóname, mi cielo, perdóname.

Nos pasamos una hora poniéndonos al día. En realidad soy yo la que tiene algo que contar, porque ella se ha pasado los días durmiendo tan pancha. Omito todo lo relacionado con la vecina bruja, con Lili y Ricardo, la casa destrozada por la rumana loca y el cierre de mi pequeño negocio.

—¿Y Lucía y Nerea?

—Volvieron a su piso. Necesitaba estar sola.

Asiente tranquila y me abraza de nuevo.

—Ya estoy aquí, mi vida. Lo primero que tenemos que hacer es ir a poner una denuncia a la policía y llamar al seguro de la casa. ¿No llamaste al seguro?

Me la quedo mirando con una ceja levantada.

—¿Es que tenemos seguro?

Se lleva las manos a la cabeza y se pone a murmurar.

—Esta juventud... me echo una siesta de tres meses y mírate. Por cierto, ¿qué te ha pasado? ¿Estás herida?

—Me caí por unas escaleras trabajando —miento con rapidez.

Nos dan el alta y recogemos nuestras pocas pertenencias. Me aseguro como mil veces durante el trayecto en el taxi de que la cajita está perfectamente guardada en mi bolsillo, y que no se ha ido a ninguna parte. Aún no me creo que consiguiera meter a esa arpía dentro.

Nos bajamos en la plaza y miro mi casa. La que tantas desgracias me ha ocasionado, tantas lágrimas derramadas por su culpa, tantas noches sin dormir. Y aún así, mirándola de nuevo, no me

arrepiento. Hay algo en ella que tira de mí, pase lo que pase.

—Venga, cariño, entremos y veamos los desperfectos —dice mi madre sujetándome del brazo. Ella camina erguida, segura de sus pasos. Yo, por el contrario voy cojeando, encorvada, con ganas de descansar por fin. Con ganas de unas merecidas vacaciones.

En cuanto entramos cierro los ojos, porque mi madre se pone a chillar. Es muuuucho peor de lo que ella se podía imaginar. Termina dándome la risa floja, porque es graciosísimo verla con la cara desencajada mirando a todos lados, diciendo que esto es vandalismo, que dé gracias de que no estuviera dentro cuando ocurrió.

Tras una intensa y acalorada inspección de las dos plantas dice que se tiene que ir al bar de la esquina a por una tila doble. Yo le digo que no puedo andar mucho y que me traiga un café bien cargado.

Me dejo caer exhausta en el sofá roto de la salita cuando un frío empieza a entrar en mis pequeños huesos. Son ellos. Aparecen por la pared cogidos de la mano.

—Estábamos esperando a que estuvieras sola —dice Lili tirándose a mis brazos—. ¡Lo habéis conseguido! ¡Lo habéis conseguido!

Ricardo me hace una reverencia exagerada mientras me separo de los gélidos brazos de Lili. Saco la cajita de mi bolsillo. Ambos se echan atrás espantados.

—Voy a hacer una doble pared en la parte baja de la escalera. Aprovecharé la reforma para hacerlo sin levantar sospechas —les explico muy seria. He tenido todo el trayecto en taxi para cavilar sobre ello—. Meteré la cajita dentro, entre las dos paredes. Y jamás, nadie, puede sacarla de ahí. Quedará emparedada para toda la eternidad. ¿Ha quedado claro?

Ambos asienten en silencio, con los ojos como platos y una expresión de terror en la mirada.

—No me fio tirándola a un río, o cavando un agujero. No me fio —les aseguro negando con la cabeza—. Es mejor que la tengamos cerca, para controlarla, y asegurarnos de que nadie, nunca, la sacará.

—¿Seguro que no podrá salir? —pregunta Lili escondiéndose en los brazos de Ricardo.

—¿Tu podías salir? —pregunto encogiéndome de hombros.

Niega y Ricardo también.

—No saldrá, mi señora. Os doy mi palabra de caballero que no lo hará, ni ahora ni dentro de cien años. Mientras esta casa siga en pie, ella no volverá a ver la luz —me asegura él con otra elegante reverencia.

—Muchas gracias. A los dos. —Les sonrío cansada, agotada. Subiré a la cama de Nerea y me echaré un ratito, decido levantándome con grandes dificultades—. Importante —añado levantando un dedo—, a partir de ahora y mientras mi madre esté en casa, vosotros dos no os movéis del desván. Y cuidadito con los ruidos, que es ligera de oído.

—Seremos silenciosos como una hoja de olivo que vuela con el viento —promete Ricardo.

Le hago un ademán con la mano y me voy hasta las escaleras. Ufff, no sé si podré subirlas...

—Alana —me llama Lili desde la espalda. Un escalofrío me recorre entera y empiezo a castañear los dientes—. ¿Dónde está?

Me doy la vuelta y arrugo la frente.

—¿El qué?

—Ga... Ga... —empieza a decir como tartamudeando—. Ga... ¿Por qué no puedo decir su nombre? Se me atasca en la garganta —dice, acelerada, buscando ayuda en Ricardo con la mirada.

Me apoyo en la barandilla y me cruzo de brazos.

—¿Qué nombre quieres decir? —pregunto interesada.

—¡El de él! El de Ga...

Pega un grito de rabia y parece que se va a tirar de los pelos blancos flotantes.

—¿Él? ¿Quién? ¿Esto es una broma pesada fantasmal? Tengo sueño, y hambre, y dolores en todo el cuerpo —me quejo, subiendo con cuidado un escalón. Ella se acerca volando y me sujeta por el hombro, haciendo que parte del cuerpo se me adormezca al segundo siguiente.

—Alana, mi amiga —empieza a decir con los ojos vidriosos, como si fuera a empezar a llorar de un momento a otro—, ¿qué ha sido de... él?

Me encojo de hombros y me retiro de su contacto.

—¿Él? ¿Quién es él?

Ambos se miran y Lili se muerde el labio inferior, empezando a llorar. Se tira en los brazos de Ricardo, y este último pone cara de aflicción, como si le estuvieran quemando con un atizador al rojo vivo.

—Ha sido ella —afirma Lili con una plateada lágrima corriendo por su esculpida mejilla—. Ha sido su venganza.

Me encojo de hombros y subo, paso a paso, hacia lo que será la siesta más larga que me he echado nunca.

Cuando se pone en ese plan misterioso no hay quien la entienda.

Dos noches después....

El teléfono suena. Lo cojo viendo que es Nerea.

—¿Sí? —pregunto con la boca llena de algo asqueroso que mi madre asegura que es salmorejo.

—¿Ya tienes televisión? —pregunta histérica.

—Sí, la hemos comprado esta mañana.

—¡Pon la Cuatro! ¡Ahora!

Y cuelga.

Me levanto y busco el mando a distancia entre las mantitas que ha comprado mi madre esta tarde.

—¿Quién era? —pregunta, sirviéndose una copa de vino. Desde que ha vuelto de entre los bellos durmientes está de un alcohólico...

—Nerea, que ponga la Cuatro.

Lo hago, y sale Iker Jiménez en su programa de Cuarto Milenio. De fondo, en el plató, la imagen de mi casa con algunos retoques más siniestros y tenebrosos y las palabras «La Casa Encantada» en la parte baja de la pantalla.

Me siento en el suelo y casi dejo caer en la alfombra rota los restos que aún tenía dentro de la boca de lo mucho que la abro. He perdido la facultad de controlar el esfínter, me voy a mear encima.

—¿Fraude? ¿Realidad? —está diciendo a la cámara sentado tras una mesa llena de papeles y cosas apiladas; con un hombro por delante, como si se fuera a levantar en cualquier momento—. Testigos de lo oculto que aseguran que entre el decorado de esta empresa de eventos habita un fantasma, escondido, furtivo, listo para atacar. ¿Estamos ante un suceso paranormal que ha decidido ser explotado económicamente? ¿O se trata de una farsa? ¿De una campaña publicitaria perfectamente orquestada? Tenemos fotografías que demuestran que en efecto, esta.... Casa Encantada, es en realidad, un suceso paranormal. Veámoslo en las imágenes.

Y se abre un vídeo grabado a escondidas por el grupo de chicas, las segundas en participar en el juego del Cluedo. Palabras que se escriben solas en el espejo. Los cuadros moviéndose por arte de magia. Nerea con la cofia torcida y una bandeja de saladitos hasta arriba. Yo de espaldas mientras las velas se consumen solas y la luz que va y viene.

Y la escena final, con Lili apareciendo en la escalera.

Miro a mi madre. Está blanca.

Oh, mierda.

Agradecimientos

Una vez más, son muchas las personas a las que tengo que darles las gracias por acompañarme en este viaje.

A ti, mamá, por creer en mí desde la primera vez que te dije que quería escribir.

A «la Carmen», como te llamamos desde siempre. No me quiero ni imaginar qué habría sido de nosotros sin ti.

A mis hermanos: Perla y Axel. Nos hacemos mayores, pero siempre recordaremos otros tiempos con una sonrisa pintada en la cara, cuando nos reíamos al escuchar las pisadas de mamá acercándose para regañarnos.

Ángel, mi compañero. No voy a decir mi alma gemela porque te vas a reír de mí, como haces siempre.

Adrián y Enzo, los pequeños diablillos que me alegran el día. No crezcáis nunca. Aunque pasen veinte años, mantened esa adorable inocencia que os ilumina los ojos.

A mis amigos, esos que ya empiezan a poner los ojos en blanco cuando les digo que estoy escribiendo otra novela. Sí, las tenéis que comprar todas, malditos cabrones. Allá voy: Verónica, Elsa, Cristina, María Elena, Raquel, Raúl, Katia, Lorena, Rebeca, Sergio, Víctor, Jesús y David. Gracias por apoyarme aunque sé que a veces me odiáis.

Vicky, gracias por ser una de mis lectores cero.

Y aunque sigue en la tripita de su mamá, y arriesgándome mucho con el nombre... porque yo se lo sugerí... Bienvenido, Leo. Creo que cuando esta novela vea la luz, tú estarás a puntito de salir.

Añado a los agradecimientos a dos personas que, aunque no nos conocemos personalmente, me apoyan muchísimo desde la distancia. Gracias, Anaís Garzoli (@romanticaadicta), y gracias, Nidia Olivia Ruiz. Sois geniales.

Por supuesto, también hago una mención especial a la familia de Selecta. Sin saber cómo, han llegado a ser una parte muy especial de mi día a día.

Gracias, María José de Miguel, de la Agencia literaria Mdm, por acompañarme y darme ánimos. Tú fuiste la primera que me dijo que alguien lo publicaría, a pesar de que yo no te creí demasiado.

Gracias, Selecta. Gracias, Penguin Random House. Y gracias, Lola.

Por último, como siempre, mis queridos lectores. Dais sentido a mis sueños.

Podéis encontrarme en las redes sociales como «la rata careta escritora».

A todos los que estáis leyendo estas palabras:

GRACIAS

Si te ha gustado

Y si tú me olvidas

te recomendamos comenzar a leer

Voy a volverte loco

de *Pilar Piñero Mateo*



Capítulo 1

Ya vuelvo a llegar tarde: no me lo puedo creer. Es la segunda vez esta semana. Tengo que dejar de trasnochar. Me va a costar un disgusto en el trabajo y mil arrugas, y eso sí que sería una tragedia. Pero es que la lectura me gana cada noche. Soy una devoradora de libros, tal cual, sobre todo novela romántica y, si hay algo de picante, pues mejor. Me gusta Noé Casado, Megan Maxwell, Nadia Noor, Noelia Amarillo, Lena Valente, Fabiana Peralta, Anna Casanovas; hay muchas escritoras que me apasionan, por las historias que cuentan y por cómo lo hacen. Es divertido vivir otras vidas a través de la lectura, situaciones divertidas e intensas que sé que no voy a vivir, pero que me hacen olvidar la mierda de vida que tengo.

Lo primero: soy Eva, tengo 28 años, nací y vivo en Barcelona, y no tengo familia. Mis padres murieron en un accidente de coche junto con mi hermano. Yo fui la única superviviente. Me quedé sola con siete años y, desde entonces, me cuidó mi abuela María, que murió hace diez años.

Mis padres eran personas de buena posición económica y me dejaron un dinero que me ayudó a salir adelante cuando mi abuela murió y, gracias a ese dinero, también pude estudiar. Después de mucho pensar, me decidí por geriatría. Me gustan las personas mayores, sus historias de vidas tan distintas a las nuestras, de sus luchas, sus miedos, su sabiduría, y mi instinto protector me llevó a querer ocuparme de nuestros mayores. Cuando ya tenía el título y trabajo, estudié enfermería, soy una chica inquieta.

Trabajo desde hace ocho años en la residencia Alba; es un lugar precioso en el que se cuida a los ancianos como se merecen, con respeto y cariño, y donde se les ofrece todo el apoyo y los cuidados que necesitan en el último tramo de sus vidas. Hacerlos felices para mí es una prioridad.

Últimamente se rumorea que la cosa no va bien; la verdad es que se nota que falta material, pero no hay que ser alarmista; seguro que se soluciona. No me puedo permitir ser pesimista. Ese pozo oscuro y solitario me da miedo.

Mis ahorros menguaron bastante cuando mi abuela enfermó. Sin ella saberlo, pagué un dineral por tenerla ingresada en la clínica donde finalmente murió. Ella no tenía ni idea, y yo le decía que era de la Seguridad Social. Era una buena mujer, pero tacaña hasta decir basta. Nunca hubiera consentido que le pagara esa clínica. Y no solo fue su estancia allí, fueron las pruebas que le realizaron y las consultas médicas las que se comieron casi todo mi dinero y mi piso, el que me habían dejado mis padres. Lo tuve que vender para afrontar todos los gastos hospitalarios, así que cuando murió, me quedé un poco pobre, pero con la sensación de haber hecho todo lo que pude por ella.

Así que entre los estudios y cuidar de mi abuela, mi vida social ha sido y es, un desastre, bueno, simplemente no tengo. Tengo compañeras de trabajo, pero solo son eso: compañeras, y solo he salido con un chico, Román. Lo conocí cursando enfermería. Era cinco años mayor que yo. Nos hicimos amigos y, cuando ya estaba coladita por él y dispuesta a que me desflorara, descubro que el muy capullo estaba casado.

Después de ese desengaño que me dejó hundida, no he tenido ganas de repetir la experiencia y he

mantenido alejado a todo maromo que ha intentado un acercamiento. Así estoy de coña, tengo mi curro, mi pisito de alquiler y mis libros. Mi mundo es seguro y eso me encanta.

Por fin llego a la residencia, solo diez minutos tarde.

—¡Buenos días, Sami! —saludo a la recepcionista mientras vuelo hacia los vestuarios.

—Buenos días, Eva, ¡me han dicho que en el descanso te pases por el despacho de Germán! —Me paro de golpe. ¿El director quiere verme?

—Vale... esto. Gracias, guapa. —Ahora a comerme la cabeza toda la mañana.

A la hora del descanso, me cojo un café en el office y me voy para el despacho de Germán. La incertidumbre me ha tenido inquieta toda la mañana.

—¿Se puede?

—Pasa Eva, pasa y siéntate. —Germán es un hombre de unos sesenta años, tranquilo y amigable, es un buen jefe.

—Me has mandado llamar. ¿Pasa algo? —Estoy un poco escamada, lo noto más serio de lo normal.

—Sí, Eva, verás... no sé cómo decirte esto. Tu trabajo es impecable y no tengo ninguna queja, pero el consejo de dirección me ha mandado decirte... que estas despedida.

—¡¡¡¡¿CÓMO??!!!! —Me he puesto de pie como un resorte y más tiesa que la vara de un zahorí.

—Lo siento de veras; ya sabes que, aparte de ti, tenemos otro enfermero titulado, Paco, que hace el turno de tarde, pues el consejo ha decidido despedirte a ti, ya que Paco es padre de familia y su sueldo es el único que entra en su casa y tiene cincuenta años. Tú eres joven, soltera y con más posibilidades de encontrar trabajo. —Estoy alucinandooooo. ¿Qué mierda de excusa es esa?

—Pero, Germán, yo también como y tengo un alquiler. ¡Tengo que trabajar para poder vivir! Yo...

—A ver Eva, tú tienes más preparación académica y más posibilidades de encontrar un trabajo, ya que tienes dos carreras. Te pagaremos un buen finiquito y podrás arreglar el paro. —Joder, joder, joder.

—Ah... bueno, vale. ¿Cuándo acabo? —No sé qué más decir y me niego a mendigar.

—Pues, hoy mismo, lo siento, Eva. Sabes que te aprecio, pero son órdenes de arriba. —Parece hasta afectado, pero aquí la desahuciada voy a ser yo.

—Ya... lo supongo. —No me reconozco, con el carácter que tengo, y no soy capaz de decirle cuatro cosas bien dichas, pero ¿para qué? Germán es un mandado.

—Te llamaremos para que vengas a recoger el finiquito y los papeles del paro. Mucha suerte, Eva —Y me tiende la mano; se la acepto, claro.

—Gracias, adiós —Ahora sí que estoy en un lío. Mi economía no me va a permitir estar sin trabajar, y ya sé que por rollos de nóminas y retenciones, el paro que me pertenece va a ser de risa. Otra más Eva, otra más. ¿¡Por qué Señor, por qué!?

Hace ya un mes que me echaron de la residencia. Me llamaron y me dieron los papeles del paro y el

finiquito, una MIERDA de finiquito. Veinte días por año y el paro que me ha quedado solo cubre gastos. No me puedo permitir ni el Canal+ y no encuentro nada. Estamos casi en verano y encontrar curro en esta época es difícil. Al final, me veo sirviendo copas, aunque no creo que dure demasiado. Soy patosa por naturaleza, mis manos son de papel, soy torpe y despistada. Solo sirvo para trabajar en lo mío, no soy una superviviente. No soy como las chicas de las novelas que leo; no sirvo para gran cosa.

Estoy mirando la tele cuando me suena el móvil. Me extraño porque no me suele llamar nadie. En realidad, mi lista de contactos es la más corta del mundo mundial.

—¿Diga?

—Hola, Eva, soy Germán. —Y a mí que me importa imbécil de mierda.

—Ah... hola.

—Te llamo para saber si ya has encontrado trabajo. —Que majo él.

—Pues no, está difícil la cosa.

—Ya... bueno, mira, tengo una oferta que te puede interesar. —Soy toda oídos, imbécil.

—¿Ah sí? tú dirás.

—Pues un amigo me ha comentado que un conocido suyo está buscando una enfermera particular. No sé demasiados detalles; solo que no es un señor demasiado mayor, pero hace una semana se cayó y necesitan ayuda con él.

—Bueno, puede interesarme ¿me puedes dar más datos? —Me levanto del sofá y me pongo a bailar. Tranquila, Eva, no puedes aparentar desesperación.

—Como te digo, no tengo demasiada información, pero te puedo dar un teléfono al que llamar si te interesa el puesto, les corre prisa Eva—volando que voy.

—Vale, dámelo; llamaré ahora mismo. Gracias.

—Me alegra poder ayudarte. Te lo mando por WhatsApp y dime algo, por favor.

—Claro, descuida. Muchas gracias. Adiós.

—Adiós.

—¡No me lo puedo creer! después de todo voy a tener suerte. Estoy ansiosa por llamar. En un minuto me manda el número de teléfono y llamo. Suena, suena, suena, suena... pero nadie responde; joder, si es que nada me puede salir a la primera. ¿¡Por qué, Señor, por qué!>? En ese momento de hundimiento personal, me suena el móvil, ¡joder, casi se me cae de las manos!

—¿Sí, hola? —Qué nervios.

—Hola, tengo una llamada perdida de usted. —Ay, ay, ay... que voz de alcoba, por Dios... y que acento tan sexi—. ¿Hola? —Habla, coño.

—Sí, sí, verá, soy Eva, el señor Gómez, Germán, me ha dicho que necesita usted una enfermera y me ha dado su número.

—Ah, ya... entiendo que usted es enfermera diplomada.

—Sí, además soy geriatra. He trabajado durante ocho años en la residencia Alba; puede pedir

referencias si lo desea.

—No será necesario; el señor Gómez me ha llamado y me las ha dado —Mira que majete mi exjefe el gilipollas.

—Vale, pues, ¿podemos vernos para hablar del trabajo?

—Yo le doy los datos y usted se lo piensa —Que seco que es. Si no fuera por su voz y su acento que me están nublando la razón, diría que es otro gilipollas.

—De acuerdo, usted dirá —Soy toda oídito, guapetón, porque esa voz no puede pertenecer a un feo; eso fijo.

—Verá, Paco tiene sesenta y nueve años. Está como un toro, pero se cayó hace una semana y me es imposible ocuparme de él como necesita. Se rompió la tibia. Usted tendría que ocuparse de él durante el día. Por la noche me ocuparé yo casi siempre, pero tiene que saber, que alguna noche también se tendrá que hacer cargo. —Andaluz, este tío es andaluz, ¡ja!

—Me parece bien. ¿En qué parte de Barcelona vive usted?

—¿Barcelona? Señorita, creo que no se ha enterado usted bien del puesto de trabajo. —Ahora sí que no lo entiendo.

—Perdóneme, no le entiendo.

—Vivo en Sevilla, se tendría que trasladar aquí. —¡A-lu-ci-no!

—¡SEVILLA! —Igual no lo he entendido bien.

—No grite, por favor, no lo soporto. —Uy, que se ha enfadaooooo.

—Lo siento, es que Germán no me dijo nada... está un poco lejos.

—Sí, un poco. ¿Le interesa o no? No puedo perder toda la mañana. —Ni yo tampoco soso guapetón.

—Ni yo. Me interesa saber más; me tengo que trasladar allí y necesito saber las condiciones económicas. —El quid de la cuestión.

—Claro... le pagaremos mil setecientos euros al mes; tendrá un día libre a la semana. Las noches que yo no esté y usted se tenga que ocupar de Paco, se la pagaré aparte y vivirá aquí en el cortijo con todos los gastos pagados. La duración del contrato dependerá de la evolución de Paco. Cuente seis meses mínimo. —A ver, a ver, ha dicho... ¿¡cortijo!?! Ji, ji, ji, ¿eso aún existe? Y el sueldo me ha dejado muda y encima sin gastos. En seis meses puedo hacer un buen rincón. Pa' Sevilla, que voy de cabeza.

—Me parece perfecto. ¿Cuándo quiere que me incorpore?

—Pues la verdad es que la necesito ya —No me digas eso...

—Pues en cuanto compre el billete de avión, le digo la fecha exacta en la que apareceré por allí.

—Perfecto. Adiós.

Y cuelga el tío, y dicen que los andaluces son salaos, pues me ha tocado el más soso de todos. A eso me entra un WhatsApp con un número de teléfono y, al lado, su nombre, Salva, lo agrego y me vuelve a sonar.

SALVA:

Cuando sepa día de llegada, le ruego que me lo diga. Soy un hombre ocupado. La iré a buscar al aeropuerto y nos vendremos para el cortijo.

Ni abreviaturas ni emoticonos... ¡que aburridito eres, mi arma!

Juro que cada vez que pienso que voy a vivir en un cortijo me meo de la risa.

EVA:

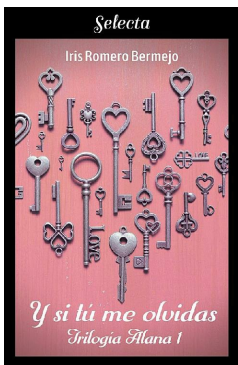
Descuide, se lo diré ipso facto.

SALVA:

Bien. Adiós.

Y vuelve a cortarme. Creo que no me voy a llevar nada bien con este *señorito*, bueno, no adelantemos acontecimientos. ¡¡Me voy para Sevilla!!

"¿Qué harías si en la casa de tus sueños habita el fantasma de una chica adorable pero muy pesada que te hace la vida imposible? ¿Y si a eso le añades un boxeador que quita el hipo y que no sabes por qué, pero le gustas? ¿Una maldición? Descubre lo que hace Alana, la protagonista de esta apasionante historia."



Alana tiene un gran sueño: una casa antigua y abandonada en el centro de Madrid. Cuando atraviesa por primera vez la maravillosa entrada piensa que es la persona más afortunada del mundo, porque por fin, podrá montar junto con sus amigas una empresa de cenas temáticas. Sin embargo, algo recorre los muros de esta antigua mansión, algo que le hará la vida imposible para que se vaya, ya que, por lo visto, la casa esconde una terrible maldición.

En la primera cena un apuesto boxeador entra en su vida. Gabriel es todo lo que una chica podría desear y, para Alana, demasiado guapo para ser real.

Vive y enamórate con Alana de la experiencia de La Casa Encantada, donde Lili, la vecina Madame Ardelean y Gabriel harán de su existencia algo fuera de lo común.

Iris Romero Bermejo Compagino mi trabajo en una empresa de catering con la razón que me impulsa a levantarme por las mañanas, que es escribir. Si quieres saber quién soy, solo tienes que buscarme cualquier mañana en el metro rumbo al trabajo con las gafas puestas y un libro entre mis pequeñas manos. Estudié Educación Social y Caracterización, con la intención de “maquillar” un poco la sociedad, pero tras años intentando encontrarme en los más variopintos trabajos, tuve que rendirme ante lo inevitable. Me gusta escribir. Me puedes encontrar en las redes sociales como “*La Rata Careta Escritora*”.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Iris Romero Bermejo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-34-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Y si tú me olvidas](#)

[Madrid, 1868](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Dos noches después...](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Iris Romero Bermejo](#)

[Créditos](#)